



XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

IMPERIOS DE MUERTE

LA GUERRA GERMANO SOVIÉTICA
1941-1945

se

El autor aborda en este libro las causas de la Operación Barbarroja y el origen de la concepción de la guerra de Rusia como una guerra de exterminio. Reconstruye las peculiares circunstancias del frente oriental, decisivas a la hora de provocar una brutalización sin precedentes de la guerra y alimentar una escalada de terror y represalias tanto en los escenarios de combate como en la retaguardia. Eso también tuvo un reflejo en las actitudes de los ocupantes hacia la población civil, el impulso definitivo a la «solución final» que llevó al exterminio de los judíos, en la explotación económica del territorio y de la población civil como mano de obra forzada, y en el desarrollo de una guerra de guerrillas en retaguardia no menos atroz que en el frente. Las batallas decisivas libradas entre 1942 y 1943 son así entendidas dentro de un contexto más amplio, que incluye ante todo la reconstrucción de la experiencia de los combatientes de a pie, tanto ocupantes como soviéticos, los sufrimientos de la población civil y las percepciones de qué es lo que estaba en juego en una guerra apocalíptica.



Xosé M. Núñez Xeixas

Imperios de muerte. La guerra germano soviética 1941-1945

ePub r1.0
Titivillus 27.11.16

Título original: *Imperios de muerte*
Xosé M. Núñez Xeixas, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LISTADO DE SIGLAS Y TÉRMINOS UTILIZADOS

Los términos son explicados en su mayoría a medida que aparecen en el texto, salvo aquellas palabras y expresiones de conocimiento general (como *Führer* o *Tercer Reich*). La totalidad de las citas textuales procedentes del alemán han sido traducidas directamente por el autor.

AK (<i>Armia Krajowa</i>):	Ejército polaco del interior.
<i>Einsatzgruppe</i> :	Literalmente, «grupo de despliegue» o «de intervención»; unidades móviles de exterminio formadas en junio de 1941.
<i>Feldgendarmerie</i> '.	Policía militar alemana.
<i>Frontovik</i> '.	Soldado de infantería soviético (con experiencia de combate).
<i>Gauleiter</i> .	Líder territorial del partido nazi (<i>Gau</i> : distrito).
<i>Gestapo (Geheime Staatspolizei)</i> :	Policía secreta del Estado del Tercer Reich.
<i>Gulag:(Glávnoye Upravleniye Ispravitel'no-trudovíj Lagueréi)</i> .	Dirección General de Campos de Trabajo de la URSS, que por extensión pasó a designar a los campos de trabajo dependientes de ella.
<i>Heer</i> .	Ejército de Tierra alemán.
<i>Komsomol(Kommunisticheskiy Soyuz Molodiozhi)</i> :	Unión de la Juventud Comunista Soviética.
<i>Landser</i> .	Soldado de infantería alemán.
<i>Luftwaffe</i> :	Arma aérea alemana.
NKVD (<i>Narodnyi Komissariat Vnutrennikh Del</i>):	Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos.
OKI I (<i>Oberkommando des Heeres</i>):	Alto Mando del Ejército de Tierra alemán. En la práctica, el OKH actuaba desde 1942 como mando supremo del ejército alemán en el frente del Este, y el OKW, en los demás frentes.
OKW (<i>Oberkommando der Wehrmacht</i>):	Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas.
<i>Ostheer</i> .	Ejército alemán del Este.
<i>Panzergruppe</i> :	Grupo blindado de la Wehrmacht.
<i>Politruk</i> :	Comisario político del Ejército Rojo.
RSHA (<i>Reichssicherheitshauptamt</i>):	Oficina Central de Seguridad del Reich.
SMERSh (<i>smerí shpionam</i>):	Literalmente «muerte a los espías»; organización de contraespionaje soviética.
SD (<i>Sicherheitsdienst</i>):	Servicio de Seguridad, dependiente del RSHA.
SS (<i>Schutzstaffel</i>):	Secciones de protección del partido nazi.
<i>StdrosP</i> .	Alcalde colaboracionista nombrado por los alemanes en territorio ocupado.
<i>Stavka (Stavka Glavnogo Komandovaniia)</i> :	Mando Supremo de las Fuerzas Armadas de la URSS. Cambió sucesivas veces de nombre, pero mantuvo su denominación genérica de <i>Stavka</i> (cuartel general).
<i>Strafñnik</i> :	Soldado de una compañía de castigo del Ejército Rojo.
UPA (<i>Ukrajinska Povstanska Armija</i>):	Ejército Insurgente Ucraniano.

<i>Volkssturm:</i>	«Asalto Popular»; milicia formada por civiles alemanes en los últimos meses de la guerra.
<i>Waffen SS:</i>	Secciones armadas de las SS
<i>Wehrmacht.</i>	Fuerzas armadas del Tercer Reich.

INTRODUCCIÓN

El presente ensayo no ambiciona a ser una obra de consulta exhaustiva sobre la guerra germano-soviética, conflicto que marcó de forma profunda la historia de Europa y del mundo en el siglo xx, y sin la que el desarrollo y el desenlace de la Segunda Guerra Mundial habrían sido muy diferentes. Pero sí pretende ofrecer una síntesis informada e interpretativa, que incluye igualmente dosis de investigación y reflexión propias, resultado de mi ya antiguo interés por la historia social, política y cultural europea del *siglo de los extremos*, y de la bibliografía y documentación trabajadas con vistas a la elaboración, aún en curso, de una monografía definitiva sobre la historia y la memoria de la División Española de Voluntarios o *División Azul* en el frente del Este. El acopio de lecturas, documentación y reflexiones consiguientes llevó a una primera propuesta del profesor Francisco Sevillano (Universität d'Alacant) para que elaborase una monografía sobre un aspecto concreto de la guerra del Este, idea que fue retomada poco después por Alianza Editorial, y en especial por Cristina Castrillo, quien aceptó la reformulación del proyecto inicial en un libro de ámbito temático más amplio y ambicioso, y que tuvo la paciencia de esperar por el manuscrito. Mi primer agradecimiento, pues, se dirige a ambos.

La guerra germano-soviética, también llamada «guerra de Rusia» o «frente del Este» en sentido amplio, constituyó una inmensa carnicería en la que se enfrentaron millones de hombres en los campos de batalla en medio de condiciones climáticas y ambientales de una dureza difícilmente imaginables. Pero supuso, asimismo, un ensayo de reordenación geopolítica del continente europeo, y aun de buena parte del mundo, por parte de un poder totalitario, como era el del Tercer Reich, animado de una vocación mesiánica por alterar el destino de millones de personas en función de sus características étnicas, culturales y biológicas. Y a una reestructuración del mapa de Europa también aspiraba una dictadura totalitaria, la estalinista, con el fin de crear las condiciones para la hegemonía del llamado *socialismo real* en una lectura despótica y personalista de esta doctrina. Dispusieron para ese fin del mando sobre millones de seres

humanos, decidieron sobre su suerte y crearon marcos restrictivos para el ejercicio de la acción colectiva. Utopías modernas y premodernas fueron de la mano de ambiciosos planes y estrategias económicas y militares. La barbarie, como fue la *Shoah* u Holocausto de millones de judíos y gitanos, fue ejecutada con métodos planificados y en nombre de la modernidad. Una guerra de conquista y exterminio dictada por sueños de expansión imperial fue capaz de concitar millones de voluntades y de moldear las mentalidades de los soldados y civiles afectados por ella. Fue una *guerra total* en la que las hostilidades se extendían a la retaguardia y en la que la muerte campaba en forma de brigadas móviles de exterminio de judíos y comisarios políticos, de secciones especiales de la policía política soviética, de partidas guerrilleras y tropas de protección para las áreas alejadas del frente, de guetos condenados a una lenta muerte por inanición y de millones de personas transportadas en vagones, como ganado, camino de la aniquilación, del trabajo forzado en condiciones inhumanas o de la deportación a parajes semidesiertos. La utopía imperial y racial del Tercer Reich, y la respuesta a la misma por parte de otro proyecto utópico, la construcción de una sociedad armoniosa sin clases bajo la égida de un líder indiscutible, tuvieron en común varios elementos, entre ellos su absoluto desprecio por las vidas de sus compatriotas.

Lo que desde hace décadas sigue fascinando a la historiografía de la guerra germano-soviética, campo en el que la producción bibliográfica es sencillamente inabarcable, no sólo es su dimensión global y su impacto en la conciencia europea del siglo xx. Ni siquiera el hecho de constituir el campo de enfrentamiento por antonomasia de las dos dictaduras totalitarias más sangrientas de la primera mitad de aquel siglo. Es quizás su carácter de caleidoscopio de enseñanzas acerca de la naturaleza humana, de la guerra como experiencia global que afecta a una sociedad por entero, del fenómeno bélico como generador de memoria y de lealtades. Pero también proporciona valiosas reflexiones acerca de la capacidad de supervivencia y adaptación del ser humano.

Este ensayo histórico se propone, por esa razón, ir mucho más allá de la historia de las operaciones militares, concepción alicorta de lo que es la historia militar todavía muy influyente en buena parte de los estudios sobre el conflicto, y que sigue imperando de modo general en la historiografía española actual. El objetivo preferente de esta obra no lo constituirán aquí los acontecimientos

políticos y militares, aunque sin desatenderlos para la comprensión del conjunto, sino las dimensiones específicas, sociales y culturales, de la guerra de exterminio imperial planeada por el Tercer Reich, la experiencia de los soldados de uno y otro bando y de la población civil, los mecanismos de adoctrinamiento y las respuestas de la población soviética, alemana y de los propios combatientes.

Todo ello sin descuidar que en momentos decisivos la suerte de millones de personas y el curso de los acontecimientos históricos se puede decidir en una batalla. Resulta difícil imaginar qué habría ocurrido en la historia de la Segunda Guerra Mundial, y en consecuencia cómo habría sido la historia de Europa, si Moscú hubiese sido conquistada por la Wehrmacht en diciembre de 1941, o si Stalingrado hubiese caído en manos del 6.º Ejército germano en el otoño de 1942. Tal vez el mundo habría cambiado de forma muy diferente a como hoy lo conocemos, y quizás fueron determinantes en su resultado los condicionantes estructurales de la capacidad de combate de los ejércitos enfrentados —dotación artillera y blindada, posesión de la superioridad tecnológica, destreza táctica de los mandos y oficiales, experiencia y motivación de los soldados, cantidad y calidad de los suministros, atención médica, etc.—, que se relacionan a su vez con la potencia respectiva de sus sistemas económicos y políticos, así como con su capacidad para movilizar a la población en pro del esfuerzo de guerra. Con todo, hay abundantes ejemplos en la historia comparada de las batallas que muestran que en ningún caso su destino está escrito como una mera ecuación de rentas per cápita, productividad industrial o potencia demográfica. En ellas interviene de modo decisivo el azar. Y de ese azar puede depender el curso de la historia^[1].

Situándose dentro de la nueva Historia Militar, que ha recibido inspiraciones fundamentales tanto de la Historia Social como de la nueva Historia Cultural y, más recientemente, de la Historia de Género^[2], este libro quiere servir también de ventana a través de la cual sea posible apreciar la riqueza de unos enfoques y una bibliografía internacional que bien pueden aportar inspiraciones novedosas para el estudio de otros conflictos, sin ir más lejos la guerra civil española o las guerras de Marruecos. Lejos del enfoque que concibe la guerra como un mero intercambio de movimientos de tropas y de combates en escenarios concretos, partimos de la base de que el hecho bélico constituye una realidad global, vivida por las sociedades involucradas de diferentes maneras. Los soldados viven la guerra directamente como una interrupción de su experiencia en tiempos de paz,

pero el hecho de que millones de ciudadanos de ambos bandos hayan pasado un tiempo en el frente del Este ha actuado como una influyente charnela en sus periplos vitales, ha conformado un poso de experiencias y ha permitido reforzar o modificar creencias previas. Los civiles viven el duelo y la movilización patriótica en pro del esfuerzo bélico, y sufren las consecuencias de la ocupación. El tráfico de trabajadores forzados, de prisioneros y de guerrilleros provocó una mayor permeabilidad del conjunto del cuerpo social de la retaguardia o del «frente doméstico» hacia lo que ocurría en los campos de combate y las trincheras. Se trataba, en consecuencia, de experiencias globales que tuvieron consecuencias globales, no reducibles a las pérdidas demográficas, el dolor individual y colectivo y los cambios geopolíticos. Buena parte de las sociedades europeas, y en particular la sociedad soviética (y las diversas sociedades postsoviéticas), así como la alemana, pero también la húngara, la rumana, la italiana, la polaca y la finlandesa, han desarrollado una memoria colectiva de la experiencia de la guerra del Este.

En unos casos, como es el de la sociedad soviética y de varias de las postsoviéticas, esa memoria fue codificada y transformada en un discurso y una praxis conmemorativa que evitaba fisuras: el pueblo soviético se habría levantado contra el invasor en un gigantesco esfuerzo colectivo cuyos costes en vidas humanas y en daños materiales para la URSS convirtieron a esta última en la auténtica vencedora del nazismo y en la más legítima reivindicadora de la memoria antifascista. En ese discurso no había traidores, colaboracionistas, actitudes intermedias, acomodación o adaptación por parte de la población civil. Tampoco existía el terror de los campos de concentración estalinistas, los fusilamientos de la policía política y los errores del mando soviético. Esa perspectiva se impuso en la mayoría de los estudios historiográficos del período soviético y postsoviético, y sólo en algunos sectores de la ciencia histórica rusa, gracias en parte a la mayor disponibilidad de los archivos militares soviéticos, se ha procedido en la última década a revisar parte del mito de la Gran Guerra Patria forjado casi inmediatamente después de 1945. A pesar de la tendencia oficial ahora imperante que prefiere subrayar las aspiraciones nacionalistas de *pueblos oprimidos por partida doble*, por soviéticos y alemanes, en las historiografías bálticas o en la ucraniana, por ejemplo, una serie de nuevos estudios históricos están contribuyendo a alumbrar la complejidad de situaciones que acompañó a la imposición de dos regímenes totalitarios: el estalinista y el

nazi^[3].

En otros casos, como en el de las sociedades alemanas de posguerra, persistió una memoria escindida que reconocía la propia culpa y el carácter de guerra de agresión que tuvo la invasión de la URSS por parte del Tercer Reich, pero que privilegió, sin embargo, una serie de mecanismos de exculpación de la mayoría de su población. De esta manera, la responsabilidad de los crímenes, las represalias y los maltratos a población judía y a civiles soviéticos correspondería sobre todo a una minoría de fanáticos encuadrados en secciones especiales (las SS, la Gestapo, etc.). Pero el ejército regular, la Wehrmacht, estaría libre de toda participación consciente en actos contrarios a los códigos de la guerra honorable. El sufrimiento de más de dos millones de prisioneros germanos en campos de trabajo soviéticos hasta la década de 1950, así como el recuerdo de las masivas violaciones cometidas por los soldados del Ejército Rojo en las áreas orientales de Alemania, impregnarían también de manera decisiva la memoria de millones de ciudadanos de la República Federal Alemana y de la República Democrática Alemana.

Empero, desde mediados de la década de 1990, como veremos, ese paradigma comenzó a tambalearse por efecto del descubrimiento de cada vez más evidencias documentales que probaban la participación de soldados de recluta obligatoria y *perfectamente normales* en labores de exterminio. La pregunta inevitable pasaba a ser: ¿Qué hicieron nuestros padres, maridos o abuelos en el lejano Este? La sombra de la guerra de exterminio en el frente oriental planea hoy en día de manera imborrable en los debates públicos sobre la responsabilidad del conjunto de la ciudadanía germana en el ascenso y la consolidación del nacionalsocialismo, sus mecanismos de consenso y los silencios que siguieron a su derrota. Y dos generaciones de historiadores alemanes han contribuido de manera insistente no sólo a desvelar esas verdades incómodas, sino también a renovar la Historia Militar desde un punto de vista metodológico y teórico.

* * *

Este trabajo no habría podido realizarse sin la colaboración de varias personas e instituciones. El personal del Archivo Militar de Friburgo y del Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en Berlín, que en mis visitas en

2002-2003 y 2004 me concedió todas las facilidades para la consulta de documentación. Los historiadores José M.^a Faraldo, Xosé Ramón Quintana Garrido y Ruy Farías tuvieron a bien leer varios capítulos de este libro y proporcionaron útiles sugerencias bibliográficas. Los también historiadores Mariana Hausleitner, Klaus Schmider y Krisztián Ungváry, así como el lingüista Benedict Buono, proporcionaron útiles datos bibliográficos sobre la participación italiana, rumana, eslovaca y húngara en el frente oriental. Mis suegros, Rita y Klaus Fesefeldt, fueron solícitos y eficaces a la hora de atender mis incesantes encargos de libros y fotocopias. Henrike, también perteneciente al sufrido gremio de los historiadores, no sólo leyó varios capítulos, revisó traducciones y sugirió lecturas e ideas, sino que además supo aguantar un período más de enclaustramiento por mi parte para acabar la versión final y me apoyó en todo momento. Mis hijas Sara e Irene siguen sin interesarse por las historias de su padre y consideran con razón que lo importante es vivir. Tal vez este libro las reafirme en esa convicción.

Os Ánxeles (Brión), marzo de 2007

CAPÍTULO 1

VISIONES DE IMPERIO

A las tres y media de la mañana del 22 de junio de 1941, el ejército alemán y sus aliados cruzaron la frontera e invadieron sin previo aviso la Unión Soviética, desde el Báltico al Mar Negro. De este modo comenzó una fase específica de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto germano-soviético; y se inauguró un nuevo frente de guerra, el conocido popularmente como frente ruso o frente del Este, en el que el Ejército de Tierra alemán allí destinado (*Ostheer*) consumiría cuatro años, hasta la retirada final que acabó con la entrada del Ejército Rojo en Berlín y la capitulación del Tercer Reich a principios de mayo de 1945.

La *campaña de Rusia*, y la guerra germano-soviética en general, supuso un momento de escalada cuantitativa de la Segunda Guerra Mundial. Más de la mitad de las víctimas totales que se cobró el conflicto bélico cayeron en el haber del frente del Este en sentido amplio; es decir, contando también su amplia retaguardia. Y fue en él donde la guerra y el duelo de la guerra adquirieron un carácter auténticamente masivo. La población civil soviética (al igual que la polaca), en particular la que habitaba en la Rusia europea, Ucrania y Bielorrusia, sufrió cincuenta veces más muertes que la alemana. La violencia sin precedentes que se desató a todos los niveles en el frente y la retaguardia se cobró asimismo un número de vidas casi diez veces más alto que en otros escenarios de la Segunda Guerra Mundial. Y más que en ningún otro frente, la guerra en el Este provocó una universalización del sufrimiento y de la memoria de la guerra entre amplias capas de población, entre ocupantes y ocupados, civiles y militares. Eso no siempre ocurría en Europa occidental, donde la memoria colectiva de la guerra constituyó, al contrario que en la Primera Guerra Mundial, una suerte de universalización a la comunidad nacional del sufrimiento y de la experiencia vivida por minorías, significativas eso sí, de la población civil. Tal vez, el ejemplo más relevante fue el exterminio de los judíos europeos por parte del Tercer Reich, pues en varios países ocupados fue este grupo de población el que

más muertes y persecución sufrió^[4]. Aun así, no hay que olvidar que la *Sboab*, la aniquilación de los judíos europeos, y el exterminio simultáneo de grupos étnicos como los gitanos (Sinti y Roma) tuvieron su principal escenario en el este de Europa y sufrieron una aceleración y radicalización por mor, entre otras razones, de las nuevas circunstancias de violencia masiva creadas por la guerra germano-soviética^[5].

La invasión de la URSS dio paso a una campaña con características netamente diferenciales respecto de otros frentes en los que había estado o estaba comprometido el Ejército alemán, y con él sus aliados. No sólo se trataba de las condiciones climáticas y medioambientales inhóspitas en que debían combatir los soldados. Hasta 1942, y a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial en el conjunto del frente occidental, en Noruega, en el frente norteafricano o incluso —en parte— en los Balcanes, las tropas alemanas se habían atenido en líneas generales a las normas de la Convención de Ginebra (Tercer Tratado, 1929) en lo referente al trato a los prisioneros de guerra, y habían mantenido un comportamiento, en líneas generales, correcto con la población civil que no era judía en los países ocupados. En estos últimos, en especial en Europa Occidental, hubo varios casos de matanzas indiscriminadas cometidas por tropas alemanas en represalia por ataques de la Resistencia, con matanzas tristemente conocidas como las del pueblo checo de Lidice (10 de junio de 1942); la población griega de Distomo (10 de junio de 1944); el pueblo francés de Ouradour-sur-Glane, también el 10 de junio de 1944, o la localidad italiana de Marzabotto (29 de septiembre de 1944), cometidas todas ellas por tropas de las Waffen SS. Pero esas matanzas no formaban parte de un plan premeditado de exterminio de grupos enteros de la población civil no judía, ni de una reordenación étnica que buscase mudar el predominio de unos pueblos por otros en áreas geográficas determinadas. Por el contrario, tanto en Francia como en Noruega, Bélgica u Holanda, el Tercer Reich procuró crear movimientos de opinión y organizaciones colaboracionistas, e incluso difundir una cierta imagen de la Alemania hitleriana como garante de un *Nuevo Orden* europeo, que pese a garantizar la hegemonía germana en el continente reservaba un espacio subordinado al resto de los países del continente.

En el frente del Este, el Tercer Reich libró una guerra de carácter cualitativamente diferente. Ese carácter distinto se manifestó desde el principio mismo de la invasión de la URSS, y había sido previsto y diseñado tanto por

Hitler y sus colaboradores como por el Alto Mando de la Wehrmacht (*Oberkommando der Wehrmacht*, OKW). Se trataba, en primer lugar, de una guerra frente a una cosmovisión —el comunismo soviético— que pretendía eliminar de raíz mediante el exterminio de sus defensores, el *aplastamiento* de la *bestia* que era presentada como una amenaza para la civilización europea. *Leitmotiv* que los jefes nazis esperaban que les atrajese simpatías de otros pueblos del continente. De hecho, además de las divisiones rumanas y finlandesas que participaron en la Operación Barbarroja, los países aliados del Eje, Hungría y Eslovaquia, aportaron, respectivamente, dos Ejércitos y una división; Italia envió un cuerpo expedicionario, y Croacia mandó al frente del Este pequeños contingentes. Voluntarios de varios países de Europa occidental y nórdica se unieron además al esfuerzo de guerra alemán, y se encuadraron tanto en las filas del Ejército de Tierra (*Heer*) como de las Waffen SS.

En segundo lugar, y sobre todo, se trataba de una guerra de exterminio racial. Pues se dirigía contra un pueblo o conjunto de naciones —el pueblo ruso y la mayoría de los que integraban la URSS— reputados como comunidades racialmente inferiores con base en presupuestos biológico-genéticos. El *eslavo*, como bien había preconizado Adolf Hitler en su obra *Mein Kampf* (Mi lucha), en 1925-1927, no tenía derecho a existir más que en posición subordinada y al servicio de la grandeza del pueblo dominador, el alemán, cuyo genio creador, según él, era el que había contribuido a inspirar la idea de Estado entre seres incapaces de llegar a un estadio de civilización por sí mismos^[6]. Aquellos pueblos, considerados como ajenos a la civilización europea, tendrían sólo un papel en el futuro inmediato: configurar una gran reserva de mano de obra semiesclava que abasteciese de materias primas y alimentos al Tercer Reich, eliminando la parte de su población considerada *sobrante*.

El síndrome del Vístula y la imagen de la URSS en Alemania

En agosto de 1920 el después mariscal y dictador de Polonia Josef Pilsudski, al mando de 20 000 soldados, en buena parte de caballería, consiguió derrotar a las tropas bolcheviques en Zamosc; detener el avance de estas últimas hacia el oeste, después de que hubiesen llegado a pisar los arrabales de Varsovia; impedir que los cosacos y jinetes de Tuhacevsky cruzasen el río Vístula, y garantizar la supervivencia de la joven república polaca, ratificada por el Tratado de Paz con la URSS firmado en Riga en marzo de 1921. Pero, al mismo tiempo, la mayor parte de las cancillerías de Europa central y oriental y los sectores de opinión conservadores en cada uno de los países hicieron suya la reflexión del diplomático británico Lord D'Abernon, según la cual el suceso que los polacos conocerían posteriormente como «El milagro del Vístula» había sido una de las principales batallas de la Humanidad, equiparable a la defensa de Viena frente a los turcos en épocas pretéritas. Según esa visión, la Rusia soviética había lanzado sus *hordas* a la conquista de Europa. Y lo volvería a hacer de no mediar otro «milagro» como el del Vístula.

Ese síndrome era común a toda la opinión pública y publicada conservadora, liberal y hasta alguna socialdemócrata de toda Europa central y occidental. Y se combinó con una imagen que tenía ya cierta tradición en el imaginario de las élites conservadoras y burguesas europeas y alemanas en particular: la del carácter extraño a la civilización continental del pueblo ruso, y por extensión de los eslavos en general. La imagen de una Rusia servil —víctima del despotismo *asiático* de poderes absolutos, misterioso y sufriente a la vez— había sido difundida por la literatura y había experimentado igualmente un cierto eco entre los círculos de la burguesía cultivada alemana desde principios del siglo xx. Esa representación también era compartida en buena parte por los socialdemócratas germanos, que contemplaban a Rusia como el paraíso de la autocracia y la reacción y, por esa vía, justificaron el apoyo a la movilización bélica de 1914. La imagen nacionalista e imperial de Rusia como un poder amenazador, de cultura *asiática* y cuna de un pueblo fanático, premoderno y subdesarrollado recurría a

paralelismos históricos para equiparar a Rusia con los mogoles de Genghis Khan, o la amenaza turca en la Edad Moderna. En parte como *marcas* para defender en una suerte de mentalidad de *limes* de la civilización europea, y en parte también como posible espacio para desarrollar una ambición imperial que en África y Asia había encontrado escasa satisfacción, ya en tiempos del imperio guillermino se publicaron proyectos de expansión hacia el Este, que fueron resucitados durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) como posibles planes de futuro, una vez que la guerra contra el imperio zarista fuese ganada.

La irrupción de la revolución bolchevique contribuyó a resemantizar aquella imagen previa, y le añadió nuevos significados. El pueblo asiático y de instinto otrora dominador, pero considerado inferior al alemán y al europeo occidental desde el ángulo cultural, económico y político, se hallaría ahora a las puertas de Europa armado de una nueva ideología totalitaria que amenazaba con destruir la religión, la propiedad y lo que para los defensores del orden liberal-capitalista constituían los pilares de la civilización, pues su ansia de expansión era universal. El bolchevique era, pues, ruso, asiático y, en sus versiones más gratas para el público confesional, anticristiano. Un perfecto sucedáneo de lo que habían sido los *turcos* para la cristiandad tres siglos antes. Los alemanes ya se habían enfrentado a él durante la guerra civil rusa, en 1918-1919, cuando los llamados *Freikorps* o milicias baltoalemanas, con el apoyo de tropas desmovilizadas del ejército imperial tudesco, habían combatido junto a los nacionalistas bálticos para evitar la invasión por parte bolchevique de Estonia, Letonia y Lituania. Esa lucha, corta pero intensa, estuvo también marcada por la inmensa brutalidad de su desarrollo, pues en ella ningún bando hizo prisioneros. E igualmente contribuyó a radicalizar las representaciones preexistentes de la realidad rusa, dotándolas de un significado adicional: la revolución bolchevique habría supuesto una *alteración* de las jerarquías étnicas en el área, en detrimento sobre todo de las minorías alemanas. La conclusión era clara: las viejas jerarquías deberían reestablecerse en el futuro^[7].

No en vano, buena parte de la literatura antibolchevique y de la publicística antisoviética que circuló en la República de Weimar durante la década de 1920 fue obra de escritores baltoalemanes y exiliados rusos blancos, o nacionalistas pertenecientes a pueblos no rusos. Entre ellos se contaría uno de los primeros ideólogos del NSDAP, el alemán de Estonia Alfred Rosenberg (1893-1946), teorizador del racismo nazi y de su visión de la Historia. Rosenberg publicó en

1922 el folleto *La peste en Rusia*, donde invocaba la única alternativa que cabía a Alemania frente a la «Rusia judeo-bolchevique»: «exterminio o victoria». Y en su obra capital, *El mito del siglo xx* (1930), el teórico baltoalemán del nazismo afirmaba sin ambages que

el bolchevismo significa la reacción irritada del mongoloide contra las formas de cultura nórdicas; es el instinto de la estepa, es el odio del nómada contra las raíces de la personalidad; significa el intento de abatir a Europa por completo^[8].

El temor a una «invasión» mongola o a la barbarie asiática, encarnada en un despotismo premoderno, había sido invocado por los liberales de la Asamblea de Frankfurt en 1848 —temerosos de una intervención armada del zar Nicolás I—; fue invocado en la propaganda de guerra de 1914-1918, y tuvo continuidad, pues, en la publicística conservadora y anticomunista posterior al fin de la Primera Guerra Mundial. Se trataba de un enemigo *externo*, pero que ahora despertaba, por sus prédicas antinacionalistas y su aspiración a destruir los fundamentos de la sociedad capitalista, el temor a que se uniese a un enemigo interno. Sin embargo, el nacionalsocialismo llegó a elaborar una imagen de Rusia —término utilizado de manera confusa como sinónimo de la URSS, o más en concreto de pueblos eslavos de la URSS— que sintetizaba todas las representaciones anteriores y las fundía con el estereotipo del judío. Este último sería también asiático y mongoloide —en el mismo Hitler con toda probabilidad una representación forjada en sus años vieneses, muy típica de los propagandistas antisemitas de la capital austríaca en los años de entresiglos, y que denigraba a los judíos ortodoxos y de zonas como la Galitzia de cultura ucraniana como seres exóticos de otro continente, además de físicamente repulsivos y repugnantes desde el punto de vista moral—, y asimilado en sus características físicas y espirituales a lo ruso y *lo comunista*.

Rusia pasaba a ser así la expresión de una entente judía y bolchevique de impronta asiática que abrigaba el objetivo de imponer su dominio mundial, comenzando por Alemania. La conciencia anterior de la propia superioridad cultural, tecnológica, militar y económica se fundamentaba ahora en un nuevo argumento que condensaba y resumía todos los anteriores: el de la superioridad racial, de naturaleza biológico-genética. El ruso y el judío eran lo mismo, y eran bolcheviques y asiáticos por pertenecer a una raza inferior, cuya erradicación

(*Ausrottung*,) sería la única garantía de que no posasen sus garras sobre Alemania y Europa. Y esa eliminación sería deseable y hasta justificable, por cuanto el ruso bolchevique y judío no sería más que un ser subhumano (*Untermensch*) no sólo de modo metafórico, desde un punto de vista cultural o civilizatorio, sino sobre todo desde un ángulo supuestamente *científico*^[9].

Ninguna de las otras representaciones de la superioridad histórica, cultural o económica de Europa central y occidental sobre el mundo eslavo, y sobre Rusia en particular, implicaba o legitimaba una política de exterminio. Más bien evocaban la necesidad de mantener una *frontera* y marcaban un límite entre un concepto propio de Europa (asimilado a una lectura particular de qué significaba el término «civilización») y un concepto extraño de civilización, un estadio inferior a ella. La nueva imagen elaborada por el nacionalsocialismo tenía la virtud de sintetizar todas las anteriores, y todos y cada uno de sus elementos, además de añadirle la legitimación racial de cariz biológico-genético. Por ello, podía ser asumida por sectores sociales, actores y, desde 1941, soldados en los que predominaba alguno de los tipos *tradicionales* de visión de Rusia.

El síndrome del Vístula incluía además un elemento de temor real a los juzgados deseos de expansión mundial del comunismo encarnado por la URSS, que, aunque congelados por el triunfo de las tesis leninistas del «socialismo en un solo país», seguían vivos gracias a la existencia de la Internacional Comunista o Komintern. Y en los planes imperialistas a medio y largo plazo del nazismo, en particular de Adolf Hitler, la confrontación con la Unión Soviética y la expansión del propio imperio a costa de los pueblos eslavos eran contempladas como un hecho inevitable en el futuro. Sin embargo, también persistía el temor a que Stalin golpease primero y a que, esta vez, no hubiese fuerza capaz de detener a las *hordas asiáticas* en el Vístula.

El 23 agosto de 1939, las cancillerías de todo el mundo se despertaron con una noticia sorprendente. Tras un viaje relámpago del ministro de Asuntos Exteriores del Tercer Reich a Moscú, Joachim von Ribbentrop, y tras una negociación con el propio Stalin y el comisario de Asuntos Exteriores, Viacheslav Molotov, Alemania y la URSS firmaron en la madrugada de aquel mismo día un pacto de no agresión. En el protocolo secreto que lo acompañaba, los dos regímenes dictatoriales se repartían «áreas de influencia» en Polonia, que iba a ser atacada por las tropas germanas el primero de septiembre. Tras una discusión que duró varias horas sobre el reparto de Letonia, pues los alemanes

querían germanizar una parte del país, el pacto estuvo listo. En virtud de este último se reconocían como esferas de interés propias de la Unión Soviética los territorios bielorrusos y de Ucrania occidental pertenecientes a Polonia, de acuerdo con la distribución de fronteras que había sido fijada en 1918. Al mismo tiempo, la URSS invadiría las repúblicas bálticas de Lituania, Letonia y Estonia, antiguos territorios del Imperio zarista que se habían proclamado independientes en 1918-1919, y reclamaría del Gobierno rumano, con apoyo de Hitler, la cesión de las regiones de Bukovina (territorio de mayoría étnica ucraniana) y Besarabia.

Hitler, que había ofrecido a Stalin el pacto de no agresión para asegurarse manos libres en Polonia, sabía que el acuerdo era sólo temporal. Stalin también era consciente de ello. Pero el 3 de septiembre de 1941 tanto Gran Bretaña como Francia reaccionaban a la invasión de Polonia declarando la guerra a Alemania, algo que no entraba en las previsiones de los dos dictadores. El 17 de septiembre de 1939, tras la petición alemana de que la URSS también invadiese Polonia por el este, las tropas soviéticas cruzaban la frontera, con el pretexto de proteger a los «hermanos bielorrusos y ucranianos» que vivían bajo el Gobierno de Varsovia y que ahora podían verse abandonados a su suerte. Una semana después, la ocupación de la zona de influencia soviética era un hecho, y el 28 de septiembre Molotov y Ribbentrop se repartieron el botín definitivamente. Las áreas de mayoría étnica no polaca del Estado polaco pasaron a soberanía soviética. El resto fue anexionado por Alemania, y repartido entre una zona directamente reanexionada, el territorio de *Wartbeland* y el Gobierno General (*Generalgouvernement*), que comprendía buena parte de las regiones de Polonia central y oriental.

Tanto en la zona de ocupación alemana como en la soviética comenzó un proceso de depuración, represalias y deportaciones. Dos millones de polacos fueron deportados a Siberia y Asia Central, internados en campos de concentración y utilizados como mano de obra forzada, al igual que los prisioneros de guerra que cayeron en manos soviéticas. Aunque los diversos cálculos existentes son sólo aproximativos, cabe afirmar que la mayoría de los prisioneros y deportados polacos perecieron en el curso del cautiverio en la URSS. Los oficiales del Ejército polaco fueron masacrados y enterrados en una gigantesca fosa común en el bosque de Katyn, que fue descubierta tres años después por los alemanes. Y unos 800 comunistas alemanes refugiados hasta entonces en Moscú fueron entregados sin misericordia a la Gestapo^[10].

Uno de los argumentos con los que se quiso justificar la invasión de la URSS por parte del Tercer Reich fue presentarla como una estrategia de «guerra preventiva». Se trata de una interpretación ampliamente esgrimida tras 1945 por los propios generales de la Wehrmacht en sus memorias, y que igualmente ha sido aducida *ad nauseam* por la historiografía revisionista, así como, aun hoy en día, por varios historiadores, entre ellos muchos procedentes de Europa oriental que insisten en presentar el modelo del totalitarismo soviético como un régimen equiparable en todas sus facetas al nazismo. Según esa teoría, la Unión Soviética estaría preparando en 1941 una invasión inminente de Europa, razón por la que habría concentrado numerosas tropas en su frontera occidental. Y Alemania no habría hecho más que adelantarse al golpe que Stalin preparaba. Tal argumento, sin embargo y como veremos, es difícilmente sostenible desde el punto de vista historiográfico.

Por regla general, los historiadores de las relaciones internacionales han oscilado entre dos polos a la hora de explicar la cambiante política soviética de alianzas entre 1938 y 1941. Para algunos autores, en particular para los alemanes, Stalin perseguía un acuerdo duradero con Hitler, a fin de repartirse zonas de influencia en Europa y Asia, y su juego con las democracias occidentales sólo era oportunismo. Sin embargo, el Tercer Reich no podía renunciar a un objetivo ideológico fundamental, como era la destrucción de la URSS, y a esta última no le habría cabido más remedio que defenderse. Para otros autores, si la Unión Soviética firmó con Alemania en agosto de 1939 el pacto de no agresión, ello fue debido a las dudas de franceses y británicos, que habrían llevado al dictador soviético a buscar un entendimiento a corto plazo con Hitler, ganando un tiempo precioso para preparar la inevitable guerra que también otearía en el horizonte mientras aquél divertía sus ambiciones en el oeste. Según esta interpretación, el compromiso de la URSS con la paz y con el mantenimiento del orden internacional sería sincero en lo sustancial. Las evidencias que proporcionan, aunque a cuentagotas, los archivos rusos y de otros países del este de Europa desde 1989 parecen señalar, por el contrario, el carácter improvisado y cambiante de la política de alianzas soviética. Y asimismo que la consolidación de espacios de dominio geopolítico en Europa oriental, que Stalin teorizó en 1943 como la creación de un glacis defensivo alrededor de la URSS, ya constituía una aspiración patente en 1939-1940. Objetivo que se materializó con campañas militares concretas^[11].

Parece fuera de toda duda que Stalin era consciente de que a medio plazo la guerra con el Tercer Reich sería inevitable. Y de que debía irse preparando para ella mientras ganaba tiempo y dejaba que los Estados capitalistas peleasen entre ellos. Según algunas investigaciones recientes, el dictador soviético estimaba seriamente que el conflicto entre ambas dictaduras estallaría a más tardar en 1942^[12]. Y también fue más que evidente que, aprovechando las concesiones alemanas en el protocolo secreto del pacto germano-soviético de agosto de 1939, la URSS procedió a realizar su viejo deseo de *recuperar* por la fuerza aquellos territorios que habían pertenecido en el pasado al imperio de los zares, y que entre 1917 y 1919 habían alcanzado la independencia. El solar de la vieja Rusia debía ser igualmente el de la nueva patria soviética. Y para conseguir ese fin se combinaban argumentos historicistas y étnicos: no sólo debían volver al regazo soviético las antiguas tierras de los zares, sino que además aquellos territorios en donde eran mayoría grupos étnicos o nacionalidades soviéticas (bielorrusos o ucranianos) también debían reunirse con sus connacionales en sus auténticas patrias, resucitadas y reunificadas bajo el paraguas de la URSS.

El proceso de *recuperación* imperial soviética, pues, siguió su curso por el norte. El 5 de octubre de 1939, el dictador moscovita intentó imponer un tratado bilateral a Finlandia que incluyese el derecho de la URSS a disfrutar de bases militares en su territorio, así como la cesión del istmo de Carelia, al norte de Leningrado, a cambio de una parte de la Carelia soviética. El Gobierno de Helsinki se negó a ello, y el 30 de noviembre el Ejército Rojo invadió el país. Sin embargo, y para sorpresa de todas las cancillerías, la resistencia inesperada de las tropas finlandesas, bien preparadas para la guerra de invierno, causó un número desproporcionado de bajas a los soviéticos, cuyas anticuadas tácticas, carencias logísticas y de suministros, y cuya ausencia de oficiales capaces y con capacidad de decisión independiente del control de los comisarios políticos quedaron al descubierto. Sólo la llegada del mariscal Semyon Timoshenko como nuevo comandante en jefe de las operaciones, así como el refuerzo de 26 divisiones soviéticas, consiguieron romper las defensas finlandesas. Sin embargo, el Ejército Rojo estaba exhausto, lo que obligó a Stalin a renunciar a la conquista de Finlandia. De este modo, el 12 de marzo de 1940, el Gobierno de Helsinki accedió a firmar un armisticio por el que accedía a las concesiones demandadas por el dictador soviético a cambio del mantenimiento de la existencia de Finlandia como Estado independiente. En recompensa por su

buena actuación en la guerra de invierno, Timoshenko fue nombrado en abril de 1940 por Stalin nuevo comisario de Defensa, en sustitución del mariscal Kliment Voroshilov, con la misión de modernizar la estructura del Ejército Rojo y librar a sus mandos de la rígida sujeción a los comisarios políticos que había sido impuesta por el mismo Voroshilov en 1937. Lo que Timoshenko consiguió parcialmente en agosto de 1940.

Los soviéticos no extrajeron las lecciones debidas del uso de la guerra relámpago por Alemania en las campañas de Polonia y Francia. La rápida derrota del ejército francés en junio de 1940 arruinó todas las previsiones estratégicas de Stalin, quien esperaba que en el oeste se desarrollase una guerra de trincheras que desangraría al Tercer Reich y le distraería de toda tentación de atacar en el este. Sin embargo, en el verano de 1940, la URSS se hallaba sola frente al poderío continental de una Alemania engrandecida. Esa constatación aceleró las prisas soviéticas por sumar la parte del pastel que había sido prometido por Ribbentrop un año antes. El 17 de junio de 1940, un ejército de medio millón de soldados soviéticos invadió los países bálticos, desencadenando la misma ola de terror represivo que la URSS había aplicado en Polonia oriental nueve meses antes. Miles de ciudadanos bálticos fueron asesinados, y unos 127 000 fueron deportados a Siberia. A continuación, Stalin presionó a Rumania para que cediese el territorio de Besarabia, perteneciente en el pasado al imperio de los zares, así como una parte de la Bukovina (de mayoría étnica ucraniana). El Gobierno de Bucarest cedió a la presión, y el 28 de junio de 1940 las tropas soviéticas anexionaron esas regiones^[13].

La expansión soviética fue contemplada con preocupación por el Tercer Reich. Y es más que probable que actuase como desencadenante de la orden final (con el código *Fritz*) dictada por Hitler el 3 de julio de 1940, por la cual se instruía a la Wehrmacht para que pusiese en marcha los estudios y proyectos preliminares para proceder a una invasión de la URSS. Ya en mayo de 1940, el Alto Mando del Ejército de Tierra (*Oberkommando des Heeres*, OKH) había elaborado un primer borrador acerca de las fuerzas necesarias para invadir la URSS y la capacidad militar soviética, que infravaloraba al atribuir al Ejército Rojo sólo «50-75 buenas Divisiones», por lo que bastaría con «80-100 Divisiones alemanas» para conquistar el territorio europeo de la URSS, sobre todo Ucrania, el Báltico y Bielorrusia en «4-6 semanas», hasta mantener al ejército soviético lo suficientemente lejos de Alemania. Sin embargo, pronto

Hitler cambió de parecer estratégico: la agresión a la URSS no se limitaría a una guerra de disuasión o una demostración de fuerza con el fin de alejar el peligro, sino que tendría como objetivo la completa destrucción del enemigo, el reparto de su territorio y el fin del «bolchevismo judío». El Führer nazi ya repartía la piel del oso antes de cazarlo, según anotaba el general Franz Haider en su diario: «Ucrania, Bielorrusia, los Estados bálticos para nosotros. Finlandia hasta el mar Ártico. [...] Más tarde, operación parcial sobre la región petrolífera de Baku». La guerra debería concluir antes del invierno, y el Ejército Rojo capitularía en diecisiete semanas, cuatro meses como mucho. Si el Estado soviético no se desmoronaba, las tropas enemigas serían perseguidas sin piedad hasta los Urales. El 29 de julio de 1940, el general Alfred Jodl, jefe de operaciones de Hitler, anunció a un grupo de mandos militares de confianza que estaba previsto que la guerra contra la URSS diera comienzo en mayo de 1941.

El plan estratégico y de campaña de Hitler para el ataque, que acabó por imponerse frente a otras alternativas, proponía atacar por tres direcciones. El Grupo de Ejércitos Norte, comandado por el mariscal Ritter von Leeb e integrado por dos ejércitos (16.º y 18.º), un cuerpo aéreo y un grupo blindado atacaría a través del Báltico hasta alcanzar Leningrado. Allí convergería con el Grupo de Ejércitos Centro (mariscal Fedor von Bock), integrado por dos ejércitos (4.º y 9.º), dos grupos blindados (2.º y 3.º) y un cuerpo aéreo, que avanzaría a través de Ucrania occidental y Bielorrusia en dirección a Moscú. El Grupo de Ejércitos Sur, integrado por dos ejércitos (6.º y 17.º), un grupo blindado (1.º) y un cuerpo aéreo, además de por tropas rumanas, se dirigiría hacia las zonas petrolíferas del Cáucaso. Complementaban el ataque por el norte ártico dos cuerpos de ejército dependientes del Ejército alemán estacionado en Noruega, que intentaron con poco éxito apoderarse de la línea de ferrocarril de Murmansk a Moscú. El Grupo de Ejércitos Centro sería el más poderoso de los tres, y reuniría casi la mitad de los efectivos humanos y blindados de las fuerzas invasoras. Pero podría desviar parte de sus unidades para auxiliar a los otros dos Grupos de Ejército en caso de necesidad. De este modo, el Tercer Reich se aseguraría el control de importantes recursos minerales, industriales y agroganaderos (las zonas industriales de Leningrado, la cuenca del Donetz, las llanuras de Ucrania), y golpearía directamente al centro del poder soviético^[14].

Los planes de reparto del territorio soviético, que incluían la reordenación racial y demográfica y la explotación económica de las zonas conquistadas, se

fueron perfilando durante los meses sucesivos, y llegaron a alcanzar en los proyectos de Hitler proporciones fantásticas. Estas últimas abarcaban la reubicación de una parte de la población rusa en las regiones septentrionales, la creación de un Estado satélite en Siberia y Asia Central (*Slavenland*), la recolonización de áreas del Báltico, de la región de Leningrado y de Ucrania con población alemana, y un largo etcétera. Desde un principio estaba prevista la aplicación masiva de una política represiva brutal en la retaguardia, con el fin de mantener el mayor número posible de tropas (hasta cincuenta-sesenta divisiones) como guarnición permanente de lo que sería el nuevo *limes* imperial, desde Astrakán hasta Arkangelsk. Más allá de esa línea empezaría el dominio de los *bárbaros* rusos. La explotación económica del territorio conquistado se basaría en una premisa: el consumo de la población soviética se reduciría drásticamente para poder proveer al ejército de ocupación y a la población del Tercer Reich de suficientes productos industriales, materias primas y, particularmente, alimentos. Esa opción significaba asimismo que los ocupantes dejarían perecer por hambre a un número de ciudadanos soviéticos calculado por los jefes nazis en treinta millones, concentrados sobre todo en las ciudades y en las llamadas «regiones de apoyo» (*Zuschussgebiete*). Lo que se uniría a una política de ocupación brutal que eliminaría de entrada a los elementos que eran considerados como pilares esenciales del mantenimiento del sistema soviético: adultos judíos, comisarios políticos y militantes comunistas. En los planes que harían operativos esos diseños participaron funcionarios e instancias militares y políticas diversas, pertenecientes tanto a las *Schutzstaffel* (Escuadras de protección del Partido Nazi, SS) y al *Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad, SD) como a la Wehrmacht, pero también intervinieron responsables del Ministerio de Exteriores^[15].

En esos proyectos elaborados todavía sobre la mesa de un escritorio, con la ayuda de mapas y estadísticas, se formularon objetivos de guerra con matices diversos, pero coincidentes en sus aspectos fundamentales. Para Heinrich Himmler, jefe supremo de las SS y la Policía y comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Nación Alemana (*Reichskommissar für die Festigung deutschen Volkstums*), así como para su sanguinario lugarteniente Reinhard Heydrich, los objetivos de colonización germánica de varios territorios de la URSS se combinaban con la obsesión por la «protección» (*Sicherung*) del nuevo territorio imperial a conquistar. Para otros líderes, como el ministro de

Propaganda y Educación Popular Joseph Goebbels, se trataba además de una guerra por la supervivencia económica y el bienestar del pueblo alemán: por «cereales y pan [...] por una mesa de desayuno, una comida y una cena bien servida, [...] por materias primas, por caucho, hierro y minerales»^[16]. El mismo Hitler expresó en agosto de 1941 que los territorios del este habrían de ser para Alemania lo que la India era para Gran Bretaña. Al igual que una minoría de británicos podía regir sobre 400 millones de indios, una élite alemana habría de garantizar el dominio sobre millones de naturales del país ahora conquistado, quienes deberían ser mantenidos en un estadio de instrucción inferior que los capacitase únicamente para trabajar para los gobernadores, soldados y colonos de la raza superior^[17].

De forma paralela a esos preparativos bélicos, el Tercer Reich firmó el pacto tripartito con Japón e Italia el 27 de septiembre de 1940, para un reparto de áreas de influencia (el Mediterráneo, Europa oriental y Extremo Oriente), y atrajo también al pacto a Finlandia, Rumania y Hungría. Mientras tanto, Alemania siguió manteniendo con esmero sus buenas relaciones diplomáticas con la URSS. Hitler incluso ofreció a Stalin el 13 de octubre de 1940, a través de Ribbentrop, que la Unión Soviética entrase en el pacto y participase en el reparto de áreas de influencia en Europa y Asia. No está del todo claro si esa oferta era un mero tanteo para comprobar cuáles eran las ambiciones territoriales del dictador georgiano, o bien si se trataba de un hábil movimiento que buscaba sorprender una vez más a Gran Bretaña y asegurarse las esferas ya adquiridas de dominio continental, posponiendo la guerra de «cosmovisiones» para un futuro más lejano. Fuese lo que fuese, el caso es que el ministro de Exteriores soviético Molotov se presentó en Berlín el 12 de noviembre de 1940, con el fin de discutir la oferta. No obstante, tras dos días de infructuosas negociaciones no hubo acuerdo final. La URSS no quería ser arrastrada a una guerra contra Gran Bretaña, y sus ambiciones territoriales se centraban en Europa oriental, además de en Turquía y el golfo Pérsico. Por el contrario, Ribbentrop y Hitler pretendían convencer a la URSS de que dirigiese sus ambiciones imperialistas hacia el océano Índico. El fracaso de la visita de Molotov dio el empuje final a la decisión de Hitler de ir a la guerra: el 18 de diciembre de 1940, el Führer nazi firmó la *Instrucción de Guerra n.º 21*, por la que establecía que la invasión de la URSS comenzaría en mayo. A pesar de los flirteos, es más que dudoso que el entendimiento entre los dos regímenes fuese posible a medio y largo plazo. Pero

también lo había parecido en el verano de 1939^[18]. Stalin, en todo caso, deseaba en este momento evitar la guerra por medios diplomáticos.

El Ejército Rojo había comenzado a prepararse y a reforzar los confines occidentales de la URSS en el otoño de 1940, además de proceder a un aumento paulatino de sus efectivos militares en hombres, así como en dotación de blindados y artillería. La labor de actualización de las defensas fronterizas fue, sin embargo, desastrosa desde un punto de vista estratégico. Por ejemplo, de los 2300 puntos fortificados establecidos a lo largo de la frontera, sólo un millar escaso disponía de dotación artillera. Stalin impuso a los mandos del ejército soviético su propia previsión acerca de cómo discurriría un posible ataque alemán, basándose en la experiencia militar acumulada durante la guerra civil rusa. El golpe se dirigiría preferentemente por el sur, hacia el Cáucaso y los principales recursos económicos, pues el dictador georgiano partía de la base de que ningún ejército invasor osaría atacar por el centro y aventurarse a cruzar la zona pantanosa de Pripet, en Bielorrusia.

A principios de 1941 el mejor estratega militar soviético, Georgy Zhukov, fue designado merced a una serie de carambolas jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo. Zhukov se puso manos a la obra de inmediato para fortificar mejor las defensas fronterizas, y estableció contingentes blindados y aéreos en zonas de retaguardia adyacentes con el fin de absorber un posible ataque germano. Incluso, Zhukov desarrolló planes para repeler un posible ataque alemán con una contraofensiva que penetrase en territorio del Reich. En marzo de 1941, el estratega soviético consiguió igualmente convencer a Stalin para que decretase una movilización parcial de medio millón de reservistas, a los que se unieron 300 000 más semanas después. Y en mayo de 1941 el dictador soviético transfirió más tropas a la frontera, también a insistencia de su jefe de Estado Mayor. El día 5 de ese mes Stalin pronunció un discurso en el Kremlin ante los graduados de las academias militares soviéticas, en el que, según las diferentes versiones del mismo —del que no se conservó versión taquigráfica— habría afirmado que el Ejército Rojo, por ser moderno, también era un ejército «ofensivo». Tanto el plan parcial de Zhukov para un posible contraataque como la transferencia de tropas soviéticas a la frontera en vísperas de la invasión y el discurso de Stalin el 3 de mayo, además de la consideración de que la doctrina militar del Ejército Rojo se basaba en el supuesto de la agresividad permanente, han sido considerados por algunos historiadores, multitud de publicistas y la

propia propaganda de guerra del Tercer Reich como pruebas irrefutables de que la URSS estaba preparando en 1940-1941 una inminente invasión de Alemania, y que Hitler no hizo sino adelantarse a sus planes en una guerra preventiva. Sin embargo, las evidencias documentales son demasiado débiles e indirectas para sostener tal aserto de modo convincente, y no van más allá de lo ya expuesto^[19].

Por otro lado, es un hecho que Stalin buscó entre enero y junio de 1941 reconciliarse diplomáticamente con su todavía aliado alemán, e hizo caso omiso de los numerosos informes de su inteligencia militar que advertían de los preparativos alemanes, algunos tan precisos como los microfilmes enviados por el famoso espía Richard Sorge desde Tokio a principios de marzo. El Estado Mayor soviético y el mismo Stalin consideraron que todas esas informaciones sólo eran burdas maniobras del espionaje británico para enemistar a la URSS con Alemania y provocar su entrada en guerra a favor de los Aliados. El primer muerto provocado por la Operación Barbarroja fue, de hecho, un soldado alemán de simpatías comunistas que desertó el 21 de junio, cruzó la frontera y alertó a los soviéticos de que al día siguiente comenzaría la invasión. Tras haber sido comunicadas sus informaciones a Moscú, el desertor fue hecho fusilar sin contemplaciones por orden directa de Stalin, quien sostuvo que se trataba de un ardid teutón para provocar a los soviéticos. No fue el único: hubo varios casos más a lo largo de la línea fronteriza. Pero sus avisos fueron sistemáticamente ignorados por los soviéticos^[20].

Tal vez, el dictador soviético, que desconfiaba de modo compulsivo de quienes le rodeaban, se aferraba a la incredulidad. O, lo que es más probable, se resistía a creer que Hitler fuese tan audaz como para atacar con un ejército que no superaba en efectivos al soviético, arriesgarse a sostener una guerra en dos frentes, y lanzarse a invadir la URSS con tan poco tiempo antes de que llegase el otoño. El hecho de que Alemania hubiese mandado tropas a los Balcanes en mayo de 1941 reforzó aún más la creencia de Stalin: Hitler no podía ser tan temerario. Si Alemania atacaba a la Unión Soviética, lo haría sólo después de doblegar de manera definitiva a Gran Bretaña. El dictador soviético no podía dar crédito al hecho de que Hitler invadiese su país sin presentación previa de un ultimátum, e interpretaba los repetidos informes acerca de movimientos de tropas alemanas como la evidencia de que el líder nazi se estaba marcando un enorme farol estratégico para poder obtener concesiones ventajosas en una futura negociación bilateral. El 15 de junio de 1941, al ser informado por Zhukov y

Timoshenko de la posible inminencia de una invasión, Stalin expresó en voz alta su confianza en que no se produciría tal cosa:

Alemania está metida hasta las orejas en la guerra con Occidente y estoy seguro de que Hitler no se arriesgará a crear un segundo frente atacando la Unión Soviética. Hitler no es tan idiota y comprende que la Unión Soviética no es Polonia, ni Francia, ni tan siquiera Inglaterra^[21].

Una clara evidencia de que el ataque alemán a la URSS no tuvo como objeto contrarrestar una inminente ofensiva soviética contra el corazón de Europa radica en el hecho de que en los preparativos militares y en las predicciones de la conducta del Ejército Rojo que Rieron elaboradas por los estrategas del Alto Mando de la Wehrmacht no existía la más mínima referencia a la «guerra preventiva». El propio Himmler opinaba en noviembre de 1940 que la Unión Soviética era inofensiva desde el punto de vista militar. La mayor preocupación de Hitler en los meses previos a la invasión de la URSS consistía, paradójicamente, en lograr que Gran Bretaña diese su brazo a torcer, y que los Estados Unidos no entrasen en el conflicto. La destrucción de la capacidad defensiva soviética en tres o cuatro meses era considerada en la práctica cosa hecha^[22].

La capacidad militar del Ejército Rojo era bien conocida por los alemanes, y ya había podido ser observada y valorada por varios oficiales de la Reichswehr durante la segunda mitad de los años veinte, cuando la República de Weimar y la URSS mantuvieron relaciones de intercambio y cooperación militar, sostenidas en teoría después del pacto germano-soviético de agosto de 1939. Varios oficiales tudescos que en 1940-1941 habían accedido al generalato pudieron conocer entonces de cerca el rearme del Ejército Rojo, que por lo general subestimaron, así como el nuevo «militarismo» del Estado bolchevique. Aunque la inteligencia militar alemana destacaba la previsible determinación del soldado soviético a la hora de defender su país, en los meses previos a la Operación Barbarroja no se detectaba en los preparativos militares germanos ninguna percepción seria de temor a un posible ataque soviético. Algunas decisiones militares adoptadas por Stalin, como la clausura de la frontera germano-soviética en marzo de 1941 y la movilización parcial de reservistas, fueron interpretadas ante todo como medidas defensivas por parte del Ejército Rojo. Y los desastres logísticos de este último durante la guerra de invierno contra Finlandia fueron

igualmente percibidos por los alemanes como una muestra de la incapacidad de las fuerzas armadas soviéticas para acometer operaciones ofensivas de envergadura, en buena parte debido al efecto debilitador de las purgas estalinistas de 1937-1938 entre la oficialidad y cuadros militares. Aunque en vísperas de la invasión el OKW conocía bien la superioridad numérica del Ejército Rojo en efectivos humanos, así como en número de carros blindados, la capacidad de combate de las tropas soviéticas era ampliamente menospreciada por el mando alemán. El Ejército Rojo era juzgado desde un punto de vista profesional como una fuerza muy inferior a la Wehrmacht, en particular desde el punto de vista de la tecnología militar, y la calidad de sus mandos, inferiores e intermedios. Si alguna virtud se reconocía a los soviéticos, como expresaba el jefe de Estado Mayor del 4.º Ejército germano en mayo de 1941, era la capacidad de sufrimiento y combate de sus soldados rasos, de los *Ivanes*. Pero esa valoración positiva tenía una contrapartida de prejuicio cultural. El combatiente *ruso* podía ser, *precisamente* por su supuesta obcecación primitiva, un luchador individual duro de roer: «como medio asiático, analfabeto y combatiente piensa y siente de diferente manera. Por ello no es vulnerable a los rigores invernales, es austero [...] y resistente». Pero en la guerra moderna incluso un soldado así tendría poco que hacer frente a la Wehrmacht^[23].

A pesar de las objeciones estratégicas y las dudas de varios de los generales más importantes, la confianza en la superioridad del propio ejército y de su aura invencible, demostrada en las guerras relámpago de 1939-1940, invitaba al Alto Mando de la Wehrmacht a un más que moderado optimismo. La osadía de Hitler, al que ninguno de sus oficiales de Estado Mayor se atrevía a contradecir, hacía el resto. El escenario más plausible que preveían el jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra (Halder) y sus ayudantes, cuando se reunieron en Zossen el 4 de junio de 1941 con los comandantes/generales que iban a intervenir en la invasión, era que tras dos semanas de lucha intensa las tropas soviéticas dejarían un vacío a su espalda por el que avanzarían imparables las unidades blindadas alemanas, golpeando el corazón de la URSS y provocando el derrumbamiento general del Estado soviético^[24].

El sueño imperial y la preparación de una guerra de exterminio

Los planteamientos geopolíticos y los sueños de imperio racial de Hitler ya estaban esbozados, en efecto, en los años veinte. En ellos se podrían identificar tres fases, coincidentes con el ascenso sucesivo del imperio alemán de potencia europea a imperio mundial. En primer lugar, una alianza con Gran Bretaña sobre la base de la renuncia germana a colonias ultramarinas permitiría a Alemania subyugar a la Europa continental incluida la URSS, y de esta manera crear las condiciones para convertir al imperio alemán en un poder mundial. En segundo lugar vendría el salto a ultramar desde esta posición continental y la disputa con los Estados Unidos por la hegemonía mundial. En un tercer estadio llegaría la consecución de la hegemonía mundial para Alemania. Con el fin de alcanzar el primer objetivo, que Hitler creía poder llegar a ver en vida, el dictador se había marcado el período 1937-1943/1945. Así, mediante una serie de guerras relámpago sucesivas contra enemigos seleccionados, el Führer nazi confiaba en asentar progresivamente la hegemonía continental de Alemania. Empero, la entrada en guerra con el Tercer Reich de Gran Bretaña y Francia en septiembre de 1939, tras el ataque germano a Polonia, así como la posterior persistencia británica en no rendirse, tras la caída de Francia en junio de 1940, fueron elementos imprevistos que torcieron los planes del dictador nazi. Sus proyectos tuvieron entonces que adaptarse a las nuevas perspectivas de una guerra librada en varios escenarios y contra varios oponentes a la vez. Hitler pasó a privilegiar un plan de guerra improvisado, lo que le llevó a adelantar tácticamente el ataque a la URSS que desde hacía veinte años consideraba inevitable.

La confrontación estaba escrita en los diseños de futuro del dictador, ante todo, por postulados ideológicos de carácter estructural, inherentes a la cosmovisión nacionalsocialista. Estos últimos enlazaban con el proyecto a largo plazo concebido por Hitler, y pasaban por el cumplimiento de una suerte de misión histórica que el nacionalsocialismo se arrogaba para restaurar la hegemonía alemana en el mundo, dentro de una concepción geopolítica de naturaleza racial. La guerra contra la URSS permitiría alcanzar cuatro objetivos

estratégicos:

1. El exterminio de los sectores dirigentes soviéticos («judeo-bolcheviques»), junto con la aniquilación de todos los judíos del continente, empezando por los de Europa centro-oriental y otras razas *inferiores* desde el punto de vista genético para acabar con las «raíces biológicas» del comunismo; la sumisión de los pueblos eslavos, su debilitamiento político, demográfico y cultural y su sujeción colonial, cuando no pseudovasallática, al imperio alemán;
2. la consecución de «espacio vital» para el pueblo alemán, mediante la regermanización de varias zonas del Estado soviético, que serían *vaciadas* progresivamente de población eslava y colonizadas con pobladores alemanes del territorio del Reich y «alemanes étnicos» procedentes de otras zonas de Europa centro-oriental, con el objetivo de crear nuevos territorios germanos, y la creación de un «Gran espacio» (*Grossraum*) autárquico bajo dominio alemán en Europa continental, dentro del cual una serie de pueblos y áreas servirían como unidades subordinadas a las necesidades económicas en materias primas y alimentos del Tercer Reich. El nuevo imperio alemán podría así asentar su hegemonía en Europa sobre sólidos pilares económicos y militares, y pasar a la ofensiva por el poder mundial en una siguiente fase.

Estos grandes proyectos a largo plazo, que configuraban lo que se podría llamar el *programa oriental* de Hitler, se hallaban esbozados ya de forma clara en el segundo volumen de *Mi Lucha* (1927) como un plan de conquista de territorios y ampliación de fronteras en el Este a costa de pueblos inferiores desde un punto de vista *racial*^[25]. Pero esos designios carecían, por lo general, de previsiones detalladas en cuanto a su realización concreta a corto y medio plazo. Por ello, también ofrecían una posibilidad de integración e identificación a sectores más amplios del aparato de Estado alemán, a capas sociales y élites conservadoras, a los principales representantes del poder económico y, de modo muy particular, a la alta oficialidad de la Wehrmacht. Cada uno de esos sectores proporcionaría sus propios matices y, sobre todo, un abanico de planes realizables y concretos para alcanzar el proyecto de *reconstrucción* de un imperio alemán. La consecución de un nuevo *Reich* que sucediese al medieval y al guillermino era

contemplada como la causa exterior que permitiría mantener a la población alemana en constante movilización, y con ello sería capaz de sublimar las contradicciones sociales y políticas del nazismo —como de todo movimiento fascista—, proporcionando a diversas clases sociales incluidas en la concepción de la comunidad nacional germánica (de la que se excluían los racialmente *impuros* y los *imperfectos* desde el punto de vista biológico) un ideal de realización de un socialismo nacional e imperial. Algo de lo que Hitler era consciente desde mediados de la década de 1920^[26].

De hecho, la retórica imperial sonaba a música celestial a oídos de buena parte de los generales de la Wehrmacht, de los grandes industriales y de los partidarios de una concepción nacional-conservadora (*völkisch*) de la nación *granalemana*; es decir, de una Alemania cuyas fronteras habrían de comprender todos los territorios poblados por gentes de habla y cultura germana. El antibolchevismo y la imagen negativa de la URSS o «Rusia» era otro elemento compartido por todos ellos. Y el antisemitismo constituía un común denominador ideológico y cultural del conjunto de esos sectores. Incluso para los militares de pensamiento más *profesional*, la eliminación del «problema soviético», única amenaza estratégica seria para el poder alemán en Europa continental, constituía una tentación y un motivo de preocupación, lo que también explica por qué varios generales que después fueron miembros de la resistencia contra Hitler participaron de manera activa en la planificación y la ejecución de la Operación Barbarroja. Los proyectos de expansión hacia el este ya databan de la Primera Guerra Mundial, si no de antes. Y fueron muy pocas las voces que desde 1937 se alzaron contra una guerra que se veía venir. Ninguno de los compañeros de viaje del nazismo tenía por qué compartir todos y cada uno de sus postulados ideológicos, ni mucho menos contemplar dentro de esos objetivos el exterminio racial —si bien en la praxis imperial germana en África, como demostró la represión de la revuelta de los Herero en Namibia en 1907, no estuvo ausente la aniquilación de pueblos enteros—^[27]. Pero no por esa razón dejaron de prestar su concurso al conjunto de la empresa imperial. De hecho, los planes expansionistas de Hitler se apoyarían en cuatro objetivos: victoria militar, exterminio racial, explotación económica y expansión territorial. Y para esos fines necesitó, respectivamente, de cuatro elementos que conformaron los auténticos pilares de su proyecto: el Ejército, las SS y el Servicio de Seguridad (SD), la administración económica o *Vierjahresplan* y la administración civil^[28].

Las sucesivas guerras iniciadas por el Tercer Reich, y en particular la planeada campaña contra la Unión Soviética, ofrecían la posibilidad de cumplir cada uno de los objetivos particulares de los distintos sectores de la sociedad alemana que colaboraron e identificaron sus fines ideológicos con el nazismo. También las élites financieras y militares alemanas compartían el «síndrome del Vístula», el temor a la expansión de la revolución soviética por toda Europa, como habían experimentado en 1918-1920 con los estallidos revolucionarios en territorio alemán; la *Räterepublik*, los consejos obreros; el ascenso al poder del líder comunista Béla Kun en Hungría entre marzo y agosto de 1919, o la guerra civil española de 1936-1939. El antisemitismo, al menos entendido de modo genérico y tradicional, no era un postulado defendido en exclusiva por los nazis, como tampoco lo era el anticomunismo. También eran de aceptación generalizada entre amplias capas de la clase política, de la burguesía y de las élites alemanas las ansias por ganar un imperio, al igual que lo eran los sueños de expansión territorial hacia el este o el deseo de revancha por la derrota de 1918 y la humillación del Tratado de Versalles.

Junto a esa necesidad de expansión exterior de todo régimen fascista, jugaba a favor de la decisión de extender la guerra a la Unión Soviética desde fines de 1940 otro factor de alcance puramente estratégico, y que bebía en buena medida del trauma de la derrota de 1918. Con el fin de evitar que tuviese lugar otra *puñalada por la espalda* por parte de la sociedad civil al Ejército, era necesario evitar las causas que habían llevado al colapso del imperio guillermino en 1918: el hambre y los racionamientos en la retaguardia, así como el descontento de las familias de los soldados, la inestabilidad monetaria y los altos impuestos que hacían subir los precios. Para mantener el notable nivel de bienestar de la población del Tercer Reich, y para reducir, asimismo, a un mínimo indispensable las privaciones, incertidumbres económicas y familiares que pudiese acarrear el estado de guerra, era vital mantener la política de reparto social *equitativo* del producto de la expoliación a las minorías excluidas de la comunidad nacional en el interior, así como ampliar ese producto social con la apropiación de recursos en el exterior mediante la conquista de nuevos territorios y la explotación de sus riquezas^[29].

En términos estratégicos, un planteamiento de esa naturaleza necesitaba de una sucesión de guerras relámpago sucesivas, con escaso coste social y económico, limitado número de bajas propias y notables réditos en prestigio,

orgullo nacional y, no menos importante, bienestar económico repartido entre la población. Sin embargo, desde septiembre de 1939 esta estrategia había fallado. Para poder mantener el curso de la guerra sin problemas en la propia retaguardia, los jefes nazis y Hitler en particular llegaron a la convicción de que sólo la conquista de amplios territorios en el este, en territorio soviético, haría posible ganar un imperio colonial europeo que proporcionase alimentos y materias primas, además de mano de obra esclava. Esos recursos constituirían una base segura para la supervivencia del imperio alemán en el camino hacia su hegemonía. Merced a ello se suprimiría, además, la creciente dependencia de los suministros de alimentos por parte soviética, establecidos en un acuerdo firmado en enero de 1941. Antes que depender de un aliado ideológicamente opuesto, era preferible para el Tercer Reich servirse por sí mismo^[30].

Esta guerra sucia en esencia y objetivos, planteada por el Tercer Reich frente a un enemigo definido como *subhumano*, no sólo sería cometido de las fuerzas especiales de carácter político sometidas a la directa obediencia de los jefes nazis, como las SS, las fuerzas dependientes del SD, y los «Grupos de Despliegue» [*Einsatzgruppen*] dependientes de aquél. Las fuerzas regulares de la Wehrmacht también participaron, y no siempre de modo subsidiario, en esa gigantesca operación de limpieza étnica. Lo hicieron de forma consciente y desde un principio, de modo planeado y organizado. Y la colaboración se extendió a todas las facetas del trabajo cotidiano de ejecución de las directrices de la guerra de exterminio^[31]. El Alto Mando del Ejército alemán estaba al tanto desde 1940 de la intención por parte de Hitler de invadir la Unión Soviética, como hemos visto. Sólo difería en su interpretación del carácter de la invasión: ¿una guerra corta que infligiese un castigo a los soviéticos y les forzase a firmar un armisticio que otorgase una nueva posición de poder continental al Tercer Reich?, ¿o una guerra de exterminio e invasión en toda regla? Una vez que Hitler se decidió por la segunda opción, los preparativos militares se pusieron en marcha. En un principio, sólo persistía la duda de cuándo se produciría el ataque. Algo que también dependió de lo que tardó Hitler en convencerse de que ni Gran Bretaña se rendiría ni firmaría un armisticio para dejarle las manos libres frente a la URSS.

Los principales cuerpos asesores dependientes del Estado Mayor del Ejército alemán fueron concretando los planes de invasión en el verano y el otoño de 1940, a la espera de que el Führer nazi otorgase el beneplácito definitivo. Este

último llegó a mediados de diciembre de 1940. Y otorgaron su total consentimiento al carácter de guerra criminal y de «cosmovisiones enfrentadas», y, por tanto, de exterminio, que tendría lugar en suelo soviético. Como en otras ocasiones, el dictador nazi formulaba de manera general una serie de directrices y principios, que sus subordinados inmediatos se encargaban de precisar y perfilar. Sólo se registraron escasas y aisladas resistencias por parte de algunos generales, quienes expresaron su disentimiento más bien en privado que en público. El propio Adolf Hitler expuso cuál era la naturaleza ideológica de sus planes de invasión de la URSS ante varios de sus generales en diversas ocasiones, desde principios de 1941. El dictador pretendía dejar claro a los mandos de la Wehrmacht dos cosas. Primera, que la futura guerra contra la URSS sería una guerra en la que se enfrentarían dos cosmovisiones radicalmente excluyentes (*Weltanschauungen*). Segunda, que su conducción de la guerra y su legitimidad para planearla no sólo se derivaba de su condición de comandante supremo de las fuerzas armadas alemanas, sino también del hecho de ser el guía máximo del pueblo alemán, el que mejor podía interpretar el destino que a aquél le cabía. El que mejor, por tanto, podía encarnar y expresar una cosmovisión acorde a los intereses de la *Volksgemeinschaft*, la comunidad nacional.

Hitler tuvo ocasión de exponer de manera conjunta a sus generales tanto sus planes de guerra como las líneas de futuro de su proyecto geopolítico para las zonas que serían ocupadas en el este. El 30 de marzo de 1941, el dictador celebró en el edificio de la cancillería de Berlín una reunión con casi doscientos cincuenta generales de la Wehrmacht sobre los que recaería el mando de las tropas comprometidas para la Operación Barbarroja, y que habrían de configurar el Ejército del Este u *Ostheer*. Estaban presentes los comandantes generales de los tres Grupos de Ejército (*Heeresgruppen*) en que se dividiría aquél (norte, centro y sur), de los grupos de la Luftwaffe (*Luftflotten*), de los Ejércitos (*Armeen*) en que se subdividirían los grupos de Ejército, los comandantes de los grupos blindados (*Panzergruppen*) y los jefes de Estado Mayor^[32]. Durante dos horas, según las notas que de sus palabras tomó el general Halder, Hitler desgranó de nuevo la cosmovisión nazi de supremacía racial y su concepción de la guerra contra la URSS como una campaña de exterminio. La guerra no tenía como objetivo conservar al enemigo con vida tras la derrota, sino que era preciso eliminar a los «comisarios bolcheviques y a la intelligentsia comunista», de modo que en los Estados sucesores de la URSS bajo control alemán sólo

subsistiese una «intelligentsia primitiva»; la Wehrmacht no debía contemplar al enemigo bolchevique bajo el «punto de vista de un camarada, usual en otros frentes»; y la guerra tendría un carácter totalmente diferente al que tenía en el oeste. El resumen anotado por Halder era, en su parquedad, un compendio más que elocuente de las intenciones del Führer nazi:

Lucha de dos cosmovisiones enfrentadas. Juicio exterminador sobre bolchevismo, [el cual] es igual a una banda de criminales asociales. Comunismo enorme peligro para el futuro. Debemos apartarnos del punto de vista de la camaradería militar. El comunista no es ningún camarada, ni antes ni después. Se trata de una lucha de exterminio. Si no lo entendemos así, seguramente derrotaremos ahora al enemigo, pero en treinta años se alzarán de nuevo contra nosotros el enemigo comunista^[33].

Años más tarde, ante los jueces de Núremberg, los jefes militares presentes en la Cancillería aquel día declararon que, después de que Hitler se retirase, expresaron en voz alta sus discrepancias al comandante general del Ejército de Tierra, el mariscal Walther von Brauchitsch. Pero lo cierto es que, salvo muestras de incomodidad individual ante el carácter de la guerra que se avecinaba, la gran mayoría de los generales se mostró conforme en lo fundamental con la visión allí expuesta^[34]. Aunque desde el punto de vista ideológico no todos, ni siquiera la mayoría, de los altos mandos del ejército alemán simpatizasen con el nacionalsocialismo, muchos de ellos compartían con los nazis la visión demonizada del enemigo bolchevique, así como una imagen de Rusia bastante cercana a la abrigada por el racismo hitleriano y un radical desprecio cultural hacia los pueblos eslavos. Todo lo cual desembocaba en un anhelo general, de larga trayectoria en el ejército alemán desde fines del XIX: la aspiración a conseguir un imperio en el este (*Ostimperium*) que restaurase la hegemonía germana sobre esa parte del continente, y que también compensase la falta de colonias ultramarinas^[35].

Las intenciones expresadas por Hitler se vieron traducidas al poco tiempo en una serie de instrucciones que fueron distribuidas a los oficiales de rango inferior y dadas a conocer a la tropa poco antes del comienzo de la proyectada invasión. Cuando en la primavera de 1941 Heydrich se había reunido con el mariscal Göring para fijar diversos aspectos de la actuación de las fuerzas policiales en la campaña, ambos llegaron a la conclusión de que el ejército regular necesitaría de una suerte de folleto de instrucciones donde se especificase quiénes eran los blancos específicos a eliminar en las primeras fases de la guerra. Se trataba de

las «instrucciones criminales» (*verbrecherische Befehle*), como así han sido denominadas por la historiografía posterior, y que fueron emitidas tanto por el Alto Mando de la Wehrmacht como por el Alto Mando del Ejército de Tierra. Todas ellas tenían origen en las directrices que el propio Hitler había dictado el 18 de diciembre de 1940, con el fin de preparar el ataque contra la Unión Soviética, y que fueron objeto de elaboración y discusión, con conocimiento de los principales jefes militares (el mariscal Wilhelm Keitel o el general Jodl, además del mismo Von Brauchitsch) por varias instancias del OKW y del OKH entre aquella fecha y marzo de 1941, pasando por varios borradores^[36]. En su forma final, las órdenes fundamentales fueron cuatro. Todas ellas obedecían al designio de *limpieza* racial, así como al objetivo de eliminación de los principales soportes políticos del régimen estalinista:

1. La regulación de las actividades de los *Einsatzgruppen* o grupos de despliegue dependientes de las SS y del SD, que fue fijada tras una serie de negociaciones entre el OKH, a través del general Wagner, y el jefe de la Policía de Seguridad y del SD, el *Obergruppenführer* de las SS y mano derecha de Himmler, Reinhard Heydrich. El acuerdo de colaboración final fue transmitido a las tropas el 28 de abril de 1941. Basándose en buena medida en lo que había sido la experiencia de colaboración existente entre ambos organismos desde la conquista de Polonia, los *Einsatzgruppen* recibían ahora autorización para operar con relativa libertad dentro de las áreas controladas por los diversos grupos de Ejército, tanto en la retaguardia como en la zona de operaciones, para ejecutar «tareas especiales», eufemismo que desde la conquista de Polonia ocultaba la ejecución expeditiva de determinados colectivos de población que eran considerados enemigos por naturaleza del Tercer Reich. Los comandos especiales podían actuar con plena autonomía en todo lo relativo a su conducta con respecto a la población civil, y sólo se subordinarían al ejército regular en materia de logística elemental (alojamiento y abastecimiento).
2. En vísperas de la invasión de la URSS, las tropas alemanas recibieron una serie de instrucciones precisas para orientar su comportamiento en territorio enemigo. Se trataba de las llamadas «Directrices para la conducta de la tropa en Rusia» (*Richtlinien für das Verhalten der Truppe in Russland*),

emitidas por el OKW el 19 de mayo de 1941. En ellas se definía al bolchevismo como el «enemigo mortal del pueblo alemán nacionalsocialista», lo que justificaba una lucha sin cuartel, que exigía de la tropa un «proceder enérgico y despiadado» contra los «agitadores, guerrilleros, saboteadores y judíos bolcheviques», así como la «eliminación completa de toda resistencia activa o pasiva». Además de señalar con claridad los objetivos a aniquilar (judíos, militantes comunistas, partisanos...), el punto tercero de las instrucciones señalaba que los soldados alemanes debían tratar con distancia y prevención a todos los integrantes del Ejército Rojo, incluyendo a los prisioneros y en especial a sus soldados asiáticos. Eso sí, la instrucción número cinco señalaba que los combatientes debían contar con que una parte de la población rusa y de otros pueblos los saludaría como libertadores y expresaría su sentimiento nacional a través de manifestaciones religiosas, lo que no debía ser obstaculizado por parte de los soldados germanos.

3. La promulgación de la llamada «Orden sobre el trato a los comisarios políticos», con fecha del 8 de junio de 1941, que establecía que los comisarios políticos del Ejército Rojo debían ser «despachados», es decir, liquidados, de modo inmediato a su captura y después de ser separados de los prisioneros en un lugar aparte. La justificación teórica para tal instrucción residía en que los comisarios serían los auténticos «ejes de la resistencia» y que de ellos sería de esperar una lucha feroz y desprovista de toda sujeción a las reglas de la guerra. Según expresaba el mismo general Keitel en respuesta a las objeciones del Servicio de Información (*Abwebrt*), que estimaba que semejante orden sólo traería como consecuencia una resistencia más encarnizada por parte soviética y posibles represalias contra los prisioneros alemanes, en la guerra contra la URSS no cabía mantener caducas concepciones de una «guerra caballeresca», sino que ahora el Tercer Reich estaba embarcado en una empresa de «exterminio de una ideología». De hecho, las ejecuciones de comisarios políticos resultaron ser contraproducentes desde el punto de vista operativo, pero aún a fines de septiembre de 1941 Hitler se negó a derogar la orden, y sólo cambió de opinión ocho meses más tarde^[37]. El 6 de mayo de 1942, la instrucción fue por fin anulada con base en dos argumentos: la pérdida de importancia de

los comisarios políticos en el Ejército Rojo, y el hecho de que la orden incentivaba la resistencia de las tropas soviéticas, espoleadas precisamente por unos comisarios que sabían cuál iba a ser su destino si caían prisioneros. Hasta entonces, varios miles de comisarios soviéticos cayeron víctimas del *Ostheer* después de ser capturados^[38].

4. El llamado «Decreto del Führer sobre el ejercicio de la jurisdicción militar en el ámbito de “Barbarroja”», también conocido de forma abreviada como «Decreto Barbarroja», fechado el 13 de mayo de 1941 y transmitido de forma oral a los oficiales. Su punto principal residía en que estos últimos recibían permiso para actuar de forma libre respecto de la población civil soviética en todo lo relativo a la actuación frente a los guerrilleros y todos aquellos civiles sospechosos de darles apoyo. Las sanciones contra los soldados que cometiesen abusos contra la población civil dependerían del arbitrio del oficial al cargo, que habría de juzgar si la conducta de sus subordinados hacía peligrar la cohesión de la disciplina militar. Aunque tal orden no fue transmitida de inmediato a los combatientes alemanes, con el fin de no dar lugar a estallidos de anarquía en un primer momento, su contenido fue dado a conocer de forma progresiva por los oficiales, generalmente de palabra, a medida que se adentraban en territorio conquistado.

Hubo escasos ejemplos de resistencia a cumplir las órdenes por parte de los altos oficiales del ejército regular. Entre ellos, el principal fue tal vez el mariscal Fedor von Bock, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, quien se negó en un principio a ejecutar la orden de los comisarios alegando las alteraciones de la disciplina de su propia tropa que esa medida podría acarrear^[39].

Esas instrucciones fueron complementadas, ampliadas y matizadas a lo largo de la campaña del Este por varios decretos y órdenes promulgadas por los comandantes en jefe de cuerpos de ejército con mando en diversos sectores del frente. Algunas de esas órdenes fueron dictadas, incluso, con anterioridad al comienzo de la Operación Barbarroja. En ellas se destacaba el carácter de guerra de exterminio que adquiriría la campaña en ciernes, se dibujaba una imagen del enemigo soviético deshumanizada e impregnada de un claro prejuicio racial, se

destacaba la asociación semántica entre judaísmo y bolchevismo y se urgía a los combatientes a actuar sin ninguna piedad tanto hacia los judíos como hacia los partidarios del sistema comunista soviético. En general, los altos mandos del Ejército del Este consintieron y colaboraron en la guerra de exterminio, cuando no dejaron hacer y miraron para otro lado^[40]. Fue el caso, por ejemplo, del general Erich Hoepner, comandante en jefe del 4.º Grupo blindado (*Panzergruppe*) —y ejecutado tres años después por conspirar contra Hitler—, quien en las instrucciones no sólo utilizaba el término «guerra de exterminio», sino que explícitamente prohibía la compasión hacia los «partidarios del actual sistema ruso-bolchevique». Del general Georg von Küchler, comandante en jefe del 18.º Ejército, que el 25 de abril explicaba de modo pormenorizado a sus comandantes que Rusia era un Estado asiático, distinto desde un punto de vista racial, y que la destrucción de la Rusia europea exigía, en bien de la seguridad de Alemania, ejecutar a comisarios políticos y miembros de la policía política soviética. O del mariscal Walther von Reichenau, él mismo un convencido nacionalsocialista, que tenía a su mando el 6.º Ejército en el sector meridional del frente también en 1941. Von Reichenau se vio obligado en octubre de ese año, después de que algunos oficiales protestasen por la participación del ejército regular en masacres como la ejecución de civiles judíos en masa en Babi Yar, a precisar explícitamente a sus subordinados que sus deberes en la campaña de Rusia iban más allá de sus cometidos habituales como militares. Con ese fin explicitaba que

el soldado en el espacio oriental no es sólo un combatiente según el arte de la guerra, sino también el portador de una idea de pueblo, y el vengador de todas las bestialidades cometidas contra los alemanes.

El «subhombre judío», cómplice por excelencia del sistema bolchevique, merecería sufrir una expiación colectiva de sus pecados. Por su parte, el general Erich von Manstein, comandante en jefe en 1941 del 11.º Ejército en el sector sur, se caracterizó por el fuerte tono antisemita, en plena concordancia con los postulados nazis, de varias de sus órdenes e instrucciones. Así, el 20 de noviembre de 1941 recordaba a los jefes de regimiento y batallón bajo su mando que «el sistema judío-bolchevique debe ser aniquilado para siempre, y no debe poner su bota en nuestro espacio vital europeo». Los soldados alemanes, además,

no debían mostrar piedad ante las «medidas necesarias» a adoptar contra los judíos por los *Einsatzgruppen*, que tenían como fin supremo «aplantar toda posible sublevación promovida por los judíos»^[41].

Los mensajes contenidos en las «órdenes asesinas» y las medidas adoptadas en consonancia con ellas tuvieron una influencia no desdeñable sobre el soldado de a pie. El departamento de propaganda del OKW se esmeró en transmitir los *Leitmotive* antisemitas y antieslavos, en asociación semántica directa con la condena y la demonización del comunismo soviético o *bolchevismo*, a través de su propaganda radiada y fílmica, así como mediante la prensa de trincheras. En esta última, y en particular en las *Mitteilungen für die Truppe*, órgano de prensa repartido a todas las unidades del ejército germano, abundaban sobremanera expresiones y lemas de inspiración nacionalsocialista, como la necesaria aniquilación de los «subhumanos rojos» o el objetivo de conseguir una Europa libre de judíos y el «sistema judío-bolchevique de Stalin». También se procuraba en esos mensajes, al menos desde 1942, destacar que la guerra no se dirigía contra *todos* los pueblos de la URSS. A pesar de ello, el soldado alemán nunca debía olvidar que era representante de un pueblo superior, un *Herrenvolk*, cuya meta era el dominio sobre otros^[42].

La leyenda de la «sana Wehrmacht» y la realidad

Resulta absolutamente imposible cuantificar, ni siquiera de modo aproximado, cuántos soldados alemanes acataron las órdenes recibidas, cuántos se convirtieron en criminales de guerra en sentido estricto de acuerdo con el Derecho Internacional vigente entre 1941 y 1945, cuántos hicieron caso omiso de las instrucciones y cuántos más acabaron por aceptar la necesidad y la praxis de una guerra de exterminio como un resultado combinado de la disciplina militar que obligaba a la obediencia de las órdenes superiores, de la brutalización de las condiciones de combate y la espiral de violencia que aquélla provocaba, y de los efectos del adoctrinamiento nacionalsocialista. Como veremos más adelante, un debate recurrente en la historiografía alemana sobre el frente oriental, en particular de la alineada con la nueva Historia Militar influida por la Historia Cultural, la Historia de Género y la Historia Social^[43], es el grado de implicación no sólo de la Wehrmacht como institución y de sus altos mandos en particular, sino sobre todo de los grados intermedios de la tropa combatiente, y de los casi diez millones de soldados alemanes de leva obligatoria que, en un momento u otro, pasaron por el *frente ruso*. Esa implicación fue olvidada de modo consciente por los propios mandos del OKW y el OKH, y por los generales del Ejército del Este al ser interrogados por sus captores soviéticos, norteamericanos o británicos tras mayo de 1945, así como por los que comparecieron acusados de crímenes de guerra ante el tribunal aliado de Nuremberg en 1946. Y fue igualmente negada de modo sistemático por los antiguos generales de la Wehrmacht en sus libros de memorias, manuscritos e intervenciones públicas a lo largo de las décadas de 1950, 1960 y 1970.

A través de esas memorias, que en varios casos se convirtieron en auténticos éxitos de ventas, se intentó construir la imagen de una Wehrmacht «limpia» de cualquier implicación en los crímenes de guerra del régimen nacionalsocialista. Sin negar la existencia de atrocidades en la retaguardia y de la *Shoah*, el argumento principal consistía, por un lado, en hacer responsables de tales acciones de modo exclusivo a las tropas y unidades situadas bajo mando político

de las SS, de la Oficina Central de Seguridad del Reich (*Reichssicherheitshauptamt*, RSHA) o la Gestapo y el SD. Y, por otro lado, en defender que la Wehrmacht sería un ejército regular de leva obligatoria como otro cualquiera, integrado por ciudadanos reclutados en una movilización masiva y cuyo comportamiento, tanto en el frente como en la retaguardia, se habría atendido en lo esencial a las normas de la Convención de Ginebra de 1929 y a la Convención de La Haya de 1907. Los generales alemanes habrían sido «engañados», «seducidos» o «desviados de su camino» por Hitler, pero sus planes de exterminio racial y de ambición imperial habrían sido desconocidos para la mayoría.

Esa memoria construida gozaba de cierta tolerancia por parte de los nuevos aliados de la República Federal de Alemania (RFA), en particular los norteamericanos, quienes estuvieron muy interesados en la información proporcionada en largos interrogatorios por los generales alemanes del *Ostheer* acerca del Ejército soviético para elaborar mejor sus propias estrategias defensivas durante el período de Guerra Fría. Y, como era de esperar, hallaba una amplia comprensión en Alemania occidental por parte de una opinión pública que prefería olvidar el pasado de consenso social con los fines de guerra del Tercer Reich, y que además estaba compuesta en buena parte por excombatientes, viudas, hijos y parientes de veteranos de guerra, de caídos en el frente o de cautivos todavía no retornados de la URSS. El destino de los prisioneros alemanes en campos de internamiento soviéticos y la memoria de las deportaciones de poblaciones alemanas desde varios territorios de Europa centro-oriental, así como el recuerdo reprimido de los bombardeos masivos sobre suelo alemán en la fase final de la guerra y las violaciones en masa perpetradas por los soldados del Ejército Rojo a su avance por el este de Alemania constituían memorias alternativas que, cultivadas en la esfera pública o de modo preferente en el ámbito privado, convertían a los alemanes, según su paradójica recreación, en un pueblo *de víctimas*. Incluso en la República Democrática Alemana se ocultó bajo la conveniente retórica antifascista y de hermandad con la URSS el espinoso tema del comportamiento de los combatientes del *Ostheer* entre 1941 y 1945, y se cultivó una cierta equiparación entre los bombardeos masivos del «imperialismo anglo-norteamericano» en 1943-1945, que habían destruido Dresde, y la nueva amenaza de esos mismos enemigos^[44].

La progresiva puesta al descubierto por la investigación histórica de la dimensión de lo que se dio en llamar los *crímenes de la Wehrmacht* a lo largo de las décadas de 1970 y 1980, espoleada a su vez por la *disputa de los historiadores* librada en los medios periodísticos en 1986-1987 acerca de la equiparación entre nazis y comunistas soviéticos, y sobre la medida en que un totalitarismo y otro podían ser históricamente comparables, empezó a poner sobre el tapete la cuestión de quiénes habían sido los *perpetradores* anónimos de los crímenes del nazismo en suelo soviético y en Europa oriental en general. La apertura de los archivos rusos desde 1990 y la posibilidad de acceder a ingentes fondos documentales sobre la guerra germano-soviética hasta entonces vetados a los historiadores occidentales así como la inauguración en 1995 de la exposición itinerante *Crímenes de la Wehrmacht*, organizada por el Instituto de Investigación Social de Hamburgo y visitada por millones de personas, contribuyeron a plantear públicamente la incómoda cuestión de cuál había sido la dimensión del soldado de infantería (*Landser*) normal y corriente, no necesariamente un fanático nacionalsocialista, en esos crímenes. Las instantáneas exhibidas, provenientes en su mayoría de las colecciones de fotos tomadas por soldados alemanes que todavía estaban en sus cámaras o en sus mochilas cuando cayeron prisioneros, o cuando sus cadáveres fueron registrados por los soviéticos, mostraban ejecuciones de partisanos, de judíos o de población civil perpetradas en medio de amplios grupos de combatientes tudescos que participaban en ellas, que contemplaban la escena como espectadores y que incluso se permitían gestos burlescos. La pregunta inevitable que muchos ciudadanos alemanes se formularon fue si aquellos soldados, que parecían gente normal, podrían haber sido el padre, el esposo o el hermano de cualquiera. O ellos mismos cincuenta años atrás. Hubo algunos casos de hijos y nietos que reconocieron a sus parientes en las fotos^[45]. Las entrevistas con cuestionarios que fueron realizadas a varias decenas de visitantes octogenarios de la exposición, ellos mismos excombatientes en el frente del Este, arrojaban resultados perfectamente congruentes con lo contemplado en las fotos. La mayoría reconocía ahora haber presenciado escenas de maltrato a prisioneros, represalias contra civiles y partisanos, y un largo etcétera^[46].

De este modo se puso en evidencia que uno de los pactos de silencio más persistentes que habían imperado en la sociedad germano-occidental, y hasta cierto punto también en la germano-oriental, a lo largo de los cuarenta años

posteriores a la guerra había consistido en no preguntar qué habían hecho los mayores en la guerra. Y, asimismo, si tal pregunta tenía lugar, la memoria privada tendía a conformarse con las estrategias discursivas de elaboración de un relato del pasado familiar en el que, invariablemente, nadie había sido nazi; o al menos nadie lo había sido de forma convencida^[47]. Según esa percepción social, la gran mayoría de los ciudadanos alemanes habrían sido víctimas engañadas y manipuladas por el régimen, que no se habían dado cuenta de la naturaleza criminal del nazismo. Esas víctimas involuntarias habían sufrido además innumerables penalidades atribuibles a la locura de sus dirigentes. El discurso victimista se tornó aún más predominante en la República de Austria tras 1945. Pues la propia Austria habría sido la primera víctima europea del ansia de expansión imperial del nacionalsocialismo alemán en 1938.

El paradigma del sufrimiento colectivo por partida doble del pueblo alemán como víctima se vio sometido de este modo a una fuerte revisión. Y se vería aún sacudido por dos polémicas entre historiadores y publicistas que se desarrollaron entre la segunda mitad de la década de 1990 y los albores del siglo XXI. Se trató, por un lado, del debate acerca de la «culpa colectiva» del pueblo alemán en la perpetración de la *Shoah* por compartir un antisemitismo eliminatorio colectivo, que fue desencadenado por la irrupción de las tesis del historiador norteamericano Daniel J. Goldhagen. Y, por otro, del tratamiento historiográfico y un tanto sensacionalista, en particular por parte de publicistas e historiadores como Jörg Friedrich, de los bombardeos aliados sobre población civil en la retaguardia alemana, lo que dio lugar a un debate más acerca de la proporcionalidad de las culpas colectivas^[48]. Ninguna de ellas alcanzó quizás el grado de virulencia que había alcanzado en la segunda mitad de la década de 1980 la llamada *Historikerstreit* o disputa de los historiadores, que enfrentó a quienes insistían en el carácter excepcional y único de los crímenes contra la Humanidad cometidos por el nacionalsocialismo y quienes, como Ernst Nolte, sostuvieron que el totalitarismo estalinista provocó por reacción el totalitarismo nazi, y que sus técnicas y dinámicas de exterminio de oponentes políticos inspiraron a las del Tercer Reich.

Otras reacciones a la exposición itinerante sobre los crímenes de la Wehrmacht, tanto públicas como historiográficas, fueron de incredulidad y hasta de ira. Algunos errores en la identificación de un grupo de fotos motivaron el cierre temporal de la muestra, que fue depurada de esos y otros escasos fallos

que, con todo, no podían desmentir la gran cantidad de evidencias proporcionadas. Pero el argumento que se abriría paso entre una parte apreciable de la opinión pública y académica alemana iba a incidir sobre todo en la comparabilidad entre los crímenes del nazismo y del estalinismo, y consiguientemente la equiparación de las políticas de ocupación, el trato a los prisioneros y a la población civil y la conducta hacia sus propios soldados de la Wehrmacht y del Ejército Rojo. Además, y en este caso por parte de historiadores militares tradicionales, muchos de ellos vinculados al Ejército de la RFA (*Bundeswehr*), tuvieron lugar algunos intentos más sistemáticos por probar que, si bien las instrucciones asesinas de 1941 habían existido de manera indiscutible, y aunque los líderes nazis abrigaban en efecto propósitos de exterminio, la gran mayoría de los soldados y de los oficiales de la Wehrmacht se habría mantenido en líneas generales dentro de los códigos de la guerra limpia. Por esta razón, tanto el grado de participación como el compromiso real del ejército regular en actos contrarios a la convención de Ginebra habrían sido muy reducidos^[49]. Otros más resucitaron la viejas tesis de la «guerra preventiva», también del agrado de una parte de los historiadores rusos y de otros países de Europa oriental tras 1989, y pusieron de relieve que el Ejército Rojo habría cometido tantos o más crímenes que los que se imputaban a la Wehrmacht en Rusia, Bielorrusia y Ucrania^[50].

Son argumentos, como veremos, poco defendibles desde un punto de vista historiográfico. Pero que se vinculan en esencia a un debate de mayor amplitud: ¿Son los regímenes totalitarios estalinista y nacionalsocialista comparables y, por lo tanto, equiparables? No es este el lugar de abordar en profundidad esa cuestión. Sin embargo, y ciñéndonos a lo que fue la conducta de ambos regímenes en la guerra que los enfrentó a muerte, una cuestión parece clara: Mientras que el Tercer Reich aspiró al exterminio de grupos enteros de población definidos en términos biológicos y raciales, el estalinismo, a pesar de la brutalidad y el carácter despiadado de su sistema de dominación, definía a sus enemigos preferentemente en términos políticos y sociales, y sólo en ocasiones en términos etnoculturales —cuando imputaba a un pueblo o categoría étnica en su conjunto la etiqueta de *traidor*. Pero aun en este caso, como bien afirma Tsvetan Todorov^[51], nunca aspiró al exterminio físico de una categoría global de la población, como un objetivo *en sí mismo*. El asesinato, para el régimen de Stalin, fue un medio aplicado sin ninguna compasión, y en muchas ocasiones los

medios se confundieron y mimetizaron con los fines. Pero, por norma general, la aniquilación absoluta de sectores enteros de población no constituyó un fin por sí y para sí. Para el régimen nazi, sin embargo, la *Ausrottung*, el exterminio sin dejar rastro de colectivos definidos con base en categorías no adscribibles, sino supuestamente objetivas y biológicas, constituyó en el medio y largo plazo un objetivo intrínseco de su naturaleza ideológica. Las diferentes dinámicas en las políticas de ocupación de soviéticos y nazis a lo largo de las diversas fases del conflicto ilustraron bien esa diferencia.

CAPÍTULO 2

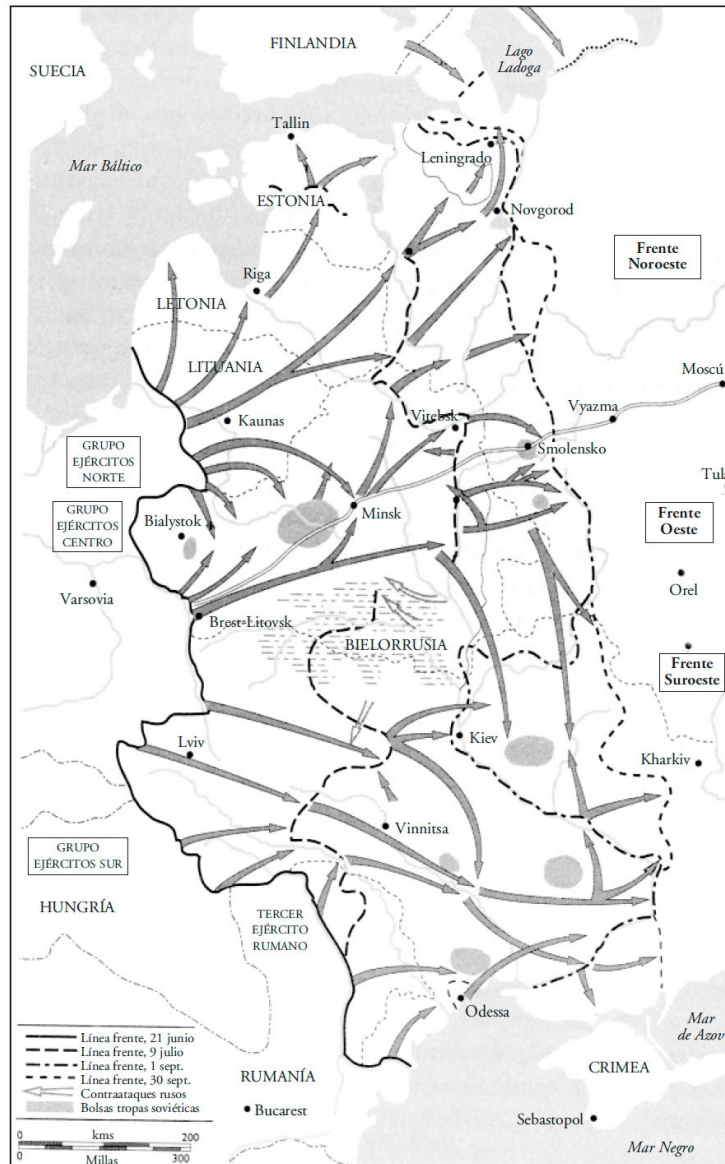
BUSCANDO EL CORAZÓN DE LA BESTIA

Entre junio y diciembre de 1941, Alemania y sus aliados desarrollaron la prevista invasión de la Unión Soviética. Un ejército de dimensiones descomunales atacó en todas las líneas al Ejército Rojo, que se vio desbordado y retrocedió palmo a palmo hacia el este. El Tercer Reich pasó a controlar extensiones ingentes de territorio. El esfuerzo, empero, consumió las reservas y la capacidad de Alemania de un modo no previsto por los estrategas militares del OKW y el propio Hitler. El régimen soviético se tambaleó y acusó el golpe; pero, aunque estuvo a punto de hacerlo, no se derrumbó. Las rápidas victorias de una Wehrmacht, cuya aura de invulnerabilidad crecía, despertaron el entusiasmo entre las bases militantes de los fascismos europeos y aun entre buena parte de la opinión pública conservadora y anticomunista del continente. Muchos quisieron participar en lo que se auguraba como un paseo triunfal por las ruinas del poder soviético. Sin embargo, el precio pagado por las victorias del verano y otoño de 1941 hipotecaría gravemente la capacidad de Alemania para sostener el esfuerzo de guerra durante los tres años siguientes, y determinó la radicalización de su política de explotación y exterminio en los territorios ocupados de la URSS. Por el contrario, la capacidad de resistencia soviética sentó las bases de su posterior recuperación.

Tormenta en la estepa: la Operación Barb arroja

A las 3.05 del domingo 22 de junio de 1941 se desencadenó la invasión. Un total de 19 divisiones acorazadas, 14 divisiones motorizadas y 119 divisiones de infantería de la Wehrmacht y las Waffen SS, que movilizaban a 3 117 000 hombres, con el apoyo de 3350 tanques y 2700 aviones, efectivos repartidos en tres grupos de ejército (norte, centro y sur) más un pequeño grupo radicado en Noruega cruzaron la frontera soviética. Dos divisiones alemanas más operaban desde territorio finlandés. En aquel momento, la Wehrmacht comprometió en la Operación Barbarroja el 72,5 por ciento de sus efectivos terrestres^[52]. Los aliados rumanos que también participaron en la invasión por el sur aportaron 650 000 hombres, divididos en dos ejércitos y catorce divisiones. Y varias divisiones finlandesas atacaron desde el norte^[53]. La aviación germana destruyó cerca de 1200 aparatos de combate soviéticos en sus aeródromos, después de haber llevado a cabo una coordinada labor de información y sabotaje. Apenas una hora después de la invasión, la *Luftwaffe* bombardeaba Minsk, Kiev y Sebastopol.

El estupor se apoderó de la cúpula soviética, en particular de Stalin, que reunió al Politburo a primeras horas de la mañana del mismo 22 de junio. Un aturdido Molotov leyó una declaración oficial a mediodía, que fue escuchada mediante altavoces en las calles de las principales ciudades de la URSS por cientos de miles de ciudadanos.



Mapa 1. Operación Barbarroja (junio-septiembre 1941).

Frente a tal avalancha de tropas, el Ejército Rojo oponía una fuerza en teoría semejante, cuando no superior: 246 divisiones, repartidas en cinco grupos de ejército o *Frentes* (equivalentes, aunque algo más reducidos, a sus homólogos alemanes): el Frente Norte (general Popov), el Frente Noroeste (general Kuznetsov), el Frente Oeste (general Pavlov), el Frente Suroccidental (general Kirponos) y el Meridional (general Tulenev). Los soviéticos disponían del doble de carros blindados que los alemanes, incluyendo tanques T-34 y KV-1, superiores técnicamente a los del ejército invasor. Y contaban asimismo con más

piezas de artillería pesada y ligera. La mayoría de sus divisiones, unas cien, guarecían el flanco suroccidental, la frontera de Ucrania, por donde Stalin preveía que podría venir el grueso de la amenaza. No obstante, la mayor concentración de tropas invasoras tuvo lugar en el sector central de la línea de ataque, en dirección a Minsk y la autopista de Moscú. Los soviéticos no podían creer que el ejército invasor se hubiese atrevido a progresar por el centro del país, franqueando la zona pantanosa de las marismas del Pripet. Por detrás de las divisiones desplegadas en la frontera, el Ejército Rojo disponía de un número indeterminado de tropas de reserva, preparadas para afrontar una defensa del territorio en profundidad si la primera línea caía.

La sorpresa no fue absoluta. Desde dos horas y media antes de la invasión, las tropas que guarecían la frontera habían recibido la instrucción de estar preparadas para el combate, ante cualquier eventualidad, dado que —como vimos— habían llegado diversas informaciones de que los alemanes preparaban un ataque inminente en gran escala. Aunque Stalin no llegó a dar crédito a ninguna de ellas, accedió a que Zhukov redactase una instrucción general y bastante contradictoria para las tropas de la frontera, que sólo llegó a sus destinatarios a la una de la madrugada del 22 de junio. De modo contrario a los cánones de la doctrina de guerra oficial soviética, que preveían varios días de ataques localizados que precederían al choque masivo entre los dos ejércitos, la Wehrmacht atacó según los principios de la guerra relámpago ya aplicados en la conquista de Francia y de Polonia, concentrando una enorme potencia de fuego en puntos localizados y lanzando a sus diecinueve divisiones blindadas a romper la línea enemiga, seguidas de las divisiones de infantería motorizada (quince en total), con un intenso apoyo de la aviación. Utilizando esas avanzadas de despliegue rápido, que en ocasiones podían recorrer hasta cuarenta kilómetros diarios, las divisiones de infantería, menos móviles y transportadas a pie o por caballos —el Ejército del Este movilizó alrededor de 700 000 caballos, traídos de toda la Europa bajo control nazi—, ocupaban a continuación el territorio conquistado y «limpiaban» las bolsas de tropas enemigas rodeadas por el rápido avance de la vanguardia germana. Las unidades de cabeza eran altamente móviles y disponían de buenas comunicaciones por radio. Su éxito dependía de su flexibilidad táctica, además del constante suministro de combustible y reservas.

En algunas zonas de la frontera y su *hinterland*, el ataque se encontró con una resistencia notable, con batallones de soldados soviéticos que caían muertos

o heridos hasta el último hombre. En la primera semana, lo que quedaba de la aviación soviética fue capaz de abatir 300 aparatos alemanes. Y la fortaleza de Brest-Litovsk, situada cerca de la frontera, resistió en manos del Ejército Rojo hasta el 12 de julio. No obstante, la encarnizada y voluntarista resistencia no fue suficiente para detener la tormenta de fuego desencadenada por la Wehrmacht. En cuestión de horas, las unidades blindadas alemanas fueron capaces de romper las líneas de defensa por varios puntos y establecer «corredores» por donde las tropas terrestres pudieron penetrar en territorio soviético, gracias también a la estrecha colaboración táctica entre la aviación y las divisiones de infantería. En pocas semanas, y pese a una resistencia por parte soviética que fue mucho mayor de lo esperado por los estrategas de la Wehrmacht, el ejército germano pudo anotarse importantes ganancias territoriales.

La desorganización en que se hallaban buena parte de las unidades del Ejército Rojo desplegadas a lo largo de la frontera y en el *hinterland* inmediato contribuyó en mucho a ello. Los nueve cuerpos blindados de que disponían los soviéticos en la línea de defensa resultaron ineficaces por falta de combustible y munición suficientes, siendo destruidos en un 90 por ciento. Los comandantes de las diversas unidades eran enviados al frente sin referencias precisas acerca del enemigo, sin coordinarse entre sí y sin apoyo aéreo digno de mención, pues ni había cobertura suficiente por parte de la aviación soviética, ni esta última podía ofrecer servicios de observación que informasen sobre *dónde estaban* los alemanes. Los oficiales, por último, tenían una formación deficiente y por regla general conocían muy poco a sus hombres. De 319 unidades soviéticas enviadas al frente en las primeras cuatro semanas de la Operación Barbarroja, ninguna escapó al aniquilamiento^[54].

En el desastre soviético influían también causas estructurales. De entrada, las consecuencias nocivas de las brutales *purgas* emprendidas por el régimen estalinista, que desde 1937 afectaron a cerca de millón y medio de personas y acabaron con la muerte de unos 700 000 detenidos, pertenecientes a diversos estratos de la sociedad soviética. Las purgas tuvieron un importante efecto en el Ejército Rojo. Según las diferentes estimaciones, entre un 13 y un 43 por ciento de sus oficiales cayeron víctimas de las purgas, además de tres de los cinco mariscales de la URSS, así como la gran mayoría de los generales de diverso rango. Ni siquiera héroes de la guerra civil rusa, como el mariscal Tujacevski, se libraron de ser ejecutados. Con todo, es cierto que muchos oficiales de rango

medio e inferior habían sido reinstalados en sus puestos y rangos en 1939-1940.

Las debilidades del Ejército Rojo radicaban más bien en otros dos factores. Por un lado, la falta de cuadros de mando debida a la rápida expansión cuantitativa de su número de soldados y de divisiones, no acompañada de una formación necesaria y suficiente de los nuevos oficiales incorporados a sus puestos. Y, por otro, el triunfo de los políticos sobre los militares en lo que respectaba a las posiciones de poder y a los procesos de toma de decisión dentro del propio Ejército Rojo. Era un legado envenenado tanto de la guerra civil rusa de 1917-1920 como de las propias purgas. En 1941, alrededor del 70 por ciento de los oficiales no disponía de suficiente formación militar. La reintroducción de los comisarios políticos por el comisario de Defensa, el militarmente inepto Voroshilov, en mayo de 1937 supuso la injerencia continua de los oficiales políticos en la dirección de las operaciones militares a todos los niveles. Desde los orígenes revolucionarios del Ejército Rojo, el militar profesional era contemplado como un resto decadente del anterior mundo burgués y del dominio capitalista. Los oficiales, por lo tanto, se lo pensaban dos veces antes de discutir las decisiones de los comisarios políticos, a menudo incompetentes por completo en materia táctica, por miedo a ser encausados y ejecutados por la policía política (el temido Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, NKVD) con cualquier excusa, y a ser denunciados por los propios comisarios o por soldados fanáticos de las juventudes comunistas (*Komsomol*) que eran sus teóricos subordinados. Esa presión convirtió el puesto de oficial en algo escasamente atractivo: el Ejército Rojo presentaba en 1940 un claro déficit de mandos, solventado en parte con el envío prematuro a destino de cadetes que todavía no habían concluido su período de formación. Según la doctrina militar revolucionaria, el soldado era un proletario y campesino en uniforme que no necesitaba técnica militar. El resultado no era otro que una gran determinación para la lucha, pero acompañada de escasa capacidad táctica. Lo que costó muchas vidas al Ejército soviético en 1941-1942^[55].

Los dos grupos blindados de que disponía el Grupo de Ejércitos Centro se desplegaron como tenazas de una inmensa pinza, que se cerraron primero sobre la ciudad de Bialystok, y más tarde sobre la capital bielorrusa, Minsk. El 9 de julio de 1941 el OKW informaba a Hitler de que el Ejército del Este había capturado ya a casi 330 000 prisioneros soviéticos y había destruido 3332 tanques, más carros de combate que los que contaban en su haber las fuerzas

invasoras. Tras «limpiar» las sucesivas *bolsas* dejadas a retaguardia de los rápidos grupos blindados alemanes, en donde a miles de soldados soviéticos sólo les quedaba la opción de rendirse, aguantar hasta que el hambre les venciese o convertirse en partisanos, las fuerzas alemanas continuaron su avance en dirección a la ciudad de Smolensko, distante 400 kilómetros de Moscú, que fue capturada el 16 de julio. En sus inmediaciones, el Ejército Rojo había dispuesto una segunda línea de resistencia, concentrando un número de 42 divisiones. Como en ocasiones anteriores, el 3.^{er} Grupo Blindado, comandado por el general Hermann Hoth, atacó por el norte, mientras que el 2.^o Grupo Blindado, comandado por el general Heinz Guderian, formó la tenaza meridional del avance. El propósito era crear una bolsa más a retaguardia en la que quedaron aislados desde el 24 de julio hasta el 5 de agosto 300 000 soldados soviéticos y 3000 tanques, que en su mayoría acabaron capitulando y cayendo prisioneros. Sin embargo, una parte de las tropas soviéticas consiguió romper el cerco y evitar la cautividad. Una contraofensiva parcial y victoriosa del Ejército Rojo el día 6 de septiembre en Jelnja, que supuso el primer triunfo soviético en mes y medio de combates, permitió aliviar un tanto la situación de los cercados.

La batalla final del cerco de Smolensko fue un nuevo triunfo para la Wehrmacht, saldado con la captura de cientos de miles de prisioneros y gran cantidad de material militar soviético. Sin embargo, la batalla costó cara al *Ostheer*, que comenzaba a sufrir en carne propia las consecuencias de los duros combates, ya que se cobró un número importante e imprevisto de bajas alemanas. Y, por otro lado, la liquidación de la bolsa de Smolensko supuso un retraso ostensible para los planes de avance del ejército ocupante, que poco a poco tuvo que abandonar la concepción táctica de la guerra relámpago. El mariscal Timoshenko, en ese aspecto, había conseguido ralentizar el avance alemán y hacer pagar muy caro a los invasores cada palmo de terreno conquistado.

Los soldados soviéticos, convencidos además de que poca clemencia podían esperar de su enemigo, luchaban hasta el límite, a menudo no cogían prisioneros y mataban y mutilaban ritualmente a los soldados alemanes que caían en sus manos. Su habilidad para camuflarse en el terreno y sus cargas masivas a bayoneta calada eran temidas por los *Landser* tudescos, que no acababan de comprender la determinación, rayana en la obcecación «asiática», de unos soldados maltratados por sus oficiales, sin posibilidad de victoria o de salvación,

y que fuese por idealismo o por miedo a sus comisarios resistían hasta el final o hasta que caían heridos^[56]. El armamento de los soldados soviéticos era más bien precario —las armas automáticas no se generalizaron entre ellos hasta 1944—; el sistema de comunicaciones por radio era primario, lo que afectaba incluso a los aviones —que en su mayoría sólo se podían comunicar de manera visual con el resto de los aparatos de sus formaciones—; los tanques sufrían de endémica escasez de suministros de combustible, y las tácticas de su infantería, ancladas en la doctrina militar francesa, apenas contemplaban otro repertorio que el de los ataques frontales. En su disposición defensiva, los soviéticos tendían a dispersar de modo longitudinal los carros de combate, con lo que su potencia de fuego se esparcía en exceso y resultaban presa fácil de las compañías antitanques germanas. Los oficiales del Ejército Rojo tenían escasa preparación táctica y estaban constantemente sometidos a la presión del mando político; es decir, de los comisarios. Cualquier desliz o gesto mal interpretado podía acabar en una acusación de cobardía ante el enemigo y ante un pelotón de ejecución del NKVD^[57].

A pesar de la pérdida de ingentes recursos humanos y materiales, un conjunto de medidas drásticas y de combates desesperados permitieron ganar al Ejército Rojo un tiempo crucial para preparar la defensa de Moscú. A ello se sumó de manera involuntaria, si no inconsciente, la decisión de Hitler de concentrar los ataques sucesivos hacia el sur, en dirección a Ucrania y el Cáucaso, sin atender a los consejos del jefe del Estado Mayor, general Halder, ni del comandante supremo del OKH, Von Brauchitsch.

Por el norte y por el sur los éxitos de los respectivos Grupos de Ejército no habían sido tan rotundos como los del centro en lo relativo a número de prisioneros capturados y batallas ganadas. El mando del Ejército Rojo consiguió retirar a tiempo sus tropas para evitar los cercos alemanes, y renunció a una defensa prolongada de territorios como Lituania, Besarabia o Ucrania occidental. Sin embargo, el avance también seguía imparable por ambos flancos. El 26 de junio de 1941, el Grupo de Ejércitos Norte había cruzado Lituania y profundizado en Letonia. Pocos días después, los alemanes estaban en el río Luga, a cien kilómetros de Leningrado. A principios de septiembre de 1941, el Grupo de Ejércitos Norte consiguió cerrar casi por completo el cerco de Leningrado por el sur y por el este. Y el 26 de septiembre, los alemanes llegaban a la orilla del lago Ladoga, procediendo a sitiar la ciudad en un cerco que no se

levantaría hasta enero de 1944. Por su parte, el Grupo de Ejércitos Sur había conseguido aniquilar un alto número de divisiones soviéticas y dominar la región del Dniéper. El 8 de agosto, después de tres días de cerco, cayeron en Umán casi veinte divisiones soviéticas del frente suroeste en manos alemanas, reportando a la Wehrmacht 103 000 nuevos prisioneros.

La cúpula de poder estalinista intentó reaccionar en las primeras semanas. Pero todas las medidas adoptadas para detener el avance alemán fueron infructuosas, llegaron tarde o simplemente guardaron muy poca relación con lo que acaecía en realidad en el frente de combate. Fueron movilizados todos los varones nacidos entre 1903 y 1918. Aunque numerosos comités de fábrica aprobaron resoluciones de defensa de la patria, y la afluencia de voluntarios a las oficinas de reclutamiento en Moscú y otras ciudades fue más que notable, el régimen estalinista no se atrevió a movilizar a las masas en grandes demostraciones públicas^[58]. Stalin acumuló a su cargo de secretario del Partido Comunista las funciones de director de las operaciones militares y del esfuerzo de guerra. El 23 de junio de 1941 aprobó la creación de un Cuartel General (*Stavka Glavnogo Komandovaniia*), conocido en lo sucesivo como *Stavka*, que operaría como Alto Mando del Ejército Soviético. El 10 de julio, el líder soviético se convirtió en comandante supremo de las fuerzas armadas, y el 19 sustituyó a Timoshenko como comisario de Defensa. El 8 de agosto de 1941, la *Stavka* se convirtió formalmente en Alto Mando del Ejército Rojo, con el propio dictador a su cabeza. Un mes antes, en su primera alocución pública por radio a todo el país, leída el 3 de julio, Stalin no sólo moderó el lenguaje y apeló al patriotismo de los ciudadanos soviéticos, sino que además prometió que los alemanes sólo encontrarían una tierra devastada a su paso: «no hay que dejar al enemigo ni una sola máquina, ni un solo vagón, ni una libra de grano o un galón de gasolina». A los pocos días, fue movilizada una nueva milicia popular (*opolchenie*), que reclutó 120 000 voluntarios en Moscú y 139 000 en Leningrado, mal armados pero entusiastas.

De modo complementario al esfuerzo de guerra contra los alemanes, Stalin también había declarado una guerra adicional en el frente doméstico: todo aquel que fuese reputado como un obstáculo a la movilización bélica sería considerado un traidor y sufriría el máximo castigo. El 22 de junio de 1941 se decretó la ley marcial en todo el territorio occidental de la URSS. Todos los hombres entre 18 y 45 años, así como todas las mujeres entre 18 y 40, fueron obligados a trabajar

en la construcción de defensas, emplazamientos artilleros y zanjas antitanque. El 26 de junio la jornada laboral diaria se alargaba tres horas, y se suspendían todos los días de vacaciones. El 16 de julio se reestableció el doble mando (político y militar) en todas las unidades militares, que había sido abolido por el mariscal Timoshenko. Y en agosto de 1941, el Decreto n.º 270 de Stalin establecía que todos los que se rindiesen al enemigo o se dejasen capturar vivos por éste salvo caso de herida grave serían declarados traidores a la patria. Las esposas de los oficiales en tal situación sufrirían arresto. Del castigo no se libró ni siquiera la propia nuera del dictador cuando el hijo de éste, Yacov Stalin, cayó prisionero^[59].

Las sucesivas derrotas del Ejército Rojo tuvieron además como consecuencia que muchos de sus comandantes, oficiales y soldados rasos fuesen juzgados por traición o por cobardía ante el enemigo, o simplemente fuesen ejecutados por las *secciones especiales* del NKVD destinadas en cada frente a partir del 20 de julio de 1941 con el fin de prevenir y castigar en el acto a los soldados u oficiales culpables de cobardía o deserción. A ellos se unieron los llamados *destacamentos de bloqueo* del NKVD, instituidos por Stalin el 12 de septiembre. Entre las víctimas más prominentes de las represalias estalinistas por la derrota en los primeros días se contó el general Dimitri Pavlov, comandante en jefe del Frente occidental, que fue detenido con sus oficiales de Estado Mayor el 28 de junio y ejecutado en Moscú un mes después. El comandante en jefe de las fuerzas aéreas del oeste, Kopets, prefirió suicidarse la noche después de la invasión. Timoshenko, que sucedió a Pavlov en su puesto, no fue destituido cuatro semanas después por la intercesión de Zhukov ante Stalin. Sin embargo, encararse a Stalin le valió a Zhukov ser destinado a hacerse cargo del Frente de reserva de modo temporal.

Los agentes del NKVD que se vieron forzados a retirarse de forma apresurada de las regiones occidentales de la URSS, de la Polonia ocupada y del Báltico liquidaron salvajemente a un buen número de sus prisioneros, tanto comunes como políticos, que fueron muchas veces torturados y mutilados de manera ritual. Donde pudieron, se llevaron a sus cautivos en largas marchas sin apenas comida ni bebida, por lo que buena parte de esos prisioneros fallecieron en el camino. No es de extrañar que en regiones como el Báltico, pero también en Ucrania occidental y central, los ocupantes alemanes fuesen acogidos en los primeros días como liberadores y fuesen agasajados a la manera tradicional con

obsequios de pan y sal. En Ucrania entraron junto a los invasores unos 8000 miembros de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (UNO, fundada en 1929), liberados por los alemanes de las prisiones polacas y encuadrados en una de las primeras unidades de la Wehrmacht integradas por extranjeros, el batallón *Nachtigall*, que incluso protagonizó algunas acciones militares sin esperar a la autorización germana. No obstante, los nacionalistas pronto comprendieron que el apoyo de los alemanes a su causa estaba lejos de ser sincero, pues Hitler se negaba en redondo a la posibilidad de un Estado ucraniano independiente^[60].

No todo eran malas noticias para la Unión Soviética. El ataque alemán también provocó que la URSS ganase nuevos aliados exteriores. Stalin firmó la alianza con Gran Bretaña y entró formalmente en el bloque de los Aliados. El 12 de julio de 1941 la URSS y Gran Bretaña suscribían un tratado de alianza, y el pacto de asistencia mutua con los Estados Unidos del que ya se beneficiaba aquélla fue ampliado a la URSS. Este acuerdo fue vital para garantizar al Ejército Rojo la regularidad de los suministros militares y abastecimientos de víveres, y asimismo para ganar una fuente suplementaria de aprovisionamiento de alimentos para la población civil. No obstante, los aliados británicos estaban convencidos de que el Estado soviético se desmoronaría en pocas semanas.

El OKH propuso a Hitler el 18 de agosto de 1941 concentrar el grueso del ataque sobre Moscú, capitalizando en lo posible el éxito de la batalla de Smolensko. Sin embargo, y haciendo caso omiso de la recomendación de sus generales, el dictador nazi ordenó el 21 de agosto que las fuerzas alemanas se concentrasen en un ataque sobre Ucrania, y que se estrechase la colaboración con Finlandia para cerrar el sitio de Leningrado. Los factores económicos, perfectamente congruentes con el objetivo estratégico inicial de la guerra, tuvieron un gran peso en esa decisión. Mas se trataba de un punto de vista que no era compartido por los militares profesionales de la Wehrmacht, para quienes la prioridad debía consistir en destruir al enemigo, y sólo después cumplir los objetivos de explotación económica. Para reforzar el frente en Ucrania, Hitler decidió distraer fuerzas del Grupo de Ejércitos Centro hacia el Norte y el Sur, en especial sus unidades más preciadas, los *Panzergruppen*. El 3.º Grupo Blindado fue enviado hacia el Norte para colaborar en el aislamiento de Kronstadt y Leningrado, mientras que el 2.º Grupo Blindado fue desviado hacia el Sur, colaborando con las fuerzas del Grupo de Ejércitos Sur en el aplastamiento del cerco de Kiev.

El intento de contraofensiva soviética, comandada por el general Andrei Yeremenko, para aliviar la situación de capital ucraniana se saldó con un nuevo desastre para el Ejército Rojo. Las tropas que guarnecían Kiev no pudieron retirarse a tiempo e intentaron resistir el asalto alemán en las calles de la ciudad durante dos días, bajo el fuego de artillería y aviación de los invasores, hasta que el 19 de septiembre de 1941 las fuerzas germanas, aunque exhaustas, ganaron la partida. En total, 527 000 soldados soviéticos murieron o cayeron prisioneros, además de un importante botín en armamento y carros de combate. Y el Grupo de Ejércitos Sur pudo ocupar sin grandes problemas el resto de Ucrania y la península de Crimea. En ese momento, el ejército alemán parecía tener las manos libres para concentrarse de nuevo sobre Moscú y asestar el golpe definitivo.

El fin del principio: la batalla de Moscú

A principios de septiembre de 1941, la guerra relámpago ya sólo era un espejismo^[61]. La encarnizada resistencia soviética y la prioridad otorgada por Hitler a asegurar primero la conquista de importantes áreas para el proyectado espacio vital, y sólo después lanzarse de manera definitiva a la destrucción del centro de poder enemigo, estaban transformando de manera progresiva el curso de una campaña en la que las divisiones alemanas seguían avanzando, pero de modo mucho más lento que lo previsto inicialmente. Y al precio de grandes pérdidas humanas.

No obstante, tras la caída de Kiev, la Wehrmacht vio llegada la hora de asestar el golpe final sobre Moscú. La llamada Operación Tifón se desencadenó el 30 de septiembre de 1941. El 2.º Grupo blindado de Guderian lanzó el ataque sobre las fuerzas que guarecían el flanco meridional de la defensa de Moscú, y en pocos días obtuvieron importantes avances: las ciudades de Orel y Bryansk cayeron en manos alemanas, y a principios de octubre tres grupos de ejército soviéticos fueron otra vez rodeados. El general Yeremenko sólo pudo escapar por los pelos, y gravemente herido, de ser capturado por los invasores.

El 2 de octubre de 1941 el conjunto de divisiones del Grupo de Ejércitos Centro lanzó el asalto a Moscú, también dentro de la Operación Tifón. Las tropas germanas intentaron abrirse paso entonces a través de las líneas defensivas situadas entre las ciudades de Orel y Tula y llegaron a Vyazma, situada unos ochenta kilómetros al oeste de Moscú, el día 13 de octubre, amenazando con encerrar a cinco ejércitos soviéticos. Aquella localidad, considerada ya durante la invasión napoleónica la «puerta» de Moscú, se convirtió en escenario de una cruenta batalla. Las fuerzas soviéticas del Frente Occidental, del Frente de Reserva, el Frente de Bryansk y el Frente de Kalinin, que defendían Moscú, sufrieron terribles bajas; pero consiguieron mantenerse en sus posiciones. En Vyazma, las tropas germanas consiguieron cercar y machacar a 630 000 soldados soviéticos. El 18 de octubre, tropas blindadas germanas

tomaron las ciudades de Kalinin y Kaluga, al norte y sur de Moscú, y amenazaron con rodear a la línea de defensa soviética, que tuvo que ser trasladada hacia el este. Un eufórico Hitler anunciaba al pueblo alemán el 4 de octubre en un discurso radiado desde el *Sportpalast* de Berlín que la victoria estaba cerca. Y el 10 de octubre de 1941 su jefe de prensa daba a conocer a los corresponsales extranjeros que la destrucción final del Ejército Rojo era cuestión de días. Detrás de las fuerzas soviéticas en situación crítica sólo quedaría un inmenso espacio vacío, esperando para ser ocupado por los soldados alemanes.

La situación de la capital soviética en aquel momento parecía desesperada. Los habitantes de la ciudad expresaban su protesta contra el régimen, y la certeza del avance alemán hacía aflorar el descontento contra Stalin, lo que daba lugar a brotes de pánico reprimidos con brutalidad por el NKVD. Los constantes bombardeos alemanes minaban aún más la moral de la población. El 1 de octubre, el Gobierno de la URSS fue evacuado de la capital y trasladado a la ciudad de Kibyshev, al Este. El mariscal Budenny, física y mentalmente agotado, fue destituido del mando del Frente Occidental y de la defensa de Moscú, y fue sustituido por el que iba a convertirse en el apagafuegos de Stalin: el general Zhukov, mandado llamar desde Leningrado el 5 de octubre de 1941. Zhukov asumió el mando de todas las tropas soviéticas situadas frente a la capital el día 10, y pudo observar que sólo 90 000 soldados se interponían entre las líneas alemanas y la ciudad, que eran los que quedaban de los 800 000 que habían participado en las batallas de septiembre.

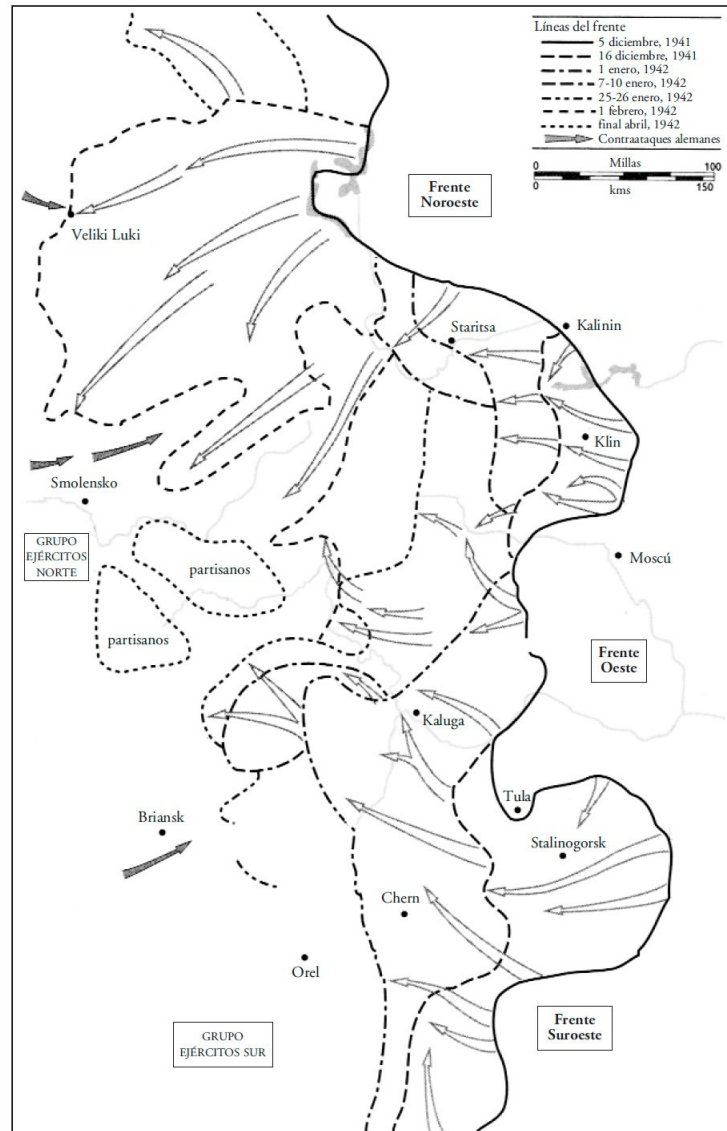
Moscú estaba guarecida por dos líneas de defensa, y para cavar trincheras y levantar barricadas fueron movilizados miles de mujeres, ancianos y niños. Zhukov, con pleno apoyo de Stalin, tomó medidas inmediatamente. Desde las regiones orientales de la URSS llegaron reservas de tropas siberianas frescas, y a toda prisa se estaban formando nuevas divisiones con reclutas y voluntarios en la retaguardia moscovita, en medio de un gran caos organizativo. Los nuevos soldados eran conminados a presentarse en centros de instrucción situados a centenares de kilómetros de sus casas sin proporcionarles medios de locomoción ni alimento alguno. Muchos voluntarios tuvieron que caminar durante días, dormir al raso y alimentarse de la generosidad de los campesinos que encontraban a su paso —cuando no por la fuerza— hasta llegar a esos centros, donde les esperaba un duro adiestramiento, un trato brutal por parte de los oficiales y la amenaza permanente de ser fusilado por los escuadrones del

NKVD bajo la acusación falsa de derrotistas o conspiradores^[62].

En Moscú, mientras tanto, la ciudad hervía en un estado de ánimo «austero, militar y heroico», según un observador contemporáneo. Pero el pánico, de momento, fue mantenido bajo control. El 15 de octubre de 1941, la totalidad del cuerpo diplomático abandonó la capital soviética, y tanto las obras de arte como los tesoros y documentos valiosos fueron evacuados con destino desconocido. Incluso la momia de Lenin fue trasladada al Este. Pero el 17 de octubre, después de evacuar su biblioteca y a su familia, Stalin decidió permanecer en Moscú. Para mantener el orden se instauró la ley marcial, y las escuadras del NKVD camparon por la ciudad imponiendo la lógica represiva del estalinismo, acentuada ahora por la presión exterior. Borrachos sorprendidos en las calles eran fusilados bajo la acusación de espías alemanes, y los comentarios derrotistas eran igualmente castigados con severidad. Los desertores que podían llegar a sus casas eran fusilados sin contemplaciones, y todo aquel que era sorprendido con una octavilla lanzada por los bombarderos alemanes invitando a la rendición era condenado a muerte. Para mantener a raya los saqueos y no dejar nada a los alemanes en el caso de que entrasen en la ciudad, el temido responsable del NKVD Laurenti Beria ordenó que la población recibiese comida gratis y sin límite. No por esa razón cesaron los robos, pero la enérgica reacción de Stalin y del NKVD consiguió evitar al menos que el caos se desbordase. El 19 de octubre se declaró en Moscú el Estado de sitio^[63].

El panorama era sombrío para los moscovitas. Pero no todo estaba perdido. Por un lado, la punta de lanza del ataque alemán estaba exhausta por completo, se hallaba muy diezmada por las elevadas bajas sufridas y empezaba a padecer serios problemas de aprovisionamiento y de reposición de repuestos para las unidades blindadas. Por otro lado, algunos combates menores mostraron al mando alemán que la resistencia del Ejército Rojo era feroz, y que la toma de la capital no sería empresa fácil. Stalin decidió, para sorpresa de sus generales —a los que acabó convenciendo—, conmemorar el aniversario de la revolución el 7 de noviembre de 1941, con un desfile incluido por la Plaza Roja, en una demostración ante la población, el cuerpo diplomático trasladado al efecto y los espías del enemigo de que la ciudad no se rendía y de que el Estado soviético seguía en pie. El 6 de noviembre Stalin pronunció un discurso en la suntuosa estación de Mayakovski, la más profunda y segura de las estaciones de metro de la capital, en el que intentó enaltecer el ánimo de la población y apeló a lemas

movilizado res alejados de la habitual propaganda soviética; en especial a uno: la defensa de la Patria. Algo semejante hizo en su discurso en la Plaza Roja del día siguiente, después de que tuviese lugar bajo una copiosa nevada un improvisado desfile militar con cadetes somnolientos [64].



Mapa 2. La batalla de Moscú, diciembre 1941-abril 1942.

Entre tanto, un factor adicional había hecho su aparición: el «general invierno». El progreso de la Wehrmacht a través del territorio soviético ya había sufrido retrasos por las dificultades logísticas que planteaban los lodazales de otoño para el desplazamiento de sus unidades blindadas y motorizadas. Pero la primera nevada cayó muy pronto, el día 5 de octubre. Su inmediata consecuencia

fue agravar los efectos de la *rasputitsa*, al fundirse y mezclarse con la tierra y el lodo, creando una costra helada que trabó las orugas de los tanques alemanes, cuya movilidad se vio seriamente disminuida, cuando no bloqueada. A fines de octubre las nevadas arreciaron, cayeron en picado las temperaturas y el viento barrió las planicies rusas, incrementando aún más la sensación térmica de frío. Se cernía sobre el frente del Este el invierno más duro de los últimos cincuenta años. Los estrategas alemanes no habían imaginado que la campaña se prolongaría hasta el invierno, ni contaban con tener que afrontar previsiones meteorológicas tan desfavorables. Las tropas del *Ostheer*, insuficientemente equipadas contra el frío, empezaron a sufrir de sus rigores. El número de bajas por congelación parcial aumentó de modo exponencial; y poco podían contra los dedos de los pies gangrenados las arengas de Hitler que proclamaban que la fuerza de voluntad del soldado alemán era superior a cualquier adversidad que se le pudiese presentar.

Hitler esperaba, en todo caso, a que el suelo estuviese helado para poder mover con celeridad sus divisiones blindadas y lanzarlas sobre Moscú. Pero las dudas asaltaban ahora al OKW y al comando supremo del Grupo de Ejércitos Centro. En una reunión para juzgar la situación del frente, algunos generales abogaron por atrincherarse y pasar a la defensiva manteniendo las posiciones ganadas, mientras que otros más estimaban que habría que atacar en cuanto el suelo se helase para tomar Moscú y después apoyar otras partes del frente. Algunos mandos eran conscientes de que la moral y la capacidad de combate de las tropas alemanas se hallaban al borde del límite. Hitler ordenó finalmente el ataque, con la instrucción de que Moscú fuese tomado sin aceptar capitulación alguna: los soldados de la Wehrmacht no debían entrar en la ciudad al asalto y arriesgar grandes bajas en una lucha cuerpo a cuerpo. Moscú sería bombardeada a distancia, y los civiles serían obligados a marcharse o a perecer de inanición. Sólo entonces las tropas germanas entrarían en la capital soviética. Una vez conquistada esta última, el Kremlin debería ser dinamitado.

El 17 de noviembre de 1941, con el suelo ya helado, el 4.º Ejército del general Günther von Kluge lanzó el ataque sobre Moscú. La ciudad de Klin, situada al norte de la capital, fue tomada el 25 de noviembre, y el canal del Volga fue cruzado el 28. Las unidades blindadas de vanguardia estaban ya a veinte kilómetros de Moscú. Por el centro, el grueso del ejército invasor avanzaba por la autopista Moscú-Smolensko. Por el sur, otro grupo blindado —comandado por Guderian y con la selecta división acorazada *Grossdeutschland* al frente— se

dirigió hacia la ciudad de Tula, cuya captura dejó el camino expedito hacia la región moscovita. El objetivo era envolver con una pinza la capital de la URSS. Pero la resistencia encontrada por el ala sur del ataque fue mucho mayor de lo esperado, en parte porque los soviéticos también habían aprendido a hacer la guerra contra las tácticas alemanas.

Zhukov no tenía demasiados soldados para guarecer Moscú —240 000 hombres, en su mayoría restos de unidades destruidas, miembros de la milicia moscovita o reclutas con instrucción precaria— y medio millar de tanques, la mayoría de ellos ligeros. El estratega soviético estableció tres líneas de defensa principales, de las que la segunda defendía el centro de Moscú y la tercera era la misma capital, que se fortificaría en forma de erizo, convirtiendo la ciudad en un entramado de trincheras, nidos de artillería antiaérea y puntos con dinamita. Los refuerzos prometidos por Stalin en forma de tropas de refresco y nuevos tanques T-34 no llegaban a tiempo. Zhukov tomó medidas drásticas para castigar toda desertión ante el enemigo, y la resistencia de los soldados soviéticos al avance germano fue más fanática y atroz que nunca. Entre todas las acciones de guerra alcanzó gran notoriedad la protagonizada por los «28 hombres de Panfilov» o *Panfilovtsy*, un destacamento de soldados que fue capaz de detener hasta cincuenta tanques germanos, y cuya gesta fue mitificada con celeridad por la propaganda estalinista.

La pinza alemana, así, no pudo cerrarse sobre la capital. El 2.º Grupo Blindado de Guderian quedó varado en la ribera del río Oka hasta el 27 de noviembre y sufrió un número desproporcionadamente alto de bajas, además de tener que resistir una contraofensiva de tropas siberianas que lo detuvieron en seco. El 28 de noviembre tuvieron lugar fieros combates entre la División SS *Das Reich* y la 78.ª División siberiana. Los alemanes estaban exhaustos, pero el OKW partía de una presunción falsa: que el Ejército Rojo no disponía de más reservas. Sin embargo, la *Stavka* había conseguido reunir veinte divisiones de refresco, mantenidas en la retaguardia y retiradas en parte de Siberia oriental una vez que el servicio soviético de información —en particular, el famoso espía Richard Sorge desde Tokyo— había asegurado que Japón se aprestaba a dirigir su ejército hacia la conquista del Pacífico contra Gran Bretaña y los Estados Unidos, y no tenía intención de atacar a la URSS en el Lejano Oriente. Gracias a la sorprendente recuperación de sus reservas humanas y al agotamiento del avance alemán, el Ejército Rojo estaba ahora en condiciones de contraatacar. El objetivo era alejar a las tropas germanas de Moscú y evitar que se atrincherasen

en las posiciones ganadas, consolidando un cerco parecido al de Leningrado. Aunque los aviones alemanes avistaron los movimientos de tropas, la posibilidad de un contraataque era considerada poco menos que utópica. Las fuerzas que Zhukov tenía ahora a disposición no eran muy superiores en número y armamento a sus oponentes, salvo quizás por el mayor contingente de tanques T-34 acabados a toda prisa en las fábricas de retaguardia; pero sus soldados y vehículos estaban bien equipados contra el frío.

El 5 de diciembre de 1941, el Ejército Rojo contraatacó entre la nieve con el objetivo de detener las dos puntas de la tenaza desplegada por el *Ostheer*. Aunque su avance fue lento en un principio, debido a la falta de destreza de las tropas soviéticas en las operaciones ofensivas —después de casi seis meses luchando a la defensiva—, apenas iniciado no tuvo interrupción. Los soldados soviéticos pudieron cerciorarse entonces de lo mal equipados que estaban los alemanes contra el frío, una vez que empezaron a hacer prisioneros en cierta cantidad. El 15 de diciembre la ciudad de Klin era reconquistada, y a fines de ese mes también Kalinin. Por el sur, la bolsa de Tula fue liberada, y los alemanes fueron rechazados 120 kilómetros al oeste. La ciudad de Kaluga fue disputada por ambos ejércitos casa por casa. La situación se tornó confusa, pues los alemanes resistían con oficio y determinación, y podían aún ser abastecidos por aire. Stalin, sin embargo, quería ahora dar el empujón definitivo a las líneas del invasor, contra la opinión de Zhukov, uno de los pocos militares soviéticos que era capaz de mantener sus opiniones en presencia del dictador. Por su parte, varios generales alemanes pidieron a Hitler permiso para retirarse a mejores posiciones defensivas. Pero el Führer nazi reaccionó ordenando que sus soldados no retrocediesen, y el 19 de diciembre asumió el mando supremo del Ejército de Tierra (el OKH) en sustitución de un Von Brauchitsch caído en desgracia.

En vísperas de la Navidad ortodoxa, en Moscú se volvía lentamente a la normalidad. El 14 de diciembre de 1941, Stalin ordenaba retirar las cargas de demolición colocadas en puentes, fábricas y edificios públicos de la ciudad. Los trabajos de construcción de líneas de defensa y fortificaciones fueron interrumpidos de manera paulatina, y los civiles movilizados para esas tareas pudieron volver a sus casas. No por ello desaparecieron sus privaciones durante los meses siguientes, en particular la escasez de alimentos. Stalin había decidido transportar fuera de Moscú los depósitos de grano y de provisiones, y todavía en los primeros meses de 1942 la red ferroviaria otorgó prioridad absoluta al transporte de víveres y municiones para las tropas que estaban contraatacando.

Los moscovitas pasaron hambre y frío hasta la llegada de la primavera, y sólo algunos podían conseguir raciones extras en el mercado negro o a través del trueque. Las tasas de mortandad en la capital rusa se multiplicaron por tres, así como la incidencia de la tuberculosis y de otras enfermedades relacionadas con la malnutrición. La situación sólo empezó a normalizarse de modo estable desde fines de abril de 1942^[65].

Entre tanto, la situación geoestratégica había evolucionado en un sentido favorable a los intereses de la Unión Soviética. El 7 de diciembre de 1941 Japón atacaba a los Estados Unidos y a Gran Bretaña en el Lejano Oriente; cuatro días después, obligado por los pactos suscritos con Tokyo, Hitler declaraba la guerra a los Estados Unidos. La URSS se encontraba así ante una nueva situación: había ganado nuevos aliados en la guerra contra el Tercer Reich. El 16 de diciembre el ministro británico de Exteriores, Anthony Eden, visitaba Moscú tras un largo periplo por barco y tren, y se preparaba el borrador de un tratado de cooperación conjunta entre soviéticos y británicos. Stalin, por primera vez, planteó a su interlocutor que la URSS aspiraba a recuperar sus fronteras tal y como estaban el 22 de junio de 1941, pero asimismo hizo valer su derecho a controlar parte de Europa oriental, lo que estuvo a punto de hacer fracasar el objetivo de la visita. Eden no quería oír hablar de una partición de Polonia^[66].

Los congelados, hambrientos y agotados alemanes fueron obligados a retroceder de 100 a 250 kilómetros para el 7 de enero de 1942. Siguiendo los deseos de Stalin, el Ejército Rojo lanzó en los dos meses siguientes una serie de contraofensivas con el fin de liberar Leningrado, provocar el colapso del Grupo de Ejércitos Centro del *Ostheer* y liberar las regiones industriales de Ucrania. Todas ellas culminaron con rotundos fracasos militares que costaron la vida de 440 000 soldados soviéticos, frente a 80 000 muertos causados a los alemanes. El Ejército Rojo tenía a disposición ingentes efectivos humanos, pero adolecía aún de graves deficiencias técnicas, logísticas y de armamento. Y al igual que en la Wehrmacht, las decisiones estratégicas de sus capacitados comandantes en jefe estaban sujetas a los caprichos de un dictador.

Los soviéticos consolidaron sus posiciones en abril de 1942, cuando el día 20 de ese mes pudieron reconquistar la ciudad de Vyazma. La suerte de la guerra estaba lejos todavía de haberse decidido, pero la amenaza de derrumbamiento del régimen estalinista y del Estado soviético había sido superada con éxito por el Ejército Rojo. La victoria en la batalla de Moscú supuso una notable inyección

de moral para la población y los soldados, mientras que las tropas alemanas experimentaron el primer revés de importancia en una guerra que hasta entonces sólo había conocido victorias terrestres.

No obstante, el balance de bajas de la batalla fue claramente favorable al ejército invasor. Alrededor de 700 000 soldados del Ejército Rojo hallaron la muerte, fueron heridos o fueron dados por desaparecidos tanto en la fase defensiva como en la contraofensiva que le siguió. Las pérdidas alemanas ascendieron a 250 000 soldados muertos, heridos o desaparecidos. Las tropas del Ejército del Este demostraron estar exhaustas por completo, tras haber librado seis meses de continuos combates desde el inicio de la Operación Barbarroja. Y el alto número de bajas sufrido comprometía seriamente las reservas de la Wehrmacht, pero al mismo tiempo obligaba a Hitler a seguir defendiendo el sentido de la campaña del Este ante sus partidarios y ante el conjunto del pueblo alemán. Tanto sacrificio tenía que valer para algo.

Otros escenarios tomarían el relevo: sobre todo en el sector sur del frente, donde las tropas alemanas del Grupo de Ejércitos Sur y sus aliados parecían seguir un avance continuado hacia el Cáucaso, lo que parecía abrirles la expectativa de un acceso a los recursos petrolíferos del Caspio y de Oriente Medio.

La «Cruzada europea contra el bolchevismo»

No sólo tropas alemanas tomaron parte en la Operación Barbarroja. Los aliados finlandeses y rumanos aportaron el nada despreciable número de 700 000 soldados. Al poco tiempo, tanto Hungría como Italia y Eslovaquia mostraron interés por enviar tropas al frente del Este, a fin de participar en lo que se adivinaba como una campaña triunfal. No era únicamente idealismo anticomunista. Los diversos Estados aliados o títeres del Tercer Reich se aprestaban a jugar sus cartas simbólicas para participar en el reparto territorial, en la gigantesca *reordenación* política de Europa bajo el dominio alemán que se auguraba próxima. Tomar parte en el exterminio del enemigo común bolchevique, aunque fuese con una pequeña tropa expedicionaria, proporcionaría argumentos a los diversos Estados fascistas europeos con los que recuperar territorios reclamados, realizar sus propios sueños imperiales o irredentistas, o simplemente evitar que temidos vecinos que se habían aprestado a enviar tropas al este pudiesen reclamar territorios a costa propia.

El primero fue el régimen fascista italiano, que ya preparaba una posible participación en la guerra del Este desde que tuvo conocimiento de los planes de invasión. Por ello, Mussolini ordenó la constitución de un *Corpo di Spedizione Italiano in Russia* (CSIR) que contaba en total con 62 000 hombres y 82 aviones, y que el 11-12 de agosto ya entraron en combate en Ucrania al lado de las tropas del Grupo de Ejércitos Sur. En 1942, el cuerpo expedicionario fue reforzado con el despliegue en el frente del Don del 8.º Ejército italiano o *Armata Italiana in Russia*, que llegó a sumar 229 000 hombres desplegados en el frente oriental, con una notable dotación en artillería ligera y pesada^[67]. El régimen satélite de Eslovaquia, presidido por el prelado católico Jozef Tiso, se apresuró también a declarar la guerra a la URSS y envió cerca de 50 000 soldados al frente oriental, repartidos en dos divisiones de infantería con dotación de armamento más bien modesta, así como una brigada motorizada. Buena parte de las tropas eslovacas fueron retiradas a fines de julio de 1941, y las que quedaron se destinaron en buena parte a cometidos de lucha antipartisanas en Bielorrusia, además de una

división móvil que combatió en la zona de Crimea^[68]. El Estado títere de Croacia, bajo la égida de Ante Pavelic, despachó igualmente a Rusia un simbólico contingente de 5000 soldados, encuadrados como Regimiento 369 en el 6.º Ejército alemán, y que llegó al frente el 21 de agosto de 1941. El temor a que la participación italiana en el frente del Este fuese premiada con ulteriores recompensas territoriales en la costa adriática actuó como un revulsivo fundamental de los gobernantes croatas: no había que quedarse atrás en demostrar méritos de guerra frente al enemigo común^[69].

El régimen autoritario del almirante Miklós Horthy en Hungría, que no había sido tenido en cuenta por Hitler para tomar parte en la invasión por desconfiar de su orientación en política exterior, tardó algunos días en declarar la guerra a la URSS. De hecho, la participación magiar en la invasión no era deseada en un principio por el OKH, que desconfiaba de la juzgada anglofilia de Horthy y prefería no otorgar a las tropas húngaras un papel preponderante en las operaciones militares. Sólo el mariscal Von Rundstedt, como comandante supremo del Grupo de Ejércitos Sur, era favorable a contar con la participación de tropas húngaras desde un principio, para asegurar la toma de la región de Lviv y del área de Ucrania occidental. Horthy se resistía a declarar la guerra a la URSS, en parte por la presión interna del partido fascista húngaro Flechas Cruzadas. Pero pocos días después del comienzo de la Operación Barbarroja, el bombardeo por parte de aviones soviéticos de la ciudad de Kassa ofreció un motivo suficiente para que el Gobierno de Budapest entrase en guerra con la Unión Soviética.

La fuerte participación rumana desde el principio de la contienda germano-soviética presionó de modo decisivo al régimen de Horthy para entrar en el conflicto. Si la guerra concluía con una victoria alemana, Bucarest tendría argumentos para reclamar de nuevo la parte de Transilvania perdida a manos húngaras un año antes. Bajo el mando del general Ferenc Szombathelyi, 93 115 soldados húngaros fueron destinados al frente oriental en agosto de 1941. Pero el alto número de bajas sufridas por las unidades magiares aconsejaron al OKH ya en septiembre de 1941 destinarlas a labores de protección de retaguardia, para lo que se destinaron otros 40 000 soldados húngaros. El agotamiento de las reservas alemanas tras la batalla de Moscú obligó ahora al Alto Mando de la Wehrmacht y al propio Hitler a no despreciar una mayor participación de sus aliados. A principios de 1942 el jefe del OKW, Wilhelm Keitel, viajó a Budapest

y solicitó el despliegue de tropas húngaras, que pasarían a ser armadas y avitualladas por la Wehrmacht, para reforzar la planeada ofensiva de verano. El 2.º Ejército húngaro, con 210 000 soldados —una buena parte de los cuales pertenecían a minorías no magiares, como eslovacos, rutenos y rumanos— fue movilizado en ese momento para el frente oriental.

Las tropas del *Hónved* (ejército húngaro) carecían de motivación suficiente para luchar en el este, y sus oficiales eran en buena parte reservistas movilizadas ex profeso para la campaña, cuya preparación y moral eran igualmente dudosas. En junio de 1942 los húngaros establecieron sus posiciones en el Don. Pero mal equipados y en lucha constante con sus aliados alemanes e italianos por conseguir mejores suministros, los magiares fueron literalmente arrollados por la ofensiva soviética que comenzó el 12 de enero de 1943, sufriendo 40 000 muertos y cayendo prisioneros 60 000 hombres. La permanente desconfianza del mando alemán hacia sus aliados húngaros, al igual que hacia los italianos y rumanos, no hizo sino aumentar desde aquel momento. Se trataba de una compleja mezcla de juicios preconcebidos y de complejo de superioridad militar. Aun así, hasta agosto de 1944 todavía partirían para el frente del Este alrededor de 90 000 combatientes húngaros^[70].

Después de la ocupación alemana de Hungría en marzo de 1944, debido a la necesidad del Reich de asegurarse productos agrícolas y a la prevención que inspiraba en Hitler la «política de columpio» con los Aliados del almirante Horthy, la dimensión de la participación militar húngara en el frente del Este ascendió de forma notable. Entre abril y mayo de ese año el 1.º Ejército húngaro (168 000 hombres) también fue movilizado contra los soviéticos. Y a partir de mayo de 1944 se incrementó sucesivamente la presencia de soldados magiares en el frente, ahora también para defender las propias fronteras de su país. En septiembre de 1944 había un total de 950 000 combatientes del *Hónved* en lucha con las tropas soviéticas que avanzaban hacia el Danubio^[71].

Las tropas alemanas nunca dejaron de constituir el contingente militar mayoritario de las unidades y divisiones del Eje participantes en la campaña del Este. No obstante, el montante total de las tropas aliadas mantuvo dentro del conjunto de las fuerzas *antibolcheviques* un porcentaje bastante significativo, que en algunos momentos llegó a suponer casi la cuarta parte del total. Además, su presencia resultaba cercana al 50 por ciento en algunas porciones del frente, en particular en el área del Grupo de Ejércitos Centro y Sur. El 10 de septiembre

de 1942 el número de soldados extranjeros (es decir, no germanos) que formaban junto a la Wehrmacht en el frente oriental ascendía a 648 000. Si en 1941 el porcentaje de tropas germanas en el total de fuerzas del Eje desplegadas en el frente soviético era del 82,74 por ciento, esa proporción disminuyó al 72,3 por ciento en junio de 1942; volvió a subir en julio de 1943 al 88,55 por ciento; descendió al 74,77 por ciento en junio de 1944; y en enero de 1945, cuando ya ni húngaros ni rumanos combatían junto a los alemanes y en la práctica sólo le quedaban los voluntarios extranjeros de las Waffen SS y las tropas auxiliares de diversas nacionalidades de la URSS, se situó en el 95,7 por ciento^[72].

Si los aliados y los satélites proporcionaron esencialmente tropas regulares para la campaña del Este, también participaron al lado del Eje un número significativo, aunque poco relevante desde el punto de vista estratégico, de voluntarios extranjeros reclutados en Europa nórdica y occidental. Los intelectuales, propagandistas y teóricos nazis utilizaron a menudo el *Leitmotiv* de la defensa de la civilización europea como un arma propagandística y retórica para ganar adeptos a la causa del Tercer Reich entre los círculos fascistas, ultranacionalistas y anticomunistas de toda Europa. La defensa de la preeminencia continental de Alemania acostumbraba a presentarse como la exaltación de los valores europeos. Y frente al carácter *asiático* del bolchevismo, el nacionalsocialismo encarnaría un proyecto de defensa de la *civilización* europea, a lo que se unía la justificación inmediata de la invasión de la URSS como reacción frente a un supuesto plan de conquista soviético. Alemania habría atacado de forma preventiva a la URSS para detener el asalto del comunismo sobre Europa.

Empero, el europeísmo con el que los jefes y las revistas teóricas del Tercer Reich se llenaban la boca poseía ante todo un mero carácter retórico, pues la unidad continental era un objetivo claramente subordinado a los planes de hegemonía militar y económica del Tercer Reich. Dentro de las fantasías de Hitler y Himmler, y las de varios de sus subordinados, la consecución de un imperio germánico extendido era una variable más importante que el concepto de «Europa». El énfasis en este último era, como mucho, un útil instrumento de propaganda. Pero resultaba ser un poderoso argumento que permitía ganar voluntades fuera de Alemania, tanto entre las opiniones públicas de los países aliados o allegados como entre los países neutrales. Se trataba de una eficaz «música de acompañamiento», que tuvo su punto álgido con la invasión de la

URSS y que fue diseñada por el estratega de la propaganda nacionalsocialista, Joseph Goebbels^[73]. En ella, se conjuntaba el consabido argumento de la guerra preventiva con la imagen de Alemania como eterna víctima de un complot judío bolchevique, así como con la representación del Tercer Reich como un baluarte frente al comunismo y la *barbarie* asiática, y la defensa del continente en una empresa que era presentada hacia el exterior como una *cruzada europea contra el bolchevismo*. Así rezaba la declaración del Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores del 29 de junio de 1941. Alemania estaría cumpliendo en el este un «mandato europeo», cuando no una «guerra por la libertad de toda Europa»:

La lucha de Alemania contra Moscú se ha convertido en una cruzada europea contra el bolchevismo. Con su capacidad de atracción, que sobrepasa todas las expectativas, cabe reconocer que se trata de una causa europea, de todo el continente: amigos, neutrales e incluso de los pueblos que todavía hace poco tiempo han cruzado la espada con Alemania^[74].

El programa del *Nuevo Orden* europeo, que los teóricos nazis esbozaron hacia 1940, fue aceptado por políticos e intelectuales de los países cuyos regímenes eran aliados o amigos del Tercer Reich. El Pacto Antikomintern renovado en Berlín el 25 de noviembre de 1941 presentaba la «cruzada» antibolchevique como una empresa común, de la que surgiría una Europa en paz y unida bajo la hegemonía benévola del Tercer Reich. Sin embargo, el europeísmo nazi consistía más en lemas e ideas generales que en proyectos concretos. En eso radicaba parte de su éxito, pues desde muy diversas posiciones cada fascismo nacional o local podía imaginar a su vez cuál iba a ser su función específica dentro de ese *Nuevo Orden*, desde Portugal a España pasando por los intelectuales colaboracionistas franceses, y jugar con interpretaciones propias del europeísmo nazifascista y sus conceptos geopolíticos preferidos, como *espacio vital* o *economía de grandes espacios*, adaptándolos a sus objetivos expansionistas inmediatos —el Mediterráneo o el norte de África; por ejemplo, en la interpretación de los fascistas españoles o italianos^[75].

La participación en la invasión de la URSS se presentó así a ojos de diferentes sectores anticomunistas, fascistas o próximos a los fascistas de toda Europa como una oportunidad inmejorable para sellar su alianza con la Alemania hitleriana y escalar posiciones de poder e influencia dentro de sus países. Al mismo tiempo, la idea de *cruzada europea antibolchevista* también

despertaba un inusitado entusiasmo proalemán de amplios sectores anticomunistas, pero que recelaban del racismo y del ateísmo nazi, así como de sus concepciones totalitarias. Como recordaban las revistas católicas españolas en el verano de 1941, Hitler era una suerte de nuevo ángel exterminador encargado de aniquilar a la encarnación de Luzbel en la tierra, y que mediante ese acto se purificaría a sí mismo y retornaría al camino de la religión verdadera. La cosmovisión católica, unida a la consideración del comunismo soviético como exponente de una barbarie producto de una mezcla de judíos, masones y pueblos culturalmente inferiores, aunque no definidos en términos biológicos, sería característica de muchos voluntarios españoles, italianos o franceses en el frente ruso^[76].

En un principio, las ofertas individuales y colectivas que afluyeron a las embajadas alemanas en Europa occidental en demanda de ser aceptados como voluntarios sorprendieron tanto al OKW como al Ministerio de Exteriores germano. Pero la oportunidad parecía ideal para dotar de una legitimación añadida a los proyectos de hegemonía continental del Tercer Reich, además de para ganar aliados y algunos soldados adicionales. El 30 de junio de 1941 tuvo lugar en Berlín una reunión en la que participaron representantes de Exteriores, del OKW, del NSDAP y de las SS. En ella se consideró que era de gran interés político aceptar las ofertas de voluntarios y se decidió encuadrarlos en unidades nacionales con uniforme alemán, pero sin naturalizarlos alemanes. Eso sí, se estableció una estudiada jerarquía etnonacional. Los voluntarios procedentes de países nórdicos se encuadrarían en las Waffen SS, denominación otorgada a las unidades armadas de las SS (*Schutzstajfel* o brigadas de asalto) dependientes de Heinrich Himmler desde 1940^[77], y lo mismo se deseaba para los voluntarios *germánicos* (holandeses y flamencos). Se aceptarían las ofertas española y croata, que conformarían unidades homogéneas dentro de la Wehrmacht, y se estaba a la espera de lo que pasaría con los voluntarios franceses y valones. Por el contrario, se rechazaron las ofertas de rusos blancos, representantes nacionalistas de pueblos no rusos de la URSS y checos. Una semana después, el Alto Mando de la Wehrmacht establecía una serie de líneas directrices para la admisión y la formación de unidades de voluntarios extranjeros, que reproducían y desarrollaban en lo sustancial los principios anteriores^[78].

Después del fracaso de la guerra relámpago y la estabilización de un costoso frente oriental, la movilización inducida por la *cruzada europea contra el*

bolchevismo permitió al Tercer Reich reclutar soldados con destino al Este en la casi totalidad de los países europeos. La música de acompañamiento se convirtió entonces en una melodía monocorde que insistía de manera reiterada en la necesidad de defender la civilización europea, en el anticomunismo y en el carácter «asiático» de las *hordas bolcheviques*. El discurso fue difundido con profusión por el aparato de prensa y propaganda nazi, y de hecho sus efectos retóricos fueron bastante mayores que su coherencia discursiva interna. Los argumentos no variaron. La guerra en el Este fue definida como una nueva cruzada, que emulaba a la de los caballeros teutónicos, y en la que todos los pueblos de Europa eran invitados a participar^[79]. El judaísmo, aliado del comunismo y enemigo de la supervivencia de las naciones de Europa, que ya había sometido a los Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS, era presentado como un agente destructor de la civilización del continente, incluyendo sus raíces cristianas y su tradición histórica. Pero el acento fundamental se colocaba en el anticomunismo^[80].

En varios países de Europa occidental y nórdica se reclutaron cientos de voluntarios para el frente ruso; normalmente, bajo el control de los partidos fascistas nacionales y con participación en algunos casos del ejército regular. Fue el caso de la llamada División Española de Voluntarios o *División Azul*, que aportó 18 000 voluntarios, en buena parte miembros de las organizaciones falangistas, además de oficiales y suboficiales aportados por el ejército regular. Después de una rápida instrucción, la División Azul fue destinada al Grupo de Ejércitos Norte, donde participó en las operaciones ofensivas del Volchov para completar el cerco de Leningrado entre octubre y noviembre de 1941. Desde principios de 1942 fue relegada a labores defensivas en una sección del frente menos comprometida, y en agosto del mismo año fue destinada a cubrir el flanco sur del cerco de Leningrado, hasta su retirada por motivos políticos —la presión diplomática de las potencias Aliadas sobre la España neutral de Franco— en el último trimestre de 1943. En total, alrededor de 47 000 soldados, buena parte de ellos voluntarios, pasaron por la unidad. Por su parte, la Legión de Voluntarios Franceses (*Légion des Volontaires Français contre le bolchévisme*, LVF) fue reclutada entre simpatizantes y militantes de los principales partidos de índole fascista y colaboracionista, como el Partido Popular Francés de Jacques Doriot, quien también se presentó voluntario. Su cuantía no sobrepasó en ningún momento los 4000 hombres, y sólo fue utilizada a fines de noviembre de 1941

en algunos combates de primera línea. Posteriormente, la LVF fue retirada a retaguardia, y utilizada sobre todo en labores de lucha antipartisana. Los voluntarios valones procedieron sobre todo del movimiento rexista, fascismo autóctono y colaboracionista con los alemanes, dirigido por el carismático Léon Degrelle. Apenas un millar de voluntarios valones conformaron el Batallón de Infantería Valona 373, que entró en combate en el Grupo de Ejércitos Sur. En total, a fines de 1941, el número de españoles, franceses, valones y croatas que combatían en el *Ostheer* ascendía a unos 24 000 hombres.

A todos los anteriores se unían otros 12 000 voluntarios «germánicos» que combatían en las filas de las SS. El *Reichsführer SS* Himmler aprovechó la coyuntura de la guerra contra la URSS para continuar con su proyecto de ampliación multinacional de las Waffen SS hasta convertirlas en una suerte de «ejército europeo», cuyo modelo fuese la Legión Extranjera francesa, pero con un fuerte ingrediente adicional de adoctrinamiento político que hiciese de los soldados de las divisiones SS los auténticos arietes de la expansión del *Nuevo Orden* nacionalsocialista, una vez que retornasen a sus países. En un principio, y además de los alemanes étnicos de las regiones incorporadas al Tercer Reich, las preferencias por parte alemana se dirigieron hacia los voluntarios procedentes de países «germánicos» y nórdicos. Ese seguía siendo el objetivo que el propio Hitler concedía de forma prioritaria a las Waffen SS todavía en septiembre de 1943. Sin embargo, en abril de 1940, Himmler ya había conseguido el *placet* para crear una unidad multinacional, la División SS *Wiking*, que entró en combate pocos días después del inicio de la Operación Barbarroja. Dentro de ella se encuadraban los voluntarios germánicos, que no fueron nacionalizados alemanes, dentro de los regimientos *Nordland* (países nórdicos) y *Westland* (flamencos y holandeses), que totalizaban 1564 hombres en junio de 1941. Por otro lado, en la División SS *Das Reich* se habían incorporado desde 1940 voluntarios finlandeses, que configuraban un batallón.

Tras la invasión de la URSS, el número de voluntarios «germánicos» aumentó de forma notable. Hubo algunos nórdicos que se enrolaron en el ejército finlandés, pero la mayoría lo hizo en las SS. A fines de 1941, el número de combatientes extranjeros en sus filas se repartía por nacionalidades del modo siguiente: 1180 finlandeses, 39 suecos, 1882 noruegos, 2399 daneses, 4814 holandeses, 1571 flamencos y, por último, 135 suizos y naturales de Liechtenstein. Así como 6200 voluntarios más que fueron reclutados entre los alemanes étnicos (*Volksdeutsche*) de ciudadanía rumana, húngara, serbia, croata,

luxemburguesa y eslovaca, además de algunos alsacianos y loreneses, así como alemanes de Nordschleswig (Dinamarca).

En total, los voluntarios extranjeros en la Wehrmacht y las Waffen SS ascendían a 43 000. No era un aporte significativo en términos estrictamente militares: apenas superaban el 1 por ciento de las tropas movilizadas en el frente del Este. Ese porcentaje se incrementó ligeramente en 1942 y 1943, pues el aflujo de voluntarios, sobre todo en las unidades de las Waffen SS de países germánicos, tendió a aumentar. Hasta mayo de 1944, por ejemplo, el número total de holandeses que se presentaron voluntarios llegó a un total acumulado de 20 129, y el de noruegos ascendió a casi 6000^[81]. A la altura de junio de 1943, las Waffen SS habían reclutado un total de 27 314 voluntarios en Europa occidental y nórdica^[82]. Según los datos del historiador militar Kenneth Estes, y excluyendo los efectivos movilizadas en *legiones* nacionales, así como a los finlandeses, italianos y otros contingentes menores, el montante de voluntarios occidentales y nórdicos que sirvieron —en su gran mayoría en el frente ruso— en unidades de las Waffen SS ascendió de 4851 en enero de 1942 a 36 682 en 1944 (véase el cuadro 2.1.). En ningún momento supusieron más del 10 por ciento del total de combatientes encuadrados en las Waffen SS.

El contingente global de voluntarios europeos que combatió en las filas de la Wehrmacht y las Waffen SS a lo largo de la guerra germano-soviética es difícil de establecer con precisión. Aun así, y sumando a los españoles, que aportarían por sí solos más del 40 por ciento de todos los efectivos, se podría situar en unos 115 000 hombres^[83]. Una cifra más bien modesta, que situaba a estos voluntarios en un 1,15 por ciento del total de soldados alemanes que pasaron por el frente del Este en los cuatro años de guerra. Pero que le servían propagandísticamente al Tercer Reich para insistir en el carácter «europeo» de la cruzada contra el bolchevismo.

CUADRO 2.1. Voluntarios de Europa occidental y nórdica en las Waffen SS, 1942-1944

	<i>Enero 1942</i>	<i>Junio 1943</i>	<i>Enero 1944</i>
Noruegos	665	1415	3878
Daneses*	1235	2142	5006
Holandeses	2255	5546	18 473
Flamencos	696	1525	5003
Valones	-	Desconocido	1812

Franceses		Desconocido	2480
Total	4851	19 331	36 682

* Incluye alemanes de Schleswig. Fuente: Estes (2003).

Muchas de esas unidades tuvieron un rendimiento militar y operativo más que discreto cuando fueron enviadas a los campos de batalla y trincheras del este. Al igual que sucedía con los rumanos o los italianos, el juicio que la capacidad de combate de los voluntarios españoles, franceses u holandeses merecía a ojos de los observadores militares alemanes era, en general, tendencialmente negativo. No había gran diferencia, además, si los soldados eran «germánicos» o no. Todos ellos eran objeto de una vigilancia especial de los servicios de información del *Ostheer* para evitar desertiones y espionaje, y en general su valor como soldados era puesto en entredicho, aunque su presencia era tolerada por razones de conveniencia política^[84].

Por otro lado, las frecuentes rivalidades políticas internas que minaban la cohesión de esas unidades voluntarias las convirtieron en aliados inestables. Si entre los españoles se registraban tensiones entre los voluntarios falangistas y los suboficiales y mandos intermedios procedentes del ejército profesional, entre los combatientes franceses esas disputas se dirimían entre los simpatizantes de los diferentes partidos fascistas y colaboracionistas que nutrían sus filas; y lo mismo ocurría entre rexistas y nacionalsocialistas en el caso de los valones, o entre los afiliados al *Vlaams National Verbond* y los pronazis de *Verdinaso* y otros grupos satélites de los alemanes en la Legión Flandes. Por otro lado, dentro de esas unidades convivieron aventureros de toda clase y soldados profesionales (por ejemplo, oficiales de la reserva o miembros de tropas coloniales belgas y francesas) con voluntarios entusiastas y fascistas fanáticos, que compartían a grandes rasgos la cosmovisión del europeísmo propagado por los nazis, así como su representación del comunismo soviético como una amalgama de judaísmo y barbarie asiática, o bien como un enemigo de la civilización cristiana que sólo podría reintegrarse al seno de Europa si volvía al redil de la religión y el orden^[85].

El control de las unidades de voluntarios extranjeros pasó a manos de Himmler desde mediados de 1943, dentro de su proyecto de convertir a las SS en un auténtico ejército pangermánico, paralelo a la propia Wehrmacht, a partir de las divisiones de los pueblos germánicos y los «asimilados» —concepto este

último que podía incluir a los valones, por ejemplo—^[86]. Como consecuencia, los diversos regimientos y unidades existentes se reconvirtieron en nuevas unidades, cuyos pomposos nombres oficiales y cuyo rango rara vez se correspondía con los efectivos reales de que disponían. Así, las formaciones SS voluntarias o *legiones* de daneses, noruegos, finlandeses, holandeses y flamencos fueron encuadradas, respectivamente, en la División Nordland, la 34.^a División SS Landstorm, o la 27.^a División SS Langemarck. Sin embargo, el intento de crear un cuerpo de voluntarios británico, reclutado entre prisioneros de guerra a partir del fascista británico John Amery, acabó en un absoluto fracaso. A aquellas unidades se añadió en noviembre de 1944 la División *Wallonien*, comandada por el condecorado fascista valón Léon Degrelle, quien explotó en la política belga la popularidad ganada en el frente de combate y soñaba con jugar un papel destacado en el *Nuevo Orden* nazi. Valonia, además, fue considerada una región «germánica», aunque francesizada, en 1943^[87].

Ante el aparente éxito del experimento multinacional, Himmler expandió el abanico de pueblos considerados dignos de servir en las Waffen SS. En primer lugar, pueblos latinos, que a grandes rasgos siguieron la usual evolución: de legiones se convirtieron en 1943 en brigadas SS, y en 1944 o principios de 1943 adoptaron la categoría de rimbombantes divisiones con nombres ilustres. La unidad de voluntarios franceses se convirtió en noviembre de 1943 en la Brigada de Asalto voluntaria Carlomagno, y en octubre de 1944 en la División Carlomagno. La Brigada SS n.º 1 italiana se transformó en marzo de 1945 en división, a pesar de no reunir más efectivos. Entre 1943 y principios de 1945 se crearon formaciones de voluntarios lituanos, letones y estonios, además de húngaros, búlgaros, rumanos, turcomanos, ucranianos, bielorrusos y albaneses. Y finalmente varios pueblos eslavos más, no sin resistencia de Hitler. Generalmente, sin embargo, los voluntarios extranjeros combatían bajo mando alemán, y en muchos casos con oficiales tudescos de rango medio e inferior. El problema del examen racial, preceptivo para el ingreso en las Waffen SS, se solventó mediante la designación de las unidades «no arias» del cuerpo como auxiliares, lo que también podía valer para los alemanes étnicos y los voluntarios de Europa occidental. Algunas unidades fueron tan exóticas como las dos «divisiones de montaña» de musulmanes bosnios constituidas en mayo y junio de 1944 para combatir a los partisanos yugoslavos.

Algunas de estas unidades, como la División ucraniana n.º 14 *Galizien*

contaron con cerca de trece mil combatientes desde su formación, y participaron en numerosas acciones contra la población civil y, en particular, judíos, además de servir como policía auxiliar y como guardianes de campos de concentración. Pero reclutar unidades eslavas, caucásicas o musulmanas como tropas encuadradas en las SS y Waffen SS, aunque fuese en rangos subordinados o con funciones auxiliares, planteaba siempre un problema de ortodoxia teórica a los ideólogos nazis, que se veían enfrentados al dilema de conciliar el postulado del racismo biológico —en el que Heinrich Himmler creía firmemente, no así algunos de sus ayudantes— con la necesidad de reclutar combatientes para sostener la guerra en el frente oriental desde mediados de 1943. Ese dilema se solventó en ocasiones mediante argumentos historicistas. Por ejemplo, presentando a los nacionalistas ucranianos de la región de Galitzia que constituían la base de reclutamiento de la división SS ucraniana como «pseudogermánicos», por el hecho de que la zona hubiese pertenecido al imperio austrohúngaro hasta 1918, razonamiento que también se aplicaba a los musulmanes bosnios. En otros casos se recurría al más puro pragmatismo^[88].

La propaganda desplegada por las SS desde 1944 incidía cada vez más en el carácter europeo de la lucha contra el *bolchevismo asiático* y presentaba las biografías de los oficiales voluntarios como ejemplos de abnegación anticomunista. Mientras algunos de ellos, como el francés Roger Lainé, miembro del PPF, afirmaba luchar por Europa, otros, como el tunecino de padres franceses Jean Foratier, decían encontrar en los bolcheviques el mismo odio que había profesado a los comerciantes judíos del Túnez de su niñez...

El objetivo era reclutar voluntarios de todo el continente en un esfuerzo cada vez más desesperado^[89].

La calidad del reclutamiento, sin embargo, no mejoró. Muchos de los nuevos reclutas no superaban la fase de instrucción, y los saqueos y las violaciones por parte de los voluntarios eran frecuentes. Las unidades bálticas, como las ucranianas, poseían además una especial motivación antirrusa, a la par que antisoviética. Entre buena parte de los enrolados en diversos países europeos durante 1943 y 1944, los motivos eran más prosaicos. La propia propaganda de las Waffen SS en varios idiomas insistía adecuadamente en la calidad de la paga, así como en los subsidios que las familias de los combatientes heridos o caídos recibirían del Estado alemán, además de en el carácter selecto y distinguido de la formación militar y política, y en el hecho de que el soldado de las SS sería un

combatiente por el «futuro de Europa» en nombre de la «unión de la juventud europea frente al bolchevismo»^[90]. Esa propaganda atrajo a fanáticos nazis y convencidos fascistas de toda Europa que deseaban defender al Tercer Reich de la avalancha soviética, quienes se dividían a su vez entre los que querían mantener una independencia nacional a toda costa y quienes deseaban un lugar al sol dentro del futuro imperio germánico. Pero también se unieron a las filas de las Waffen SS simples aventureros contagiados de un *Zeitgeist* o espíritu epocal de lucha de civilizaciones. Y no estuvieron ausentes de sus filas personas que tenían cuentas pendientes con la justicia, convictos que querían redimir penas de cárcel, prisioneros de guerra franceses y belgas, y una buena proporción de trabajadores extranjeros en Alemania —franceses, holandeses, valones y flamencos, pero también pequeños contingentes de otras procedencias; incluso (en 1944) algunos españoles— que fueron reclutados desde abril de 1943, y que simplemente vieron en las Waffen SS una posibilidad de mejorar de posición y sueldo, o que intentaban salir del territorio alemán para desertar en cuanto se les presentase la oportunidad. Los cuadros colaboracionistas de la administración y los antiguos policías o miembros de los partidos fascistas y proalemanes franceses, belgas, holandeses o italianos que se refugiaron en territorio alemán desde 1944, al ser liberados por los Aliados sus respectivos países, constituyeron también una última reserva de reclutas^[91].

Las brigadas y las divisiones extranjeras de las SS han sido objeto de una enorme mitificación, y han constituido asimismo un motivo recurrente de fascinación entre los aficionados al coleccionismo y los amantes de la Historia Militar. Los nostálgicos y los propagandistas neofascistas intentaron presentar a las Waffen SS como un antecesor directo de la OTAN por su doble carácter de «europeas» y «anticomunistas», empezando por el antiguo oficial Paul Hausser, posterior dirigente de la asociación de veteranos de las tropas de Himmler. Una opinión similar ha sido defendida de forma implícita por algunos historiadores militares tradicionales y/o revisionistas^[92]. Empero, tanto el aporte real como la capacidad de combate de las unidades integradas por extranjeros fue muy variable. Su cuantía, además, fue bastante menor de la que sugerían los pomposos títulos de sus divisiones, en su mayoría formadas en 1944 a partir de «retales» de otras procedencias y muy por debajo de lo que eran los efectivos normales de una división de infantería en 1941^[93]. Varias de ellas oscilaban entre los 2000 y los 3000 hombres. Hubo en verdad divisiones y regimientos

cuyos integrantes eran fanáticos anticomunistas que mostraron una gran motivación de combate, fuese por convencimiento o fuese por desesperación y falta de oportunidades de volver a sus países una vez que el curso de la guerra se había torcido para el Tercer Reich. En estos casos, unir su suerte a la de la Alemania nazi fue la única perspectiva a corto plazo que les quedaba libre. A medida que el frente del Este retrocedió, hubo unidades de las SS integradas por voluntarios extranjeros que se vieron atrapadas con el final del Tercer Reich, sin posibilidad alguna de volver a sus países, y algunas combatieron en las ruinas del Berlín sitiado. Fue el caso de la División Carlomagno, así como de la División Nordland, y de combatientes letones, valones y flamencos, y hasta —según varios indicios— de algunos españoles. La mayoría murió en la batalla, y muchos se suicidaron antes de caer prisioneros^[94].

Un porcentaje importante de los voluntarios de las Waffen SS que sobrevivieron a la guerra fueron acusados de crímenes de guerra y de traición, sufrieron pena de cárcel y fueron desprovistos de derechos civiles al volver a sus países. Otros se enrolaron en la Legión Extranjera francesa para evitar las represalias y los juicios que les esperaban en sus países y fueron destinados, en buena parte, a Indochina. Los voluntarios procedentes de Europa del este, y en particular los bálticos y ucranianos, fueron fusilados o, en el mejor de los casos, internados en campos de concentración y trabajos forzados. Algunos más, como Léon Degrelle, se refugiaron en España, donde con la complicidad de cargos falangistas y del ejército eludieron las órdenes de extradición y vivieron hasta su muerte (y aún viven en algunos casos).

Otro grupo de voluntarios extranjeros sobre el que existe menos literatura apologética, pero que resultó ser el más numeroso en términos absolutos, fue el de los pertenecientes a los grupos étnicos no rusos de la Unión Soviética. El destino de los pueblos de la Unión Soviética en los sueños imperiales de Hitler estaba escrito en los planes de la Operación Barbarroja, el Plan General Este y los proyectos de futuro que el dictador y sus jefes reservaban para el espacio soviético. Además de los movimientos de población para recolonizar con alemanes parte de Ucrania, Crimea y la región de Leningrado, Hitler no tenía ninguna intención de conceder de nuevo la independencia a los Estados bálticos, que fueron subsumidos en un «Comisariado Imperial de las Tierras Orientales» (*Reichskommissariat Ostland*). Tampoco preveía en sus planes una Ucrania soberana, a pesar de la insistencia de Rosenberg en dispensarle un trato especial.

El territorio ucraniano fue colocado en su mayor parte bajo la jurisdicción de un Comisariado Imperial de Ucrania, situado bajo la égida del dirigente nazi de Prusia Oriental Erich Koch, cuyo mando se caracterizó por una brutalidad despiadada en la ejecución de represalias contra la población civil.

No obstante, la necesidad cada vez mayor de efectivos humanos para el Ejército del Este llevó a reclutar para el *Ostheer* y, más tarde, para las Waffen SS, voluntarios pertenecientes a nacionalidades eslavas, e incluso a pueblos que en la cosmovisión racial del nacionalsocialismo eran considerados inferiores. Para ello, los diversos exiliados nacionalistas de pueblos no rusos de la URSS, que durante las décadas de 1920 y 1930 se habían refugiado en Alemania, sirvieron de eficaces propagandistas. En un principio, ya en 1941, los ocupantes pusieron en marcha una campaña de captación de voluntarios entre los prisioneros pertenecientes a nacionalidades no rusas, cuya simpatía por el sistema soviético era más que dudosa. Los prisioneros de guerra que pertenecían a nacionalidades caucásicas, así como los turcomanos, fueron seleccionados por sus captores, y aquellos que accedieron a servir bajo uniforme alemán en nombre de la *liberación* de sus patrias del dominio soviético fueron dotados de uniforme alemán y situados bajo el mando de oficiales tudescos, además de recibir armamento capturado al Ejército Rojo. Incluso, se les proveyó de imanes sunnitas y chiítas. Muchos, si no la mayoría, aceptaron cambiar de uniforme como única alternativa a corto plazo para salvar la vida de las infames condiciones que reinaban en los campos de prisioneros^[95].

Al principio, caucásicos, turcomanos y otros pueblos no rusos fueron incorporados a divisiones alemanas y situados bajo el mando de oficiales germanos, por miedo a que se produjesen deserciones en masa. Sus oficiales llegaron a apreciarlos como combatientes, aunque más de uno encontraba una barrera en el color de la piel y la «raza». Según el testimonio de un oficial instructor de legionarios turcomanos, su conducta era decente y disciplinada, pero sus competencias eran más limitadas que las de los alemanes:

[...] son para nosotros una masa silenciosa, impenetrable [...] aunque no se puede decir nada malo de los chicos, lo cierto es que la diferencia de raza le repele a uno. A veces tengo la impresión de que sus transpiraciones huelen a brea y alquitrán^[96].

Desde 1942 los voluntarios de pueblos no rusos fueron autorizados a conformar

sus propias unidades militares. Y tanto bálticos como ucranianos en general fueron admitidos en las unidades de las Waffen SS. Llegaron a existir una división turcomana y dos divisiones ucranianas, además de una división de las Waffen SS (*Galizien*) reclutada entre nacionalistas ucranianos de la región de Galitzia, y alrededor de 150 000 voluntarios estonios, letones y lituanos, muchos de los cuales fueron utilizados en labores auxiliares de retaguardia y lucha antipartisan. También se constituyó en el verano de 1942 una Legión Armenia, que participó con las tropas alemanas en los combates del Cáucaso; y una unidad georgiana. Muchos voluntarios afirmaban compartir el odio a los bolcheviques, al judaísmo y al sistema estalinista^[97].

El pueblo o grupo étnico de la Unión Soviética que probablemente aportó más combatientes para la Wehrmacht fueron los cosacos, que en la guerra civil rusa habían apoyado de forma mayoritaria al bando blanco, y cuyo objetivo era crear una república independiente. Hubo varios casos de regimientos cosacos del Ejército Rojo que se pasaron en bloque a los alemanes. Y cuando el Grupo de Ejércitos Sur avanzó a través de las tierras cosacas, fue recibido con júbilo por aldeas y pueblos. Al principio, los alemanes utilizaron a los cosacos como escuadrones para las operaciones de «caza» de partisanos y de destacamentos aislados o desorientados del Ejército Rojo. En 1943 Hitler autorizó al fin la constitución de una división cosaca, superando sus prejuicios raciales frente a un pueblo considerado como asiático e inferior. Alrededor de 23-30 000 cosacos lucharon como soldados al lado de los alemanes, y unos 200 000 lo hicieron como tropas auxiliares con diversos cometidos^[98].

Hubo muchos más ciudadanos soviéticos de otras nacionalidades, rusos incluidos, que acabaron peleando a favor de los alemanes no tanto por convicción ideológica o por sentimiento nacionalista, sino por instinto de pura supervivencia. Decenas de miles de soldados del Ejército Rojo vieron en el alistamiento como miembros de tropas auxiliares una ocasión de escapar a una muerte casi segura en los campos alemanes, o como trabajadores forzados en el Reich. Algunos de esos voluntarios por supervivencia formaron parte de bandas paramilitares que fueron utilizadas para combatir a los partisanos en Ucrania, lo que hicieron con tanta o más crueldad que los alemanes, como la tristemente célebre brigada de Bronislav Kaminsky.

De soldados reclutados de los campos de concentración más mercenarios rusos que habían luchado contra los partisanos se nutrió el llamado Ejército

Nacional Ruso de Liberación, liderado por el general Andrei Vlasov, antiguo comandante del Ejército Rojo de gran prestigio y muy apreciado por Stalin, que en julio de 1942 había sido capturado en la fallida ofensiva del Volchov. Con consentimiento de varios políticos y cargos militares alemanes, aunque mirado con reticencia por el propio Hitler, Vlasov fundó un Comité para la Liberación de los Pueblos de Rusia en diciembre de 1942, y se manifestó a favor de una Rusia independiente y anticomunista, aunque conservando un cierto sentido social, en la que las granjas colectivas serían suprimidas y que se alinearía con el *Nuevo Orden* hitleriano^[99]. Empero, la desconfianza de Hitler hacia las tropas de voluntarios rusos y de otros pueblos eslavos impidió que Vlasov pudiese combatir al Ejército Rojo, y a lo largo de dos años el general ruso, que no quería jugar un papel de mero títere del Tercer Reich, sino reconstituir el Estado ruso sin traza de estalinismo, vagó de instancia en instancia de la poliarquía nazi sin que nadie le hiciese demasiado caso.

En septiembre de 1944, cuando la situación del Tercer Reich comenzaba a ser desesperada, Vlasov encontró algún apoyo entre personajes pertenecientes a ala teórica del nazismo, como Gunter d'Alquen, editor del órgano teórico de las SS *Das schwarze Korps* y redactor del periódico *Völkischer Beobachter*, quien le presentó directamente a Himmler. Finalmente, Vlasov recibió el mando de dos divisiones con pocos efectivos. En marzo y abril de 1945, Vlasov y sus hombres se hallaban en Praga, donde optaron por proteger a la población civil de las represalias de una división SS después de que hubiese estallado una revuelta de la resistencia checa, apoyada por buena parte de los habitantes de la ciudad. Capturados poco después por los soviéticos, buena parte de los soldados de Vlasov fueron ejecutados en el acto. Otros se suicidaron. Quienes siguieron con vida fueron transportados a la URSS, juzgados y condenados a trabajos forzados en Siberia, el Cáucaso o las regiones árticas. Un porcentaje importante de ellos fue condenado a muerte por traición, como el propio Vlasov, que fue torturado de forma salvaje y ejemplarizante antes de ser ejecutado. Un destino similar esperaba a los miembros de las antiguas legiones orientales al servicio del Tercer Reich, que fueron repatriados a la URSS por los Aliados occidentales en 1945 y 1946^[100].

CAPÍTULO 3

UNA GUERRA DIFERENTE BRUTALIZACIÓN, EXPLOTACIÓN Y EXTERMINIO

Tanto Hitler como sus generales habían planeado, como hemos visto, que la campaña del Este no sería una guerra al uso, como la librada en Europa occidental y nórdica o en el norte de África. Se trataba de una lucha a muerte entre cosmovisiones opuestas, en la que no habría piedad para el adversario, y en la que el exterminio de un alto porcentaje de la población civil y de las tropas enemigas era algo perfectamente previsto. Sin embargo, la feroz resistencia del Ejército Rojo provocó una ralentización inesperada del avance alemán a través del territorio soviético. Esa disminución de la rapidez de progresión del ejército invasor se sumó a un número de bajas creciente y muy superior al considerado asumible por la Wehrmacht. El *Ostheer* avanzaba a sangre y fuego, pero desangrándose y comprometiendo tanto sus reservas como la condición física y la moral de combate de sus soldados, que se vería afectada a partir de noviembre de 1941 por la irrupción de uno de los inviernos más fríos del siglo, y desde la primavera siguiente por los efectos del deshielo, el barro y, más adelante, los mosquitos.

La guerra de posiciones que siguió a la batalla de Moscú, y que ya se delineaba de forma nítida en octubre de 1941, no hizo sino transformar las condiciones de combate en el frente de manera drástica. Lo que iba a ser una reedición ampliada de la guerra relámpago se transformó en una vuelta a los peores escenarios de la Primera Guerra Mundial. Y además el control del territorio ocupado se convirtió en un quebradero de cabeza para el ejército alemán. Una pesadilla, pero también, al mismo tiempo, un campo de experimentación y aplicación de los objetivos de guerra de exterminio. De su explotación, el Tercer Reich obtenía alimentos y sobre todo fuerza de trabajo en condiciones de semiesclavitud. En la retaguardia, el hambre coexistió con la falta de atención a las necesidades básicas de la población civil, con la

persecución y el exterminio de la población judía y de los militantes comunistas, y con una encarnizada lucha contra los grupos de partisanos soviéticos que se convirtió, en la práctica, en una guerra paralela que tenía lugar lejos de los frentes y en la que la mayoría de las víctimas, objeto de las represalias de la Wehrmacht y de las presiones de los propios guerrilleros, fueron otra vez civiles. El trato a los prisioneros fue, igualmente, una de las facetas más descarnadas de la guerra de exterminio. Y en medio de todo ello, la población civil soviética se veía forzada a buscar vías de supervivencia.

La brutalización de las condiciones de combate

El avance alemán a lo largo del verano y otoño de 1941 sólo se pudo realizar a costa de enormes pérdidas de material y de vidas humanas. Divisiones enteras vieron mermados sus efectivos en más de un 50 por ciento tras las primeras semanas de lucha. Era algo muy doloroso para los mandos del ejército alemán, en el que la vida del soldado era un valor muy apreciado, en parte por su relativa escasez, ya que la fuente demográfica de reclutamiento era más reducida que la soviética.

Se ha señalado con justicia que la eficacia bélica de la Wehrmacht es probablemente uno de los axiomas militares e historiográficos más firmes y que más capacidad de resistencia han demostrado tras 1945. Existe una suerte de «mito de la Wehrmacht invencible» que consiste en presentarla como un prodigio de técnica y organización, y como una máquina perfecta cuyo engranaje se mantuvo hasta el final. Si cayó, fue por la ineptitud de Hitler y por la magnitud de sus enemigos. Pero mientras combatió, encadenó una serie de *victorias perdidas*^[101]. Esa imagen fue retroalimentada por las memorias de los propios generales alemanes supervivientes tras 1945, por los relatos autobiográficos de los combatientes de a pie, y, asimismo, por una parte de sus antiguos enemigos, sobre todo el ejército norteamericano, que veían en las enseñanzas que los generales prisioneros de la Wehrmacht les pudiesen transmitir acerca de su experiencia en Rusia una información de alto valor estratégico. La formación del mito, como ya hemos visto, fue paralela al surgimiento de la imagen de la «Wehrmacht sin mácula», que pretendía exonerar al ejército regular de toda responsabilidad en las acciones criminales que vulneraban los principios de la Convención de Ginebra. Mientras que el ejército regular habría sido un ejemplo de profesionalidad y eficacia, sólo derrotado por la inmensidad del territorio que llegó a controlar y por un enemigo muy superior en número, las unidades politizadas y fanatizadas de las SS, Gestapo y del SD serían las *únicas* responsables de la guerra de exterminio.

Sin embargo, ni la Wehrmacht era un ejército tan perfecto, en comparación

con buena parte de sus enemigos, ni sus manos estaban tan limpias. Al desencadenar la Operación Barbarroja, el Tercer Reich no podía competir con sus enemigos en lo relativo a las cifras de producción bélica. Y la imagen brillante de sus divisiones motorizadas ocultaba que 77 divisiones de infantería, lo que suponía la mitad de sus fuerzas desplegadas en territorio soviético en junio de 1941, sólo contaban con carros de caballos para mover su equipamiento; y que la infantería tenía que trasladarse a pie durante buena parte de sus recorridos. Con todo, no deja de ser cierto que hasta^[102] 1941 la Wehrmacht había demostrado ser prácticamente invencible por tierra. Su alto rendimiento en combate radicaba en la táctica de la *guerra relámpago*: la concentración en un *puño de hierro* de una gran cantidad de fuerzas acorazadas con apoyo artillero y aéreo, que penetraban en las líneas enemigas y las superaban dejándolas acorraladas a la espalda del avance, sirviendo de eficaz apoyo a una infantería bien dotada y entrenada tras un largo período de adiestramiento. El hecho de que los Grupos de Ejército Norte y Sur no alcanzasen sus objetivos en las primeras semanas con la celeridad planeada obligó a las fuerzas blindadas, más concentradas en el sector centro para asestar el golpe definitivo contra Moscú, a distraer unidades de tanques hacia los flancos del frente. Y la inmensidad de la retaguardia a cubrir provocó una drástica disminución de la rapidez y efectividad de los servicios de aprovisionamiento^[103].

El fracaso de la guerra relámpago tuvo una consecuencia fundamental no sólo en el plano estratégico, sino también en lo relativo a la moral y a la motivación de los soldados, pues la infantería se vio desprovista del apoyo tecnológico de que había disfrutado en las campañas de 1940, y fue obligada además a duros combates cuerpo a tierra, a cavar trincheras y a tomar posiciones al asalto sin apoyo artillero y blindado suficiente. Ello incrementó de forma notable el número de bajas y la fatiga de las tropas de a pie. Empero, ahí entraba en juego la capacidad de sufrimiento y de adaptación del soldado de infantería, que le permitió resistir más de lo planeado.

El ejército alemán se basaba en una intensa preparación y adoctrinamiento de sus soldados, suboficiales y oficiales. El período de instrucción de los *Landser* podía durar varios meses, y se caracterizaba precisamente por su inusual dureza; pero solía ser recordado por los propios combatientes como un aprendizaje fundamental que salvaba vidas en combate: la consigna básica de los instructores

era que «el sudor ahorra sangre»^[104]. Asimismo, un componente fundamental de la eficiencia combativa del ejército alemán, que continuaba la tradición del ejército imperial de 1871-1918, consistía en la articulación de las divisiones, regimientos y compañías a partir de círculos o «grupos primarios» de sociabilidad, es decir, con soldados procedentes de las mismas áreas de reclutamiento (*Wehrkreise*), quienes a menudo eran conocidos del mismo lugar y hasta amigos. Las divisiones de la Wehrmacht eran bastante homogéneas desde el punto de vista regional, y en su seno se recreaba un entorno de recuerdos y referencias próximo al recluta: los soldados hablaban un mismo dialecto, procedían de unos mismos ambientes de socialización, y compartían vínculos que favorecían la forja de fuertes lazos de camaradería. La Wehrmacht como institución cultivaba esos sentimientos, apelando, por ejemplo, a los soldados de cada división con ocasión de condecoraciones o menciones honoríficas por su gentilicio regional. Y los refuerzos también eran reclutados en su mayoría en los mismos distritos de origen^[105]. Tal circunstancia, que constituye una de las razones fundamentales por las que los soldados mueren y arriesgan su vida en la guerra —la lealtad al pelotón o grupo reducido de camaradas con que se comparte posición, fatigas, angustias y alegrías, además de una experiencia iniciática difícil de verbalizar fuera del grupo como es matar—, habría constituido una de las razones de la enconada resistencia de la Wehrmacht hasta el final, según algunos psicólogos sociales que realizaron un extenso trabajo de campo con prisioneros alemanes tras el fin de la guerra. La fortaleza de los «grupos primarios» se complementarían de modo eficaz con el despliegue de estrategias y armamento modernos, así como con el adoctrinamiento nacionalsocialista^[106].

La «comunidad del frente» reforzada servía de fundamento a una recreación de la comunidad nacional (*Volksgemeinschaft*). Imagen ésta que se procuraba robustecer mediante otras peculiaridades organizativas del ejército alemán, como era el alto valor otorgado a la labor de los suboficiales y de los oficiales de rango inferior, tenientes y capitanes, que velarían como auténticos padres por el bienestar de sus soldados, a los que era tradicional que llamasen *Kinder* (hijos). E, igualmente, el cierto igualitarismo social que impregnaba la imagen de la Wehrmacht como un ejército *nacionalsocialista*. Los oficiales rara vez disponían de asistentes, comían el mismo rancho que sus soldados, convivían con la tropa y disfrutaban de una respetable autonomía de decisión en combate. Y su

compenetración con los suboficiales acostumbraba a ser considerada por los estrategas como una clave necesaria para la buena conducción del combate. Al mismo tiempo, el régimen nazi se había esforzado por abrir el acceso al cuerpo de oficiales a todos aquellos que tuviesen talento, independientemente de su origen burgués o proletario, y, por lo tanto, en convertir al ejército en un auténtico vehículo de ascenso social. De este modo, muchos combatientes y oficiales veían reflejados en su pelotón o en su trinchera el ideal nazi de la *Volksgemeinschaft*^[107].

La cohesión, real o imaginada, de los grupos primarios iniciales sobrevivió pocas semanas al comienzo de la Operación Barbarroja. Esta última había sido lanzada dejando las reservas del ejército alemán al límite. Tras un mes de combates, el *Ostheer* había perdido más hombres que en todas las batallas del frente occidental hasta aquel momento, y todavía estaba lejos de sus objetivos prefijados. En septiembre de 1941, las divisiones que combatían en el frente del Este, en total 142, habían visto disminuir su potencia de fuego a la mitad, tanto en hombres como en material. Y a la altura de noviembre de 1941 la mayor parte de las divisiones de infantería habían visto caer muertos o heridos a la mitad de sus efectivos. Ya en ese momento el OKW admitía que no disponía de más reservas: los llamados «batallones de reemplazo de campaña» habían sido agotados en agosto, y los nuevos soldados movilizados que procedían del llamado *Ersatzheer* (ejército de reserva) habían sido enviados al frente a pie, ante la prioridad otorgada al armamento pesado y a las provisiones en el transporte por tren. A esas alturas ya no era siempre posible respetar el principio de los «grupos primarios». Durante los seis primeros meses de campaña el *Ostheer* sufrió 750 000 bajas, que aumentaron a más de un millón (1 073 066), el tercio de sus efectivos totales, en marzo de 1942. De ellas, el 25,7 por ciento (276 550 hombres) consistía en muertos o desaparecidos en combate, porcentaje que en algunas divisiones subía de manera ostensible. En comparación, las bajas del ejército alemán en otros escenarios eran irrisorias: el frente oriental se cobraba el 99 por ciento de las muertes totales de la Wehrmacht en ese momento^[108].

El porcentaje de bajas era especialmente alto entre los oficiales (3,8 por ciento de los muertos en marzo de 1942, y 2,9 por ciento de los heridos), así como entre algunas divisiones que se habían visto involucradas en fieros combates ofensivos y defensivos. La División 253, que había aguantado la

contraofensiva soviética de diciembre de 1941 en el sector central del frente ruso después de llegar casi exhausta a ese mes, contaba a comienzos del año siguiente con unos efectivos inferiores en un 40-45 por ciento a los que tenía al comienzo de la Operación Barbarroja, si bien el número de muertos y desaparecidos — parte de los cuales acababan siempre por reintegrarse a sus unidades— se situaba alrededor del 25 por ciento. Aun así, la insuficiencia de los refuerzos y relevos provocó que a partir de abril de 1942 la capacidad de combate de la División 253 siempre fuese inferior al 55 por ciento de su potencial inicial. Igualmente, la edad media de sus integrantes aumentó de manera ostensible por efecto de la reducción de los soldados de edades comprendidas entre los 20 y los 30 años^[109]. Del mismo modo, a fines de agosto la potencia de combate de las Divisiones 30 y 126 ya se situaba en un 40 por ciento, mientras que las bajas en infantería sólo podían ser cubiertas por soldados de refresco en un 50 por ciento.

Los sucesivos reemplazos adolecían cada vez más de falta de entrenamiento adecuado y de experiencia en las duras condiciones de la lucha en el frente del Este. Y lo que era peor, eran cada vez más viejos. El cabo treintañero Alois Scheuer, movilizado en agosto para el frente, veía de modo irónico cómo en marzo de 1942 llegaban nuevos refuerzos desde Alemania para su compañía: «todos son gente mayor, por encima de los 40 años, ¡con los que hay que ganar la guerra!»^[110]. El 3 de octubre de 1941, por ejemplo, el general Lindemann, jefe del 18.º Ejército desplegado en el frente Norte, se quejaba de que los combatientes recién incorporados consistían sobre todo en soldados de artillería no aptos para la infantería, que carecían de entrenamiento adecuado y que, además, se dejaban atemorizar con facilidad por los masivos ataques de la infantería soviética al grito de ¡Hurra!^[111]. A fines de diciembre de aquel año, de las trece divisiones que integraban el 16.º Ejército alemán desplegado en el sector norte, sólo cuatro estaban en condiciones de ser desplegadas para el ataque, mientras que el resto eran juzgadas aptas para desempeñar tareas defensivas^[112].

Los continuos combates llevaron al agotamiento masivo de los soldados alemanes, ya patente dos meses después del inicio de la campaña de Rusia. Incluso los regimientos movilizados después de que comenzase la invasión, compuestos por hombres casados que andaban en la treintena, estaban en diciembre al límite de sus fuerzas. Así lo contaba desde el frente a su esposa el cabo Scheuer. Su unidad, que entró en combate en agosto de 1941, estaba el día

25 de ese mes tan diezmada por las bajas que «ya no podemos ser desplegados en combate». Y a fines de diciembre la situación era mucho peor:

Llevamos ya más de seis semanas en primera línea ante el enemigo; vivimos en agujeros en la tierra, llamados búnkers, donde falta todo lo imprescindible. Desde el 2 de agosto estamos en combate, con sólo algunos días de interrupción. La compañía, tal y como fue puesta en pie en [el campo de instrucción de] Bammental, ya casi no existe; hemos sufrido cerca de un 90 por ciento de bajas, contando los muertos, heridos y desaparecidos. Soy uno de los pocos que sigue estando en pie, de los antiguos camaradas ya no queda nadie más. Becker R. está en el hospital, tiene los pies congelados. El frío es lo más terrible que hemos tenido que aguantar hasta ahora^[113].

El agotamiento era aún mayor en los caballos, cuyo número de bajas alarmaba a los mandos alemanes. La falta de equinos creaba un círculo vicioso, pues buena parte de los suministros se veían afectados por la escasez de fuerza de tracción, y cuanto menor era ésta más se sobrecargaban los caballos restantes. El resultado era que los avituallamientos empezaron a llegar a la tropa con retraso y en mal estado, y la situación empeoraba a medida que el *Ostheer* avanzaba hacia el este y se alejaba de las cabeceras de ferrocarril.

La falta de higiene entre los *Landser* creaba un estado de dejadez en cuanto al aseo y los cuidados médicos primarios que escandalizaba, a su vez, a los médicos militares. Los soldados, invadidos de piojos y con sueño muy irregular, padecían de agotamiento general, además de enfermedades respiratorias y un serio déficit inmunológico. El informe que elevó a sus superiores el jefe médico del 10.º Cuerpo de Ejército después de visitar un regimiento de la 30.ª División de Infantería a fines de octubre de 1941 era bien elocuente. Las condiciones higiénicas de los combatientes eran, según su descripción, deplorables. En las trincheras, el agua era una realidad omnipresente. La tropa, con las piernas y las botas permanentemente mojadas, dormía además en camastros siempre húmedos por efecto de las filtraciones. Ni los soldados se aseaban, ni lavaban sus uniformes, pues las instalaciones diseñadas *ad hoc* sólo podían acoger a seis hombres por batallón y día. Los dientes nunca eran objeto de limpieza, con lo que el médico veía bocas llenas de caries por doquier. La invasión de piojos provocaba la proliferación de eczemas en la piel y la profusión de pústulas de pus al rascarse. La tropa no podía dormir por el picor, lo que generaba en ella crónica falta de sueño y un estado general de nerviosismo. Los cuatro meses ininterrumpidos de lucha no sólo habían dejado 7750 bajas en una división de

15 000 hombres, sino también un estado próximo al agotamiento: los hombres estaban flacos, sus caras enjutas y amarillentas, sus defensas inmunológicas muy bajas frente a gripes y resfriados, catarros intestinales, sabañones y un largo etcétera. Y lo peor era el frío, ante la falta de equipamientos adecuados. El doctor, que había servido en la Primera Guerra Mundial y ya sabía lo que era la guerra de trincheras, afirmaba haberse encontrado un panorama desolador, que superaba todo lo imaginable hasta aquel momento^[114]. No muy diferente era el panorama que dibujaba el comandante médico del 2.º Cuerpo de Ejército a mediados de noviembre de 1941: la tropa sufría en alta proporción de gripe, anginas, afecciones reumáticas, infecciones renales y gástricas y diarreas, que debilitaban de modo ostensible la capacidad de combate de los soldados. Todos tenían la piel llena de eczemas por causa de los piojos, y sólo de forma limitada y escalonada era posible para las unidades combatientes utilizar las instalaciones de despiojamiento de la retaguardia^[115].

La situación no había mejorado cuatro meses después. En marzo de 1942, el médico jefe del 16.º Ejército en el frente de Leningrado señalaba que, además del elevadísimo número de muertos y heridos, había que añadir las bajas por congelación, que acababan en muchos casos con amputación de dedos o extremidades, así como las enfermedades de diverso signo. Entre el 22 de diciembre de 1941 y el 20 de marzo de 1942, el conjunto del 16.º Ejército había sufrido más bajas por enfermedad que heridos en acciones de guerra; y el número de muertos y desaparecidos casi triplicaba al de heridos. Los soldados eran presa del agotamiento y presentaban una acusada debilidad general, además de palidez y complicaciones respiratorias^[116]. Algo semejante seguía notando la enfermera Brigitte Peukert, destinada en un hospital de campaña del frente centro, en octubre de 1942: los soldados llegaban, además de heridos, exhaustos y llenos de piojos, en estados de miserable suciedad^[117].

El segundo gran enemigo del soldado alemán —y de sus aliados— era la dureza del clima. Como consecuencia del retraso en su avance, el invierno se echó literalmente encima de las tropas invasoras. Y la Wehrmacht no había previsto en cantidad y calidad suficiente un equipamiento específico de sus tropas para una guerra de posiciones librada en condiciones de intenso frío y nieve. Los combatientes hubieron de sufrir rigurosas temperaturas, inferiores en algunos días a 30 grados bajo cero, pertrechados y abrigados de modo deficiente. El *Ostheer* carecía de suficientes pasamontañas, guantes, abrigo de piel y sobre

todo de botas de fieltro —las únicas efectivas para el frío— para equipar a todos sus soldados; los suministros llegaban a destiempo, y en todo el frente se registraron hasta Navidad cerca de 133 000 casos de congelaciones de diversos grados, que provocaban amputaciones parciales de extremidades y dedos. En algunas divisiones, el número de soldados con lesiones por congelación parcial superaba el 5 por ciento de sus efectivos, pues sólo una minoría de ellos disponía de botas de fieltro. El porcentaje de afectados por enfermedades respiratorias subía igualmente en varias unidades del *Ostheer* al 3,5 por ciento. Los soldados, además, tenían que permanecer en infectas trincheras con paredes de troncos que eran calentadas por estufas de campaña. Y el reflejo de la nieve causaba también problemas oculares entre los *Landser*. Las armas se resentían en su funcionamiento por las bajas temperaturas, atascándose y provocando desconfianza e inseguridad en los soldados. A lo anterior se sumaban los problemas en la distribución de comida y avituallamientos, por las dificultades que el frío, la nieve y el hielo planteaban a la red de transportes. A menudo, la comida llegaba congelada a las trincheras, y las botellas de agua mineral —y hasta de licores— se rompían al helarse su contenido. El aceite de los motores se congelaba, lo que afectaba a la autonomía de maniobra de camiones y tanques; y la nieve entorpecía los desplazamientos motorizados^[118]. El soldado Ferdinand Melzner lo resumía en una carta del 14 de noviembre de 1941: «Veinte grados bajo cero, viento siberiano del Este, motores congelados, uñas y dedos de los pies vendados, narices azules. Todo esto se llama campaña de Rusia»^[119]. La Wehrmacht requisó toda la ropa de abrigo que pudo de la población civil y de los depósitos soviéticos. Con todo, a finales de 1941 sólo había podido recolectar 26 000 pares de guantes, 152 000 jerseys y cuatro millones de piezas de telas de lino^[120].

La nieve, el frío y el viento helado sólo eran una parte de los problemas. Al acabar el verano, y de nuevo cuando pasó el invierno, llegaba la época de las lluvias, bien por el comienzo del otoño, bien por el deshielo de primavera, que daba lugar a la llamada *rasputitsa* (literalmente, «tiempo sin caminos»). Esta última planteaba sobre todo dos inconvenientes. El barro, que rendía impracticables los caminos y las vías por los que habían de pasar avituallamientos, blindados, camiones y tropas, impidiendo la circulación tanto de vehículos como de animales y hombres. Y el agua, que inundaba las trincheras y posiciones bajo tierra, y obligaba a los soldados a pasar días enteros

con parte de su cuerpo literalmente en remojo, así como a no poder cambiar la ropa húmeda ni siquiera cuando dormían en refugios subterráneos en permanente estado de inundación^[121]. Comarcas enteras se convertían en suelos semipantanosos donde moverse era dificultoso, y abundaban las infecciones y los accidentes^[122]. Pero ahí no acababan los problemas para el *Landser*. Cuando el deshielo pasó, llegó el calor del verano, y con él interminables y persistentes nubes de mosquitos. Para los soldados alemanes y sus aliados, combatir las penalidades del clima y los inconvenientes naturales de la guerra en el frente ruso significaba, a menudo, una fuente de preocupación mayor que el fuego enemigo.

Se trataba de inconvenientes logísticos que afectaban por igual a los dos bandos en lucha, al menos en principio. Pero los soldados soviéticos, además de mejor equipados para el frío desde las experiencias de la guerra de invierno contra Finlandia, así como de estar más habituados al clima, y pese a sufrir un alto número de congelaciones por llevar todo el día calzado mojado, parecían resistir mejor las penalidades del frente, sobrevivir con raciones poco abundantes y conformarse con seguir viviendo, a despecho de la brutalidad con que eran tratados por parte de sus oficiales, los comisarios políticos y el NKVD^[123]. Como anotaba el diario de guerra del 38.º Cuerpo de Ejército alemán en febrero de 1942, resultaba penoso para los combatientes tudescos el comprobar que, pese a todos los estereotipos que los presentaban como seres de naturaleza inferior, los soldados del Ejército Rojo aparentaban ser «significativamente menos vulnerables [frente a las congelaciones y al frío] que nuestros soldados»^[124].

La constatación de esa —en apariencia— menor fragilidad ante las inclemencias climáticas del *Iván* contribuía a desmoralizar aún más al combatiente alemán. En diciembre de 1941, el mando del 39.º Cuerpo de Ejército que participaba en los combates de Tichwin, en el frente de Leningrado, informaba de que la situación de sus tropas era crítica por el frío y las elevadas bajas, pero que lo que más temía era la apatía que se apoderaba de algunos mandos, los casos de pánico en combate y el nerviosismo general que reinaba entre la tropa^[125]. Además, la censura postal del *Ostheer* comenzó a detectar en febrero de 1942 que los soldados se quejaban de manera amarga en sus epístolas no ya de la dureza del combate, sino sobre todo de las condiciones en que luchaban, y que de esas condiciones responsabilizan en buena parte a sus propios

mandos. Así, el departamento de adoctrinamiento y propaganda del 38.º Cuerpo de Ejército había interceptado varias cartas en las que los soldados se lamentaban de la escasa comida. En una de ellas, un anónimo *Landser* confesaba estar harto de tener que pasar de pie cinco horas cada noche a bajísimas temperaturas. Pero los fallos de logística propia eran los que peor se aguantaban:

Acerca de cómo estoy, no necesito escribirte nada. Ante nosotros, a nuestro costado, detrás de nosotros, hay rusos. Ni un solo día de calma durante siete meses y medio, ninguna carta y ningún día en el que la comida le dejase a uno medianamente harto [...]. Cada día recibimos tres rebanadas de pan, un poco de mantequilla, otro poquito de salchicha y una cucharada de sopa, que es poco más que aguachirle.

Otras cartas afirmaban que los soviéticos recibirían mucha más comida y estaban mejor equipados para el frío. Y un soldado confesaba que en su posición empezaba a cundir el pesimismo: todos sus camaradas estaban convencidos de que no habría nada más para satisfacer su hambre permanente, y pensaban que «nos va a pasar como a Napoleón en 1813». Pero lo peor era también el hambre y las congelaciones: «a los camaradas se les pudren los dedos de los pies y de las manos hasta que se caen». Su conclusión era tajante: «Si [los mandos] no tienen nada más [que ofrecernos], deberían acabar con la guerra ya»^[126]. Un análisis comparativo de las cartas de soldados alemanes de la campaña del Este muestra el claro bajón de moral que sufrió la tropa a partir de octubre de 1941. De un sentimiento de superioridad exultante y de una autopercepción de ejército invencible, y de las prisas por estar entre quienes desfilarían ante un Kremlin coronado por la esvástica, se pasó en seis meses al hartazgo por la guerra, a la desilusión de tener que pasar la primera Navidad en el frente, y a la perplejidad por la resistencia como «perros rabiosos» de los soldados soviéticos, que muchos *Landser* juzgaron como una mezcla de barbarie diabólica y atraso fanático^[127].

No muchos «grupos primarios» de las tropas alemanas sobrevivieron incólumes después del primer semestre de guerra. Y las bajas siguieron alcanzando proporciones nunca vistas por el ejército alemán en otros frentes. Globalmente, unos diez millones de soldados alemanes pasaron por el *Ostheer*, en porcentajes que variaron desde el 87 por ciento de todos los efectivos del Ejército de Tierra alemán en 1941 al 64 por ciento en 1943, una vez que se había abierto un segundo frente en Italia. De ellos murieron o desaparecieron 2,7 millones de combatientes, el 27 por ciento en total de los que sirvieron en el

Este, de los que casi la mitad cayó en los doce meses finales de la guerra, particularmente tras el verano de 1944 y los combates de los últimos meses del conflicto. Esos 2,7 millones suponían más de la mitad de *todos* los muertos alemanes en combate (4,7 millones contando *sólo* los habitantes de las fronteras del Tercer Reich en septiembre de 1939), incluso si se añade a esa cifra el medio millón de víctimas civiles de los bombardeos sobre Alemania entre 1941 y 1945^[128].

Entre noviembre de 1942 y octubre de 1943 el Ejército del Este sufrió millón y medio de bajas, de ellas 700 000 muertos, de modo que en diciembre de 1943 su número de efectivos disponibles se había reducido a 2 millones y en noviembre de 1944 a 1,8 millones. El *Ostheer* perdía 2000 hombres por día, cifra que multiplicaba por cinco la tasa de mortandad diaria del ejército alemán en batallas como Verdun durante la Primera Guerra Mundial. Y ello, a pesar de que la Wehrmacht exprimió todas las reservas disponibles: para 1944 se habían movilizad ya las cohortes de población mayores de 16 años y se había aceptado el alistamiento de unos 320 000 ciudadanos soviéticos en calidad de soldados auxiliares o *Hiwis*. A estos últimos se sumaban otros 150 000 soldados pertenecientes a nacionalidades no rusas. Entre junio y diciembre de 1944 la gran ofensiva del Ejército Rojo, que empujó al *Ostheer* fuera de las fronteras de la URSS, se cobró una media de 200 000 bajas alemanas por mes, un porcentaje más de veinte veces superior al promedio mensual del frente occidental (8000 hombres). La tasa de supervivencia media de los soldados destinados en el frente del Este también disminuyó de modo ostensible, lo que se reflejaba en la esperanza de vida de los reclutas del Ejército de Tierra alemán en su conjunto: de 2,5 años en 1941, descendió de manera progresiva a 1,7 años en 1942, a 1,2 años en 1943 y a 0,8 (diez meses) en 1944. Pocos, por no decir excepcionales, eran los soldados de infantería, zapadores y de unidades antitanque que aguantaban incólumes más de un año en la línea de frente sin ser, al menos, heridos. De hecho, un itinerario habitual de los combatientes del frente era pasar varios meses en hospitales de campaña situados en la retaguardia, además de los preceptivos días de permiso en Alemania^[129].

Consecuencia de todo lo anterior era que la capacidad ofensiva de las divisiones alemanas no hizo sino disminuir a lo largo del conflicto, algo inevitable dada la drástica reducción de efectivos humanos y materiales que había sufrido el *Ostheer* desde finales de 1941. En marzo de 1942, sólo 58

divisiones de las 162 de que constaba entonces el Ejército del Este (el 35,8 por ciento) estaban en condiciones de ejecutar acciones ofensivas de forma plena o parcial, mientras que las 104 restantes únicamente podían acometer tareas defensivas.

Con todo, en las divisiones más veteranas del frente abundaban los llamados *viejos conejos*, auténticos veteranos que se encargaban de asegurar una continuidad en las posiciones y en los pelotones con los nuevos reclutas, y que servían de enlaces para la subsistencia de la cohesión de grupos que, si no primarios, se podrían considerar los *cuadros sociales básicos de la camaradería*. En su seno, los supervivientes del invierno de 1941-1942, bien identificables por sus medallas y distintivos, ascendían de manera progresiva a cabos y a veces a sargentos, y conformaban un núcleo duro que permitía no sólo la integración de nuevos reclutas, sino también el recambio generacional. Como se ha demostrado en algunos casos, muchos de estos grupos eran, además, relativamente homogéneos desde el punto de vista de su ubicación y autopercepción en la escala social, al provenir de ambientes de origen similares. Pero se trataba, asimismo, de una camaradería impregnada de las ideas de control social del nacionalsocialismo^[130].

A pesar de todas las adversidades de la guerra del Este, un hecho cierto y que todavía sorprende a muchos historiadores es que la moral de combate de las tropas del *Ostheer*, al menos en términos generales, no sufrió un colapso general en la práctica hasta la batalla final por Berlín (abril-mayo de 1945). Una vez que los combatientes alemanes habían superado los duros combates de la segunda mitad de 1941 y el primer invierno en el frente, y, por lo tanto, se habían acostumbrado a la idea de que un rápido regreso a casa sería imposible, el estado de moral se mantuvo en niveles más que apreciables. Los soldados de la 126.^a División de Infantería se mostraban a principios de noviembre de 1941, según informaba el general Paul Laux, en buen estado de moral, no obstante las penalidades del invierno, los casos de congelación, la enconada resistencia soviética y las insuficiencias en el equipamiento de ropa de invierno y de alimentación^[131]. Pese al énfasis de la historiografía en buscar las *excepciones*, los pacifistas y los inconformistas dentro de la Wehrmacht, y su afán de destacar toda forma de resistencia al régimen fuera y dentro del ejército, el número de desertores se mantuvo en cifras relativamente bajas. Entre 1941 y 1945 fueron ejecutados alrededor de 20 000 soldados alemanes por sentencia de tribunales

militares. De ellos, lo fueron por «ausencia indebida del frente» un 75-80 por ciento. Sin embargo, el número de casos de deserción en el *Ostheer* apenas aumentó entre 1942 y 1944, salvo entre las unidades de *Hiwis* o personal auxiliar no alemán. Y cuando lo hizo, afectó de modo particular a unidades concretas, como las compuestas en buena medida por soldados alsacianos, reclutados a la fuerza desde agosto de 1942 y cuya identificación emocional y nacional con sus nuevos camaradas era problemática^[132]. Los desertores alemanes de la Wehrmacht eran en su mayoría personas con problemas de integración social en sus unidades, y no tanto opositores políticos o sociales al régimen nazi^[133].

A despecho del fracaso de la toma de Moscú, las tropas de la Wehrmacht fueron capaces de sobreponerse a buena parte de las penalidades y de mantener la fe en el *Führerprinzip*, así como en una suerte de misión salvadora de Alemania y de la «civilización europea». El *mito del Führer*, y de la movilización misional encarnada en su carisma desde 1933 basada en la creencia del triunfo de la voluntad, como bien señaló Ian Kershaw, sólo comenzó a desgastarse seriamente desde 1944; y aun así los rangos inferiores de la Wehrmacht y la mayoría de los soldados permanecieron fieles a él hasta el final. En una parte apreciable de los testimonios epistolares de los *Landser* se puede apreciar la combinación de confianza y fe en el Führer, que actuaba como una especie de instancia carismática que intervenía para proteger a sus soldados en los momentos difíciles^[134].

La clave para lo anterior parece haber residido en varios factores.

Primero, en la alta cohesión ideológica de los soldados de la Wehrmacht y del Ejército del Este en particular. La década de intenso adoctrinamiento vivida bajo la férula del nacionalsocialismo había dejado un fuerte poso, y los valores básicos transmitidos por el régimen demostraron poseer una alta capacidad de impregnación, lo cual creaba una *disposición estructural* de ánimo para eliminar a los enemigos por excelencia de la cosmovisión nazi: judíos, bolcheviques y «hordas asiáticas», tríada que aparece citada como tal en numerosos diarios de guerra de combatientes alemanes durante las primeras semanas de la Operación Barbarroja^[135]. La huella del régimen era particularmente perceptible en la generación que proporcionó la mayoría de los soldados activos hasta 1943, nacida entre 1910 y 1920, y que había pasado en mayor o menor medida por las organizaciones de masas del nacionalsocialismo y sus instancias de socialización, fuese el propio NSDAP o sus organizaciones paramilitares (SA y

SS) para los más viejos, o fuesen las Juventudes Hitlerianas, el Servicio de Trabajo del Reich (*Arbeitsdienst*) y el *Wehrdienst* o servicio de armas. Hasta el 75 por ciento de los soldados de esa cohorte, como se ha comprobado para el caso de la División 253, habían militado en alguna de esas organizaciones. Es más, una buena parte de los jóvenes movilizados habían sido miembros de dos y hasta de tres organizaciones nazis, de modo simultáneo o sucesivo^[136].

A lo anterior se unía el efecto de la propaganda nacionalsocialista a través de periódicos de trinchera, programas de radio para el frente y sesiones de cine, organizadas y minuciosamente planificadas por las PK (compañías de propaganda). Y, no menos importante, en la cohesión ideológica de las unidades del *Ostheer* tenía una influencia decisiva el hecho de que una buena parte del cuerpo de oficiales de rango medio e inferior, casi un 30 por ciento, compartiese los postulados nazis y militase en el NSDAP, y que perteneciese a la generación y a los estratos sociales —la clase media o *Mittelstand* en sentido amplio— que en mayor medida que otros sectores habían llevado a Hitler al poder, y que ahora tomaban dentro de la Wehrmacht el relevo de la vieja generación de oficiales que aún había conocido la Primera Guerra Mundial o la inmediata posguerra. Eran esos jóvenes oficiales, educados en los valores y lemas del nacionalsocialismo, quienes constituían el auténtico espinazo del Ejército del Este, y los que comandaban a los soldados de recluta en la línea de combate, como tenientes, capitanes o comandantes.

La cosmovisión nacionalsocialista también había penetrado en los soldados alemanes y, con ella, una imagen del enemigo, el comunismo soviético, como un ente subhumano y no perteneciente a la cultura europea, un representante de la *barbarie asiática* asociado con los judíos para destruir Alemania y el conjunto de la *civilización* europea. Razón por la que sería necesario extirparlo del planeta para mejor defender, entre otras cosas, el modelo de comunidad nacional basada en la pureza racial, pero que en su interior presentaba rasgos igualitarios, tal y como pregonaba el nacionalsocialismo y la mayoría de los *Landser* lo había vivido. Un modelo que, por lo demás, aspiraban a exportar a toda Europa. La *Frontgemeinschaft*, la comunidad nacional idealizada de los combatientes del frente, adelantados de una cruzada mesiánica contra un enemigo racial y culturalmente inferior, habría de servir de modelo para perfeccionar la comunidad nacional. Abandonar esa comunidad del frente, como sugieren muchos testimonios epistolares, era visto como una traición no sólo a los

camaradas, sino al conjunto de la nación. Suponía también dejar en la estacada a la propia familia, a la patria (*Vaterland*) y a la patria local o *Heimat* de procedencia. Y los sentimientos de camaradería generados por el combate no hacían sino robustecer esa identificación: las amenazas exteriores —fuese el enemigo, las adversidades del frente, la hostilidad de la población civil o los partisanos— se convertían a su vez en un vehículo de reforzamiento de la camaradería y del grupo combatiente. Lo que ocurriese fuera del círculo de camaradas era justificable para muchos *Landser*, siempre que conservasen una conciencia de «decencia» para con los suyos, de haber cumplido con las normas internas del grupo primario de combate^[137].

Un segundo factor que reforzaba la cohesión de la moral de combate del *Ostheer* era sin duda la disciplina militar. Pero, como señaló en su día Omer Bartov, una disciplina deformada y sujeta a una perversión: su politización al servicio de la cosmovisión nacionalsocialista y a los objetivos de guerra de exterminio formulados por el Tercer Reich llevó a que los soldados alemanes tuviesen una suerte de carta blanca para vivir sobre el terreno a costa de la población civil, ejecutar represalias sobre esta última si se negaba a colaborar y, en general, proceder a requisas y abusos de todo tipo, incluidos los sexuales. Según las normas dictadas poco antes de comenzar la Operación Barbarroja, dichos actos sólo serían castigados en la medida en que su práctica indiscriminada pudiese conducir a una falta de disciplina interna del *Ostheer*. En realidad, los oficiales apenas castigaron este tipo de violaciones de los derechos de los civiles, que se convirtieron en una especie de válvula de seguridad que permitía a los combatientes descargar su frustración por una guerra inacabable y llena de penalidades, pero también evadirse de la disciplina interna de la *Wehrmacht*^[138]. Así, en varias divisiones de infantería el número de delitos contra la población civil, en particular robos, malos tratos y asesinatos, así como violaciones y otros delitos sexuales, que fueron juzgados por los tribunales militares tras junio de 1941, eran claramente inferiores al que esas mismas divisiones habían registrado en las campañas de Francia o de los Balcanes. No se trataba de que los soldados delinquieran menos en Rusia. Por el contrario, lo que sucedía ahora era que sus delitos no eran considerados por sus superiores motivo suficiente para comparecer ante un tribunal militar y recibir castigo por ellos. Buena parte de los acusados, además, veían sobreseída su causa o eran liberados tras un corto proceso^[139].

Una tercera razón era el terror que inspiraba un enemigo del que se poseía una imagen deshumanizada y apocalíptica. La conciencia de las propias atrocidades hacia la población y los combatientes soviéticos, y el temor a caer en manos del Ejército Rojo, con la perspectiva de un cautiverio que se imaginaba interminable y terrible, ofrecían pocas esperanzas para la desertión y menos para la rendición. Todo lo cual reforzaba en los combatientes del Ejército del Este la convicción de luchar hasta el final. Era más seguro permanecer junto a los propios camaradas, con el grupo, que aventurarse fuera de él y enfrentarse a un destino desconocido. Son varias las cartas de soldados cercados en Stalingrado que, ante la disyuntiva de caer prisioneros o morir combatiendo, afirmaban de modo tajante que «no caeré prisionero» (*In Gefangenschaft gehe ich nicht*)^[140].

Esto también era así porque los años de adoctrinamiento nacionalsocialista al igual que el ejercido por la propia propaganda de la Wehrmacht tuvieron un efecto más que apreciable, aunque imposible de medir estadísticamente, sobre las percepciones de los soldados del *Ostheer*. No siempre se expresó en un lenguaje idéntico al de los nazis, ni los motivos de esa identificación eran los promovidos por la prensa y los discursos nacionalsocialistas. Pero el tono de los testimonios escritos y de las cartas de los soldados deja ver de manera clara una coincidencia básica entre la cosmovisión nazi y los criterios de inclusión y exclusión de la comunidad nacional alemana compartidos por los soldados de recluta de la Wehrmacht, así como entre las imágenes del enemigo elaboradas por el régimen nazi y las percibidas o progresivamente asimiladas mediante la experiencia en el combate por parte de los propios soldados, aunque sólo fuese en términos genéricos^[141]. Tal impregnación completaba el círculo de su motivación, presentando el terror por la posible derrota y la «invasión» de las *hordas asiáticas* sobre el Reich como una consecuencia no deseada de una guerra librada contra los enemigos ideológicos de la comunidad nacional; todo ello retroalimentado por la situación de combate y la brutalización de sus condiciones. Esa fuerte motivación generó una *cultura de guerra* específica que llevó a la mayoría de los soldados alemanes a combatir hasta el final con una disciplina más que sorprendente en perspectiva comparativa.

Muchos *Landser* creyeron a pie juntillas que estaban combatiendo a un enemigo subhumano, cuya finalidad última era extender una forma de barbarie premoderna por todo el continente europeo. De caer la avanzada de defensa que esos *combatientes por la civilización* representaban en el confín del viejo

continente, las *hordas* asiáticas arrasaría Europa. Así lo expresaban numerosos soldados en epístolas a sus familias o a otros camaradas: la razón de su presencia en el frente ruso residía en que había que mantener a las «bestias» fuera del territorio alemán, impedir que violasen y liquidasen a las propias mujeres y niños, y destruyesen a un pueblo civilizado para imponer las bárbaras costumbres de un sistema que muchos soldados describían como una máquina genocida. La imagen del combatiente soviético como exponente de un sistema despótico, personalizada en sus ataques masivos y en una representación del *Iván* como un ser de rasgos subhumanos, se unía a la contemplación de las penalidades de la población rusa. El soldado soviético podía ser un duro enemigo, pero nunca podría ser un representante de un *Herrenvolk*, conclusión a la que llegaban cartas y memorias de los soldados alemanes^[142]. Y tampoco merecía piedad ni aprecio como oponente *digno* en la derrota. Como escribía un soldado alemán a casa en 1942:

[Los combatientes soviéticos] ya no son seres humanos, sino hordas y bestias salvajes, que han sido criados así por el bolchevismo en los últimos veinte años. No se debe dejar aflorar ninguna compasión hacia estos hombres, pues son todos muy pérfidos y cobardes^[143].

Otro soldado incidía en los mismos términos el 19 de febrero de 1943, días después de escuchar por radio el discurso de Goebbels llamando a la «guerra total»:

Hoy no debemos tener reservas humanitarias. La guerra ha cobrado su dimensión más aguda y despiadada. El bolchevique como instrumento de Judas nos ha llevado a ello [...]. Creemos en nuestra causa, somos combatientes y mártires por la pervivencia de Occidente. Creemos incondicionalmente en la fuerza de nuestro Führer, y que él posee la clarividencia para conformar el destino de los pueblos^[144].

La miseria, el hambre y las «bárbaras costumbres» que muchos combatientes alemanes percibieron en Rusia, y que reflejaron ampliamente en sus fotografías personales de campaña en forma de reportajes pseudoetnográficos sobre los lugares por los que pasaban, tenían mucho más que ver con sus prejuicios previos, generados en buena parte por años de adoctrinamiento y propaganda nacionalsocialista, que con un análisis racional de la cuota de responsabilidad

que podía tener la política de ocupación de la Wehrmacht en aquella situación. La confrontación cara a cara con la realidad de Rusia y con los auténticos rusos no desmintió los estereotipos arraigados y difundidos entre la tropa, sino que contribuyó a reforzarlos^[145]. En parte, la marcha a pie a través de territorio soviético conquistado y destruido, en el que «ni siquiera hay agua para beber», despertaba en los soldados del *Ostheer* la impresión de que «en este país no querría vivir por nada del mundo»^[146]. Las expresiones peyorativas menudean en los testimonios escritos: pueblo sucio, tierra apestada, piojosa y andrajosa..., junto a observaciones cuasi-etnográficas y tipistas^[147].

Para muchos combatientes alemanes —y de otras nacionalidades aliadas de los germanos—, tanto el campesino ruso (o bielorruso o ucraniano) como el combatiente soviético eran seres sucios, serviles, situados en un peldaño inferior de la civilización. Además, las imágenes de ancianos desdentados, mujeres campesinas avejentadas por el trabajo y el hambre, niños enfermos y cabañas míseras, que eran retratadas con fruición por los soldados alemanes en una búsqueda del «exotismo» pseudooriental, eran revestidas de un significado más profundo. No sólo se trataba de las consecuencias de la guerra, de un sistema político y social, o de las duras condiciones de un clima y una tierra hostiles; o simplemente de un *atraso* cultural, reacciones que ya estaban presentes entre los soldados alemanes destinados en el frente ruso durante la Primera Guerra Mundial, y que ilustraban que el estereotipo del eslavo como un ser perteneciente a una civilización inferior tenía profundas raíces en las representaciones culturales alemanas^[148]. A menudo, las cartas de los combatientes del *Ostheer* mostraban una valoración próxima al higienismo social: la suciedad era expresiva de subhumanidad, de falta de capacidad para acceder a un estadio de civilización. Y esa percepción se articulaba con frecuencia en términos de determinismo biológico: el eslavo *era* así por predisposición de la naturaleza y la biología. Los seres (sub)humanos que eran definidos como sucios, toscos, primitivos, poco civilizados o de modo resumido como poco agraciados físicamente de algún modo no pertenecían a la misma categoría que los combatientes *européos*^[149]. Otras veces, sin embargo, era una suerte de racismo cultural lo que imperaba, al menos en soldados de otras nacionalidades, que incidían no tanto en el factor biológico como en el atraso cultural y social de un pueblo considerado sumiso y misterioso, y en todo caso ajeno a la tradición europea^[150].

¿Cuántos soldados alemanes fueron en realidad *perpetradores* de crímenes, represalias, fusilamientos o maltratos a prisioneros y civiles? ¿Cuántos fueron conscientes, al hacerlo, de estar cometiendo abusos y actos condenables desde el punto de vista del Derecho Internacional y de la ética, incluso de los códigos decimonónicos del combate honroso? ¿Hasta qué punto existían para el combatiente o *Landser* de a pie, y para los oficiales de rango medio e inferior con mando en el frente, espacios de actuación y márgenes de elección, dentro de los que les era posible decidir si las «órdenes criminales» eran ejecutadas o no?

La Wehrmacht, nueva denominación de la antigua Reichswehr, se transformó con rapidez a partir de 1935 en un ejército popular, y movilizó a alemanes de todas las clases y condiciones. Fue un elemento integral del régimen nacionalsocialista, cuando no su «segundo pilar» junto al NSDAP, según expresión del propio Hitler. Ello no quería decir que todos y cada uno de sus integrantes fuesen nacionalsocialistas convencidos o fanáticos, a diferencia de las SS y su rama militar (*Waffen SS*) y de otras secciones armadas dependientes de instancias políticas de la poliarquía nacionalsocialista. Ahora bien, los años de socialización del Tercer Reich, el propio adoctrinamiento recibido en el ejército y el efecto combinado de la brutalización de las condiciones de combate y los mecanismos de cohesión que creaba la camaradería en el frente, junto a la *perversión* de la disciplina militar, podían hacer de hombres *perfectamente normales*, como los definió Christopher Browning, unos verdugos en potencia. O, dicho de otro modo, transformar las precondiciones estructurales o cognitivas en disposición a matar y en situación de poder hacerlo por el influjo de las circunstancias^[151].

La casuística es compleja y variada, por lo cual toda estimación cuantitativa está condenada al fracaso, como así reconocieron en su momento los organizadores de la polémica *Exposición sobre la Wehrmacht* de 1995^[152]. Algunos autores han aludido a una suerte de «cultura de la muerte» imperante entre los soldados alemanes en el frente del Este, que llevaría a un porcentaje oscilante entre el 60 y el 80 por ciento a participar en acciones calificables de crímenes de guerra. Otros rebajan extraordinariamente esa cifra y la sitúan en un 5 por ciento^[153]. Otros historiadores más han insistido en que la aplicación por parte de las unidades militares de la orden de separar los prisioneros y ejecutar de inmediato a los comisarios políticos se cumplió sólo en proporción reducida, si bien nuevas investigaciones en curso inciden en que la tónica general consistió

en el cumplimiento de la orden, por mucho que se registrasen negativas por parte de oficiales de rango inferior a asesinar a los comisarios prisioneros, en cuyo caso se encargaban de tal tarea otros oficiales o los *Einsatzgruppen*^[154]. Y se ha señalado que entre los oficiales y los soldados de la Wehrmacht existen ejemplos documentados de conducta humanitaria, tanto hacia prisioneros de guerra como hacia judíos y población civil. Soldados y oficiales que fueron capaces además de contravenir las órdenes asesinas y de negarse a cooperar en acciones de represalia, o que desobedecieron las instrucciones de los comandos especiales de Himmler o de las SS: la panoplia de casos incluye desde el sargento Anton Schmid, protector de judíos en Vilna en 1941-1942, hasta el capitán Wilm Hosenfeld, que en 1944 ayudó a sobrevivir en Varsovia al pianista judío Wladyslaw Szpilman^[155].

No obstante, esos casos y pocas decenas más no anulan un fenómeno crucial: los soldados de la Wehrmacht se distinguieron hasta el final de la guerra por su disciplina y su sumisión general a las órdenes de sus mandos. Aunque muchos de ellos no participaron en actos de naturaleza criminal, sí mostraron indiferencia hacia esos hechos, fuese hacia la ejecución de partisanos o la «selección» de prisioneros judíos y comisarios políticos para su «tratamiento especial», fuese la contemplación de los guetos judíos en ciudades en donde se recuperaban de sus heridas —Vilna, Riga o Varsovia—, o la constatación del hambre y la desesperación de los civiles. Los casos de ruptura de la disciplina fueron escasos, y los protectores o *salvadores* de judíos y de prisioneros actuaban en el fondo solos y casi a escondidas, pues eran incapaces de generar protestas colectivas entre sus compañeros de armas. La camaradería fue ciertamente mitificada tras la guerra por las asociaciones de veteranos y presentada a veces como un refugio del «soldado de a pie» frente a los designios de la oficialidad y la ideologización del nacionalsocialismo^[156]. Pero, en realidad, actuó como un elemento de fuerte cohesión de la moral de combate y de la sujeción de la tropa a los postulados centrales de la guerra de exterminio, pues transmitía los valores centrales que conformaban la idea de *comunidad nacional* y racial, a la vez que traducía a pequeña escala los criterios de inclusión y exclusión predicados por el nazismo. Como escribía el teólogo y poeta protestante Jochen Klepper, él mismo casado con una judía, acerca de la comunidad de camaradas de su unidad en el frente, a la que estaba contento de pertenecer por ser un refugio de seguridad y certeza en medio del delirio de la

guerra, no se podía hablar de temas sensibles con muchos de sus compañeros, que eran nazis convencidos o simpatizantes: «puedo hablar de todo y sobre todo, pero no sobre la cuestión judía. En eso puedo ver que la propaganda ha hecho bien su trabajo»^[157].

Por otro lado, no todos los soldados de la Wehrmacht destinados en el frente del Este tenían las *mismas oportunidades* para cometer actos criminales, puesto que el 80 por ciento de los soldados estaban destinados en la zona de combates, una franja de unos 25 kilómetros por detrás de la línea del frente. Buena parte de ellos pasaban sólo unos meses en la línea de combate, y además el tráfico de nuevos reclutas de reemplazo, las idas y venidas a los hospitales de campaña y los viajes de permiso a Alemania eran continuos. No todos los soldados regulares, sino sólo una minoría, estaban regularmente involucrados en actividades como la lucha antipartisan^[158]. Ello no impedía que un soldado alemán destinado en el frente tuviese oportunidades sobradas para cometer o ser testigo de actos criminales: la ejecución de comisarios políticos hasta mediados de 1942, así como de prisioneros que se rendían a los combatientes de vanguardia; represalias contra población civil que viviese en aldeas situadas a pocos kilómetros de la línea del frente; o acciones eventuales en comandos de caza de partisanos. Si la labor de liquidación de población judía y otros elementos en los primeros meses era ejecutada por los «Grupos de despliegue» dependientes de Himmler una vez que el grueso de los *Landser* había pasado, eran muchas las posibilidades de que también fuesen testigos de tales acciones soldados de paso hacia y desde el frente, batallones de marcha que llevaban refuerzos a este último, o simples soldados pertenecientes a unidades que eran retiradas por un tiempo de la primera línea de combate para ser «refrescadas», despiojadas y tomar un descanso.

De hecho, en la vida cotidiana de los soldados destinados en el frente *también* figuraban acciones armadas que nada tenían que ver con la lucha leal en las trincheras. En su versión más benigna, no faltaban en esas actividades la persecución ocasional de partisanos o los interrogatorios y medidas contra supuestos espías o saboteadores; desalojos de población civil y práctica de la táctica de *tierra quemada* en caso de retirada ante las tropas soviéticas; e incluso dejar a los civiles en la zona de nadie para dificultar el avance del enemigo. A todo lo anterior se unían los reclutamientos forzados de civiles, a menudo ancianos, niños y mujeres, para ejecutar trabajos diversos en la retaguardia

(limpiar caminos o abrirlos, cavar, etc.), así como eventuales acciones de saqueo. La conclusión del estudio de la División 253 corrobora las líneas apuntadas anteriormente: de modo general, los soldados, predispuestos por los años de adoctrinamiento nacionalsocialista a aceptar y aplicar las reglas básicas de la guerra de exterminio iniciada por el Führer, fueron incorporando en el curso de la guerra, y como resultado de la brutalización de sus condiciones de vida y combate, patrones de conducta congruentes con el contexto general y su disposición previa. No tanto por el respeto a la disciplina militar o el temor a represalias por parte de sus mandos, sino por una suerte de absorción gradual de aquellos patrones ideológicos en sus planteamientos éticos y en sus procesos de toma de decisiones^[159].

Una guerra racial: el destino de los judíos soviéticos

La Wehrmacht tuvo una participación activa, y no siempre con un mero papel auxiliar, en las deportaciones o en las matanzas masivas de población judía desde los primeros momentos de la puesta en marcha de la Operación Barbarroja, ejecutando civiles de aquella confesión en la retaguardia o colaborando en la vigilancia y la creación de los guetos. En esa tarea se registró una esencial continuidad, hasta mediados de 1941, con lo que había sido la participación del ejército alemán en la persecución de la población judía en zonas ocupadas con anterioridad, como Polonia o los Balcanes. En el Gobierno General (*Generalgouvernement*) de Polonia, nueva denominación de las regiones de Polonia sometidas a jurisdicción especial tras reanexionarse las zonas occidentales (Silesia, Pomerania y Posnania), bajo la actuación del gobernador y auténtico virrey nazi Hans Frank, las tropas regulares del ejército alemán ya habían colaborado en la deportación y concentración de la población judía en guetos, y también habían operado de forma conjunta con grupos de despliegue de las SS y de la *Sicherheitspolizei* en matanzas de civiles y judíos, si bien el conocimiento de tales acciones generaba cierto descontento entre algunas unidades de la Wehrmacht^[160].

Lo que todavía no estaba tan claro para los ocupantes era si los judíos polacos debían ser exterminados por hambre y enfermedades en los guetos, o si su fuerza laboral debía ser aprovechada. Y si en la Polonia ocupada hasta junio de 1941 había habido más quejas de oficiales de la Wehrmacht ante las matanzas y los maltratos de población civil, en el frente ruso la brutalización y radicalización de las condiciones de combate contribuyeron a que esas protestas o expresiones de disgusto casi desapareciesen. Por el contrario, las investigaciones más recientes y la acumulación de nuevas evidencias empíricas demuestran hasta la saciedad no sólo la colaboración del Ejército del Este y de soldados regulares en el proceso de exterminio de los judíos soviéticos, sino también la participación de diversos cuerpos armados en las matanzas de judíos desde el comienzo de la Operación Barbarroja. Un tema que fue difícil de digerir

para la investigación histórica en Alemania Occidental —y apenas tratado en la oriental— hasta la década de 1990^[161].

Dos factores más aconsejaron a los jefes nazis, y particularmente a Hitler, acelerar la que sería conocida como *decisión final* acerca del destino de los judíos europeos, empezando por los de Europa oriental. Los éxitos iniciales de la invasión de la URSS y las ganancias territoriales del imperio alemán le situaban en una posición de poder supremo en el continente europeo, proporcionándole la gestión de ingentes recursos materiales y humanos y, por lo tanto, un poder geopolítico desconocido hasta entonces, que provocaba euforia y borrachera de triunfo. Junto a ello, se situaba la constatación de una permanente inseguridad: había que hacer frente al control de una retaguardia problemática, además de la posibilidad de que la guerra durase mucho más de lo previsto. Todo lo cual aconsejaba liquidar los *peligros* potenciales situados a la espalda de las tropas alemanas y poner en práctica de modo expeditivo los planes ya trazados para eliminar lo que los líderes nazis consideraban «sobrantes» demográficos en Europa oriental. Se trataría ahora de aniquilar y borrar de la faz de la tierra a una raza considerada como la causante de la decadencia pasada de Alemania, pero también de eliminar población en las zonas ocupadas por la vía rápida, y de acabar de raíz con un grupo étnico que se consideraba aliado intrínseco y natural del *bolchevismo* y, en consecuencia, potencial apoyo de los partisanos.

Existió una vinculación estrecha entre la guerra de exterminio étnico e ideológico planeada en el Este por Hitler y la definitiva «solución final» que selló el destino de millones de judíos y gitanos europeos, adoptada en la Conferencia de Wannsee el 20 de enero de 1942, pues, como bien afirmó Goldhagen, el Tercer Reich tornó el *antisemitismo eliminatorio* y las medidas de discriminación racial en un genocidio en gran escala cuando la fortuna de las armas puso en sus manos el poder y los recursos necesarios para ejecutarlo^[162]. La cuestión que se plantea es ¿fue la guerra contra la URSS la ocasión ideal para poner en práctica un plan de exterminio largamente acariciado y concebido con anterioridad? ¿O fue por el contrario el exterminio de los judíos bajo control del Tercer Reich una consecuencia de la deriva de los acontecimientos de la guerra germano-soviética, de la borrachera del éxito o de la frustración por el fracaso?

En este punto, existe en los estudios sobre el Holocausto una disputa clásica desde la década de 1970^[163]. Para los llamados *intencionalistas*, la decisión de aniquilar físicamente a la población judía europea estaba ya presente en los

postulados primigenios del nacionalsocialismo, y la guerra contra la URSS no hizo más que facilitar los medios materiales para llevarla a cabo, pues acabar con los judíos era uno de los fines de guerra del Tercer Reich. La decisión de exterminar al pueblo judío procedía del mismo Hitler, y fue transmitida a los órganos de ejecución del aparato de Estado nazi. Por el contrario, para los *funcionalistas o estructuralistas*, la decisión de ejecutar en masa a los judíos fue un producto de la evolución de la guerra contra la URSS, y de una suerte de escalada de los planteamientos más radicales para la «solución final» —lo que Hans Mommsen denominó *radicalización acumulativa*—, circunstancia que acabó por echar al olvido los planes de evacuación o deportación en masa que se habían sucedido entre 1939 y mediados de 1941. La naturaleza a veces contradictoria de la poliarquía nazi habría provocado que existiese un considerable campo de maniobra para la actuación de instancias independientes, tanto del ejército como de las autoridades de ocupación, las SS y la policía. A su vez, los funcionalistas se dividen acerca del momento concreto y la causa por la que se decidió el exterminio. Para unos, se trató de una decisión tomada en un momento de euforia, ante la certidumbre de la victoria (agosto-septiembre de 1941), lo que permitiría al Tercer Reich y a Hitler concentrarse en el próximo objetivo de su plan imperial, la eliminación de la presencia judía en Europa. Para otros, la decisión de proceder al exterminio sistemático era en origen una reacción defensiva. Ante la imposibilidad de vencer al coloso soviético, los nazis se habrían concentrado en eliminar a la población judía a su alcance por una mezcla de rabia y frustración, pero con un mesiánico deseo de cumplir al menos *uno* de sus objetivos ideológicos^[164].

Para otros más, y a nuestro parecer se trata de la tesis que parece más plausible, la decisión de exterminar a los judíos europeos estaba ya implícita en los postulados raciales del nacionalsocialismo. Lo que la guerra contra la URSS puso en manos de los jerarcas nazis fueron los medios, el territorio e incluso los contingentes necesarios de víctimas para ejecutar un plan a gran escala, improvisado en muchas de sus partes y retroalimentado por las dinámicas de exterminio que se sucedían a nivel local tanto en el Gobierno General de Polonia como en los territorios ocupados del Este, y que se veía legitimado por la representación constante del enemigo en la propaganda nazi como un monstruo de tres cabezas (judío, comunista y subhumano). El proceso de ejecución del exterminio habría operado por fases, empezando por la decisión de exterminar a

todos los hombres judíos soviéticos; luego, a todos los judíos soviéticos, y, finalmente, a todos los judíos de Europa^[165].

Desde comienzos de 1941 se abrió paso en Hitler y en los jefes nazis la idea de que los judíos podrían ser deportados hacia las nuevas tierras conquistadas del Este, para emplearlos en trabajos forzados —como la desecación de la zona pantanosa del Pripet— o para reasentarlos en las gélidas llanuras árticas, donde muchos habrían de perecer en poco tiempo como resultado de las pésimas condiciones de vida y de trabajo. Con ello se arrumbaban de modo definitivo diversos planes anteriores, como el de la reubicación de los judíos en Próximo Oriente, en Madagascar o incluso en áreas determinadas del Gobierno General de Polonia. En parte, por el inmenso caos que había supuesto la aplicación parcial de esos planes de deportación —acompañada además de la *repatriación* de alemanes étnicos hacia las áreas recién conquistadas de Polonia—, que provocaba la oposición de las autoridades alemanas de ocupación^[166]. Es más, en la Conferencia de Warm see se discutió sobre todo acerca de qué hacer con los judíos *alemanes*, de modo que es plausible que el destino de los judíos soviéticos, y con ellos el de los polacos y serbios, hubiese sido decidido ya en el verano de 1941, mediante una sucesión rápida de ampliaciones del objetivo de exterminio inicial. La decisión, pues, de exterminar físicamente a los judíos de los nuevos territorios del este bajo control alemán precedió en varios meses a la de extender ese destino al conjunto de los judíos alemanes, desechando para el futuro la opción de una deportación masiva hacia el este^[167].

En junio de 1941 vivían en la URSS alrededor de cinco millones de judíos, lo que suponía el 1,8 por ciento de la población total soviética. El 80 por ciento (cuatro millones) se concentraba en las repúblicas y zonas occidentales, las cuales cayeron en los primeros meses bajo control alemán. El antisemitismo había sido una constante entre la población gentil del Báltico, de amplias regiones de Ucrania o de Bielorrusia con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, y se había manifestado en esporádicos estallidos de violencia antisemita (*pogroms*). Pese a la apreciable participación de la *intelligentsia* judía rusa en el régimen comunista, y aunque el Estado soviético se presentaba en teoría como un abanderado del internacionalismo y del igualitarismo racial, sus pulsiones antisemitas habían sido constantes a lo largo de la década de 1930.

El mismo Stalin era un convencido antisemita que veía en los hebreos unas

cabezas de puente de un pueblo capitalista sin patria; y varios dirigentes de la URSS consideraban que la identidad judía, por ser «diaspórica», podía constituir una amenaza para la construcción de la nueva patria soviética. Durante la década de 1920 los bolcheviques jugaron con la idea de crear una república judía dentro de la URSS, y pensaron en concentrar a la población hebrea en Crimea. En la década siguiente, Stalin concibió el proyecto de establecer una república autónoma judía en la región de Birobidzhan, fronteriza con Manchuria. Se trataba de una «reordenación étnica» en la que se invirtió un considerable esfuerzo propagandístico. Pero muy pocos colonos hebreos se desplazaron allí. Las purgas estalinistas de la segunda mitad de los años treinta se cobraron un buen número de víctimas judías, lo que en parte tenía que ver con la alta proporción de militantes de esa confesión tanto en los cuadros del Partido Comunista como en el NKVD. Aunque el antisemitismo no era motivo oficial de ningún juicio, en algunos de ellos, como el celebrado en mayo de 1939 contra el comisario de Asuntos Exteriores Maxim Litvinov, el prejuicio antijudío fue más que evidente. Tras la firma del pacto de no agresión con el Tercer Reich, en septiembre de 1939, la URSS no sólo no aceptó la entrada de judíos alemanes y polacos en su territorio, devolviéndolos a la zona bajo control de Berlín, sino que también repatrió a judíos alemanes que se habían refugiado en el país de los soviets desde 1933. Otros fueron deportados a campos de trabajo forzado, a Siberia o a Kazajstán, de donde sólo volverían tras junio de 1941, ya convertidos en aliados contra los nazis.

La política de ocupación de la URSS en los territorios orientales de Polonia anexionados en septiembre de 1939 tuvo una doble faz. Por un lado, los invasores soviéticos clausuraron sinagogas y asociaciones culturales hebreas, deportaron a algunos líderes de los *shtetl* o comunidades judías de las ciudades, e impusieron un laicismo oficial que también prohibía el culto religioso. Mas, por otra parte, muchos judíos de las zonas anexionadas que ya habían sufrido los rigores del antisemitismo polaco del régimen del mariscal Pilsudski fueron reclutados como funcionarios y cuadros por los ocupantes. Ese hecho contribuyó a reforzar el antisemitismo del campesinado y de las clases populares urbanas de la región, católicas u ortodoxas, y a elaborar un icono identificativo entre «judío» y «bolchevique» que no difería en mucho del profesado por los alemanes^[168].

La política oficial soviética hacia la cuestión judía sólo empezó a cambiar en

agosto de 1941. El día 24 de ese mes varias figuras de las letras y las artes de confesión judía se reunieron en Moscú bajo los auspicios de Stalin. Pero la propuesta de crear una suerte de Comité Judío Internacional opuesto a los nazis no fue del agrado del dictador, que hizo desaparecer a sus proponentes en manos del NKVD. En su lugar se constituyó en abril de 1942 un Comité Judío Antifascista, dependiente de la Oficina de Información Soviética y bajo el control del NKVD, cuyo papel era movilizar a los judíos de dentro y fuera de la URSS a favor de la causa soviética. Al acercarse el final de la guerra, el comité fue disuelto y Stalin volvió a considerar que cualquier medida favorable a los judíos de la URSS suponía infiltrar en territorio soviético un caballo de Troya del capitalismo occidental. La población judía de la URSS no se contaba, pues, entre los ciudadanos preferidos del dictador. Y tampoco se contaría después de 1945^[169].

La Operación Barbarroja supuso el impulso final y más fuerte para la radicalización irreversible de la política antisemita del Tercer Reich. La inmensidad del territorio ocupado y la gran cantidad de población hebrea que vivía dentro de él planteó a Hitler, y a los jefes nazis en general, la cuestión de cómo «manejar» la nueva situación y qué hacer con los judíos ahora bajo su control. Se trató de un peldaño más en una escalada iniciada en la primavera de 1939, cuando Hitler había autorizado la ejecución de los discapacitados físicos y psíquicos del Reich, además de programas de *eutanasia salvaje*; esa escalada había tenido continuidad en septiembre del mismo año, cuando aprobó la ejecución de varias decenas de miles de civiles polacos; y pareció culminar un año después, con los planes de exterminio inmediato o paulatino de millones de ciudadanos soviéticos que acompañaban al lanzamiento de la Operación Barbarroja. En julio de 1941, Hitler comunicó a Heydrich que había llegado la hora de proceder al exterminio definitivo de los judíos. Y, en todo caso, a finales del otoño de ese año, coincidiendo con la entrada de los Estados Unidos en la guerra, dicha decisión había sido tomada formalmente.

Las instancias comprometidas en la ejecución de esa siniestra directriz se encontraron ante un dilema logístico: cómo ejecutar a decenas de miles de personas de modo eficaz, masivo y suficientemente discreto a ojos del mundo, del resto de civiles y de las propias tropas alemanas, pues también se temía el impacto negativo que podría tener en la moral de combate y la disciplina de los *Landser* participar en operaciones de asesinato masivo, y aun de muchos

integrantes de las SS o del SD. Entre septiembre y diciembre de 1941 tuvieron lugar experimentos con prisioneros de guerra, se construyeron o acabaron campos y crematorios para poner en funcionamiento el proceso de exterminio, y se ultimaron los planes logísticos para el transporte a esos campos. El objetivo ahora no sólo consistía en aniquilar a los judíos de Europa oriental y la URSS, sino también a los de toda la Europa dominada por el Tercer Reich^[170].

De modo paralelo a esas decisiones, y en función del acuerdo existente entre la Wehrmacht y Himmler, desde el momento de la entrada de las tropas alemanas en territorio soviético los grupos de despliegue móvil o *Einsatzgruppen*, integrados por unos 3000 hombres divididos en cuatro demarcaciones (A, B, C y D) subdivididas, a su vez, en dos *comandos de despliegue (Einsatzkommandos)* —salvo el D— y otros dos *comandos especiales (Sonderkommandos)*, siguieron el avance germano desde la retaguardia y procedieron a identificar, a agrupar y a ejecutar a todos los judíos de sexo masculino que trabajaban para el régimen soviético o pertenecían al Partido Comunista^[171]. En un principio, las instrucciones no incluían ejecutar a todos los judíos de cualquier edad o sexo. Su radio de acción, empero, sobrepasó claramente ese objetivo inicial, en parte por causa del efecto inducido de la violencia puesta en marcha por los propios grupos de despliegue, cuyos miembros asumieron una *cultura de guerra* genocida que atribuía todos los posibles males infligidos por el enemigo —incluidos los hallazgos de presos del NKVD muertos en sus celdas, o las apariciones de cadáveres mutilados de soldados alemanes que habían sido hecho prisioneros— a los «judíos» sin diferenciación^[172].

De este modo, los mandos intermedios de los *Einsatzgruppen* hicieron un uso ubicuo de la «autorización general» para ejecutar a personas definidas como judías, en particular a los hombres adultos. Progresivamente, las escuadras de exterminio móvil pasaron a asesinar a «judíos» sin más, a los «intelectuales judíos», a los denominados «judíos peligrosos» y a un largo etcétera que se extendía también a otras categorías de población. Después de tres semanas, desde el 11 de julio de 1941, las instrucciones de los grupos de despliegue móvil incluyeron el asesinato de todos los hombres judíos entre 17 y 45 años. Y, al menos desde mediados de agosto, los *Einsatzgruppen* empezaron a liquidar de modo sistemático a hombres, mujeres y niños judíos, ampliando los límites de edad al arco comprendido entre los 16 y los 65 años. Más adelante, el elenco de

objetivos se amplió a gitanos y a discapacitados físicos y psíquicos. El proceso de eliminación *selectiva* de la población judía de la URSS se fue transformando en *universal*, a medida que avanzaba la campaña. En septiembre de 1941, la precondition para la solución final, es decir, la decisión última de Hitler, se había cumplido^[173].

En su tarea, los ángeles exterminadores motorizados de los *Einsatzgruppen* encontraron una notable complicidad de amplios sectores de la población civil, que protagonizó algunos *pogroms* en Polonia oriental, en Lituania o en Letonia instigados, o al menos tolerados, por los ocupantes. La policía alemana de retaguardia, e incluso algunos grupos de despliegue, incorporaron fuerzas auxiliares compuestas de antisemitas nativos. A mediados de julio de 1941 el general de las SS Erich von dem Bach-Zalewski recibió el mando supremo de las tropas dependientes de las SS y el SD, alrededor de 11 000 hombres en total, a los que se sumarían a fines de 1941 unos 33 000 hombres pertenecientes a cuerpos auxiliares bálticos, bielorrusos o ucranianos, además de 6000 policías. Esos 50 000 hombres ejecutaban a grupos de judíos de varios cientos y hasta miles de personas en campos, en bosques y en lugares apartados de las ciudades, donde, después de haber cavado sus propias fosas, las víctimas eran desprovistas de sus ropas y objetos personales y pasadas por las armas, a veces atadas de dos en dos para ahorrar munición. Sus casas y pueblos, allí donde conformaban núcleos compactos, eran reducidos a cenizas. La violencia ejercida por los miembros de los *Einsatzgruppen* hacia sus víctimas tenía mucho de demostrativa, pero también de *conciencia extirpadora*. Se trataba, en su perspectiva, de imponer el terror para garantizar el control de la población y el territorio conquistado. No obstante, los miembros de los grupos móviles de exterminio estaban convencidos de llevar a cabo una suerte de labor purificadora, de extirpar quirúrgicamente un tumor maligno para la seguridad y el futuro de Alemania, y aun de toda Europa^[174].

La primera matanza colectiva de judíos, desarrollada con un detallado reparto de tareas entre las unidades de la Wehrmacht y el *Einsatzgruppe A*, tuvo lugar en la ciudad lituana de Kaunas el 25 de junio de 1941, tres días después de la invasión. Primero, el oficial de las SS Franz Stahlecker tenía la misión de provocar un *pogrom* entre la población gentil, que ya se cobró 1500 víctimas la noche del 25 al 26 de junio. Las matanzas prosiguieron hasta el 29 de junio, con incendios de sinagogas y saqueos del barrio judío, ante la absoluta pasividad de

los soldados de la Wehrmacht, que recibieron orden de no intervenir. Según el ayudante del Führer Rudolf Schmudt, que visitó el cuartel general de Grupo de Ejércitos Norte en Kaunas, se trataba de una necesaria «labor de barrido general». En la localidad de Bjelaja Zerkov, soldados del *Einsatzgruppe C*, con la ayuda de oficiales de la Wehrmacht, encerraron y asesinaron a noventa niños judíos entre el 20 y el 22 de agosto. A principios de julio de 1941 la colaboración entre el 6.º Ejército del *Ostheer* y los comandos de despliegue en la ciudad de Luck se cobraba la vida de 1500 hombres judíos. Las protestas de algunos oficiales y de la tropa ante la obligación de participar en matanzas de civiles fue zanjada por el general Von Reichenau de modo expeditivo, recordando en una instrucción que el carácter de la guerra era el completo exterminio del judaísmo bolchevique^[175].

Varias matanzas sucesivas con participación de los soldados de la Wehrmacht tuvieron lugar en las ciudades de Riga, Dnepropetrovsk, Simferopol y Kharkiv. Pero la mayor y más tristemente célebre de las masacres de judíos perpetradas durante los primeros meses de guerra en la retaguardia fue el asesinato, por parte del *Einsatzgruppe D*, de un batallón de las Waffen SS y de unidades auxiliares ucranianas, de al menos 33 771 judíos en el barranco de Babi Yar, cercano a la ciudad de Kiev, diez días después de la toma de esta ciudad por el *Ostheer* y, oficialmente, en represalia por la voladura del cuartel general del 6.º Ejército por un escuadrón del NKVD. La población judía de Kiev fue conminada a presentarse con ropas y equipaje, creyendo que iba a ser deportada; pero los que siguieron la instrucción fueron conducidos a Babi Yar y ametrallados sin piedad. En el mismo lugar fueron asesinados más tarde varios miles de prisioneros soviéticos, gitanos, miembros del NKVD y del Partido Comunista. Otra masacre de proporciones aún mayores tuvo lugar en Odessa, donde entre 70 000 y 80 000 civiles judíos fueron aniquilados por un *Einsatzgruppe* y tropas rumanas. En Dnepropetrovsk, 70 000 judíos de los 100 000 que vivían en la ciudad cuando llegaron los invasores fueron fusilados y ametrallados en tandas sucesivas entre octubre de 1941 y marzo de 1942.

En otras ciudades, los habitantes judíos fueron condenados a morir de inanición, frío y enfermedades, encerrados en guetos. Así ocurrió a gran escala el día 30 de agosto de 1941 en Transnistria, nueva denominación de la región situada entre los ríos Bug y Dniéster que había sido ocupada por las tropas rumanas y declarada protectorado de Bucarest con capital en Odessa —

rebautizada como *Antonescu*—, en compensación por la pérdida anterior del tercio septentrional de Transilvania a favor de Hungría y de parte de la Dobrogea a favor de Bulgaria (1940). En ese territorio, así como en las recuperadas Besarabia y Bukovina, el régimen profascista del mariscal Antonescu, violentamente antisemita y anticomunista, llevó a cabo entre el verano de 1941 y fines de 1942 su propia política de limpieza étnica, que incluyó el exterminio de la población judía y gitana, una vez fracasado el plan inicial de deportación de todos los hebreos de la zona al Comisariado Imperial de Ucrania, bajo jurisdicción alemana. Tanto el ejército como la gendarmería rumana, y una «unidad especial» del servicio secreto del Gobierno de Bucarest, fueron encargados desde mediados de diciembre de 1941 de poner en práctica la deportación y el exterminio de la población hebrea, ejecutada con la colaboración de tropas auxiliares ucranianas, de alemanes étnicos y el *Einsatzgruppe D*. De esta manera, 40 000 judíos fueron asesinados en el campamento de Bogdanowka hasta finales de mes; y se construyeron en Transnistria varios campos de concentración, en los cuales se concentró un número aún desconocido de judíos del *Regateni* (Rumania histórica), que serían deportados y masacrados en su mayor parte. Algunos autores estiman el número de víctimas entre 250 000 y 400 000. A fines de 1942, Antonescu, informado de la «solución final» acordada en Berlín, decidió autorizar la emigración de los judíos de Rumania hacia Palestina, a cambio muchas veces de compensaciones económicas. Pero también decretó la deportación de judíos a campos de trabajo^[176].

Aunque con carácter menos sistemático, también está documentada la participación de unidades húngaras en ejecuciones masivas de judíos soviéticos. Por ejemplo, en el área de Winniza en mayo de 1942, no tanto por indicación del Alto Mando del *Hónved* como por acuerdos con mandos intermedios de unidades alemanas locales del SD y fuerzas auxiliares ucranianas^[177]. Otros ejércitos aliados de los nazis tuvieron una participación sólo puntual y secundaria en la ejecución de las «órdenes asesinas». Pero incluso el ejército finlandés, único representante de un Gobierno democrático en el frente del Este, no estuvo libre de mácula: sus fuerzas entregaron a las SS germanas a unas 3900 personas, entre ellas judíos, comisarios políticos y militantes comunistas soviéticos^[178].

De modo global, se puede afirmar que la gran mayoría de los judíos

soviéticos muertos a manos de los ocupantes lo fueron durante los primeros nueve meses de la guerra (junio 1941-marzo/abril de 1942), antes de que el sistema de campos de exterminio hubiese entrado realmente en funcionamiento. Su número es difícil de determinar. Según las cifras actualizadas y revisadas por Raúl Hilberg, el número de víctimas de los *Einsatzgruppen* no sería inferior a 300 000. A ellas se unirían las de unidades SS y de la policía de orden (50 000); las del ejército alemán y autoridades locales de ocupación u otras fuerzas con cometidos de orden público y lucha antipartisanas en la retaguardia, así como prisioneros de guerra de confesión judía (unos 100 000); varias decenas de miles de judíos fallecidos por inanición y enfermedades en guetos, y entre 150 000 y 200 000 víctimas en el área de ocupación bajo control del ejército rumano (áreas de Odessa-Dalnik, Golta, Berezovka y Transnistria)^[179].

Es sabido que buena parte de la alta oficialidad de la Wehrmacht compartía los prejuicios antisemitas del nazismo. Estos últimos, además, estaban presentes de forma explícita en los programas de formación de los militares profesionales con anterioridad al año 1941. Hubo, además, instrucciones concretas que prohibieron a los oficiales mantener cualquier «relación estrecha» con personas de confesión judía, y que insistían en que «no existe ninguna diferencia entre los judíos supuestamente decentes y los demás», como expresaba el general Rudolf Schmundt, jefe de la Oficina de Personal del Ejército de Tierra (*Heerpersonalamt*) en una instrucción de octubre de 1942. Las declaraciones de otros generales y mariscales, como el almirante Karl Dönitz en 1944, estuvieron impregnadas de un tono semejante^[180].

¿Hasta qué punto contemplaron y coparticiparon de las matanzas, la humillación y la deportación masiva de la población judía en el Este los soldados alemanes que no eran integrantes de las SS, de los *Einsatzgruppen* o de la Policía de Orden de retaguardia? Como ya se ha mencionado, el adoctrinamiento nacionalsocialista tuvo un éxito evidente en la extensión del antisemitismo a gran parte de la tropa. Todos los soldados eran conocedores de que la *Volksgemeinschaft* a la que aspiraba el nazismo excluía de su seno, en primer lugar, a la población judía. A lo anterior se unía que los soldados estaban expuestos a un constante bombardeo propagandístico que incidía en la demonización del adversario. El comunismo bolchevique era considerado como una realidad equivalente a judaísmo y a barbarie asiática, como había dejado ya establecido el propio Adolf Hitler en 1925-1927^[181]. Por tanto, sólo cabía

proceder a su eliminación conjunta de la faz de Europa, como expresaría varias veces a lo largo de la década de 1930^[182].

Esa representación de la realidad caló hondo entre muchos soldados, como muestran diarios y cartas desde los primeros meses de conflicto. Era una cosmovisión inoculada por el adoctrinamiento nacionalsocialista y que había sido vivenciada con anterioridad y en el propio ejército, si bien no tendría por qué convertirse mecánicamente en un *antisemitismo eliminatorio*, si no se hubiesen dado las oportunas circunstancias facilitadas por la guerra^[183]. Fueron, en efecto, las durísimas condiciones de la lucha en el Este y su consiguiente brutalización, como ya se había demostrado en la campaña de Polonia, las que permitieron dar el salto de la disposición a la ejecución. Por otro lado, la constatación de que en algunas partes del territorio ocupado la población civil compartía un antisemitismo basado en un esquema interpretativo semejante (la asociación entre judío y comunista) no hizo sino reforzar esa percepción. De hecho, fueron muy escasos los casos de connivencia o solidaridad con los judíos deportados; y no abundaron las muestras de humanidad por parte de soldados alemanes hacia la población que estaba siendo deportada, que parecía de inanición y enfermedades en los guetos, o que simplemente caminaban por la calle con estrellas amarillas de seis puntas y se debían apartar de la acera al ver acercarse un combatiente de la Wehrmacht.

¿Era punible dentro del Ejército Alemán prestar ayuda a civiles judíos? Teóricamente, no. En el Tercer Reich no existió hasta fines de 1941 ninguna ley o decreto que prohibiese de modo taxativo a los ciudadanos alemanes el apoyo o simpatías por los judíos, y aun el decreto del RSHA del 24 de octubre de 1941 se limitaba a condenar con una pena de hasta tres meses de reclusión a quienes demostrasen empatía o brindasen protección a personas de *raza* judía. No hubo ninguna condena de muerte por tal motivo. Y dentro de la Wehrmacht, la expresión de simpatías por los judíos no acarrearía de forma necesaria un castigo inmediato, al menos para los soldados rasos. En teoría, era posible negarse a formar parte de pelotones de ejecución^[184]. Numerosos testimonios epistolares muestran, empero, que no abundaba entre los soldados la voluntad de prestar ayuda a los hebreos. La identificación entre judío y bolchevique había calado en profundidad entre muchos combatientes del *Ostheer*, de modo que el primitivismo de una lucha a muerte tornaba a los hebreos en corresponsables de los actos del ejército enemigo, cuando no de los propios camaradas caídos. Un

suboficial escribía a su casa que *los judíos* habrían cometido actos de barbarie sin igual en Rusia:

El pueblo alemán debe mucho a nuestro Führer, pues si estos monstruos [...] hubiesen llegado a Alemania, habrían cometido crímenes sin precedentes [...]. Ningún periódico se atrevería a describir lo que hemos visto. Está en el límite de lo increíble: ni en la Edad Media se hacían cosas semejantes. Cuando se lee el [periódico nazi] *Der Stürmer* y se miran las ilustraciones, sólo se tiene una pálida muestra de lo que hemos visto aquí y de los crímenes cometidos por los judíos^[185].

Los ejemplos son numerosos. Si todo lo atrasado, inculto, bárbaro y cruel que se contemplaba en Rusia se atribuía al comunismo y a los judíos por igual, alguna carta que describía el aspecto de los guetos judíos en territorio ocupado se escandalizaba por la falta de higiene y el estado harapiento de los hebreos, atribuyendo tal estado a su naturaleza y no a la persecución y al maltrato de que eran objeto. Los judíos habrían provocado la guerra, y su condición subhumana los hacía arteros y crueles. Y por ello merecerían un destino despiadado, que un soldado alemán destinado en el Este resumía de manera críptica en julio de 1942:

A propósito de los acontecimientos en el Este que se refieren a los judíos, se podría escribir un libro. Pero sería malgastar papel. Podéis estar seguros de que estarán en un buen lugar, allí donde ya no podrán oprimir a ningún pueblo^[186].

En las cartas de los soldados alemanes rara vez aparecen descripciones sobre matanzas de judíos. Pero sí se pueden encontrar comentarios claramente antisemitas y alusiones al «merecido destino» de los judíos, identificados con los «bolcheviques», aunque resulta difícil colegir si el destino final de la población hebrea era en efecto conocido, y mucho más la medida en que esos ejemplos pueden ser representativos^[187]. Pocos testimonios fueron tan directos como el del cabo Heinz, de 27 años, quien el 20 de mayo de 1942 describía a su hermana, con pelos y señales —algo que raras veces se le escapaba a la censura del correo— y un convencido fanatismo nacionalsocialista, cómo el ejército estaba contribuyendo a acabar con los judíos y otros civiles en territorio ocupado:

Vamos a vencer, y tenemos que vencer; si no, tendremos problemas. La canalla judía mundial se

vengaría salvajemente en nuestro pueblo, ya que aquí han sido ejecutados cientos de miles de judíos, para dar al mundo al fin paz y tranquilidad. Un poco antes de llegar a la ciudad donde estamos hay dos fosas comunes masivas. En una yacen 20 000 judíos y en la otra otros 40 000 rusos. Al principio eso impresiona; pero cuando se piensa en la gran idea, entonces debe creer uno mismo que era necesario. En todo caso, las SS han hecho un gran trabajo y hay mucho que agradecerles^[188].

En algunos casos, las matanzas perpetradas por los grupos de despliegue contaron con la participación voluntaria de soldados regulares del ejército. Esa participación podía dar lugar también a reprimendas por parte de sus superiores, *no* por el hecho en sí de matar a civiles indefensos, sino por hacerlo sin atender a las órdenes de sus oficiales y sin que fuese resultado del cumplimiento de órdenes concretas^[189].

El descubrimiento por parte de los soldados de la Wehrmacht de cadáveres de prisioneros alemanes mutilados, o de presos ejecutados por el NKVD en su retirada, como ocurrió en la ciudad de Tarnopol a principios de 1941, llevó también a unidades del *Ostheer* a participar espontáneamente en matanzas y *pogroms* de ciudadanos judíos. Y también a justificar esa participación como resultado de un acto de *justicia*, pues la ecuación entre judío, partisano y bolchevique actuaba como precondition para, una vez activado el mecanismo de la venganza, convertir a la población hebrea en objetivo de guerra sin cuartel. El diario de guerra de la División 221 de Protección anotaba el 8 de julio de 1941 que «allí donde viven judíos la pacificación del espacio choca con grandes dificultades, pues los judíos apoyan la formación de grupos partisanos y siembran la inseguridad mediante el apoyo a los soldados enemigos dispersos»^[190]. Esa convicción se extendía al caso de los soldados rasos. Un joven *Landser*, de nombre Franz, describía tal percepción de la realidad en una carta a sus padres enviada desde Tarnopol el 6 de julio de 1941:

Queridos padres:

Acabo de volver del entierro de nuestros camaradas de la Luftwaffe y de los cazadores alpinos que fueron capturados por los rusos. No hay palabras para describir lo que vimos. Nuestros camaradas estaban atados, y sus orejas, lenguas y narices habían sido cortadas; así los encontramos en los sótanos del Palacio de Justicia de Tarnopol, y también encontramos a 2000 ucranianos y alemanes étnicos [*Volksdeutsche*] torturados de semejante manera. Esto es Rusia y los judíos, el paraíso del trabajador... Enseguida tuvo lugar la venganza. Ayer tanto nosotros como las SS tuvimos alguna piedad, ya que hemos fusilado en el acto a todos los judíos que encontrábamos. Hoy la cosa ha cambiado, pues hemos encontrado a otros 60 camaradas mutilados. Ahora los judíos deben sacar los cadáveres del sótano, depositarlos con cuidado en el suelo y contemplar las atrocidades por sí mismos. Después de que han

visto a las víctimas, son abatidos a golpes de bastón y pala.

Hasta ahora, hemos mandado a 1000 judíos al más allá, pero eso es muy poco por lo que han hecho. Los ucranianos dicen que los judíos ocupaban las posiciones de mando y que, con los soviéticos, celebraron una fiesta pública mientras ejecutaban a los alemanes y a los ucranianos.

Os pido, queridos padres, que difundáis esto. Por ejemplo, padre, en la sede local [del NSDAP].
[191]

Los numerosos estudios disponibles hasta ahora sobre la participación de la Wehrmacht y del Ejército del Este en las matanzas, deportación y exterminio de los judíos en el territorio ocupado de la URSS muestran de manera nítida, con más o menos matices según los casos, que la colaboración entre la administración civil alemana, el aparato policial y de las SS, la administración económica y los mandos de la Wehrmacht a diversos niveles fue mucho más estrecha de lo que se había supuesto tras 1945^[192]. Los contextos locales y regionales de esa cooperación fueron determinantes, así como sus formas. Pues la colaboración con los grupos de despliegue, policía de orden y «comandos especiales» del SD y las SS no se reducía al oficial de la sección *Ic* (espionaje e información) de cada división y Estado Mayor del *Ostheer*, sino que también discurría a través de las comandancias locales de retaguardia y los mandos de las *divisiones de protección* que actuaban en las zonas ocupadas con la función de mantener el orden público en sentido amplio. Los mandos militares decidieron, en colaboración con el resto de instancias del poder ocupante, cómo «manejaban» la selección y la eliminación de la población judía en los territorios bajo su control, al menos hasta que fue organizado a lo largo de 1942 el sistema de deportaciones hacia los campos de concentración y exterminio.

La cooperación comenzó por lo más elemental: la labor de censar y concentrar a la población judía en guetos, de dar a conocer los establecimientos propiedad de hebreos, de vigilar el aislamiento de los guetos una vez formados, de excluir a los judíos de puestos públicos, de nombrar allí donde era posible Consejos Judíos (*Judenräte*) para actuar de intermediarios de las órdenes de los ocupantes y, en fin, de proporcionar facilidades logísticas a los comandos móviles de exterminio. Pero la colaboración también tuvo continuidad en el nivel de las comandancias locales. Buena parte de éstas persiguieron y «cazaron» a judíos huidos por zonas rurales, auxiliaron a los comandos especiales a ejecutar represalias y fusilamientos, y a menudo sus efectivos se encargaron directamente de la liquidación de los hebreos. Es más, no sólo el

Ostheer colaboró de diversas formas con el exterminio de población judía en su retaguardia, sino que los «grupos de despliegue» pasaron a compartir allí donde era necesario los trabajos sucios que las unidades del ejército regular no querían o no podían hacer, como ejecuciones de comisarios políticos o represalias contra partisanos o población civil.

Los límites de la separación de funciones entre los destacamentos encargados de la guerra de exterminio y el ejército regular se fueron diluyendo de modo progresivo. Y, por otro lado, la ecuación «judío = partisano», que se generalizó desde fines de 1941, tornaba en intercambiables en la práctica ambas categorías. La población hebrea no sólo era considerada un grupo enemigo del Tercer Reich por motivos biológicos, sino también por su supuesta propensión innata a conspirar contra Alemania y a apoyar la subversión^[193].

La degradación del prisionero

Junto a los judíos, militantes comunistas, gitanos, miembros del NKVD y comisarios políticos, el grupo de la población soviética que sufrió un peor destino a manos de los invasores fue el de los prisioneros de guerra. Entre el inicio de la Operación Barbarroja y el final de la guerra, alrededor de 5,7 millones de soldados del Ejército Rojo fueron cautivos de la Wehrmacht. En enero de 1945 todavía había 930 000 soldados soviéticos en campos de prisioneros alemanes. De esos 5,7 millones, un millón, como máximo, había sido puesto en libertad, en su mayoría para servir como tropas auxiliares de retaguardia o *Hilfswillige* al servicio de las necesidades logísticas del *Ostheer*. Según las propias estimaciones del Comando Supremo del Ejército alemán, medio millón de prisioneros consiguió huir o fue liberado. El resto, unos 3,3 millones de soldados, falleció durante su cautiverio, antes de llegar a los campos de internamiento o durante su estancia en ellos. Esa cifra suponía el 57,5 por ciento del montante total de los soldados del Ejército Rojo capturados por la Wehrmacht^[194].

El destino de los prisioneros soviéticos contrastaba enormemente con el de los 232 000 soldados británicos y norteamericanos que cayeron en manos alemanas, pues de ese grupo sólo falleció en los campos de internamiento el 3,5 por ciento (8348). O con el del millón y medio de soldados franceses hechos prisioneros en 1940, de los que 940 000 permaneció en cautividad hasta el final de la guerra. De ellos, y dejando aparte a 75 000 judíos franceses, falleció un 2,2 por ciento (21 000). A ese número de muertos se podrían añadir 20 000 detenidos franceses no judíos y entre 10 000 y 20 000 trabajadores civiles en Alemania y la Polonia ocupada, lo que arrojaba un 2,3 por ciento de muertos entre los 840 000 trabajadores civiles franceses reclutados por los ocupantes alemanes y desplazados fuera de su país^[195]. La proporción de soldados soviéticos fallecidos en cautiverio alemán era, asimismo, mucho más alta que la registrada durante la Primera Guerra Mundial, cuando de 1 434 500

combatientes del ejército zarista en manos germanas sólo falleció el 5,4 por ciento.

Las causas físicas de tan alta mortandad fueron, en primer lugar, las enfermedades infecciosas producto de las deficientes condiciones higiénicas de los campos, como la disentería y el tifus, que ya se extendieron en los *Stalags* (campos de prisioneros de guerra) del frente del Este en agosto de 1941. El comienzo del invierno incrementó exponencialmente los índices de mortandad. En los campos de prisioneros soviéticos distribuidos por la zona oriental de Polonia se contaban ya 54 000 muertos a mediados de octubre. En los días siguientes se registraban 4600 fallecidos por día. Más del 85 por ciento de los 361 000 prisioneros soviéticos custodiados desde el comienzo de la invasión en el territorio del Gobierno General de Polonia habían fallecido en abril de 1942. La proporción en los campos situados en otras zonas bajo control alemán no era mucho mejor: en febrero de 1942, el 60 por ciento (2 millones) de los 3,3 millones de prisioneros tomados a los soviéticos en el curso de las operaciones militares de 1941 había fallecido.

El porqué de semejante cuota de mortandad reside en la voluntad manifiesta del Tercer Reich, con la complicidad y el asentimiento de la cúpula militar de la Wehrmacht, de abandonar a su suerte a los prisioneros soviéticos. Y sólo a ellos. No se trataba, como intentaron justificarse los procesados en Núremberg en 1946, de que la Wehrmacht se hubiese visto desbordada por un número de prisioneros que superaba en mucho sus previsiones. Pues el destino de los prisioneros estaba sellado de antemano, como consecuencia del propósito confeso de explotar al máximo las fuentes de aprovisionamiento, materias primas y alimentos disponibles en el Este para proveer, en primer lugar, a la población del Reich. Del mismo modo que la población civil eslava no constituía una prioridad y, por lo tanto, se calculaba que una parte de ella moriría de inanición, ya en mayo de 1941 los planes de la Operación Barbarroja en el Alto Mando de la Wehrmacht establecían claramente que a los prisioneros se les proporcionaría sólo «la alimentación indispensable». En las instrucciones repartidas a la tropa y en las transmitidas a los oficiales en vísperas de la invasión de la URSS, el 11 de junio de 1941, se estipulaba que los soldados soviéticos no tenían derecho a acogerse al Derecho de Guerra fijado por la llamada Convención de Ginebra de 1929 para la protección de los prisioneros, ni tampoco a la Convención de La Haya de 1907. La URSS no había suscrito ninguno de los dos acuerdos, con lo que la excusa estaba servida. El trato al

prisionero soviético era diferente del dispensado al combatiente occidental, *européo*, porque aquél era considerado un ser infrahumano, y, por lo tanto, deshumanizado desde una perspectiva ideológica. El mismo Hitler lo había dejado claro el 30 de marzo de 1941: «Debemos dar la espalda al sentimiento de camaradería entre soldados. El comunista no ha sido ni será nunca un camarada. Se trata aquí de una guerra de exterminio».

Aunque es cierto que algunos jefes de división y varios generales mostraron cierta inquietud ante la cuestión, la situación de los prisioneros de guerra no se vio alterada por el conocimiento por parte del mando alemán de las altas tasas de mortandad registradas entre los prisioneros soviéticos durante el otoño y el invierno de 1941, cuando tras agotadoras marchas a pie desde el este los cautivos fueron repartidos en campos situados en Polonia y Bielorrusia, pero también en el territorio alemán, a menudo sin ninguna instalación prevista para su alojamiento. Preocupaba más, de hecho, a los mandos germanos que los cautivos se pudiesen escapar durante su traslado a los campos de retaguardia^[196]. A menudo, los comandantes de los campos sólo disponían de alambre de espino, herramientas y algunos calderos, teniendo los prisioneros que ingeniárselas para construir sus propios refugios, cuando no los cavaban en el suelo, como en Stukenbrock o en Bergen-Belsen. Las agotadoras marchas desde el frente diezaban las fuerzas de los que llegaban al campo, pues durante el trayecto a pie los prisioneros recibían raciones diarias de 100 gramos de pan y 20 gramos de gachas. Quienes no podían caminar eran rematados en el acto por los guardianes. Los más afortunados pudieron hacer el viaje en vagones abiertos y, desde noviembre de 1941, cerrados, siempre y cuando no entorpeciesen los convoyes militares de la Wehrmacht. Hasta principios de 1942, una cuarta parte de los prisioneros fallecía por hambre, agotamiento o congelación durante el viaje desde el frente. Y el estado de los que tenían la fortuna de arribar a destino ya era deplorable. Así rememoraba un veterano español de la División Azul en 1943 el aspecto de los prisioneros en un campo cualquiera, en la actual Bielorrusia, en septiembre de 1941:

Del campo de concentración [...] iban y venían grupos de prisioneros portando leña para las cocinas, bajo la custodia de un soldado, sin más armas que un garrote. Otros, sentados en el suelo, se despiojaban, indiferentes a todo, exhibiendo sus miserias al sol. Casi todos parecían muertos andando. Unos muertos monstruosos y sucios que se arrojaban al suelo como fieras, para reñir a dentelladas y puñetazos por una cáscara de fruta o un hueso mondo. Había muy pocos tipos que no hubiesen perdido

la humanidad en los rasgos y en los ojos, famélicos aunque estuviesen gordos y de buen color^[197].

No por ese motivo despertaban los soldados soviéticos devenidos prisioneros sentimientos de compasión, de respeto por el oponente caído o siquiera de humanidad. Un soldado alemán escribía por las mismas fechas a sus padres que «a menudo nos cruzamos con prisioneros, aislados o en masas, embrutecidos, bestiales, andrajosos, y sin embargo siempre arteros»^[198]. La presencia de mujeres soldado entre los cautivos tampoco inspiraba ningún sentimiento especial; y el servilismo de los *Ivanos* al rendirse era considerado como una muestra de páfida astucia. El *Landser* Paul, con veinte años de edad, resumía esas impresiones a fines de mayo de 1942 en una carta a casa:

En los últimos días se concentraron muchos prisioneros, incontables, sucios hasta extremos increíbles. Entre ellos también hay muchas mujeres, en su mayoría sanitarias, que se hacen cargo de los heridos, pero también hay mujeres soldado [*Flintenweiber*] de todo tipo. Todo el que ha combatido a los rusos no siente compasión alguna hacia ellos, y yo tampoco. Si sus comisarios están presentes, entonces son rusos. Apenas caen prisioneros, empiezan a gimotear: «No ruso, yo ucraniano». ¡A veces pretenden hacernos creer que son alemanes! Vaya banda de gente artera^[199].

Pese a las malas condiciones del trato a los prisioneros, el general Eduard Wagner —que el 20 de julio de 1944 se contaría entre los conspiradores que intentaron asesinar a Hitler, es decir, entre los militares opuestos al nazismo—, a la sazón responsable de los suministros del Ejército de Tierra, decidió el 21 de octubre de 1941 una importante reducción de las raciones de los prisioneros, que disminuía su aporte calórico en un 25 por ciento con respecto a lo fijado con anterioridad. Los que no estaban en condiciones de rendir laboralmente sólo recibirían 1500 calorías por día, alrededor de dos tercios del mínimo indispensable para subsistir. Un mes después, el mismo Wagner justificaba su decisión de forma diáfana:

Los prisioneros de guerra no aptos para el trabajo [...] deben morir de hambre. Los aptos para el trabajo pueden ser alimentados de las provisiones del Ejército en casos excepcionales^[200].

Los prisioneros heridos sólo debían ser atendidos con material sanitario soviético y en hospitales separados. El médico español de la División Azul Manuel de

Cárdenas, que visitó el 15 de abril de 1942 el precario hospital de prisioneros soviéticos ubicado en la ciudad lituana de Vilna, pudo contemplar cómo «están muy escasos de material, se lavan con agua sin esterilizar y sólo se ponen guantes para operaciones delicadas»^[201]. Y si los cautivos ya estaban heridos de gravedad se generalizó la práctica, iniciada por los comandantes de algunos cuerpos de ejército, de entregarlos a las SS y la Policía para que procediesen a su ejecución. De este modo se ahorraban el coste de su alimentación.

La ejecución de tal política de exterminio paulatino y de sobreexplotación de los prisioneros correspondió, en primer lugar, al ejército regular. En virtud del acuerdo suscrito entre el Alto Mando de la Wehrmacht y Reinhard Heydrich, los *Einsatzgruppen* también fueron autorizados a separar entre los prisioneros a aquellos que debían ser ejecutados de inmediato, o enviados desde enero de 1942 a campos de concentración y exterminio para proceder a su liquidación. Las categorías seleccionables abarcaban a todos los judíos, a los comisarios políticos del Ejército Rojo que habían sobrevivido, y en general a los cuadros y a funcionarios del Partido Comunista, así como a los oficiales del Ejército Rojo. De su separación previa del resto de prisioneros se ocuparon en muchas ocasiones las propias unidades militares, que también podían encargar a los cautivos judíos operaciones especialmente peligrosas, como la limpieza de campos de minas. Pero, por lo general, eran los comandantes de los campos de prisioneros y los «comandos especiales» de las SS y SD quienes llevaban a cabo la criba en los *Stalags* de la retaguardia. Varias unidades militares y sus comandantes, sin embargo, mostraron reticencias hacia la eliminación de los prisioneros *seleccionados*, y en la reunión mantenida en el verano de 1941 por representantes del RSHA, del servicio de información y espionaje y del organismo encargado de los campos de prisioneros dentro del *Allgemeines Wehrmachtsamt*, bajo la presidencia del general Reinecke, se impuso la doctrina de que la lucha en el Este era un combate entre cosmovisiones radicalmente enfrentadas, y por tanto los «criterios ideológicos» debían primar en toda circunstancia, aunque ello implicase el riesgo de dificultar la predisposición de los soldados del Ejército Rojo a rendirse y de afectar a la moral de las propias tropas. El 21 de diciembre de 1941 se habían seleccionado en los campos por parte de los «equipos de detección» de Heydrich 22 000 prisioneros, de los que 16 000 habían sido ejecutados. Los equipos actuaron en todos los *Stalags* hasta julio de 1942, y desde esa fecha se limitaron a efectuar la *selección* en los

territorios del Este^[202].

Hubo también una conexión directa entre la «solución final» para el exterminio de los judíos europeos y la política seguida hacia los prisioneros de guerra soviéticos. El método asesino consistente en emplear cámaras cerradas con gas Zyklon B fue desarrollado en un principio por las SS para acelerar la ejecución masiva de los cientos de cautivos soviéticos —judíos y funcionarios comunistas— seleccionados para ser eliminados en el campo de Auschwitz, y fue ensayado por primera vez con 600 de esos prisioneros en septiembre de 1941. Y tanto el campo de exterminio de Lublin (Madjanek) como el de Birkenau (extensión del campo de Auschwitz, a tres kilómetros de éste) fueron destinados, al poco de ser construidos, para acoger a 125 000 prisioneros de guerra soviéticos que habían sido cedidos por el OKW a Heinrich Himmler en calidad de esclavos, con el fin de trabajar hasta el agotamiento en las fábricas dependientes de las SS y su «emporio» económico, que se estaba ampliando con la decisión de la empresa I. G. Farben de instalar una fábrica en Auschwitz. De los prisioneros prometidos, unos 10 000 fueron trasladados a pie. En febrero de 1942 habían fallecido en su casi totalidad^[203].

Una cierta mejoría de las condiciones en la alimentación y las atenciones dispensadas a los prisioneros de guerra soviéticos sólo empezó a abrirse paso desde octubre de 1941. La razón era que el fracaso de las predicciones de la Operación Barbarroja y el enorme coste en vidas humanas que a la Wehrmacht le suponía el frente oriental provocaron una inesperada y progresiva carencia de mano de obra sin cualificación en la propia Alemania, tanto para trabajos en la industria pesada y en la minería como para labores agrícolas. El fracaso de la guerra relámpago alejó cualquier posibilidad de desmovilizar soldados para mantener las cuotas de producción, por lo que la única solución, como veremos, fue recurrir a mano de obra esclava, y en primer lugar a los prisioneros soviéticos. Con ese fin, el propio Hitler resolvió mejorar las raciones de los cautivos. Con todo, hasta octubre de 1944, cuando la necesidad de trabajadores en la retaguardia era ya desesperada, su ración no se equiparó en cantidad —ni en calidad— a la recibida por la población civil alemana.

Por otro lado, un número indeterminado de cautivos fue reclutado a partir de 1942 para desempeñar labores auxiliares al servicio de las tropas alemanas, tanto en la retaguardia —en calidad de policía auxiliar o de «Servicio de Orden»— como en el frente^[204]. Eran los denominados *Hiwis*, cuyo número creció de

manera ostensible en algunas unidades militares, en especial cuando la escasez de recursos humanos obligaba al ejército alemán a pasar por alto muchos de los principios ideológicos. Su número total se ha evaluado alrededor de los 165 000 [205]. Entre los prisioneros de nacionalidades no rusas, y de modo especial entre los ucranianos desde fines de julio de 1941, se reclutaron también miembros de fuerzas auxiliares, de batallones de vigilancia de campos de prisioneros y hasta de destacamentos antipartisanos. A ellos se sumaron los varios centenares, aunque pocos oficiales, que se unieron al general Vlasov [206].

A pesar de todo lo anterior, y aunque las instrucciones del OKW y de los comandantes de diversos cuerpos de ejército insistieron desde la primavera de 1942 en que los prisioneros de guerra podían revestir una gran utilidad como fuerza de trabajo, los niveles de mortandad de los soldados soviéticos en cautiverio siguieron situándose muy por encima de la media de los prisioneros de otras nacionalidades, como consecuencia de la malnutrición permanente y la mayor facilidad con la que se propagaban entre ellos las enfermedades infecciosas, que hallaban fácil presa en cuerpos desnutridos. Desde mayo de 1943, la mortalidad entre los prisioneros del Ejército Rojo volvió a aumentar. Los cautivos soviéticos tenían siempre más posibilidades de sufrir malos tratos, de recibir alimentación deficiente y de ser ejecutados por cualquier nimiedad; prácticas como no hacer prisioneros, fusilando en el acto o poco después a los soldados soviéticos que se entregaban, fueron muy comunes tanto entre unidades de las Waffen SS como de la Wehrmacht hasta prácticamente el final de la guerra; y los prisioneros soviéticos que se evadían de los campos de prisioneros eran también entregados de inmediato, en caso de ser capturados, al SD para que procediese a su ejecución. Hasta marzo de 1944 esta medida no se generalizó a todos los prisioneros de otras nacionalidades que eran capturados de nuevo tras evadirse.

El interés pragmático en la fuerza de trabajo esclava que suponían los prisioneros soviéticos, y eslavos en general, coexistía sólo de modo problemático con los postulados nacionalsocialistas, que de modo explícito tendían al exterminio de buena parte de la raza eslava. Aceptar su presencia como trabajadores, o como miembros de fuerzas auxiliares bajo mando y hasta con uniforme alemán se conciliaba mal con la ortodoxia nazi. Hubo, como en otras facetas de la guerra de exterminio del Tercer Reich, casos individuales de soldados y oficiales de rango medio e inferior que se distinguieron por su trato

humano hacia los prisioneros y que incluso protestaron ante sus superiores por las condiciones en que aquéllos tenían que vivir entre alambradas. Pero esos casos de conducta humanitaria nunca fueron apoyados de forma explícita desde las instancias de mando de sus divisiones, cuerpos de ejército, ejércitos o el OKW. Entre los aliados de la Wehrmacht en la guerra en el Este —al menos entre italianos y españoles—, la tónica parece haber consistido en un mejor trato a los cautivos. Con todo, muy pocos prisioneros pasaron por sus manos, pues su custodia en campos de retaguardia fue responsabilidad exclusiva de la Wehrmacht.

Los prisioneros soviéticos que sobrevivieron a las penalidades del sistema concentracionario alemán no sufrieron un destino mucho mejor a manos de sus propios compatriotas en el momento de ser liberados o al acabar la guerra. La doctrina oficial transmitida por los órganos militares del régimen estalinista consistía en despreciar a quien caía prisionero. Y esa concepción era aplicada, en primer lugar, a sus propios conciudadanos cuando se *dejaban* apresar por el enemigo. De hecho, ni siquiera se les reconocía el estatus de prisionero de guerra, y sólo se disculpaba a quienes cayesen en manos alemanas por estar gravemente heridos. Los prisioneros soviéticos en poder de Alemania y sus aliados fueron abandonados a su suerte por el Gobierno de Moscú, que se negaba a dar a la Cruz Roja Internacional información que facilitase la llegada a sus soldados cautivos de correspondencia o comida. Como ya hemos visto, el Decreto n.º 270 del 16 de agosto de 1941, firmado por Stalin y leído a todas las unidades del Ejército Rojo —aunque no fue hecho público hasta años después—, establecía que quienes se rindiesen al enemigo serían aniquilados, y sus familias privadas de todas sus prestaciones sociales. Y los soldados hechos prisioneros eran considerados, sin excepción, traidores a la patria, empezando por los oficiales. Con anterioridad, el decreto del dictador soviético del 20 de julio de 1941 había establecido que todos los soldados ucranianos, bielorrusos y bálticos que regresasen a las líneas soviéticas después de escapar de las bolsas cercadas por tropas alemanas serían debidamente «examinados» por las «instancias correspondientes» —es decir, por el NKVD—, en prevención de que hubiesen sido captados por los nazis como espías o saboteadores^[207].

Si los cautivos soviéticos conseguían huir o eran liberados por sus compañeros de armas, el destino que les aguardaba al reincorporarse a la jurisdicción del régimen estalinista no era muy halagüeño. De él sólo pudieron

librarse los cerca de 200 000 prisioneros que permanecieron en Europa occidental, Estados Unidos u otros países tras la guerra, en especial bálticos y ucranianos, y que pudieron eludir la vuelta a la URSS. Pero no fue así para los 2 775 700 prisioneros soviéticos que fueron repatriados de territorio alemán, así como para los 1,8 millones de civiles que habían sido deportados al Reich como mano de obra forzada. Primero, fueron concentrados en campos de «verificación y filtración», donde fueron sometidos a minuciosos interrogatorios por parte del NKVD, la fiscalía militar y la organización de contraespionaje SMERSh (*smert' shpionam*, literalmente «muerte a los espías»). El decreto de Stalin del 11 de mayo de 1945 autorizó la construcción de una red de decenas de campos creada con ese fin en los territorios conquistados, que a veces hizo uso de las instalaciones antes utilizadas por los nazis. Más tarde, los exprisioneros soviéticos fueron transportados al territorio de la URSS. Alrededor de la mitad de ellos fue internado en campos de trabajo forzado o *Gulags*. De esa mitad, unos 660 000 soldados y suboficiales en edad de servir en el ejército fueron destinados a batallones de trabajo del Ministerio de Defensa para ser utilizados en labores de alto riesgo. Sólo quienes habían superado la edad de prestar servicio militar obligatorio pudieron volver a sus casas.

Los 126 000 oficiales y generales que habían sobrevivido al cautiverio alemán corrieron peor suerte. Un porcentaje apreciable de ellos, aunque difícil de determinar con exactitud, fueron fusilados tras sufrir meses de internamiento e interrogatorio, mientras que otros acabaron en los *Gulags* o en los llamados «asentamientos especiales» construidos en Siberia y en las zonas árticas, que albergaron prisioneros que desempeñarían trabajos en la industria o en la construcción de infraestructuras. Los generales Ponedelin y Kirilov, que habían caído prisioneros al empezar la guerra, habían sido ya sentenciados a muerte en ausencia. Tras volver en 1945 a la URSS fueron encarcelados y finalmente fusilados en 1950. Un millón, en total, de exprisioneros soviéticos fueron obligados a volver al ejército y pasar un período de «readaptación» a la ortodoxia sirviendo en sus filas. Y aquellos que volvieron a casa sufrieron discriminaciones varias, como no poder vivir en Moscú, Leningrado y Kiev; o fueron obligados a informar con regularidad al NKVD de sus actividades^[208].

¿Qué ocurrió con los prisioneros de la Wehrmacht y de sus ejércitos aliados en manos soviéticas? La apertura de los archivos rusos tras 1989 ha permitido la realización de algunas investigaciones detalladas, con base en la documentación

del NKVD. De entrada, cabe decir que durante las primeras semanas y meses de la guerra también se asistió por parte soviética a un maltrato generalizado de los prisioneros. Hubo numerosos casos de prisioneros alemanes, húngaros, rumanos o de otras nacionalidades masacrados por soldados del Ejército Rojo de manera inmediata tras su captura. Se trataba en parte de una espiral de brutalización recíproca: una vez que comenzó a conocerse entre los combatientes soviéticos el destino que les esperaba si caían prisioneros, su respuesta era pagar con la misma moneda cuando apresaban a soldados enemigos. A la inversa, el descubrimiento de fosas de soldados alemanes abatidos tras su captura por los soviéticos, a menudo después de salvajes torturas, desencadenaba y acentuaba los instintos de venganza entre los soldados del *Ostheer*. Por otro lado, el asesinato en masa de soldados y oficiales polacos durante la conquista de Polonia oriental en 1939 a manos del NKVD también mostraba la escasez de escrúpulos del Ejército Rojo en lo relativo a las normas de la Convención de Ginebra^[209].

Un argumento clásico y utilizado con fruición por publicistas e historiadores revisionistas, asociaciones y círculos de excombatientes de la Wehrmacht (y de sus ejércitos aliados), así como por una parte considerable de la opinión pública conservadora alemana, ha consistido en equiparar sistemáticamente los sufrimientos de los prisioneros soviéticos en manos alemanas con el destino de los prisioneros alemanes en manos soviéticas, cuyo número aumentó de forma considerable a partir de 1943. De hecho, la excusa utilizada por el Tercer Reich para no sentirse vinculado por la Convención de Ginebra de 1929, según expresó a la Cruz Roja el 21 de agosto de 1941, habría sido la constatación de las atrocidades soviéticas cometidas contra prisioneros alemanes durante los dos primeros meses de guerra.

Sin embargo, y como se puede observar en el cuadro 3.1., elaborado a partir de las propias estadísticas internas del NKVD, las tasas de mortandad de los prisioneros del ejército alemán y sus aliados tras años de cautiverio soviético fueron considerablemente superiores a las de los prisioneros alemanes en manos norteamericanas o británicas, y a las de los prisioneros aliados no eslavos en campos alemanes. Empero, se sitúan más de un 60 por ciento por debajo de las tasas de mortandad de los prisioneros soviéticos del Tercer Reich. De 2 388 443 prisioneros alemanes y austríacos, un 14,4 por ciento murió en cautividad. La media de todas las nacionalidades incluidas en la Wehrmacht era del 13,9 por

ciento, algo inferior que la de los ejércitos aliados (húngaros, rumanos, italianos y finlandeses), con un 14,8 por ciento. Por encima de ese porcentaje se situaban las tasas de mortandad de los prisioneros rumanos (29,1 por ciento) y, muy particularmente, de los italianos (56,5 por ciento).

CUADRO 3.1. Prisioneros de guerra de la Wehrmacht y sus aliados en la URSS, 1941-1956

<i>Nacionalidad</i>	<i>Número de prisioneros</i>	<i>Repatriados</i>	<i>Muertos en cautiverio</i>	<i>Porcentaje de muertos sobre prisioneros</i>
Alemanes (y austríacos)	2 545 454	2 177 533	367 578	14,4%
Húngaros	513 766	459 011	54 753	20,6%
Rumanos	187 367	132 755	54 602	29,1%
Checoslovacos*	69 977	65 954	4023	5,7%
Polacos	60 277	57 149	3127	5,1%
Italianos	48 957	21 274	27 683	56,5%
Franceses**	23 136	21 811	1325	5,7%
Yugoslavos	21 830	20 354	1468	6,7%
Holandeses	4730	4530	199	4,2%
Finlandeses	2377	1974	403	16,9%
Belgas	2014	1833	177	8,8%
Luxemburgueses	1653	1560	92	5,6%
Daneses	456	421	35	7,6%
Espanoles	452	382	70	15,4%
Noruegos	101	83	18	17,8%
Otros	3989	1062	2927	73,3%
Total prisioneros	3 486 206	2 967 686	518 520	14,8%

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del NKVD en 1956, reproducidos en Giusti (2003: 97).

* En realidad, eran en su inmensa mayoría eslovacos, así como alemanes étnicos.

** Comprende tanto los prisioneros de las fuerzas voluntarias francesas (LVF, División Carlomagno, etc.) como, sobre todo, los soldados alsacianos y loreneses reclutados a la fuerza por la Wehrmacht y considerados alemanes.

También los prisioneros alemanes, al igual que los italianos o los rumanos, fueron sometidos a largas marchas a pie en las que los débiles y enfermos caían agotados y eran rematados por los guardias; recibieron alimentación insuficiente, al menos en los primeros meses; y enfermaron de tifus, disentería, tuberculosis y otras enfermedades, o de congelaciones gangrenadas. Fueron igualmente utilizados como mano de obra forzada en fábricas y obras públicas, así como en el trabajo en el campo, desde al menos 1942. Además, los supervivientes sólo pudieron regresar a sus casas, repatriados por la Cruz Roja Internacional, de manera escalonada y a partir de 1946-1947, registrándose todavía expediciones de vuelta de prisioneros alemanes, italianos y un reducido grupo de españoles en 1954-1955.

Se registra, pues, una más que evidente falta de equivalencia entre los porcentajes de cautivos soviéticos muertos bajo custodia germana y los militares de la Wehrmacht y sus aliados que sufrieron idéntico destino a manos del NKVD, puesto que el primer porcentaje más que triplica al segundo. Con todo, hay que tener en cuenta que, además de tratarse de datos oficiales —aunque de uso interno—, los oficiales y los soldados alemanes fueron víctimas en un primer momento de ejecuciones sumarias y malos tratos en una medida muy superior a sus aliados, por lo que el porcentaje de prisioneros que no llegó a los campos de internamiento fue mayor, aunque sea imposible de precisar de modo general. Algunos cálculos elevan el número de soldados alemanes (y austríacos) de la Wehrmacht que fueron hechos prisioneros a 3,2 millones, de los que habrían muerto 1,1 millones, lo que eleva la tasa de mortandad al 34 por ciento, y situaría el porcentaje de los que fallecieron antes de arribar a los campos de prisioneros en un 21 por ciento de los capturados en el frente. Se ha señalado igualmente, aunque sin datos estadísticos concretos, que alrededor del 90 por ciento de los prisioneros alemanes capturados por los soviéticos en los años 1941 y 1942 no consiguió sobrevivir. Otros autores rebajan ese porcentaje de mortandad al 50 por ciento. El bajo número de cautivos alemanes en esos años, sin embargo, hace que su alta mortandad —al igual que la de los prisioneros del cerco de Stalingrado en febrero de 1943— no incida de modo excesivo sobre la media general. Durante los dos primeros años de guerra, la alimentación de los prisioneros de guerra en manos soviéticas era inferior a la de los prisioneros políticos de los *Gulags*, y la causa más frecuente de muerte en cautiverio fue la distrofia^[210].

Pero existieron, asimismo, algunas diferencias cruciales en el tratamiento otorgado por los soviéticos a sus prisioneros. En primer lugar, no existía ninguna orden específica que autorizase a los partisanos o a los soldados del Ejército Rojo a efectuar ejecuciones sumarias, ni en general ni contra grupos específicos de oficiales o soldados del Eje. Al contrario, a través del ministro de Exteriores Molotov, la URSS se dirigió a la Cruz Roja Internacional el 27 de junio de 1941 para manifestar su voluntad de respetar las normas de la Convención de Ginebra, siempre y cuando la otra parte beligerante hiciese lo propio. Empero, sólo Italia y Eslovaquia se mostraron dispuestas a aceptarlo; no así Alemania, lo que dio pie a la Unión Soviética a no suscribir ningún compromiso. Pero ya el decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, con fecha de primero de julio de 1941, prohibía de forma expresa humillar a los prisioneros, robarles e interrogarles con métodos violentos.

Es cierto que tales prácticas, en particular la sustracción violenta de objetos de valor y ropa de abrigo a los prisioneros, eran algo casi general entre los soldados soviéticos, como corroboran todos los testimonios de prisioneros y civiles alemanes hasta la batalla de Berlín. El saqueo de las pertenencias de los vencidos no estaba mal visto por los mandos del Ejército Rojo. También era verdad que el celo de los oficiales soviéticos en hacer cumplir tales normas era escaso, y que para los soldados de la Wehrmacht y sus aliados caer prisioneros conllevaba un alto riesgo de ser ejecutados en el acto. Para la propaganda soviética, los prisioneros de guerra eran enemigos de la URSS y del proletariado mundial, y por lo tanto traidores en su mayoría a su propia clase^[211].

Esto acaeció de modo particular en el momento en que el Ejército Rojo capturó un número anormalmente elevado de prisioneros por primera vez. Es decir, en las batallas del frente del Don y tras la rendición de Stalingrado, entre diciembre de 1942 y febrero de 1943. Durante las primeras semanas, y pese a los decretos del NKVD y del Ministerio de Defensa soviéticos, reinó un caos absoluto a la hora de decidir qué hacer con los prisioneros del ejército invasor. Centenares de ellos fueron pasados por las armas, en particular los oficiales. En las semanas siguientes a la rendición de Stalingrado, los oficiales del Ejército Rojo que estaban a cargo de los cautivos, mal coordinados con los del NKVD, se mostraron indiferentes hacia la suerte de los prisioneros, proporcionándoles alimentación escasa e irregular, y permitiendo todo tipo de excesos y asesinatos por parte de sus soldados, además de no hacer nada por garantizar asistencia

médica a los heridos. De hecho, los cientos de heridos alemanes y rumanos incapaces de desplazarse por sí mismos que se hacinaban en los grandes almacenes *Unimag* de Stalingrado en el momento de la capitulación fueron pasados por las armas *in situ* por los soldados soviéticos^[212].

Según las instrucciones del NKVD, los prisioneros de guerra debían ser transportados de modo inmediato a la retaguardia, y de allí transportados en tren hasta los campos de internamiento. Los cautivos eran apilados en los vagones en condiciones penosas, en viajes que duraban semanas, hasta llegar a campos situados en Asia Central, Siberia o los Urales. Empero, todas las normas que regulaban las condiciones de transporte fueron sistemáticamente incumplidas. El número de los prisioneros que pereció durante las marchas es difícil de precisar, pues por norma general sus decesos no fueron registrados por sus guardianes^[213].

Las tasas de mortandad se mantuvieron en niveles muy elevados durante el primer año y medio de cautiverio. Pero, a partir de la segunda mitad de 1943, la tendencia comenzó a apuntar hacia un claro descenso y estabilización del número de muertes. El NKVD dictó varias instrucciones para garantizar las condiciones de vida dentro de los *Gulags* de prisioneros; y, por otro lado, quienes más habían caído víctima de las enfermedades infecciosas en la primera mitad de 1943 eran aquellos que ya estaban debilitados por las marchas, el hambre o las heridas recibidas. El Estado soviético se percató de la utilidad de los prisioneros como mano de obra esclava, algo que Laurenti Beria ya había intuido en septiembre de 1939, cuando se destinó a 23 000 prisioneros polacos a trabajos forzados; y por consiguiente los utilizó a conciencia en labores como cortar leña, la extracción de mineral de las minas, la recolección del grano y del algodón, la limpieza de nieve en vías públicas o la construcción y reparación de edificios. Incluso, desde 1944, el NKVD introdujo un pequeño incentivo dinerario para aquellos prisioneros que cumplían con las cuotas de rendimiento exigidas.

No obstante, el hambre nunca desapareció del todo entre los prisioneros. Años de malas cosechas, como ocurrió en 1946, aparejaban una disminución en la dieta calórica de los cautivos. Pero, en el contexto de escasez de suministros que también azotó al conjunto de la población civil soviética, era también cierto que desde 1944 las raciones asignadas a los prisioneros no desmerecían en mucho a las que recibían buena parte de los ciudadanos de la URSS. Aunque en

algunos campos, como en Tambor, se registraron casos de canibalismo, e incluso se constató la existencia de un tráfico de carne humana organizado por prisioneros en su mayoría rumanos, ese fenómeno remitió con claridad desde el último año y medio de guerra. Un testimonio coincidente en los relatos de exprisioneros alemanes, italianos o españoles consiste en la para los cautivos sorprendente constatación, cuando pudieron salir a trabajar fuera de los *Gulags* y tuvieron contacto con la población civil, de que los campesinos u obreros rusos, siberianos o kazajos no estaban necesariamente ni mejor vestidos ni alimentados que los *fascistas* presos^[214].

Las medidas disciplinarias internas dentro de los campos tendieron a relajarse, aunque los métodos de control pasaban por ganarse a prisioneros para «comités antifascistas» que pudiesen vigilar y denunciar a sus compañeros. Se fundaron así grupos de oficiales y de soldados afines a la URSS, como el Comité Nacional Alemania Libre (*Nationalkomitee Freies Deutschland*, constituido en mayo de 1942) y la Unión de Oficiales Alemanes (*Bund Deutscher Offiziere*, fundado en septiembre de 1943), en contacto con los comunistas exiliados de diversos países del Eje y residentes durante la guerra en Moscú. Sin embargo, la postura de los comunistas exiliados hacia sus connacionales que estaban internados en los campos de prisioneros fue un tanto ambivalente. Por un lado, algunos líderes comunistas alemanes o italianos expresaron cierta preocupación ante el Komintern por la suerte de sus compatriotas presos; temían el efecto cohesionador o reforzados del apoyo a los regímenes fascistas que el luto por padres, hermanos y esposos desaparecidos pudiese operar entre la población civil de las potencias el Eje, y veían en los cautivos una posible fuente de neófitos para la causa antifascista si eran abordados por una adecuada propaganda. Actividades para las que algunos comunistas alemanes, como el después presidente de la República Democrática Alemana Walter Ulbricht, fueron reclutados con frecuencia, aunque con resultados sólo relativos. Por otro lado, muchos comunistas exiliados no dejaban de contemplar esa suerte como un resultado inevitable de la guerra imperialista desencadenada por los fascismos. Y hasta hubo algunos, como el italiano Palmiro Togliatti, que estimaban a comienzos de 1943 que sólo si el destino de los connacionales cautivos en los campos de prisioneros alcanzaba proporciones de tragedia, el duelo que sufrirían sus familiares por la pérdida les llevaría a exigir responsabilidades a su Gobierno. El luto, creía Togliatti, avivaría el descontento popular contra el

régimen y redimiría al pueblo italiano de su culpa colectiva por transigir con el fascismo^[215].

Ninguna de las dos posturas se llegó a imponer, pero poca influencia real podían ejercer unas decenas de comunistas exiliados en Moscú sobre la política oficial hacia los prisioneros. Quienes mandaban en los cautivos eran los soviéticos, y en concreto el NKVD. Este último sí intentó poner en práctica un programa de adoctrinamiento y *reeducación* entre los prisioneros. Con ese fin se constituyeron las llamadas escuelas antifascistas, que empezaron también a funcionar dentro de los *Gulags*, si bien sus resultados fueron diversos, pues el hecho de que muchos prisioneros acabasen por prestarse a colaborar con los soviéticos no quería decir que su conversión ideológica hubiese sido sincera. Los casos de colaboración oportunista con el NKVD, como incluso reconocían algunos de sus informes, fueron mucho mayores que las conquistas de voluntades políticas por parte de la política carcelaria soviética. Esta última tenía un objetivo fundamental: utilizar a los prisioneros de guerra como mano de obra barata para las labores de reconstrucción del país.

Después de 1950 todavía quedaban cerca de 400 000 prisioneros del Eje en los campos soviéticos. Salvo los pocos cientos de cautivos juzgados como criminales de guerra que no fueron amnistiados en última instancia, o enviados de nuevo a sus países de origen, la gran mayoría había vuelto en 1955^[216].

Una guerra de retaguardia: el movimiento partisano

La Wehrmacht y sus aliados no sólo se vieron obligados a mantener una brutal y cruenta guerra de posiciones en el frente. También tuvieron que enfrentarse a una continua guerra de guerrillas detrás de sus líneas. La ocupación del terreno soviético conquistado por parte del ejército alemán y sus aliados mantenía una intensidad diferencial. Fuera de la relativamente delgada zona del frente, de apenas veinte kilómetros de anchura (la *Gefechtszone* o zona de combates), tanto la inmediata retaguardia de cada ejército (las *rückwärtige Armeegebiete*), que se extendía unos cincuenta kilómetros hacia el interior, como las más extensas *rückwärtige Heeresgebiete* comprendían cientos y a veces miles de kilómetros de anchura hasta llegar a los límites de los dos Comisariados del Reich de Ucrania y *Ostland* (actual Lituania y buena parte de Bielorrusia occidental). Esos territorios inmensos eran gobernados por comandancias específicas que tenían a su cargo un número limitado de tropas. En octubre de 1943, de los 2,6 millones de soldados con que contaba el *Ostheer*, dos millones se concentraban en el área del frente, medio millón en la retaguardia inmediata, y sólo cien mil guarecían la retaguardia lejana^[217].

Los soldados de retaguardia pertenecían en su gran mayoría a las llamadas Divisiones de Protección (*Sicherungsdivisionen*), en número de tres por cada grupo de ejércitos, compuestas por reservistas movilizados y tropas de «defensa territorial» (*Landschützen*) formados *ex novo*, así como por reservistas de más de treinta años que en caso de necesidad podían ser considerados aptos para combatir en primera línea de fuego. Sus jefes y la mayor parte de sus mandos acostumbraban a ser oficiales de la reserva. A ellos se unían las unidades de la Policía Militar alemana o *Feldgendarmarie*, la «Policía Secreta de Campo» (*Geheime Feldpolizei*), reclutada entre miembros de la policía política (*Gestapo*), la policía criminal y el SD; los batallones de «Policía de Orden» (*Ordnungspolizei*), integrados por jóvenes fanáticos nazis que ya habían participado en la persecución y deportación de los judíos en Polonia y la URSS; y un número creciente de destacamentos auxiliares integrados a menudo por

Hiwis rusos o voluntarios ucranianos, bálticos y de otras nacionalidades no rusas, cuya importancia numérica dentro del contingente total destinado a garantizar la «limpieza» de la retaguardia alemana aumentó de modo progresivo a partir del otoño de 1941. De hecho, en el sector septentrional del frente oriental, los ocupantes alemanes no siempre han sido los más odiados en la memoria de los campesinos rusos, sobre todo en comparación con la brutalidad desplegada en la zona por las tropas auxiliares estonias o letonas^[218].

Las tropas de protección tenían entre sus cometidos cuidar de la seguridad de depósitos de víveres y armas, proteger las rutas de comunicación de la retaguardia y los puntos de abastecimiento, vigilar el tráfico y custodiar a los prisioneros, según las instrucciones formuladas en marzo de 1941. Cuando la actividad partisana era considerada amenazante, los cuerpos de ejército alemanes procedían a conformar los llamados «Comandos de caza» antipartisanos (*Jagd-kommandos*), con el fin de llevar a cabo acciones determinadas, *limpiar* áreas concretas de presencia guerrillera o ejecutar acciones de represalia. Desde 1942 las tareas de la represión antipartisana también fueron asignadas a divisiones de tierra de la *Luftwaffe*, así como a tropas húngaras, eslovacas y rumanas; sobre todo, en Bielorrusia y Ucrania. En ocasiones, se desplegaron tropas de élite de las SS o unidades trasladadas desde el frente allí donde los partisanos suponían un serio peligro.

Los partisanos se convirtieron pronto en un objeto de veneración para la propaganda soviética durante y después de la guerra, tanto por su carácter romántico como por ser considerados una muestra de la «comunicación genuina entre el Partido y el pueblo»^[219]. También por su destino muchas veces trágico, ya que para ellos no había piedad. En caso de ser capturados por los ocupantes —que consideraban al guerrillero de la retaguardia un mero saboteador—, por norma general, los partisanos eran ejecutados de inmediato tras ser interrogados. Por esa razón su recuerdo se convirtió también en un tema incómodo más para los veteranos de guerra alemanes, que cubrieron el tema de la lucha antipartisana con un manto de silencio en sus autobiografías y entrevistas^[220].

Los partisanos eran abundantes, pero su moral de combate era irregular. Muchos de los miembros de las guerrillas soviéticas se habían convertido en partisanos como resultado de un reclutamiento forzoso por parte de grupos que entraban en aldeas y alistaban a la fuerza a los hombres medianamente útiles. Y otros eran combatientes del Ejército Rojo, con alta proporción de comisarios

políticos y jóvenes del *Komsomol*, que habían sido arrojados en paracaídas sobre la retaguardia alemana desde julio de 1941 y convertidos por sus mandos a la fuerza en combatientes irregulares destinados a ser fusilados o ahorcados por las tropas alemanas en caso de caer prisioneros. Buena parte de ellos sólo llevaban ropa civil y tenían instrucciones precisas para ejecutar sencillas acciones de sabotaje, que podían consistir en prender fuego a casas y establos de pueblos de la retaguardia ocupada para evitar que sirviesen de cobijo a los ocupantes^[221]. Los voluntarios eran adiestrados por el NKVD en las cercanías de Moscú, advertidos sobre el hecho de que al actuar como partisanos tras las líneas alemanas perdían cualquier consideración legal como combatientes a ojos de los ocupantes, y lanzados en paracaídas desde biplanos para ejecutar las acciones encomendadas. Si eran capturados, como le ocurrió a fines de noviembre de 1941 a la después mitificada como primera heroína de guerra de la Unión Soviética Zoya Kosmodemianskaya, podía ocurrir que los propios campesinos que habían sufrido en sus casas y establos las consecuencias del sabotaje aplaudiesen sus ejecuciones^[222].

El recurso a la guerrilla partisana tenía hondas raíces en Rusia, y sin ir más lejos había sido un arma utilizada por los bolcheviques durante la guerra civil de 1917-1920. Durante la década de 1930, empero, los cuadros de la lucha partisana fueron eliminados o desmovilizados, pues Stalin sentía desconfianza ante unos combatientes no sujetos a las reglas centralizadas del Ejército Rojo. La lógica de terror instaurada por el estalinismo llevaba además a hacer aparecer como sospechoso de traición a todo aquel que dudase de la capacidad del ejército revolucionario para garantizar la seguridad de la URSS; y los propios partisanos habían sido durante la guerra civil un ejemplo discutible de ortodoxia ideológica, pues entre ellos se contaron numerosos anarquistas o social revolucionarios ajenos a la disciplina bolchevique. En junio de 1941 no había planes organizados para coordinar las actividades de hostigamiento en la retaguardia de las líneas enemigas. Sin embargo, ya en su mensaje del 3 de julio de 1941, el dictador soviético llamaba a los pueblos de la URSS a aniquilar al enemigo donde quiera que éste se hallase, formando grupos de resistencia al invasor en la retaguardia y obstaculizando todos sus movimientos.

Los primeros grupos de partisanos se nutrieron sobre todo de soldados soviéticos que habían quedado atrapados en la retaguardia del territorio ocupado con celeridad por el avance alemán, en particular de miembros del PCUS,

integrantes de escuadrones del NKVD —que a menudo habían tenido como función original garantizar la «limpieza» de la retaguardia del Ejército Rojo— y judíos que temían el destino que una rendición les pudiese deparar. Con escaso armamento y preocupados ante todo por sobrevivir, pero al mismo tiempo temerosos de entregarse a los alemanes y afrontar un duro cautiverio o liquidación inmediata, esos fugitivos constituyeron grupos descoordinados que procuraban tender emboscadas a patrullas alemanas y requisaban a menudo la comida que podían encontrar en casas campesinas^[223].

En diciembre de 1941 había no menos de 30 000 partisanos organizados en centenares de pequeños grupos a lo largo del territorio ocupado. A finales de ese año, el Ejército Rojo logró infiltrar tras las líneas alemanas alrededor de 30 000 militantes comunistas, con el objetivo de reforzar los grupos guerrilleros ya existentes. Sin embargo, su convivencia con los partisanos que iban a apoyar no siempre fue fácil, y en la práctica su principal cometido también acabó siendo sobrevivir, aunque fuese a costa de la población local. Lo que en zonas como Ucrania, donde la población había acogido a los alemanes en un principio poco menos que como liberadores, no era especialmente bienvenido.

A pesar de conseguir mantener bajo control áreas compactas del territorio ocupado, y de su capacidad para amenazar sistemas de comunicaciones u hostigar convoyes de aprovisionamiento, las acciones armadas de los partisanos rara vez constituyeron un inconveniente estratégico crucial para la Wehrmacht y sus aliados. Los partisanos tampoco constituyeron un peligro vital desde el punto de vista logístico hasta mediados de 1943. Eran eso sí un obstáculo permanente, en ocasiones engorroso, pero rara vez insuperable. Durante los dos primeros meses de la Operación Barbarroja, muchos mandos de división y cuerpo de ejército estimaron ventajoso forjar una cierta relación de complicidad con los campesinos de vastas áreas conquistadas de la URSS; sobre todo, en Ucrania. Las represalias, siguiendo las instrucciones generales del OKW, debían siempre tener como objetivo a judíos y militantes comunistas. El fin era amedrentar de forma selectiva a la población.

A medida que la actividad partisana aumentó en intensidad, la reacción alemana se tornó en brutal y en casi indiscriminada. Además de negar a los partisanos el estatus de combatientes, y de ejecutarlos en el acto después de ser capturados e interrogados, los ocupantes no estaban dispuestos a permitir que la población civil de zonas ocupadas prestase apoyo a los grupos de «bandidos». El

Decreto Barbarroja del 13 de mayo de 1941 autorizaba a los comandantes de batallón a ordenar represalias colectivas sobre cualquier pueblo desde el que se disparase sobre las tropas germanas, denegaba a los civiles el derecho a ser protegidos por tribunales militares, y establecía que cualquier actividad por parte de los civiles que entorpeciese el desarrollo de las operaciones militares debía ser castigada con la mayor severidad. El 13 de julio, Hitler declaraba que la guerra antipartisana brindaría al ejército alemán la posibilidad de «exterminar todo cuanto se nos oponga», mediante una brutal política de represalias sin perdón. La instrucción n.º 33 del OKW del 23 de julio de 1941 establecía que toda oposición a las actividades del ejército alemán en el territorio ocupado de la URSS debía ser eliminada mediante el terror, para alejar cualquier tentación de resistencia. El mariscal de campo Von Brauchitsch incidía en los mismos términos días después: la aparición de grupos saboteadores en la retaguardia debía ser abortada con ejecuciones sumarias y destrucciones de pueblos enteros^[224].

El 16 de septiembre de 1941, Hitler inspiró la llamada «orden de los rehenes», según la cual toda acción «terrorista» de retaguardia contra soldados germanos sería vengada mediante la ejecución de entre cincuenta y cien civiles soviéticos por cada alemán muerto. Era una táctica que algunos mandos de la Wehrmacht ya habían aplicado en el territorio polaco ocupado, aunque en una proporción inferior. Los rehenes habían de ser escogidos entre los individuos pertenecientes al Partido Comunista, o bien entre los judíos de cada lugar, medida que además se esperaba que despertase sólo relativa animadversión entre el resto de la población, cuyas simpatías por sus vecinos judíos o por los militantes comunistas no siempre eran notorias. Empero, a lo largo de 1942, la selección de los rehenes se tornó cada vez más aleatoria e indiscriminada. Fue sintomático que el control de la lucha antipartisana se otorgase al responsable de los grupos de despliegue encargados de la deportación y asesinato de judíos y comisarios políticos, Erich von dem Bach-Zalewski.

A fines de 1941, la Wehrmacht y las escuadras de despliegue o *Einsatzgruppen* habían colgado o fusilado ya a varios miles de partisanos, y ejecutado numerosas acciones de represalia en venganza por la muerte en emboscadas de soldados alemanes^[225]. En varias zonas de retaguardia, la presencia de partisanos ahorcados cuyos cadáveres se pudrían durante días era casi habitual. Así describía ese paisaje años después el veterano de la División

Azul, José M.^a Sánchez Diana:

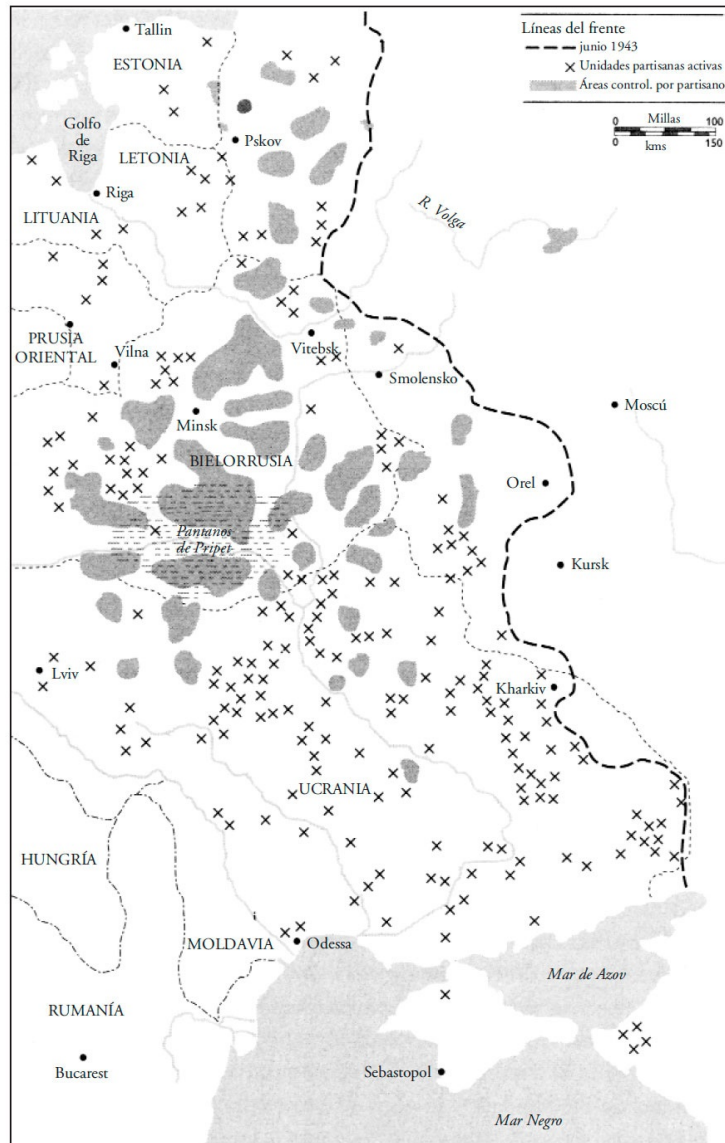
La lucha aquí es un combate de lobos [...] La zona de bosques nos dicen que llega hasta Luga y Pleskau [Pskov] y son guarida de los partisanos. Los bosques están infestados de rusos. Las bandas luchan sostenidas por la población civil. Las noticias hablan de traiciones, de sorpresas, y entonces de represalias. Es corriente ver a alguien de los pueblos a orillas del Wolchow, colgado de una viga o de un poste de teléfonos. Un letrado a sus pies y con la lengua violácea y el rostro torcido hacia el lado de la cuerda. Otras veces, son alemanes o trozos de cuerpo humano los que cuelgan de palos y árboles^[226].

Los informes sobre «lucha antipartisan» arribados al 16.º Ejército alemán entre fines de 1941 y principios de 1942 mostraban con nitidez el carácter cruento y desigual de las campañas de *limpieza* emprendidas contra los partisanos. En un área como el frente de Leningrado y del Volchov, en donde la abundancia de guerrilleros no era muy notoria, un batallón de protección y tropas auxiliares lituanas había ejecutado en una semana, en febrero de 1942, a un total de 224 partisanos o colaboradores de los mismos, incluyendo entre ellos a cien mujeres, por cinco bajas mortales propias y tres confidentes heridos. Dos meses antes, a mediados de diciembre de 1941, habían sido ejecutados 168 partisanos en una semana, y dieciocho todavía estaban «en fase de interrogatorio». Una semana antes, una operación antipartisan había arrojado el balance de 322 partisanos y sospechosos de colaboración pasados por las armas, 23 aldeas quemadas, 105 soldados del Ejército Rojo y 35 civiles capturados^[227]. En un mes, las divisiones de protección podían anotar cantidades de hasta mil partisanos, *Rotarmisten* [soldados del Ejército Rojo] sospechosos de serlo y presuntos colaboradores o informantes de los guerrilleros que eran pasados por las armas, sin sufrir apenas bajas propias, lo que decía mucho acerca del tipo de combate en el que aquellos «guerrilleros» habían sido muertos. Alrededor de un 6 por ciento de los detenidos e interrogados por la *Geheime Feldpolizei* en 1941, fuesen civiles acusados de colaboración con los partisanos o fuesen combatientes regulares que vagaban por la retaguardia, fueron fusilados; porcentaje que descendió al 3 por ciento en 1942, según sus propias cifras^[228].

Aunque en este aspecto existen notables discrepancias entre los diversos autores que se han acercado a la cuantificación de la represión antipartisan, se puede afirmar que, en general, la relación entre las bajas causadas *por* los partisanos y las muertes infligidas *a* los partisanos y sus colaboradores por el

ejército alemán se mantuvo en una proporción de veinte a uno, cuando no en guarismos todavía más favorables a las tropas ocupantes. La mayoría de los prisioneros, fuesen «saboteadores» o partisanos o sospechosos, serían fusilados^[229]. Con todo, en algunas regiones de especial actividad guerrillera, las bajas causadas por los guerrilleros podían ser mucho más gravosas para el *Ostheer*, sobre todo cuando se producían enfrentamientos directos entre grupos partisanos nutridos y bien armados y tropas de retaguardia.

Por otro lado, en el haber de las bajas alemanas no siempre se contabilizaban las muertes infligidas a colaboradores, informantes y auxiliares soviéticos en uniforme germano, o a miembros del Servicio de Orden reclutados entre la población nativa. Recientemente se ha propuesto una cierta revisión a la baja de las cifras. En la zona de retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro, entre junio y mayo de 1942 se registrarían entre 17 000 y 23 000 partisanos muertos, por 3248 bajas alemanas, una relación que oscilaba entre 1:5 y 1:7 a favor de los invasores; entre junio de 1942 y junio de 1944, el número de partisanos muertos habría alcanzado los 77 191, por 25 130 soldados alemanes, húngaros y franceses (1:3 desfavorable a los soviéticos); pero a estos últimos habría que sumar 10 543 muertos pertenecientes a las tropas auxiliares rusas del *Ostheer*. En la retaguardia del sector norte, entre finales de 1941 y 1942 habrían caído un total de 6606 partisanos, frente a 1905 bajas propias sumando alemanes y auxiliares rusos^[230].



Mapa 3. Áreas bajo control de los partisanos en la zona ocupada por el Tercer Reich, verano de 1943.

La brutalidad de la reacción alemana, que a lo largo de 1942 y 1943 no hizo sino acentuarse en intensidad y en carácter indiscriminado, tuvo consecuencias paradójicas. Por un lado, fue efectiva a corto y medio plazo, pues mantuvo dos tercios del territorio ocupado por la Wehrmacht y sus aliados libre de actividad partisana de relevancia. Por otro lado, las represalias generaron simpatía y apoyo por los partisanos entre amplios sectores de la población civil que hasta entonces habían permanecido más bien indiferentes, y hasta hostiles o pasivos, hacia los guerrilleros. En la espiral de violencia que desencadenaron las unidades de

retaguardia del ejército alemán se condensaron las viejas doctrinas de lucha antiguerrilla que la Wehrmacht había asumido de su antecesor prusiano, reforzadas por la experiencia colonial en Namibia y durante la Primera Guerra Mundial. Pero también salían a la luz los prejuicios raciales y la radicalización de la imagen del enemigo que impregnaba a los soldados alemanes. Los ocasionales hallazgos de soldados del Eje muertos por los partisanos, muchas veces mutilados, contribuían a incrementar la crueldad de las venganzas^[231]. Ahora ya no eran sólo judíos y bolcheviques los adversarios principales, sino que todo civil soviético se convertía en un objetivo potencial a abatir. El adoctrinamiento nacionalsocialista se unía al endurecimiento de las condiciones de vida de los soldados, y al ejemplo de las indiscriminadas represalias que las unidades dependientes de Heinrich Himmler (SD, tropas de las SS y policía política) habían ejecutado en amplias partes de Bielorrusia a mediados de 1942, después de que se hubiesen hecho cargo de la lucha antipartisanas de modo temporal. Muchas represalias indiscriminadas fueron ordenadas por oficiales que no siempre tenían que ser fanáticos nacionalsocialistas^[232].

Los límites y las diferencias entre partisanos, colaborador de los partisanos y población civil se tomaron cada vez más borrosas para los soldados y oficiales alemanes, que tenían además órdenes de ejecutar a los partisanos o soldados soviéticos dispersos que se vestían de civiles, o bien a los civiles que portasen o escondiesen armas, además de a prisioneros de guerra evadidos. La frecuente yuxtaposición de unidades partisanas con soldados del Ejército Rojo que vagaban dispersos por bosques y zonas pantanosas después de que sus unidades hubiesen sido cercadas por el *Ostheer* hizo aún más difícil diferenciar tácitamente quién era un combatiente *irregular* y quién era un soldado *regular*.

Los partisanos, además, no gozaban de ninguna consideración como combatientes a ojos de los soldados de la Wehrmacht. Una carta enviada desde Stalingrado a un camarada a mediados de noviembre de 1942 por parte de un anónimo soldado, de nombre Hermann, era bien explícita:

¿Qué haces exactamente en Rusia? ¿Dónde estás? Hablas de partisanos, yo todavía no he visto ninguno. Con ellos no debéis permitirlos muchos cumplidos. Es mejor matarlos enseguida. Con esos cerdos se tiene a veces un comportamiento demasiado humano^[233].

A fines de mayo de 1942, Stalin autorizó la creación de un Estado Mayor central

de la guerra de guerrillas con sede en Moscú y bajo la dirección del secretario del PCUS bielorruso, Panteleymon Ponomarenko. Los grupos partisanos fueron sometidos a una rígida centralización, al servicio de los fines de guerra globales de la URSS, y sus mandos pasaron a ser oficiales del Ejército Rojo o dirigentes locales del partido. También fueron obligados a incluir una célula o «departamento espacial» (*osobyi otdel*) del NKVD encargada de velar por la ortodoxia doctrinal y militar, así como de comprobar el grado de lealtad de la población civil. Los grupos partisanos se convirtieron así muchas veces en garantes de la continuidad de la organización del Partido Comunista en las nuevas condiciones de clandestinidad. En agosto de 1942 tuvo lugar en Moscú una *cumbre* de jefes partisanos, que fueron adoctrinados por el propio Stalin para que no cesasen en su labor de hostigamiento de la retaguardia. De ellos se esperaba el mismo nivel de sacrificio que de los combatientes o de la población civil^[234].

La mayoría de los grupos de partisanos reclutados a lo largo de 1942 se componían de algunos idealistas convencidos de la necesidad de defender la patria soviética, judíos que escapaban de los guetos o los transportes, prisioneros de guerra fugados, soldados soviéticos cercados que querían eludir la muerte casi segura que les esperaba como prisioneros u hombres y mujeres que querían escapar de ser deportados como mano de obra esclava a Alemania. Pero en 1943 la mayoría de los grupos guerrilleros contaban con al menos un 40 por ciento de soldados del Ejército Rojo destinados a la fuerza a ser partisanos y sin gran experiencia táctica en la guerra de guerrillas. A fines de 1942, el número total de partisanos había ascendido a unos 300 000, si bien su eficacia logística y operativa era muy variable. Según los propios datos soviéticos, en enero de 1943 habría en armas 57 700 guerrilleros en toda Bielorrusia, y su número habría ascendido a 180 000 en marzo de 1944. Lo que suponía algo menos de un 5 por ciento de la población civil total^[235].

La vida de los partisanos no era sencilla. Al principio, sólo una de cada diez partidas disponía de radios con las que comunicarse con el Mando del Ejército Rojo, y en su mayoría se veían obligadas a buscar el refugio de bosques, zonas pantanosas y áreas de montaña. Su armamento era ligero y muchas veces insuficiente, y estaban sometidos a la constante amenaza de ser delatados por espías e infiltrados a sueldo del ejército ocupante y las ofensivas desplegadas para *cazarlos* por parte de las tropas germanas. A menudo, los partisanos se

cobraban menos víctimas entre los ocupantes que entre la propia población civil, a la que se veían impelidos a sustraer o requisar víveres, o a exigir alojamiento, y cuya posible falta de colaboración podía ser castigada con una ejecución sumaria por traición.

El apoyo de la propia población soviética a los partisanos era ambivalente. Ante todo, por el temor a las represalias alemanas, ya que en ocasiones los ocupantes enviaban patrullas de soldados disfrazados de partisanos, con el objeto de comprobar el grado de colaboración de la población civil con los mismos. Pero también por el miedo a las propias venganzas de los guerrilleros soviéticos, que podían castigar como traición la falta de colaboración o, simplemente, la sospecha de delación. Los partisanos no vacilaban en utilizar el terror para mantener la colaboración de una población rural considerada, por lo general, apática y poco simpatizante del régimen comunista. Muchos guerrilleros eran antiguos oficiales del NKVD o dirigentes locales del Partido Comunista que habían asumido una suerte de *ethos* estalinista, y tendían a ver colaboracionistas en unos campesinos todavía vistos como unos nostálgicos de la propiedad privada: unos *kulaks* que, como años antes, debían ser tratados con mano dura^[236]. Un informe del Regimiento de Protección 107, que operaba en las zonas situadas detrás de las líneas del 16.º Ejército de la Wehrmacht en el frente de Leningrado, informaba así el 8 de marzo de 1942 que los habitantes de algunas aldeas habían denunciado que la noche anterior grupos de partisanos habían entrado en sus casas para robar ganado, por lo que los campesinos pedían protección a la Wehrmacht. En otras más, los partisanos habían reclutado a la fuerza a los hombres, habían requisado ganado y cereales e incluso habían conminado a los habitantes a entregarles sus botas de fieltro^[237].

Los alemanes tampoco tuvieron muchas dificultades para reclutar colaboradores entre la población báltica o de origen báltico, así como entre ucranianos (particularmente en Ucrania occidental) de simpatías nacionalistas, y asimismo entre los integrantes de minorías alemanas en Bielorrusia, Ucrania y Rusia que nutrieron en buena medida los cuadros de la administración civil alemana de las zonas ocupadas y cumplieron un papel esencial como traductores. Algunos autores han estimado que hasta un cinco por ciento de la población civil que vivía en las zonas ocupadas de la URSS colaboró de forma activa como informantes con el ejército alemán, y que su número total llegaría al millón de personas^[238].

Muchos campesinos soviéticos se encontraron presos de un dilema de difícil resolución. Si delataban a sus compatriotas a la Wehrmacht, serían señalados como traidores y ejecutados tanto ellos como a menudo sus familias, además de ver sus cosechas requisadas y sus casas incendiadas. Si apoyaban a los partisanos, serían los alemanes quienes antes o después podrían ejecutar represalias contra los campesinos, con los mismos o parecidos resultados. La situación podía variar de región (*oblast*) a región, e incluso de pueblo a pueblo. En buena medida, la relación de la población rural con los partisanos dependía del arraigo de la partida o grupo guerrillero en su comarca. Los campesinos acostumbraban a ser más generosos con sus antiguos convecinos, en quienes podían identificar a parientes, amigos o conocidos. Pero en otras ocasiones esa proximidad era peligrosa, sobre todo si el líder de la partida o grupo partisano en cuestión había sido un funcionario comunista local poco querido por haber intervenido en los procesos de colectivización de la tierra. Las requisas organizadas podían degenerar en puros saqueos. Y muchas veces los campesinos simplemente odiaban a quienes les habían robado la vaca primero. En febrero de 1943, Ponomarenko tuvo que promulgar una orden a todos los grupos partisanos ordenándoles que no se reprodujesen casos de pillaje^[239].

Como se ha señalado para el caso de Ucrania, pero también para Bielorrusia y Rusia central, las actitudes de buena parte de la población rural soviética hacia los partisanos estuvieron dictadas de modo preferente por el cálculo oportunista de posibilidades de supervivencia en el corto plazo, ocupando las simpatías ideológicas hacia los alemanes o hacia sus compatriotas un lugar secundario. Y como también muestran algunos diarios de partisanos soviéticos capturados por las tropas alemanas, el respaldo encontrado entre la población civil distaba del esperado por los guerrilleros. Cuando estos últimos entraban en un pueblo y pedían apoyo, se encontraban con las innumerables excusas de los campesinos, que intentaban negarles el aprovisionamiento. Parecidas disculpas les eran dadas a los ocupantes germanos. El resultado era que ni los partisanos ni los alemanes se fiaban del todo de los lugareños, por lo que recurrían a la violencia y a las requisas con mayor facilidad. Al mismo tiempo, los campesinos procuraban guardarse las espaldas lo más posible. El soldado alsaciano enrolado en la Wehrmacht Georges Starcky recordaba cómo, tras ser invitado junto a sus camaradas a participar en una boda campesina en Bielorrusia, fue avisado por el alcalde colaboracionista (*stárosta*) de que los partisanos querían atacarles. La

mejor opción para sobrevivir fue utilizar a los propios lugareños, que se las ingeniaban para estar a bien con los dos bandos, como intermediarios ante los guerrilleros. El precio fijado por estos últimos para que los soldados de la Wehrmacht se pudiesen marchar sanos y salvos fue que les dejaran material y comida en abundancia a los campesinos, quienes entregaron el botín a los partisanos^[240].

A medio plazo, no obstante, los campesinos pudieron constatar la brutalidad del ejército ocupante a través de su política de represalias y requisas, su aplicación de medidas de deportación de mano de obra forzada y su falta de cumplimiento de las promesas que hablaban de reparto de las tierras colectivizadas. Muchos civiles para nada simpatizantes con el régimen soviético acabaron por escoger el lado que consideraban menos malo, pero que al menos hablaba su idioma^[241]. Y numerosos colaboradores nativos de los ocupantes se apresuraron a cambiar de bando en cuanto las perspectivas de victoria empezaron a ser claras para el bando soviético, desde fines de 1942. Antiguos miembros de la Policía de Orden reclutada entre prisioneros de guerra y campesinos empezaron a pasarse a los grupos guerrilleros. Estos últimos tuvieron que aceptar a regañadientes a un creciente número de hijos pródigos por orden de Ponomarenko, que instaba a no tomar represalias contra los antiguos colaboracionistas para debilitar al enemigo. El hambre y el cálculo de supervivencia constituían el móvil de muchas de esas conversiones; pero también una conciencia íntima de cuál era el lugar de un *buen* ciudadano soviético. El antiguo prisionero de guerra kazajo Vasili Chiliniak describía así en una carta a sus padres cuál había sido su dilema:

Los malos tratos, el hambre y la necesidad me obligaron a traicionar a la *rodina* (patria). Me uní a un destacamento de traidores. Pero no estuve mucho tiempo con ellos, sólo un poco, me enmendé y decidí ir allí donde la *rodina* nos espera y nos llama. Estuve allí unos dos meses, y después me uní a los partisanos rojos, y ahora sirvo en los partisanos rojos, me gano su confianza de nuevo, y serviré y defenderé hasta la última gota de sangre.

Queridos padres: No penséis que os he ofendido por ser un traidor. Mi estómago me traicionó para mantener la vida, pero mi alma, mi corazón, mi cabeza y todo mi cuerpo no fueron traidores, y nunca traicionarán [a la patria]^[242].

Los alemanes percibieron con rapidez el progresivo cambio de actitudes entre la población civil. En abril de 1942, el mando del 38.º Cuerpo de Ejército,

desplegado en el frente de Leningrado-Volchov, esperaba un recrudecimiento de la actividad guerrillera en su retaguardia, y consideraba inevitable el apoyo a los partisanos de una población civil famélica. Y en julio del mismo año, el departamento de inteligencia del mismo cuerpo de ejército informaba de que el campesinado de la zona había perdido toda confianza en la Wehrmacht, así como de que crecía su apoyo a los grupos de partisanos^[243]. Pero las relaciones entre los partisanos y la población civil experimentaron una sensible mejora, sobre todo, a partir del desenlace de la batalla de Stalingrado, en febrero de 1943. Cuando las perspectivas de un triunfo soviético empezaron a ser reales, los partisanos también encontraron un mayor apoyo entre la población civil^[244].

Todavía se registraron en los dos años siguientes numerosos casos de colaboración voluntaria por parte de algunos *stárosta*, que por ejemplo seguían entregando partisanos a las tropas de retaguardia germanas que cubrían la espalda del 18.º Ejército en abril de 1943. En parte, porque para esos alcaldes ya no había mucha opción: uno de los objetivos preferidos de los guerrilleros eran precisamente ellos^[245]. Empero, las tornas ya estaban cambiando de forma clara en un sentido favorable a los partisanos. Un cabo alemán que fue hecho prisionero por un grupo guerrillero, y que más tarde logró escapar de su cautiverio, informó en agosto de 1943 de lo que había visto en varios pueblos visitados por sus captores:

La población los recibía de buen grado. Los bandidos eran bienvenidos y alimentados, y hasta donde pude ver esto ocurría sin que mediase presión alguna por parte de los bandidos. Estos últimos llevaban dos acordeones consigo, y los tocaban en cada pueblo en el que se alojaban para que los lugareños organizaran un baile. Los campesinos no parecían para nada estar intimidados, al menos cuando conversaban con los bandidos^[246].

La propaganda desplegada por los partisanos en las zonas ocupadas también tuvo algún efecto entre la población. En ella, y además del patriotismo local o regional como motivo principal, se insistía también en lo falsas que se habían revelado las promesas de privatización de la tierra colectivizada que habían difundido los alemanes; y se anunciaba una nueva era de reformas favorables a los intereses del campesinado una vez que la URSS ganase la guerra. Los ocupantes, se destacaba en la propaganda partisana, sólo pretendían apropiarse de los bienes de los campesinos. De hecho, en varias zonas bajo control partisano se procedió a una reprivatización temporal de las tierras que habían

sido colectivizadas quince años antes. Tal táctica fue sancionada por Stalin en un decreto de noviembre de 1942. Las libertades que se permitían a los grupos partisanos en materia propagandística se unían así a la experiencia bélica que los propios guerrilleros fueron acumulando. Todo lo anterior operó sobre ellos una influencia hasta cierto punto paradójica. Los espacios de libertad de que disfrutaron muchos grupos guerrilleros les llevaron a cuestionar las órdenes del mando central, a reinterpretarlas según su conveniencia, y por lo tanto a abrigar la esperanza, a la postre vana, de que de la guerra surgiría una *nueva* patria soviética y un *nuevo* régimen desprovisto de las facetas más represivas del estalinismo anterior a 1941^[247].

Dentro de esta tónica general, que admitía fuertes gradaciones según las circunstancias concretas que imperaban en cada zona de retaguardia, las simpatías nacionalistas antisoviéticas de los guerrilleros en algunas nacionalidades de la URSS complicaban aún más el panorama. En Ucrania occidental, la mayoría de los grupos guerrilleros profesaban un ideal nacionalista que les llevaba a oponerse por igual al ejército soviético y a los ocupantes alemanes, una vez que habían comprobado que estos últimos no abrigaban el menor propósito de conceder la independencia a su patria irredenta, y ni siquiera reconocían la Ucrania *histórica* como una unidad a la hora de forjar el Comisario del Reich de Ucrania, pues Galitzia oriental —región de fuerte arraigo del nacionalismo ucraniano, perteneciente al imperio austrohúngaro hasta 1918, y después a Polonia hasta 1939— fue adscrita al Gobierno General de Polonia. Los guerrilleros del *hetman* Bulba-Boravets habían combatido junto a las fuerzas del Eje en 1941, pero se volvieron contra los ocupantes alemanes en octubre de 1942, fundando el llamado Ejército Insurgente Ucraniano (*Ukrajinska Povstanska Armija*, UPA), que en 1943 atrajo hacia su seno a una facción de la Organización de los Nacionalistas Ucranianos (UNO), cuerpo paramilitar que había sido fundado en 1929, agrupada alrededor del liderazgo carismático de Stepan Bandera, y que en 1941 había acompañado a la Wehrmacht en su entrada en territorio ucraniano. La UPA tenía bajo su control un 60 por ciento del territorio de Ucrania noroccidental, contaba en 1944 con casi cien mil guerrilleros, y combatió de modo sucesivo, cuando no simultáneo, a los alemanes, a los partisanos polacos y prosoviéticos y a los soldados del Ejército Rojo. Su lucha se prolongó hasta comienzos de la década de 1950, en especial en la zona occidental de Ucrania. Por el contrario, en Ucrania central y oriental, el

apoyo a los nacionalistas por parte de la población civil fue mucho más reducido. Aun así la disposición a colaborar como informantes, integrantes de órganos administrativos y locales o como policías auxiliares fue también en esas regiones bastante más elevada que en otras zonas ocupadas de la URSS, como se ha mostrado para la región industrial y minera del Donetz^[248].

Fuera del caso ucraniano, a lo largo de 1943, los grupos partisanos que operaban en la retaguardia alemana fueron capaces de arrebatar a los alemanes el control de amplias áreas rurales y boscosas. La Wehrmacht se limitó progresivamente a garantizar su presencia armada en ciudades, nudos de comunicaciones y vías de transporte, en especial de ferrocarril. En las regiones de llanuras pantanosas y bosques de Bielorrusia, los destacamentos alemanes de retaguardia se vieron obligados a restringir sus movimientos, y se encontraron sometidos a una fuerte presión psicológica. Un cabo de la 269.ª División de Infantería destinado en una posición de retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro escribía ya en febrero de 1942:

Los bosques están plagados de peligros. Por supuesto, todo francotirador que cae en nuestras manos es ejecutado de inmediato, sus cadáveres yacen por todos lados. Por desgracia, hemos perdido muchos de nuestros propios camaradas por causa de sus sucios métodos. Perdemos más hombres a manos de los bandidos que en propio combate. Apenas podemos dormir. Permanecemos alerta y despiertos casi todas las noches [...]. Si el centinela baja la guardia sólo una vez, entonces se acabó para todos nosotros. Andar solo por ahí fuera es inimaginable^[249].

Los guerrilleros fueron provistos de más y mejor armamento, incluyendo cañones ligeros y hasta algunos tanques; y un total de 22 000 especialistas militares fueron infiltrados por el Ejército Rojo en las áreas bajo control partisano, incluyendo expertos en explosivos y operadores de radio^[250]. Gracias a ello, la coordinación de sus acciones experimentó una clara mejoría. En la primavera de 1943 los partisanos lanzaron un ataque conjunto contra las comunicaciones por vía férrea de la Wehrmacht, causándole no pocos retrasos y bajas. A fines de ese año, y además de su contribución estratégica al destruir convoyes de suministros, vías férreas y trenes, volar puentes, dificultar las comunicaciones del *Ostheer* y distraer a un número creciente de tropas, se podía considerar que los partisanos habían triunfado en uno de sus objetivos, al menos en el sector central del frente del Este: entorpecer la política de explotación económica del territorio ocupado por parte de los alemanes y sus aliados, muy

particularmente en lo que se refería a la organización y a la distribución de productos agrícolas para las tropas alemanas del frente y para el propio Reich^[251].

En términos políticos, la persistencia de una actividad guerrillera fue capaz de mantener vivo en zona ocupada el contacto con el territorio bajo control soviético durante tres años, y contribuyó a salvar de la represión nazi importantes cuadros intermedios del Partido Comunista, quienes una vez liberados sus territorios retomaron sus puestos en la administración soviética. Los partisanos actuaron también como constantes percutores de la paciencia alemana, y fueron un agente continuo de deslegitimación de los ocupantes. En ello persiguieron un objetivo estratégico y promovido desde Moscú: no importaba el número de víctimas que las represalias por sus acciones de sabotaje provocasen en la población civil a manos de los ocupantes. Las muertes civiles causadas por las acciones punitivas de los ocupantes han sido estimadas en más de un millón.

La radicalización de las dinámicas represivas también acabó con las esperanzas de atraer a los habitantes de las zonas ocupadas. Algunos oficiales y dirigentes nazis fueron pronto conscientes de la necesidad de ganarse a la población para así convertir la guerra germano-soviética al mismo tiempo en una guerra civil, como había sido el caso en 1917-1920. Entre esas voces favorables a cultivar las simpatías de los campesinos rusos, que aún se dejaban oír a mediados de 1942 entre mandos intermedios de las tropas de ocupación^[252], se contaba el propio ministro del Reich para los Territorios Ocupados Alfred Rosenberg, así como algunos altos cargos de la inteligencia militar^[253]. Se trataría no sólo de difundir más y mejor propaganda proalemana entre el campesinado de las zonas ocupadas, incluyendo periódicos colaboracionistas en ruso con frecuencia casi diaria^[254], y de arbitrar medidas para repartir tierra colectivizada, sino también de disminuir la intensidad de las acciones represivas y de reclutar civiles y prisioneros de guerra rusos para el llamado Servicio de Orden (*Ordnungsdienst*) en la retaguardia^[255].

Esa estrategia nunca dio resultados. Ciertamente, la aplicación práctica de directrices generales y a veces poco explícitas por parte de las diferentes instancias del ejército de ocupación o la administración civil dependió en buena medida de circunstancias concretas: el nivel que había alcanzado la espiral de acción y represión en una zona determinada, el carácter de los oficiales al mando

de unidades de retaguardia reducidas, la predisposición de los soldados del Ejército Rojo que vagaban perdidos por la retaguardia a entregarse a las comandancias alemanas dentro de los plazos periódicamente anunciados para que se les tratase como prisioneros de guerra, y un largo etcétera^[256]. Ahora bien, el objetivo esencial de la propia guerra radicaba en el exterminio y la explotación económica, lo que determinaba el marco general de las opciones que se podían adoptar. Las órdenes emanadas desde el Cuartel General de Hitler (como la n.º 46, del 18 de agosto de 1942) o desde el OKW incurrían en flagrantes contradicciones cuando recomendaban al ejército de ocupación que extremase los castigos a quienes colaborasen con las partidas partisanas y se mentalizase de que el combate contra los partisanos también era una guerra de exterminio; y además que intentase ganarse el favor de la población civil. El palo, sin embargo, acabó por ser más visible que la zanahoria^[257].

De semejantes contradicciones no escaparon tampoco las campañas de *limpieza* antipartisanas emprendidas por algunos de los ejércitos aliados de la Wehrmacht en las zonas de retaguardia situadas bajo su jurisdicción. Fue el caso de las unidades húngaras, que tenían una notable presencia en la retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro, donde suponían alrededor de un 25 por ciento de las tropas de ocupación, y que se caracterizaron por una brutalidad aún mayor y caótica —más condicionada por la escalada de violencia provocada por la dinámica de las represalias que por el adoctrinamiento previo de los soldados húngaros, que pertenecían además en un 60 por ciento a las minorías eslovaca o rumana del Estado magiar— que la de los alemanes, aunque no exenta de matices diferenciales. Sus acciones de *contrainsurgencia* y sus operaciones de represalia en la retaguardia, al igual que las llevadas a cabo por las tropas italianas —una de cuyas unidades, la División *Vicenza*, asumió tareas de lucha antipartisanas en octubre de 1942— o las mucho más modestas actuaciones en sentido semejante de tropas francesas o españolas, no se quedaron atrás en cuanto a su brutalidad. Un claro ejemplo fueron las operaciones antiguerrilleras lanzadas en febrero de 1943 al sur de Smolensko por el 8.º Cuerpo de Ejército magiar^[258].

A partir del desencadenamiento de la gran ofensiva soviética del invierno de 1944, el progresivo avance del Ejército Rojo fue absorbiendo a los grupos partisanos, que se transformaron en unidades propias dentro de él, si bien cerca de un 13 por ciento de los guerrilleros no fue aceptado en las filas del ejército

regular soviético por falta de adiestramiento militar. Los soldados alemanes en retirada que no podían contactar con sus unidades y se desperdigaron por bosques y llanuras se convirtieron en cazadores cazados, pues los guerrilleros que no se incorporaron a las tropas en avance acometieron la tarea de eliminar a los ahora *saboteadores* germanos^[259]. Con todo, el proceso de asimilación de los guerrilleros no tuvo lugar sin que la NKVD examinase de forma obsesiva los historiales de los partisanos que considerase sospechosos de contaminación por el enemigo. De entrada, todos los guerrilleros ucranianos eran tenidos por elementos antisoviéticos en potencia, fuesen comunistas o no. Pero en agosto de 1944, cuando ya la práctica totalidad de la URSS estaba libre de presencia alemana, unos 94 000 antiguos partisanos se habían convertido en *Ivanos*, en soldados que acometerían el asalto final sobre Alemania^[260].

El régimen estalinista no cambió, pero los guerrilleros constituyeron en las zonas *liberadas* uno de los principales viveros para el reclutamiento de nuevos cuadros locales y regionales del Partido Comunista y de la administración soviética. La pregunta «¿Y tú por qué no te uniste a la guerrilla?» sirvió en la inmediata posguerra para depurar a élites dirigentes locales y a reemplazarlas por quienes podían presumir de pedigrí partisano.

¿Producir o matar?

Los dilemas de la explotación económica de los territorios ocupados

La tarea de gobernar un inmenso territorio por parte de la autoridad militar no estaba prevista en los planes iniciales de la Operación Barbarroja. A un rápido avance a través de las estepas rusas en dirección a Moscú seguirían el derrumbamiento del Ejército Rojo y el colapso del Estado soviético, y la administración civil del Reich se haría cargo en un plazo breve de las zonas ocupadas. Los recursos agrícolas e industriales pasarían así a satisfacer las necesidades de bienes de consumo y alimentos del Tercer Reich. Y tanto las instalaciones mineras como las industrias soviéticas consideradas de interés serían aprovechadas en beneficio de los intereses alemanes.

Para aplicar la política de explotación con independencia de las instancias militares, en las que no confiaba plenamente, Hitler separó la estructura de la administración económica militarizada en las zonas ocupadas de la militar y creó en febrero de 1941 la llamada Organización Económica del Este (*Wirtschaftsorganisation Ost*). A su frente situó a Hermann Göring, como responsable del llamado Plan Cuatrienal (*Vierjahresplan*). Este último instituyó un aparato administrativo de inspectores, oficinas y organismos económicos especializados. Según las *Líneas directrices de la Dirección Económica del Este*, aprobadas en junio de 1941, los recursos alimenticios y energéticos de los territorios que fuesen cayendo bajo control alemán debían ser destinados, en primer lugar, a la manutención sobre el terreno del propio *Ostheer*, y, en segundo lugar, a proveer las necesidades económicas del Tercer Reich. La explotación económica del imperio conquistado debía partir, primero, de las infraestructuras agrarias, industriales y de comunicación —en especial la red de ferrocarriles— existentes en la URSS, y evitar en lo posible su destrucción por el Ejército Rojo al retirarse. En julio de 1941, Hitler proyectaba dividir el territorio ya bajo control alemán y el que preveía conquistar en varios «Comisariados del Reich» (Moscú, Ostland, Ucrania y Cáucaso, si bien en el caso de Ucrania se establecía

un protectorado de 25 años), apropiarse de sus riquezas, materias primas y producción agraria y destinar a la población que sobreviviese en esas áreas a ser un mercado de productos industriales del Reich, aunque con bajo poder adquisitivo. En los planes más radicales, preparados por diversos organismos del Reich, la coincidencia con los objetivos de exterminio de las SS era más que evidente. En el verano de 1941 se calculaba que los ocupantes tendrían un plazo de tres años para poner en práctica los planes de explotación económica, incluyendo un amplio tejido de empresas en las que participarían tanto el Ejército como las SS y el capital privado, las llamadas «compañías orientales» (*Ostgesellschaften*). Una serie de unidades especiales con técnicos en minería, petróleo y otros batallones siguieron a las tropas en su avance para ultimar los preparativos de explotación económica. Los planes de explotación industrial se debatieron, sin embargo, entre los intereses de las grandes empresas —desde Krupp a Siemens— por garantizar un libre acceso a la iniciativa privada en la explotación de los recursos industriales del Este, y las preferencias de Goring por establecer un monopolio estatal.

El interés fundamental tanto de los estrategas económicos y los intereses privados movilizados por el sueño imperial de Hitler como de los mandos militares era el petróleo. El objetivo intermedio de la campaña, en el que se concentraron los esfuerzos por el Grupo de Ejércitos Sur desde la primavera de 1942, habría de ser llegar al Cáucaso y a los yacimientos de crudo del área. Y desde ahí, en un golpe de mano audaz delineado a largo plazo, se lanzaría un ataque definitivo para apropiarse de los pozos del Golfo pérsico, ganándose para ese fin la confianza de los nacionalistas árabes de la zona y expulsando de ella a los intereses británicos, empezando por los yacimientos del norte de Irak. Así se garantizarían las reservas de fuel para el mantenimiento de las operaciones militares, en especial para garantizar la operatividad de las divisiones blindadas, y se alcanzaría el objetivo estratégico soñado de poseer un «imperio petrolífero» semejante al británico. El imperio continental alemán ya no sería dependiente en exclusiva del petróleo de Rumania, como había sido hasta junio de 1941. A esos yacimientos se unirían los del Cáucaso, Estonia y Galitzia. Como se verá, la derrota de Stalingrado dio al traste con estos sueños y la falta de combustible comenzó a comprometer seriamente la capacidad ofensiva del *Ostheer*^[261].

La alimentación de los civiles soviéticos sólo figuraba en un lejano tercer lugar de las prioridades. En los planes de futuro elaborados por la élite

nacionalsozialista se contemplaba sin ambages que varios millones de esclavos, entre veinte y treinta según las versiones, deberían sucumbir al hambre para así eliminar el número de «comedores inútiles» y poder destinar la producción agropecuaria a alimentar al Reich. En las directrices citadas de junio de 1941, de las que se imprimieron miles de ejemplares para repartir a los mandos militares y administrativos en el momento de invadir la URSS (la llamada carpeta verde o *Grüne Mappe*), Göring afirmaba que el objetivo económico de la campaña del Este era «conseguir tantos alimentos y petróleo como sea posible». Y no tenía escrúpulos, como había declarado en una reunión celebrada el dos de mayo de 1941, en que para cumplir tal cometido «mueran unos cuantos millones de personas» (*-zig Millionen Menschen*), una vez que «nos apropiemos de todo lo que consideramos necesario sobre el terreno»^[262]. En las instrucciones de la *carpeta verde* se estipulaba que amplias zonas conquistadas de la URSS, incluyendo sus ciudades y zonas industriales, se verían irremediabilmente abocadas a una gran hambruna y serían saqueadas para bien del Reich, que ya disponía para su aprovechamiento de regiones industriales mejor dotadas en Bélgica o en Francia; mientras que otras áreas agrícolas, mineras y petrolíferas, en particular Ucrania y el Cáucaso, se convertirían en «zonas productoras». Los bienes de consumo incautados en las primeras, de escasa calidad e inútiles para las necesidades de la población del Reich, se destinarían a los habitantes esclavos de las «zonas productoras», de lo que se derivaría «una muerte paulatina tanto de la industria como de buena parte de la gente». Como consecuencia, en las regiones destinadas a ser saqueadas, el hambre sería ineludible:

[...] unos 10 millones de personas serán superfluos y tendrán que morir o ser deportados a Siberia. Los intentos de salvar de la muerte por hambre a la población [...] serán a costa de la alimentación de Europa. Comprometerán la capacidad de resistencia de Alemania en la guerra, y la capacidad de resistir de Alemania y de Europa^[263].

Tales medidas y propósitos sobrepasaban con mucho lo establecido en el artículo 52 de la Convención de La Haya de 1907, que regulaba el derecho de un ejército ocupante a mantenerse de los recursos del territorio ocupado, en una proporción razonable que no amenazase la supervivencia de la población civil. Y fueron reforzadas en las instrucciones de política económica a ser aplicadas en los territorios ocupados por la Wehrmacht en el Este, emitidas por Goring el 18 de

noviembre de 1941. La prioridad absoluta correspondía a la alimentación de los habitantes del Reich y las tropas alemanas. Mientras que para la población rural soviética se partía de la base de que no haría falta tomar medidas concretas para su alimentación, y que no plantearía dificultades, se mantendría al conjunto de los civiles de la URSS en un estado nutricional más bajo que el alemán. Sólo se alimentaría mejor a quienes laborasen para los «intereses alemanes inmediatos» con el fin de mantener su capacidad de trabajo. La población de las grandes ciudades debía ser abandonada a su suerte^[264].

«Eliminar» población sobrante permitiría además realizar los ambiciosos planes de colonización y regermanización de los territorios orientales anexionados por el Tercer Reich. Desde su puesto de comisario para el Fortalecimiento de la Nación Alemana, Heinrich Himmler ordenó la elaboración de varios planes de colonización, que fueron conocidos como *Generalplan Ost* (Plan General Este). Los diversos proyectos, cuyo primer borrador vio la luz en julio de 1941 y que estuvieron listos hacia mediados de 1942, contemplaban en líneas generales la (re)germanización de amplias zonas de Polonia, proceso que debería completarse en veinte años. Más al Este se establecerían «marcas» y «puntos de apoyo» colonizados por población germánica, a lo largo de dos ejes, hacia el norte (región de Leningrado) y hacia el sur en dirección a Crimea. La región de Leningrado debería reducir su población en un 90 por ciento: de tres millones a 300 000 habitantes. Y el conjunto de territorios anexionados por el imperio alemán sería escenario de una gigantesca reordenación étnica: unos treinta y un millones de personas serían reubicadas, y según algunos informes «sobrarían» casi cincuenta millones de habitantes. Los colonos alemanes conformarían la élite y la raza rectora de los nuevos territorios orientales, y una parte de los antiguos habitantes permanecerían en sus regiones con el fin de trabajar en tareas subordinadas. Un porcentaje de ellos podrían «germanizarse» en función de sus aptitudes raciales, laborales y políticas.

Todas las variables contempladas de la ocupación alemana se conectaban y complementaban mutuamente para realizar ese programa. Los judíos serían deportados y exterminados; una parte de la población civil sería desplazada como mano de obra al Reich; y nuevos colonos se reclutarían entre los «alemanes étnicos» de Europa centro-oriental y del Báltico. A menudo, los mismos trenes ejecutarían los tres cometidos de manera consecutiva y coordinada^[265]. Himmler expresaba la jerarquización de esos planes de

explotación y colonización en un discurso pronunciado el 23 de noviembre de 1942: el Este sería «hoy una colonia, mañana un área de colonización, pasado mañana parte del imperio». Y eso era parte de una fantasía todavía mayor, como había expresado el 13 de septiembre de ese año en círculos reducidos: «tras el imperio granalemán vendrá el imperio germánico, después el imperio germanogodo hasta los Urales, y después quizás el imperio godo-germano-carolingio», que entonces podría llevar a cabo una suerte de lucha final contra Asia^[266].

La parte más ambiciosa de los grandes planes de explotación económica se quedó en agua de borrajas ante la táctica de tierra quemada y el desmantelamiento o inutilización de fábricas e instalaciones industriales por parte del Estado soviético. Los grandes objetivos estratégicos en materia económica no sólo no se cumplieron, sino que apenas pudieron ser aplicados. Además, la necesidad de mantenerse sobre el terreno, aprovisionar a sus propias tropas y hacerse cargo de las necesidades de las demandas de la población civil bajo jurisdicción militar, así como de hacer frente a una situación hostil a sus espaldas por mor de la actividad guerrillera, obligó al *Ostheer* a arbitrar medidas pragmáticas^[267].

Las medidas de saqueo organizado y de canalización de la producción agroganadera para proveer al mantenimiento sobre el terreno de las tropas alemanas sí que fueron aplicadas como una necesidad inminente. Y, en la medida de lo posible, se intentó enviar alimentos al territorio del Tercer Reich. Empero, la producción agrícola en las zonas ocupadas por el *Ostheer*, en particular Ucrania y Bielorrusia, se enfrentó a constantes problemas desde 1942. Tanto la apatía de los campesinos como las operaciones de boicot de los partisanos provocaron un notable descenso de la productividad de las regiones bajo control alemán, lo que convirtió en una ardua tarea garantizar el aprovisionamiento de las tropas del propio ejército. A lo largo de 1942 y 1943, los guerrilleros destruyeron el 10 por ciento de la producción de grano y el 20 por ciento de la producción cárnica de las zonas ocupadas, cuyos índices ya habían caído de manera ostensible con respecto a 1939-1940^[268]. La población civil de las regiones que habían acogido al invasor como si fuese un liberador vio defraudadas sus expectativas de que los ocupantes reinstaurasen la propiedad privada de la tierra. Hitler se opuso varias veces a esta medida, ya que la *Wirtschaftsorganisation* era de la opinión de que sólo se podría garantizar la continuidad de la capacidad productiva de la agricultura soviética mediante el

mantenimiento de las estructuras colectivizadas. En muchos casos, las granjas colectivas pasaron a ser dirigidas por funcionarios alemanes, que fijaron cuotas de producción dos veces más exigentes que sus predecesores soviéticos^[269].

Por otro lado, la *Wirtschaftsorganisation Ost* competía en ese ámbito con otras instancias del aparato de ocupación, en particular con la propia Wehrmacht, además de con las visiones ideológicas de quienes veían en la campaña del Este la oportunidad para completar el exterminio de pueblos enteros. Los Comandos Supremos de cada Cuerpo de Ejército seguían conservando importantes competencias en materia económica dentro del área situada bajo su control, tanto para dictar medidas relativas a la alimentación y al suministro de la tropa como de la población civil. Mientras el avance a través de la URSS prosiguió su curso, las instancias militares se despreocuparon por completo de la alimentación de la población civil que dejaban a sus espaldas. Cuando a partir de noviembre de 1941 los frentes se estabilizaron se planteó el problema del suministro de alimentos, ropa y equipamiento para la propia tropa, ya que los mecanismos de aprovisionamiento del *Ostheer* estaban desbordados.

En una primera fase, desde mediados de noviembre, la mayoría de las divisiones del frente se preocuparon únicamente de alimentar a sus combatientes sobre el terreno, ignorando la situación de malnutrición y hambre que empezaba a aquejar con severidad a la población civil. En una segunda fase, sin embargo, hubo mandos de divisiones y de ejércitos enteros (como el 11.º y el 17.º, en Crimea y el Donetz) que se vieron obligados a tomar medidas con el fin de evitar rebeliones de la población civil a su retaguardia que distrajesen los preparativos de las ofensivas planeadas en dirección al Cáucaso.

El 11.º Ejército, por ejemplo, empezó a reaccionar en diciembre de 1941 por medios expeditivos. Primero, había que reducir el número de civiles a alimentar, lo que constituyó una razón adicional para que el *Einsatzgruppe D* acelerase el exterminio de los judíos de Crimea. Segundo, urgía acabar con el mercado negro y los acaparadores. Sólo después de comprobar que esas medidas eran insuficientes, el general Von Manstein decidió destinar a la población civil una parte de las provisiones acumuladas para consumo de sus soldados. Las dificultades en el transporte provocaron que en febrero de 1942 sólo una pequeña proporción de esas reservas hubiese llegado a la población civil. Se pensó entonces en autorizar a los habitantes de las ciudades a realizar excursiones por el campo, lo que les estaba prohibido, para que buscasen

alimento por sí mismos. Sin embargo, la prohibición de salir al campo volvió a instaurarse al poco de ser levantada, para no comprometer la seguridad del ejército alemán, y apenas hubo evacuaciones desde las ciudades. Se trataba de hacer ver a la población que los ocupantes se *preocupaban* por su situación, antes que de arbitrar medidas efectivas que sirviesen para mejorarla. Cuando en el verano de 1942 las tropas de Von Manstein fueron retiradas de Crimea, el mismo general ordenó que hasta la última vaca fuese confiscada para proveer de aprovisionamiento a sus tropas, sin que la suerte de la población abandonada importase demasiado.

El 17.º Ejército alemán desplegado en el frente del Donetz se enfrentaba al problema de la alimentación de miles de obreros soviéticos desocupados y sus familias en zonas industriales. El OKW propuso, pura y simplemente, crear una suerte de guetos para las famélicas familias y dejarlas morir. Los mandos del 17.º Ejército rechazaron ese plan por motivos estratégicos: en el futuro podría ser necesaria la colaboración de esa misma población. Empero, el general Hoth sólo autorizó el reparto de víveres a los civiles en puntos concretos para evitar revueltas. Y tal decisión fue tomada a espaldas del OKH. En general, para los responsables de ambos ejércitos la alimentación de la población civil constituyó sólo un problema abstracto. Algunas comandancias locales en momentos puntuales se preocuparon de proporcionar suministros a los civiles, aunque sólo fuese la correosa carne de los caballos de tiro muertos por agotamiento; y en ocasiones obtuvieron éxito en sus demandas de que a la población bajo su jurisdicción se les repartiese comida de depósitos militares. Fueron la excepción, antes que la norma; pero también una prueba de que existía un cierto margen para la libertad de decisión individual por parte de mandos inferiores y oficiales de rango medio del ejército invasor, más allá de las directrices recibidas^[270].

La actitud de las diversas instancias del *Ostheer* hacia los ciudadanos soviéticos no presentaba un perfil unívoco, y dependió mucho tanto de las necesidades militares como de la evolución de la situación bélica. Junto a las consideraciones ideológicas, en la determinación de la política de suministros sobre el terreno intervenía un mero cálculo utilitarista de supervivencia militar. Esa estrategia era consecuencia de una necesidad ineludible. Ya a principios de julio, los mandos del Grupo de Ejércitos Centro podían constatar que el botín en alimentos era muy inferior al esperado. La cosecha era sólo regular, y la guerra había provocado el colapso del sistema de granjas colectivas, que vieron

bloqueado su funcionamiento e inutilizadas sus redes de distribución. Los alimentos existentes sobre el terreno eran insuficientes para alimentar a la población civil, como anotaba el mariscal Von Bock el 6 de julio de 1941: «La región es en buena parte una tierra hambrienta [*Hungerland*]. Sus frutos apenas llegarán para alimentar a la población».

Cuadro 3.2. Destino de las requisas de productos agroalimentarios, 1941-1944 (en miles de toneladas).

	<i>Entregado a la Wehrmacht</i>	<i>Enviado a Alemania</i>	<i>Distribuido a colaboradores y funcionarios alemanes del Este</i>	<i>Total incautado</i>
Cereales	5650	1161	2341	9152
Forrajes	1817	0	691	2508
Carne	412	67	85	564
Huevos	783	133	162	1078
Patatas	2040	13	1229	3282
Azúcar	244	62	95	401
Mantequilla	118	21	68	207
Oleaginosas y aceite	29	726	217	972

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos de Müller (1984: 194).

Aún más lejana era la posibilidad de generar excedentes de importancia suficiente para alimentar con regularidad al Tercer Reich. Se realizaron algunos envíos más o menos simbólicos hasta mediados de noviembre de 1941, a los que siguieron varios más, cuya cuantía se ha fijado en una cantidad que incluyó diez millones de toneladas de grano^[271]. En 1941 las tropas de la Wehrmacht obtenían de incautaciones y requisas en el territorio conquistado de la URSS un 86 por ciento de la harina que consumían, así como un 68 por ciento de la carne, un 100 por ciento de las patatas y un 40 por ciento del azúcar. Y entre los alimentos y productos agrícolas requisados que se reflejaban en un informe sobre Ucrania en 1943, la mayoría de ellos se destinó al suministro de los soldados del Ejército del Este. Sólo fue enviado al territorio del Tercer Reich un

25 por ciento del grano, un 11 por ciento de la carne y un 26 por ciento del azúcar, aunque sí un 96 por ciento de las semillas oleaginosas^[272]. Como se puede ver en el cuadro 3.2., la mayoría de los alimentos requisados o producidos bajo control de la Wehrmacht en el conjunto de los territorios ocupados del Este se destinó a la alimentación de la propia tropa, y en segundo lugar a premiar a colaboradores y a sostener la administración civil de retaguardia. A Alemania se envió, por término medio, un 12 por ciento del grano, un 11,8 por ciento de la carne y un 15,4 por ciento del azúcar producido en los territorios ocupados. Magra productividad para un imperio.

No se trataba de porcentajes muy significativos en relación a la producción agropecuaria alemana. En 1943, el Tercer Reich producía unos veintitrés millones de toneladas de cereal, con lo que lo enviado desde los territorios del Este apenas suponía un 5 por ciento de incremento. Y con anterioridad a la guerra la producción total de cereales de la URSS oscilaba entre los 80 y los 120 millones de toneladas de grano. El derrumbamiento de la capacidad productiva de la agricultura en las zonas ocupadas por el Eje alcanzó, pues, grandes dimensiones, a pesar de que alrededor de veinte millones de campesinos fueron puestos a cultivar la tierra directa o indirectamente para los ocupantes.

El botín en materias primas minerales se reveló algo más rentable para la economía de guerra del Tercer Reich. Un millón de ciudadanos soviéticos trabajaron en su propio país en tareas mineras e industriales para los ocupantes. Entre 1941 y 1944, los alemanes se apropiaron de 102 000 toneladas de piritas de hierro, que complementaban muy bien las 97 000 que se producían en territorio alemán, así como de 340 000 toneladas de acero de fundición, que se sumaban a las 910 000 producidas en el propio Reich. Igualmente, la producción de manganeso en los territorios del este aportó el 100 por ciento del consumo alemán de ese mineral en 1942, y el 96,9 por ciento en 1943. Los aportes de petróleo, al fallar la conquista del Cáucaso, fueron poco significativos (un 7,43 por ciento del consumo alemán en 1943). En algunas zonas mineras e industriales de Ucrania, como la cuenca del Donetz, sólo fue posible recuperar el 10 por ciento de la capacidad industrial anterior a la invasión. Aun así, la producción anual de carbón ahora disponible equivalía al 3 por ciento de la anterior a la Operación Barbarroja, y suponía menos de la mitad de la cantidad de toneladas de carbón que producía la cuenca del Ruhr en un mes^[273]. En las regiones agrícolas circundantes fue posible recuperar hasta un 50 por ciento de

los niveles de producción de preguerra. A pesar de que las *Ostgesellschaften* intentaron sacar provecho en lo posible, muchas de ellas acabaron por preferir utilizar la mano de obra esclava que se les ofrecía en Rusia para explotar la industria alemana^[274]. Si las llanuras ucranianas no se convirtieron en el granero del Tercer Reich, tampoco las áreas industriales y mineras de la cuenca del Donetz proveyeron de productos manufacturados y bienes de equipo al imperio.

Alimentar a la propia tropa tampoco se revelaría como tarea fácil para los ocupantes. A fines de agosto de 1941 los mecanismos de abastecimiento de las divisiones alemanas en el frente sufrían ya varios cuellos de botella, que provocaban severos recortes y escasez de comida y vituallas, piezas de recambio e incluso municiones en los tres grupos de ejército. Los soldados empezaron a sentir una sensación de hambre permanente, que sólo podían compensar arramplando con tubérculos, nabos y patatas de jardines y huertos a su paso^[275]. La causa no era otra que el deficiente estado de la red de comunicaciones de la URSS, agravado por la política de tierra quemada del Ejército Rojo, las voladuras de puentes y vías férreas por los partisanos, y las enormes distancias a recorrer. El transporte de las cosechas de unos puntos a otros del territorio ocupado se quebró por completo, en parte por falta de camiones suficientes para el transporte. No quedaba más remedio que restringir el aprovisionamiento de la tropa desde el Reich a lo esencial para la guerra (munición y recambios), e incitar a los soldados a procurar su sustento diario, o al menos a complementarlo, sobre el terreno.

Consecuencia de la reducción de los suministros a la tropa y de la necesidad de aprovisionarse sobre el terreno fueron también los saqueos y requisas salvajes e incontroladas por parte de los soldados ocupantes. Lo que más inquietaba a los mandos militares de esas requisas era la erosión que podrían provocar en la disciplina. La suerte de la población civil era una preocupación muy secundaria^[276]. Allí donde se intentó poner en práctica un sistema de racionamiento que primase a los civiles empleados al servicio del ejército ocupante, la escasez general de productos alimenticios no pudo evitar el hambre. Fue el caso de la ciudad de Kharkiv en 1942, donde 80 000 personas fallecieron por los efectos de la malnutrición y la política de requisas del 6.º Ejército alemán, que se limitó a proporcionar raciones limitadas a los civiles que empleaba como trabajadores. En Kiev, el número estimado de víctimas de la hambruna se acerca a una cifra similar^[277].

Exterminio contra productividad. Se trataba de dos términos excluyentes que generaban una contradicción permanente, como expresaba el teniente general Hans Leykauf, inspector de aprovisionamientos de Ucrania, en una carta al encargado de la administración económica en el OKW a fines de 1941:

Si matamos a los judíos, dejamos morir a los prisioneros de guerra, entregamos a la muerte por inanición a buena parte de la población de las grandes ciudades, y el año que viene perdemos a una buena parte de la población rural por el hambre, queda sin responder una pregunta: ¿Quién va a producir aquí, realmente, bienes económicos?^[278]

La posición de Leykauf ilustraba también el conflicto abierto entre las varias instancias que se solapaban dentro de la poliarquía nazi de las zonas de ocupación. Por un lado, estaban las propias secciones de intendencia de las divisiones desplegadas en el frente, cuyo enfoque más pragmático les llevaba a mostrar una mayor sensibilidad hacia las necesidades de la población, campesina y urbana. Pues dejar morir de hambre a los civiles suponía granjearse su enemistad y favorecer su apoyo a los partisanos. La explotación pragmática del territorio, que se hizo evidente en varias divisiones y ejércitos del *Ostheer* desde principios de 1942, partía de la base de que había que improvisar una política de ocupación bajo mando militar. Esa estrategia incluyó medidas propagandísticas como la vaga promesa de disolver las colectivizaciones agrícolas, instaurando autoridades locales entre los ancianos de cada lugar y desarrollando una amplia propaganda en lengua rusa. Hubo gestos aislados o repartos a nivel local de suministros de comida a la población, en particular a aquella que prestaba trabajos de utilidad para el ejército ocupante (desde desbrozar caminos a limpiarlos de nieve o construir caminos de troncos para transitar durante las épocas de deshielo).

A partir de noviembre de 1941 la necesidad de buscar protección masiva contra el frío llevó también a valorar la utilidad de contar con una población civil que no fuese hostil, pues sus casas fueron utilizadas de forma masiva en invierno como refugios para los soldados alemanes. El cabo Alois Scheuer escribía ya fines de septiembre de 1941 que «ahora estamos toda la compañía en un pueblo, y con otros catorce hombres estamos alojados en una sedicente casa campesina y dormimos por la noche amontonados en el salón (que es, por lo demás, el único espacio habitable de toda la casa). No faltan la suciedad y los piojos, pero hace

mucho frío para dormir fuera»^[279]. Así sucedió también de manera masiva en el estático frente de Leningrado, que aconsejaba conseguir un cierto grado de colaboración por parte del campesinado para complementar el alimento de la tropa y alojarla en sus casas. Los índices de ocupación de algunas aldeas por parte de la Wehrmacht o de sus aliados eran asombrosos. En una aldea de pocas decenas de habitantes, varios soldados ocupaban míseras viviendas campesinas de dos o tres espacios donde además habitaba una familia. En pequeños pueblos como Tschetschulino (Novgorod), por ejemplo, se alojaban en mayo de 1942 treinta y un oficiales, 194 suboficiales, 1194 soldados y 311 caballos; y en la cercana localidad de Worsskopa, el índice de ocupación no era menor en la misma fecha: 22 oficiales, 125 suboficiales, 574 soldados rasos y 384 caballos^[280].

Esas políticas improvisadas y más o menos pragmáticas se enfrentaban a las directrices de los órganos de la administración económica de las zonas ocupadas, las *Wirtschaftsdienststellen*. Las instrucciones emanadas directamente desde el Alto Mando del Ejército de Tierra, desde las instancias de la Organización Económica, y desde los propios Hitler o Goring, ordenaban abstenerse de preocuparse por el abastecimiento y la alimentación de la población civil de las zonas ocupadas. Cuanto más empeoraba la situación militar en el frente y la retaguardia más presionados estaban los servicios de transporte y avituallamiento y más necesidad de alimentarse sobre el terreno acuciaba a las unidades combatientes. Cuanto más se incrementaba aquélla más se agotaban los recursos disponibles en una zona o área concreta, más cundía el descontento entre la población civil y más posibilidades había de que las unidades partisanas encontrasen apoyo. La espiral de represalias y requisas no hacía sino instaurar una suerte de ley del más fuerte, en la que cada uno luchaba por la mera supervivencia.

Si los territorios ocupados en la URSS aportaron réditos económicos a Alemania, fue sobre todo gracias a su papel como viveros de reclutamiento de mano de obra forzada. Ya con anterioridad a septiembre de 1939, un memorándum de la Oficina de Armamento y Economía de la Wehrmacht (*Wirtschafts und Rüstungsamt*) predecía que el imperio alemán tendría que solventar tres problemas de naturaleza económica para afrontar una guerra de expansión: divisas, materias primas y minerales, y fuerza de trabajo. La conquista de sucesivos territorios por el Tercer Reich llevó aparejada la

apropiación de materias primas estratégicas y la confiscación de divisas; pero ya en 1939 se señalaba un déficit de mano de obra en el territorio alemán de 1,3 millones de personas, cuyo número aumentaría durante la guerra por la necesidad de cubrir los puestos dejados por los combatientes movilizados. O se incorporaba al trabajo de modo masivo a las mujeres alemanas, como se había hecho durante la Primera Guerra Mundial, o se utilizaba mano de obra esclava procedente de los países conquistados. Ninguna de las dos opciones placía a la élite nazi, pues se temía el potencial desestabilizador que para la concepción orgánica y armónica de la comunidad nacional podría tener separar a las mujeres de los roles adscritos por el nazismo; y emplear a trabajadores reputados como «subhumanos» era contrario a las doctrinas raciales del Tercer Reich. Sin embargo, se eligió el mal menor: los trabajadores extranjeros serían al menos más controlables mediante medidas coercitivas^[281].

A finales de 1939, 300 000 prisioneros polacos fueron llevados a trabajar a Alemania, sobre todo como jornaleros agrícolas. En mayo de 1940 fueron reclutados por la fuerza un millón más de trabajadores polacos. Sus condiciones de trabajo eran peores que las de los obreros alemanes, vivían en barracones vigilados y sus salarios también eran inferiores. Debían llevar un distintivo en sus ropas, y tenían prohibido acudir a cines, baños públicos e incluso iglesias. Posteriormente, fueron reclutados alrededor de un millón de prisioneros de guerra franceses. Hasta finales de 1941 la participación de la mano de obra forzada en la industria fue poco significativa; no así en la agricultura y la minería. Por otro lado, mediante convenios bilaterales se contrataron trabajadores de los países aliados o amigos bajo condiciones mucho más favorables: éstos eran los *Fremdarbeiter* (trabajadores extranjeros), categoría diferente de los *Zwangsarbeiter* (trabajadores forzados).

A partir del otoño de 1941 las crecientes demandas en hombres y material de la campaña del Este obligaron a los jerarcas nazis a pensar en nuevas fuentes de trabajo forzado. Ahora se necesitaban también obreros para las fábricas y las minas del Ruhr. Tras largas discusiones, Hitler y Goring accedieron a autorizar el reclutamiento de prisioneros soviéticos para trabajar en las tareas más duras de la minería en condiciones de semiesclavitud, con sueldos misérrimos y alojamientos vigilados con severas restricciones, así como alimentación racionada y duras medidas disciplinarias^[282]. El problema residía en que a fines de 1941 no era posible reclutar tantos trabajadores como era necesario entre los

prisioneros, por la alta mortandad reinante entre ellos: sólo se pudo hacer uso de 400 000, de los cuales muchos murieron en los meses posteriores por las duras condiciones de trabajo y vivienda.

Fue necesario entonces proceder a reclutar trabajadores entre la población civil soviética, cometido para el que se facultó al *Gauleiter* Fritz Sauckel desde marzo de 1942. El reclutamiento siguió una serie de pautas: cada pueblo y barrio de los territorios ocupados debía aportar un número determinado de trabajadores, de los que el 50 por ciento serían mujeres. Si los habitantes se negaban, sus casas serían destruidas y resultarían deportados a la fuerza. Las posesiones de las familias que eran reclutadas debían ser vendidas, y su dinero ingresado en una cuenta de ahorro dependiente de las autoridades de ocupación.

Gracias al empleo de métodos expeditivos, los alemanes pudieron contar con 1,3 millones de trabajadores civiles soviéticos entre abril y diciembre de 1942 para trabajar en la industria, las minas y la agricultura del Reich como *Ostarbeiter* (trabajadores del Este). Fueron distribuidos en 20 000 pequeños campos de trabajadores en toda Alemania, donde se alojaban en barracas bajo vigilancia policial y militar. En el verano de 1944, el número de trabajadores forzados soviéticos en territorio alemán subía a 2,8 millones (2,1 millones de civiles y 700 000 prisioneros de guerra), el 35,8 por ciento de todos los trabajadores extranjeros del Tercer Reich y el 9,5 por ciento de la fuerza laboral del mismo. Abundaban sobre todo en la agricultura (28,5 por ciento) y la industria pesada (32,1 por ciento), así como en la minería (9 por ciento). Su número aumentaba particularmente, hasta alcanzar a veces el 80 o 90 por ciento de la mano de obra, en los sectores que requerían trabajo no cualificado o de alto riesgo. Entre 1941 y 1945, alrededor de 3,2 millones de ciudadanos soviéticos fueron empleados como trabajadores por la economía de guerra del Tercer Reich. A ellos se unieron varios cientos de miles de civiles movilizados a la fuerza por la Wehrmacht para trabajos forzados en los propios territorios ocupados, y los 1,2 millones que el Ejército del Este se llevó consigo en 1944, a medida que retrocedía frente al empuje de la ofensiva soviética^[283].

Las condiciones de trabajo, remuneración y alojamiento de los *Ostarbeiter* eran muy inferiores a las de los trabajadores forzados occidentales y, por supuesto, a las disfrutadas por los obreros alemanes. Cobraban de media un 20 por ciento del sueldo de estos últimos —después de pagar tres veces más impuestos, además de costearse el alojamiento en los barracones— por jornadas

de 10 a 12 horas diarias; desempeñaban los trabajos de menor cualificación; y hasta 1944 no se les permitía salir de sus áreas de alojamiento. Todo contacto sexual con mujeres alemanas se castigaba con pena de muerte para los *Ostarbeiter*, y de prisión para ellas. Las trabajadoras soviéticas que tuviesen hijos eran obligadas a dejar a sus retoños en improvisadas guarderías carentes de toda atención y cuidados, donde muchos niños morían. Sólo los que eran de «buena raza» (*guttrassige Kinder*) entre ellos, por orden de Himmler, pasaron a ser educados por el Estado como nuevos alemanes.

Las duras condiciones de trabajo podían variar de empresa a empresa, y acostumbraban a ser mejores en la agricultura. En la minería del Ruhr la explotación de los trabajadores forzados se consumaba hasta que, en la práctica, muchos de los esclavos morían de agotamiento, pues les eran encomendadas las tareas más duras —picar y cavar— bajo tierra. Sin embargo, la falta de motivación de los *Ostarbeiter* y su elevada siniestralidad laboral, su apatía y las frecuentes bajas por enfermedad obligaron desde enero de 1943 a mejorar sus condiciones de vida para extraer un mayor rendimiento laboral; pero siempre se les asignaban los trabajos menos cualificados y se procuraba que su contacto con los mineros alemanes fuese lo más limitado posible^[284].

El trabajador alemán siempre debía estar un peldaño por encima de los obreros extranjeros, ser su superior y al mismo tiempo su vigilante. En la mayoría de los casos no surgió ninguna solidaridad «de clase» o de oficio en el lugar de trabajo entre obreros alemanes cualificados y *Ostarbeiter* no cualificados. Hubo ejemplos de buen trato y hasta de complicidades mutuas —sobre todo en pequeñas empresas o en el caso de ucranianas y rusas empleadas como criadas—, como los hubo también de maltrato y humillación. La mayoría de la población civil alemana, no obstante, pareció aceptar a los trabajadores forzados polacos y rusos con indiferencia y pragmatismo^[285]. En todo caso, los *Ostarbeiter* constituyeron una ganancia neta tanto para el Estado alemán como para las compañías que los emplearon, y su trabajo contribuyó a mantener el más que aceptable nivel de vida de los alemanes hasta fines de 1944^[286].

¿Hubo oasis en el infierno?

Las relaciones cotidianas en los territorios ocupados

En el nivel de la vida cotidiana, las relaciones entre el ejército (o ejércitos) ocupante(s) y la población civil soviética no siempre estuvieron teñidas por la brutalidad. La posibilidad de interacción entre ambos aumentaba de modo particular en la retaguardia o en las zonas próximas al frente, allí donde la actividad partisana era menos intensa o, simplemente, donde la guerra de posiciones sumía a buena parte de las tropas ocupantes en una tediosa inactividad que podía durar semanas y que sólo era interrumpida por golpes de mano, ataques aéreos o descargas de artillería. En esas condiciones, también surgieron relaciones de cierta complicidad entre ciudadanos y ciudadanas soviéticas y soldados del Eje.

El recuerdo construido por las memorias de guerra de los veteranos del Ejército alemán y sus aliados ha privilegiado una representación idílica de sus relaciones con la población civil. Algo característico, sobre todo, de la memorialística generada en la posguerra por los soldados italianos y españoles en el frente ruso, quienes estuvieron particularmente interesados, a su vez, en *desmarcarse* de las atrocidades cometidas por el Tercer Reich y difundidas tras 1945, creando un relato que incidía sobre todo en la fraternidad y la complicidad existente entre los combatientes *latinos* y los eslavos, gracias a la falta de prejuicios raciales por parte de los primeros^[287]. Pero también en muchos diarios de guerra de oficiales alemanes, redactados durante y sobre todo después del conflicto, se mencionan escenas de confraternización entre alemanes y rusos, o bien se narra la simpatía sentida hacia ancianas rusas que «adoptarían» a un grupo de soldados germanos, en ausencia de sus propios hijos y nietos. Lo mismo cabe decir de algunas de las crónicas ilustradas que las asociaciones de veteranos de la Wehrmacht publicaron en la RFA durante las décadas de 1950 y 1960^[288].

Es discutible que se pueda aceptar de modo acrítico esa imagen, defecto muy

típico de los historiadores militares al juzgar esos recuerdos y las tramas de significados construidas a partir de un relato sobre el pasado como una representación fiel de lo que *realmente acaeció*. Asumir la perspectiva de memorias y autobiografías nos impide no sólo diferenciar entre historia y construcción de la memoria, sino también aprehender la complejidad de las relaciones que existen entre cualquier población civil y un ejército de ocupación, incluso si el régimen que derriba este ejército de ocupación no disfruta de simpatías entre los naturales del país. Como mostró pocos años más tarde la experiencia de la población civil alemana bajo la ocupación soviética, las relaciones cotidianas con un ejército extranjero que se hospedaba en las casas de los civiles, decidía con amplios márgenes de arbitrariedad sobre la vida y la muerte y podía violar a las mujeres jóvenes en cualquier momento del día, no siempre se regían por el temor, la subyugación permanente y el servilismo de la población ocupada, integrada de forma mayoritaria por hombres maduros, mujeres y niños. La necesidad de sobrevivir en coyunturas de escasez de recursos y alimentos, en medio de una atroz incertidumbre ante el futuro, forzaba a los civiles a buscar puntos de consenso y a eludir el conflicto con los soldados ocupantes, así como a procurar establecer «puentes» de entendimiento con ellos que garantizaran la integridad física y la alimentación de las familias. De esta manera, las reglas que en tiempos de paz regían las relaciones sociales y las normas colectivas y comúnmente aceptadas de las comunidades campesinas o de los barrios urbanos, lo que podemos denominar en sentido amplio la *economía moral* de la comunidad, sufrían una suerte de interrupción y adaptación temporal. La necesidad de supervivencia y de adaptación a las circunstancias obligaba a establecer una distinción entre un ente impersonal (el ejército de ocupación) y los *ocupantes* concretos con los que individuos y familias podían forjar relaciones de cierta complicidad, más allá de prejuicios previos o de simpatías concretas^[289].

No muy diferentes fueron las posturas de la población civil rusa, bielorrusa y ucraniana, que al menos en las zonas occidentales de Ucrania mostró actitudes muy cooperativas con los ocupantes; o las actitudes de los diferentes pueblos del Cáucaso. Un convencido nazi y responsable del SD en una zona próxima a la ciudad ucraniana de Lviv anotaba en su diario, a lo largo de julio y agosto de 1941, sus veladas con familias ucranianas, sus charlas con ancianos y ancianas nativas y hasta la afición de sus camaradas —también miembros, como él, de un

Einsatzgruppe— al galanteo con las mujeres campesinas, con la misma naturalidad con la que detallaba las represalias contra la población judía y sus prejuicios raciales^[290]. A partir del verano de 1943, cuando las perspectivas de victoria para el Tercer Reich comenzaron a evaporarse, muchos soldados alemanes estacionados en la retaguardia o en las zonas inmediatas al frente se preocuparon sobre todo de procurarse una vida cotidiana, y unas relaciones con la población circundante, que se acercasen lo más posible a un concepto de *normalidad*, y tendieron a dejar los objetivos teóricos de la guerra en un segundo plano. La cuantificación de estas conductas es simplemente imposible, y más aún determinar si constituyeron la norma o la excepción. Pero el conjunto de experiencias de guerra que se puede extraer de memorias, cartas y testimonios, tanto de ocupantes como ocupados, muestra también un panorama en el que en amplias zonas del territorio bajo control del Eje podía imperar una suerte de forzada convivencia; o, si se quiere, de conllevancia mutua^[291].

Las relaciones entre ocupantes y ocupados —ancianos, mujeres y niños— en espacios reducidos y en un contexto general de gran escasez de alimentos y abrigo eran complejas y en absoluto discurrían con placidez. Se desarrollaron amistades, complicidades y flirteos entre los soldados del Eje y las mujeres rusas, bielorrusas y ucranianas. Esa situación generaba abundantes fricciones y conflictos cotidianos, que a menudo se saldaban con peleas entre los propios soldados alemanes por cuestiones de faldas —o entre soldados de diferentes nacionalidades pertenecientes al Eje—. Pero también podían ser motivo de esas disputas las incautaciones de botín o el reparto de raciones^[292]. El contacto era inevitable, como también lo era el galanteo amoroso y el intercambio carnal. Las relaciones sexuales entre mujeres eslavas y bálticas y los soldados alemanes se extendieron pronto mucho más allá de los prostíbulos organizados por el ejército alemán en la retaguardia. Hitler y Himmler, muy a su pesar, estimaban en una conversación mantenida un año después de la invasión que el número de hijos ilegítimos de padre alemán en el territorio ocupado de la URSS, producto de relaciones estables, encuentros ocasionales o simplemente violaciones, podía ascender a cerca de un millón.

Los amoríos con mujeres soviéticas, idealizados en la memorialística posterior de los soldados del Eje, revestían también un alto grado de ambivalencia. Buena parte de esas relaciones encubrían una pura y simple prostitución, motivada por la necesidad de supervivencia. Muchas mujeres

civiles ofrecían su cuerpo a cambio de dinero, alimentos o protección para ellas y su familia. Aunque estaba prohibido en teoría para los combatientes alemanes por razones de *higiene racial*, y era una conducta punible por parte de los oficiales, ese intercambio nunca dejó de tener lugar, aunque su frecuencia y dimensiones sean difíciles de evaluar. Los mandos del *Ostheer* parecen haber mostrado una amplia tolerancia al respecto, ya desde el verano de 1941, e hicieron la vista gorda ante abusos, galanteos o simples relaciones fugaces de sus subordinados con las chicas rusas o ucranianas, incluso si se trataban de miembros de los *Einsatzgruppen*, a los que sus oficiales les podían permitir echar una cana al aire, pero no relaciones estables y públicas^[293]. Las mujeres ucranianas, escribía el soldado Reese, «ni abandonadas ni feas, se ofrecen por un pedazo de pan». Y aunque en un principio aquél se mostraba reacio a aceptar el intercambio sexual con mujeres campesinas y poco arregladas que no encontraba en demasía atractivas, en 1944 ya no hacía ascos a esas mismas ofertas, en un momento en el que las visitas a casa o a los burdeles de retaguardia se hacían esperar demasiado^[294].

Pero no sólo se trataba de sexo a cambio de comida. Los enamoramientos idealizados con jóvenes campesinas de la retaguardia abundaron entre los *Landser* del Ejército del Este, casados o solteros. No era tanto amor sincero como la necesidad de encontrar un oasis de afecto y de emociones positivas en medio de la barbarie y las privaciones; y una ternura, por muy artificial que pudiese ser, que compensase el temor omnipresente de que sus novias o cónyuges en Alemania les estuviesen engañando con otros hombres durante su ausencia. Era, en definitiva, también un aprovechamiento de la parte positiva que tenía ser soldado en una guerra lejos de casa: poder permitirse cosas que en tiempos de paz eran más difíciles; entre ellas, la aventura amorosa^[295].

Reflejo de esa situación ambivalente era también que los abusos sexuales contra mujeres rusas estuvieron a la orden del día entre los soldados alemanes y de otras nacionalidades destacados en Rusia. Su rastro cuantitativo es difícil de detectar en los juicios militares por la sencilla razón de que sólo una minoría de los delitos sexuales fueron objeto de procedimiento procesal. Pero el número de violaciones no parece haber sido tan elevado, ni su impacto en la población civil tan profundo, como el perpetrado por las tropas del Ejército Rojo en 1944-1945 en Europa oriental y Alemania. Ello se debía, entre otras razones, al tabú racial que separaba a los soldados germanos de mujeres pertenecientes a razas

inferiores; pero también a la menor tolerancia de la oficialidad del *Ostheer* hacia una conducta que era contemplada como un agente inhibidor de la disciplina. Y, con más probabilidad, a que la combinación de hambre y penalidades, así como el poder real de que disponían los ocupantes, hiciese menos necesario recurrir a la fuerza para obtener favores sexuales a cambio de contrapartidas. Otra cosa eran las «selecciones» forzosas de mujeres eslavas entre 15 y 45 años en pueblos ocupados para ser llevadas a burdeles en la retaguardia, donde eran destinadas a la prostitución de modo organizado y bajo un estricto control sanitario. Las esclavas sexuales de la Wehrmacht, al contrario que las del ejército japonés en Asia oriental, constituyen un aspecto oscuro de la guerra del Este que todavía no ha sido estudiado en profundidad^[296].

Tras la estabilización de los frentes en el invierno de 1941-1942, muchos mandos intermedios, así como algunos generales de división y hasta el Alto Mando de Cuerpos de Ejército enteros, llegaron a la conclusión de que contar con un cierto apoyo de la población civil, cuando menos pasivo y mediatizado por el miedo a las represalias, minimizaba un peligro mucho mayor para los ocupantes: el que los habitantes de la retaguardia, desesperados por el odio, prestasen un apoyo mayoritario a las partidas guerrilleras; o bien que estallasen motines de subsistencias. En el nivel de los mandos inferiores de las unidades del Ejército del Este los márgenes de elección de que disponían capitanes, tenientes y suboficiales a la hora de decidir cuál debía ser la reacción concreta ante casos individuales era lo suficientemente amplia como para que en una aldea, pongamos por caso, fuesen pasados por las armas diez personas o cien, o para que no ocurriese nada. De ahí que las relaciones entre los campesinos ucranianos, bielorrusos o rusos y los ocupantes también se caracterizasen en ocasiones, y en sectores determinados del frente —como era el caso del sector de Leningrado—, por una muy controlada porosidad y un delicado equilibrio mutuo^[297]. Los soldados necesitaban alojamiento, cierta seguridad y confort cotidiano que les proporcionase un cierto refugio del horror de la guerra. Muchos civiles, si no la mayoría, se preocuparon más por sobrevivir, y por adaptarse a las cambiantes circunstancias, que por perseguir otros objetivos más abstractos. La perspectiva de obtener comida y protección, de lograr un cierto ascenso como miembro auxiliar de las instancias inferiores de la administración civil alemana, o incluso de formar parte de las fuerzas de policía auxiliar, podía constituir, asimismo, un aliciente poderoso para muchas familias

campesinas^[298].

Ese equilibrio, con todo, estaba constantemente en peligro por la evolución de la actividad partisana, que podía radicalizar las espirales represivas; y asimismo por los designios del Alto Mando y el propio carácter ideológico de la guerra en el Este, cuyo fin último era condenar a largo plazo a la inanición a un porcentaje apreciable de la población de las zonas ocupadas. Ahora bien, dado que las directrices de junio de 1941 permitían a los oficiales sancionar aquellos comportamientos de la tropa hacia la población civil que fuesen considerados nocivos para el mantenimiento de la disciplina, y que entre los cuadros militares se podía apelar, muchas veces con descarnado cinismo, al «honor del Ejército alemán» (*Ansehen der deutschen Wehrmacht*), en algunas unidades se intentó mantener a raya el saqueo y la expoliación de los campesinos. Sobre todo, si su carácter era caótico y no subordinado a necesidades logísticas de alcance medio. Lo que causaba sorpresa entre los mandos soviéticos, al encontrar muchas veces copias de esas órdenes en los cadáveres de soldados alemanes del frente de Leningrado^[299].

A pesar de todo, la colaboración de la población civil no podía compensar su endémica falta de alimento y medicinas o cuidados médicos en general, consecuencia a su vez de la negativa del ejército de ocupación a hacerse cargo de su manutención. Varios testimonios en ese sentido inciden en señalar que buena parte de la población civil rusa se hallaba de manera permanente en un estado médico cercano al colapso físico, debido a los efectos de la malnutrición. He aquí la descripción que un capitán médico de la División Azul dotado de una fina sensibilidad, Manuel de Cárdenas, ofrecía de lo que veía en la ciudad de retaguardia de Gatschina el 1 de septiembre de 1942:

Gatschina es, desde luego, una ciudad grande, pero hoy ofrece la misma vestidura, sucia y triste de la guerra, que Pleskau, Wilna y demás ciudades del territorio de ocupación. Por todas partes sorprenden los edificios derruidos por la aviación o por la artillería; los hoyos que las bombas dejan en las calles se rellenan con escombros; la mayor parte de las tiendas no tienen cristales, y no se han revocado ni pintado las casas. Los servicios municipales no funcionan, y los montones de basuras lo dominan todo. [...] Hay mucha gente por la calle, soldados de ocupación, oficiales bien vestidos con la alta gorra sin aro interior, que les da un cierto aire fanfarrón; *mujicks* [campesinos] viejos, barbudos, sucios y harapientos; mujeres viejas y astrosas con cara amarillenta por el hambre de muchos meses. Muchachas jóvenes guapas pero sucias y pobres, no tan delgadas como las viejas, pues pueden trabajar algo y, con su juventud, se las arreglan mejor para comer; arrapiezos descalzos, horriblemente delgados, con piernas de esqueleto y gorra en la cabeza, que los niños rusos no se quitan jamás. Pocos perros, pues no pueden alimentarlos y, los pocos que se ven, flacos como espectros, merodean en los

montones de basura a la busca de algún desperdicio.

El hambre, entre estas gentes civiles, es, sencillamente, espantosa. Pienso que acaso no puedan sobrevivir al invierno que se avecina. A menudo pasan hombres de cara con rasgos de juventud, pero horriblemente avejentados, con la palidez de los avitaminados y las piernas hinchadas por los edemas del hambre. Y estos semihombres son los agraciados que no han ido a parar al campo de prisioneros. ¡La guerra es horrible! ¡Y mucho más aún para los vencidos!^[300].

El hambre era la obsesión de los civiles rusos, como en buena parte también lo era de los soldados, según reconocía en su diario la maestra rusa Lída Osípova, ella misma colaboradora de los ocupantes en la ciudad de Pavlovsk, en el frente de Leningrado. Los niños y las mujeres se peleaban, literalmente, por las sobras de comida que les daban los ocupantes españoles y alemanes. Y estaban expuestos a que el siguiente pelotón de soldados que pasase por su aldea les quitase lo poco que aún tenían^[301]. El teniente Heinz E. escribía a su esposa desde el frente de Leningrado en octubre de 1941 con franqueza inusual que la población civil del área estaba dispuesta a lo que fuese con tal de comer:

Aquí ha caído el invierno de golpe, con nieve y diez grados bajo cero. [...] La población civil va a sufrir mucho, ya que no hay reservas ni de combustible ni de comida. Nuestras cocinas de campaña ya han sido poco menos que sitiadas. Veo que habrá una gran hambruna. Por un pedacito de pan las mujeres trabajan todo el día para nosotros^[302].

Al mismo tiempo, las relaciones entre civiles y ocupantes también se caracterizaban por la rivalidad más primaria: la búsqueda de comida, de leña, de ropa suplementaria para pasar el invierno. Los diarios y las cartas de soldados alemanes informan a veces de la manera más banal a sus padres, novias y esposas de la obsesión por buscar comida que complementase las espartanas raciones de la Wehrmacht; pero también se hacían eco de la suerte de pillar un buen botín. Una semana después de haber invadido la URSS, el cabo Werner Bergholz escribía en su diario, de forma tan breve como contundente:

31.6.41. Cuando pasamos por Rowno el 29 de junio, todos los comercios fueron saqueados, cada uno se llevaba lo que le cabía bajo los brazos [...]. 1.7. Hoy sacrificamos un cerdo. [...] 2.7. Por la noche dos de nuestros centinelas fueron abatidos. Cien hombres fueron por ello puestos contra un muro. Debían ser todos judíos^[303].

La situación no hizo sino permanecer invariable en sus rasgos más dramáticos a lo largo de los tres años siguientes. El soldado Willy Reese escribía a sus padres el 22 de septiembre de 1943, camino del frente a través de Bielorrusia, que «se saquean los pueblos, se cogen gallinas, vacas, ovejas, zanahorias, patatas, y a lo largo de todo el tren arden fuegos, se tuesta pan, se asa y se devora»^[304]. El saqueo tenía, como muestran buena parte de las cartas de los soldados del *Ostheer*, algo de organizado y sistemático. Los combatientes alemanes eran conscientes de que la población civil se quedaba a menudo sin sus últimas vituallas. Pero no sólo la guerra era la guerra, una cuestión del «ellos o nosotros». También se traslucía la conciencia de que la confrontación entre soviéticos y alemanes era una guerra de conmovisiones cuyos condicionantes estructurales convertían a los soldados en meros agentes ejecutores. Y si los campesinos no colaboraban, se merecían las requisas. El soldado Bauer escribía así a su casa el 12 de octubre de 1943:

Ayer salieron unos 20 camiones por la zona para procurar las patatas para el destacamento. Se trata de un requisito de la guerra [...]. Un oficial al mando va con la gente a un pueblo y exige tantas patatas. Pero hay auténticos pueblos de partisanos que no nos dan nada voluntariamente. Entonces hay que organizar el asunto: gallinas, cerdos, patos, gansos cambian a continuación de dueño^[305].

Era también una buena muestra de que el individualismo más egoísta, la lucha descarnada por la supervivencia señoreaban entre soldados y civiles. El teniente alemán Emerich P., destinado en la Comandancia Local (II) 351 de la retaguardia del frente de Leningrado, escribía de modo expresivo en septiembre de 1942 a su casa que «los soldados, españoles o alemanes, que arriesgan su vida en la vanguardia, no se preguntan si el *Muschik* [campesino] pasa hambre en invierno o no, sino que simplemente arrancan las patatas del suelo». El problema para la comandancia alemana era que los saqueos de los soldados, que también se apropiaban de paja y de avena, motivaban la protesta de los campesinos. Todo lo que no era vigilado con armas era susceptible de ser robado por los combatientes, incluyendo las contraventanas y las puertas de las casas para quemar como leña en el invierno. Pero también la población civil robaba lo que podía, imitando a los soldados. Esto hacía pensar al teniente alemán que tal vez sería necesario «colgar a un par [de campesinos] como ejemplo intimidatorio»^[306]. El pato, al final, siempre lo pagaban los mismos.

Los civiles soviéticos no sólo padecían por la escasez crónica de comida. Si caían enfermos, sus posibilidades de supervivencia eran mínimas. Faltos de medicinas, sin material sanitario y carentes de atención facultativa, dependían como mucho de la buena voluntad de los médicos militares alemanes que quisiesen atenderlos, lo que en algunos casos también sucedía. En la retaguardia ocupada por la Wehrmacht subsistieron algunos hospitales civiles. Pero su dotación de personal y en particular de medicinas y material clínico y quirúrgico era casi nula. El capitán médico Manuel de Cárdenas tuvo oportunidad de visitar uno de esos hospitales en Kolmovo, en las afueras de la ciudad de Novgorod, el 3 de junio de 1942. En sus instalaciones, correspondientes a un antiguo sanatorio psiquiátrico, se trataba a la «población civil que se quedó aquí, a espaldas del éxodo militar han pasado este invierno y pasa ahora la más terrible de las hambres y de las miserias. Esta población desesperada sufre hoy, además del espanto de las privaciones, las epidemias y la caída diaria de metralla sobre sus casas de madera». El panorama descrito con precisión de cirujano por Cárdenas no podía ser más desolador:

Un oficial de la intendencia alemana se cuida de la administración del hospital. Me presenta a la directora, una doctora rusa, cuyo nombre siento no recordar. [...] El hospital tiene cuatrocientas camas, pero como el número de hospitalizados es mayor, han de acostarse, por lo general, tres en cada dos camas. El hospital está limpio y ordenado, pero huele horriblemente mal, mezcla del hacinamiento de humanidad y de la col fermentada que es casi la única alimentación de aquella pobre gente.

En el piso bajo visito una sala en la que yacen dieciocho enfermos, hombres, mujeres y niños, con tifus exantemático. [...] Yacen todos en la cama como atontados, con la cara enrojecida y los ojos inyectados, que recuerdan los del sarampión. [...] Observo que la rusa no toma precaución alguna y toca, con sus manos, sábanas y cuerpos enfermos. Le pregunto si no tiene miedo a contagiarse y me dice que no le importa. Lo creo. Acaso no espere librarse de tanto horror como la rodea.

Son los típicos los únicos enfermos que no están pálidos en este hospital. En las demás salas veo enfermos de todas clases, pero todos parecen cadáveres cubiertos de pellejo: tal se marcan sus ojos y sus órbitas. [...] Los cuerpos hacen competencia en delgadez, y la cara, manos y pies

muestran con la mayor nitidez el dibujo anatómico, hasta el más insignificante tendón. [...] Todos estos enfermos nos miran como asustados. Sus miradas, desde lo hondo de aquellas órbitas profundas, muestran ansia y terror. [...]

Reparten la comida. La llevan en calderos y a cada enfermo, sea cual sea su enfermedad, se le administra una escudilla de sopa de col de olor infecto y una rebanada de unos cincuenta gramos de pan negro. Esto al mediodía y a la tarde; por la mañana sólo pan. Dicen que algún domingo en vez de col comen patatas.

Me dice la doctora que la mortalidad durante el invierno fue tremenda, pues durante una larga temporada carecieron de pan. Ahora muere menos gente^[307].

La conclusión es evidente. Podía haber oasis casi idílicos de paz en el infierno, así como unidades militares que mostraron un mejor comportamiento que otras hacia la población civil, en buena medida por no compartir un adoctrinamiento que insistía en el componente racial, o por ser desplegadas en zonas del frente relativamente tranquilas y sin gran actividad guerrillera. Cuanto menores fuesen las condiciones objetivas que facilitasen el desencadenamiento de una espiral de brutalización y represalias mejores eran las relaciones entre ocupantes y ocupados. Y así sucedió en algunos momentos y regiones^[308]. Pero la realidad global y cotidiana de la ocupación alemana en la URSS estuvo marcada de modo determinante por las condiciones estructurales que imponían a la actuación de unidades, soldados y oficiales individuales los objetivos de la guerra de exterminio y explotación planeada por las élites dirigentes del Tercer Reich. Si un hospital para población civil no tenía medicinas, y si ancianos, mujeres y niños no tenían qué llevarse a la boca, existía poco espacio para el intercambio sincero de experiencias y vivencias entre ocupantes y ocupados. Al final, la *guerra de Rusia* no era una guerra cualquiera. Y las consecuencias de esa excepcional situación llegaban a todos los rincones de su territorio.

CAPÍTULO 4

ESCENARIOS DECISIVOS

Entre el fracaso de la ofensiva alemana sobre Moscú y el comienzo de la gran contraofensiva soviética de invierno en enero de 1944, el frente del Este se caracterizó en lo esencial por ser una guerra de posiciones, cuando no de trincheras, en la que una línea estable cruzaba de sur a norte el territorio europeo de la URSS. Era una guerra de desgaste jalonada por continuos golpes de mano, pequeñas ofensivas y ataques de distracción, que provocaban una constante sangría de bajas en ambos bandos, y cuya descripción sería tediosa. Una vez comprobado que no tomaría Moscú, la Wehrmacht concentró sus esfuerzos de modo particular en el frente Sur, en una zona que abarcaba desde Orel hasta el mar Negro y el Cáucaso, donde todavía en 1942 se registró un fuerte avance del ejército alemán y sus aliados, que fue seguido de un retroceso a las posiciones de partida.

Dentro de ese panorama, la suerte del frente, de la guerra germano-soviética y, en buena parte, de la Segunda Guerra Mundial en su conjunto, se jugó en tres escenarios bélicos muy diferentes, todos ellos alejados de Moscú, y con características muy distintas entre sí. En el norte, Leningrado resistió un bloqueo por hambre de dos años y medio de duración. En el sur, la mítica y brutal batalla de Stalingrado comenzó como una lucha sin cuartel casa por casa en una ciudad en ruinas y acabó con la masacre de un cuarto de millón de hombres atrapados en su propia trampa. En el centro, la última batalla en la que la Wehrmacht jugó a la ofensiva, en Kursk, se saldó con el enfrentamiento entre carros de combate más espectacular de la historia y unas aparentes tablas. En los tres escenarios, la inicial ventaja alemana y de sus aliados se difuminó frente a un Ejército Rojo que había aprendido muchas de las lecciones de 1941. Y el enorme desgaste a que ambos bandos se sometieron acabó perjudicando sobremanera al Tercer Reich, el que disponía de menos reservas en hombres y medios.

El cerco de Leningrado

En el reparto de tareas asignado durante los preparativos de la Operación Barbarroja, el llamado Grupo de Ejércitos Norte, integrado por los Ejércitos 16.º y 18.º y el 4.º Grupo Blindado, habría de encargarse de avanzar a través de la región báltica, tomar la ciudad de Leningrado hacia el 20 de agosto, y esperar a la llegada del Grupo de Ejércitos Centro antes de avanzar de manera conjunta en dirección a Moscú desde el norte y el oeste. El Alto Mando del Ejército de Tierra, y en particular su comandante supremo Franz Haider, no consideraba que la toma de Leningrado revistiese una relevancia estratégica primordial, y prefería concentrar fuerzas de inmediato en la conquista de Moscú. Pero el hecho simbólico de que Leningrado, antiguo (y actual) San Petersburgo y Petrogrado, hubiese sido la cuna de la revolución bolchevique y el interés estratégico en despejar el tráfico marítimo en el Báltico eran motivos más que suficientes a ojos del Führer nazi para tomarla al asalto. Hitler, además, impuso su opinión de que los objetivos estratégicos fundamentales eran la ciudad industrial de Leningrado y en el sur los pozos petrolíferos del Cáucaso y las regiones agrícolas de Ucrania, para después asestar el golpe definitivo contra Moscú. Sin embargo, el hecho de que el avance fuese más lento de lo previsto contribuyó a introducir modificaciones sucesivas en la concepción estratégica de la conquista. De entrada, algunas fuerzas motorizadas del Grupo de Ejércitos Norte fueron desviadas hacia el sur. Progresivamente, el frente de Leningrado se convirtió en un escenario lateral de la guerra.

En la región de Leningrado, además, la Wehrmacht podía contar con el apoyo del ejército finlandés, que veía en el golpe alemán contra la URSS su oportunidad para recuperar los territorios perdidos a manos del Ejército Rojo en la *Guerra de Invierno* de 1939-1940, en la que los finlandeses consiguieron derrotar primero a las fuerzas soviéticas, pero que habían tenido que soportar la anexión por la URSS de varios territorios en Carelia. Cuando Hitler invadió la Unión Soviética, el Gobierno de Helsinki se puso de su lado, declarando la guerra a la URSS el 25 de junio de 1941. La intervención finlandesa tuvo lugar

en el flanco norte de la batalla de Leningrado, contribuyendo al bloqueo de la ciudad, y hasta septiembre de 1944 mantuvo las hostilidades con la Unión Soviética. Pero la participación de las tropas bajo el mando de Helsinki fue presentada como una segunda parte (de ahí el nombre oficial finlandés: *Guerra de continuación*) de la agresión soviética de 1939.

Según las instrucciones de Hitler, el OKW pretendía poner en práctica en el frente septentrional algunas de las lecciones aprendidas en la conquista de otras ciudades soviéticas, desde Kiev a Kharkiv y Minsk. En particular una: la toma de un núcleo urbano entrañaba una cruenta guerra de guerrillas, en la que los defensores se hacían fuertes casa a casa, la superioridad en carros blindados y artillería de los atacantes perdía valor, y el número de bajas para la Wehrmacht aumentaba drásticamente. La estrategia pasaba a ser otra: sitiar las ciudades creando una suerte de guetos que se consumirían por hambre, evitando a la vez que se concentrasen en ellas campesinos huidos del entorno rural. En otras ciudades ocupadas, por lo demás, la Wehrmacht sólo se había preocupado de alimentar a aquellos ciudadanos soviéticos que efectuaban trabajos para el ejército ocupante, desentendiéndose del resto.

En la investigación histórica no reina un consenso definitivo acerca del motivo determinante de la decisión de sitiar Leningrado por hambre. Para algunos autores, se trataba ante todo de una suerte de odio personal de Hitler por la ciudad del Neva, origen de la revolución bolchevique. Para otros, fue una decisión de carácter circunstancial y condicionada por el desarrollo estratégico de la campaña en el otoño de 1941, así como por el deseo de evitar una lucha casa por casa en la ciudad, para lo que el Ejército Rojo ya se preparaba, a las órdenes del mariscal Voroshilov, nombrado comandante en jefe de los ejércitos soviéticos del noroeste. Y para otros más, la decisión de dejar morir por hambre a la población de Leningrado se encuadraba dentro del proyecto de guerra de exterminio racial nacionalsocialista, que en última instancia dictaba las prioridades militares en el Este.

La interpretación más plausible es que la decisión se tomó ya en julio de 1941 no tanto por razones tácticas inmediatas, sino por el convencimiento por parte del OKH de que la guerra relámpago se iba a convertir tarde o temprano en una guerra de posiciones, y que en consecuencia era ya aconsejable reducir objetivos y concentrar las cada vez más renqueantes fuerzas de la Wehrmacht para descargarlas sobre un ataque final a Moscú. Además, evitar hacerse cargo de la alimentación de la población de Leningrado ahorraba un problema logístico

de dimensiones considerables al Grupo de Ejércitos Norte. Y constituía en sí mismo un objetivo coherente con los fines a medio y largo plazo de la conquista de la URSS, como eran conquistar *espacio vital* y explotarlo económicamente. Para ello, como hemos visto, sobaban hasta treinta millones de ciudadanos soviéticos. Por consiguiente, la decisión estratégica del sitio por hambre fue tomada en el trasfondo de un objetivo a largo plazo del que el mando militar alemán era bien consciente, como era la eliminación física de la mayoría de los habitantes de la región en función de los objetivos supremos de carácter geopolítico de la Operación Barbarroja. Ese proyecto no difería en mucho del concebido para otras partes de la URSS, pero sí revestía en el área de Leningrado un carácter más radical: se trataba no sólo de exterminar y esclavizar a la población que sobreviviese, sino también de regermanizar el conjunto del área^[309].

Las tropas del Grupo de Ejércitos Norte alcanzaron a comienzos de septiembre de 1941 las afueras de Leningrado, y cortaron la vía férrea entre Leningrado y Moscú. Las unidades finlandesas atacaron desde el norte, y reconquistaron el istmo de Carelia en agosto. Pero frenaron su avance al llegar a la frontera anterior a la *Guerra de invierno*, se negaron a traspasar ese confín y no ocuparon la orilla este del lago Ladoga, como en un principio era deseado por sus aliados alemanes. Tampoco participaron de forma activa en los bombardeos aéreos de la ciudad, pues el objetivo del general Cari Gustaf Mannerheim, héroe nacional tras sus éxitos frente a los soviéticos dos años y medio antes, residía únicamente en recuperar los territorios perdidos. El Gobierno finlandés temía sobre todo que los aliados occidentales de la URSS acabasen por declararle la guerra en el caso de que sus tropas penetrasen en territorio soviético. Aunque Gran Bretaña dio ese paso en diciembre de 1941, no hubo ningún enfrentamiento armado entre ambos países, en una suerte de acuerdo tácito de no agresión. Y el Gobierno de Helsinki declinó también adherirse al Pacto AntiKomintern^[310].

A pesar de la fuerte resistencia soviética, el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte, el mariscal Ritter von Leeb, estaba convencido de que era posible conquistar la ciudad. A principios de septiembre de 1941 los alemanes ya bombardeaban el centro de Leningrado. El 6 de septiembre, el OKW anunciaba al Grupo de Ejércitos Norte que el 4.º Grupo Blindado era desviado hacia el sur, y que Leningrado no debía ser tomada al asalto, sino que las fuerzas germanas se debían limitar a cerrar el sitio sobre la ciudad. Tras alguna resistencia por parte

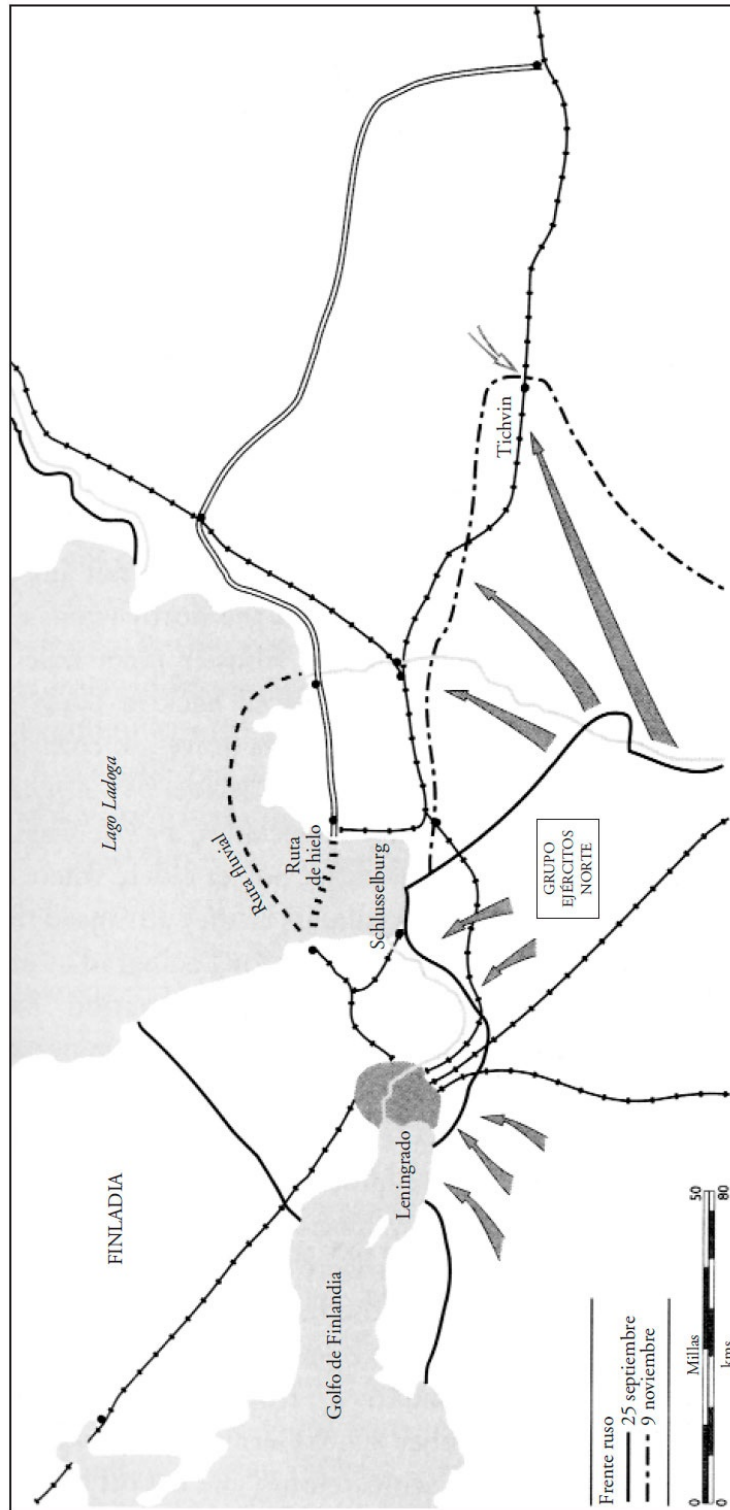
del mariscal Ritter von Leeb, el cerco se estrechó, culminando el 6 de noviembre de 1941 con la conquista de la ciudad de Tichvin, nudo ferroviario situado al este del lago Ladoga. Con ello se completó el sitio, pues quedó interrumpida la comunicación por tren entre la orilla oriental del Ladoga, en manos soviéticas, y la zona leal a Moscú. Era un cerco incompleto y frágil en la medida en que frente a catorce divisiones de la Wehrmacht, con equipamiento insuficiente para el duro invierno, se situaban al menos treinta divisiones soviéticas^[311]. Pero desde el resto del territorio de la URSS sólo se podía llegar a Leningrado a través de la ribera este del lago Ladoga.

La Wehrmacht se aprestó a la tarea de provocar el exterminio por inanición de la gran mayoría de los habitantes de la ciudad, evitando así tener que hacerse cargo de la alimentación de tres millones de personas. Pese a las dudas por parte de algunos generales de división alemanes acerca de si sus hombres aguantarían tener que disparar contra masas de mujeres y niños que, presas del hambre, decidiesen escapar del cerco de Leningrado, la orden del OKW al Grupo de Ejércitos Norte, cursada el 7 de octubre de 1941, destacaba que «el Führer ha insistido en que no se debe aceptar una capitulación de Leningrado, y ni siquiera más tarde de Moscú, aunque sea ofrecida por el enemigo»^[312].

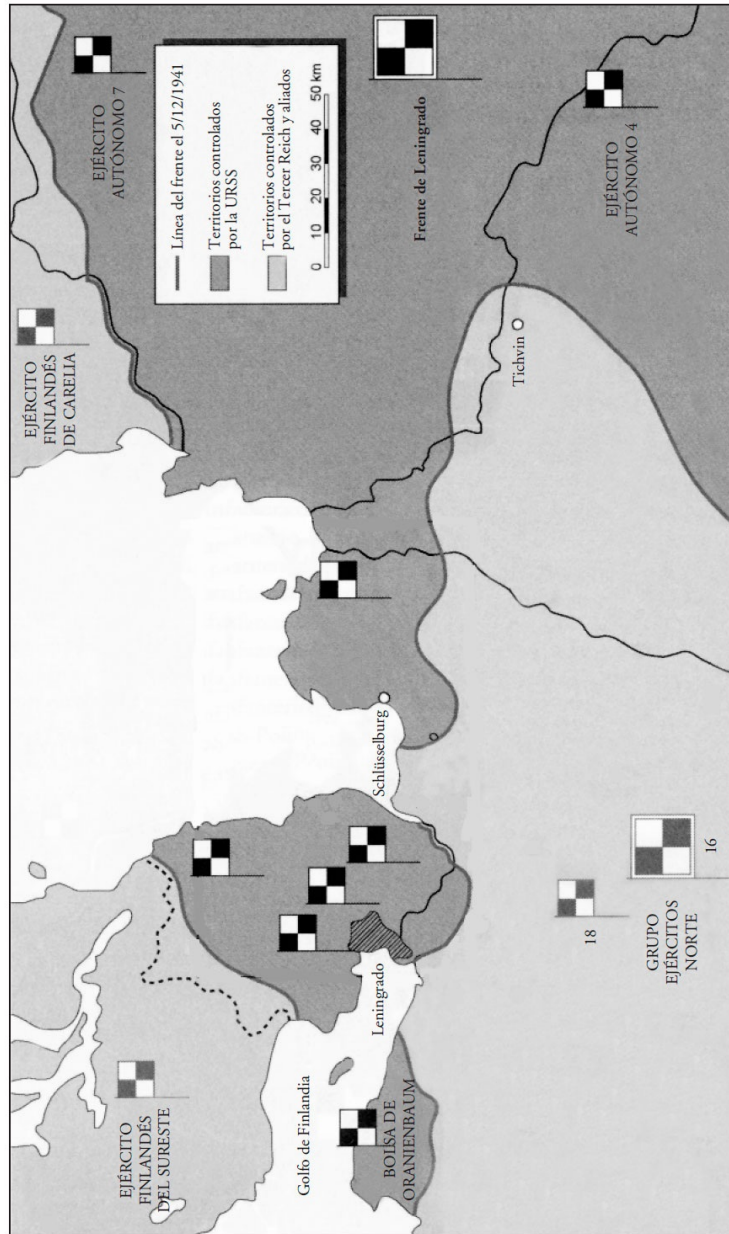
Así, de paso, la región de Leningrado se «vaciaría» de población eslava. Según las directrices de los dos proyectos de colonización y regermanización de las «marcas» exteriores del Reich alemán que habían sido elaborados entre 1939 y 1941, y que hallaron su mejor expresión, como ya vimos, en el Plan General Este redactado en mayo de 1942 bajo la supervisión del Reichsführer SS Heinrich Himmler, toda la región de Leningrado debía ser *vaciada* paulatinamente de población eslava. El vaciamiento debía empezar por las áreas urbanas y en una segunda fase, a ritmo más lento, extenderse a las zonas rurales^[313]. La región, para la que se recuperó el antiguo nombre sueco de *Ingermanland*, debía ser colonizada en un futuro próximo por alemanes traídos del Reich, de la diáspora americana y de otras zonas de Europa oriental, además de, si era necesario, por otros pueblos germánicos (holandeses, noruegos y suecos). La determinación de sitiar Leningrado por hambre fue anterior a la concreción de este plan, y la decisión definitiva no se tomó en el curso de los preparativos de la Operación Barbarroja. Sin embargo, el genocidio contra la población de la ciudad, y la intención de eliminar a los habitantes eslavos «sobrantes» en una zona que se quería repoblar con colonos germánicos, estaba

ya esbozado en manifestaciones anteriores del propio Hitler y sus generales. Por lo tanto, el exterminio físico de la mayoría de sus habitantes habría de preparar el terreno para los planes de germanización de la región. Su puesta en práctica tuvo mucho que ver con la necesidad, nueva para la Wehrmacht, de hacer frente a una situación militar que no se correspondía con las previsiones de una guerra relámpago. Se trató de una intersección entre un proyecto ideológico a medio plazo (la germanización del área de Leningrado) y otro a corto plazo (las necesidades logísticas y tácticas inmediatas de la Wehrmacht).

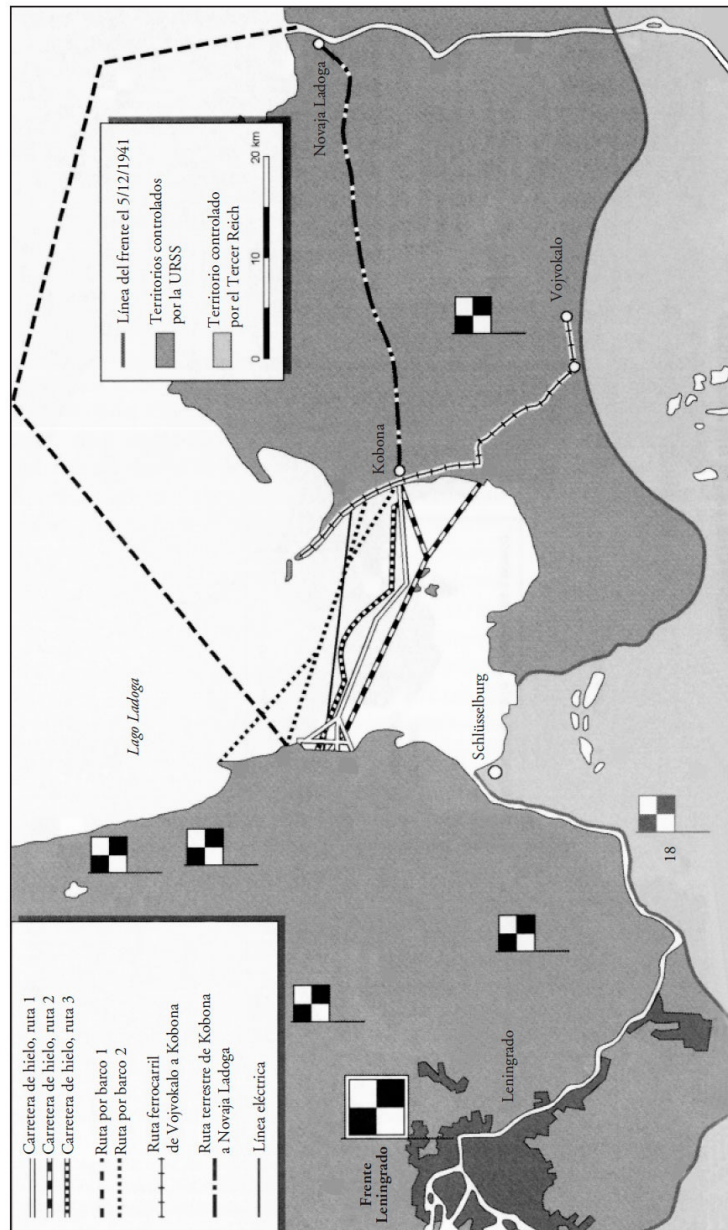
Tras la ofensiva alemana para tomar Tichvin, culminada como hemos visto a principios de noviembre de 1941, los objetivos parecían cubiertos. Pero la contraofensiva soviética de comienzos de diciembre culminó el día 7 de ese mes con la reconquista de Tichvin y la retirada de las tropas alemanas y sus aliados a la orilla derecha del río Volchov. Con ello, la ciudad sitiada pudo abastecerse de nuevo mediante convoyes ferroviarios que después eran transportados a través del lago Ladoga, y su situación se alivió. Los Ejércitos 16.º y 18.º del Grupo de Ejércitos Norte afrontaron, a partir de ese momento, una larga guerra de posiciones, a lo largo de una línea de trincheras extendidas entre el lago limen y Leningrado, que habría de mantener un frente estable hasta la definitiva ofensiva soviética de enero de 1944, con la sola salvedad de la lengua de tierra al sur del lago Ladoga, en torno a Schlüsselburg.



Mapa 4. El cerco de Leningrado, septiembre-noviembre de 1941.



Mapa 5. El cerco de Leningrado, diciembre de 1941.



Mapa 6. «La carretera de la vida», a través del lago Ladoga.

Aunque desde la reconquista de Tichvin el frente de Leningrado no ocupó la mayor prioridad en las preocupaciones de Stalin, el Ejército Rojo intentó romper el cerco en varias operaciones, particularmente mediante ofensivas lanzadas al sur de Leningrado y en el frente del Volchov, tanto en noviembre-diciembre de 1941 como en la primavera y verano de 1942. Todas ellas acabaron en un rotundo fracaso. Al sur de Novgorod, el ataque soviético formaba parte, en realidad, de las operaciones destinadas a aprovechar el éxito de la contraofensiva

de Moscú, intentando llegar a Smolensko mediante un movimiento de pinza. Seis divisiones alemanas del 2.º Cuerpo de Ejército resistieron un prolongado cerco en la llamada bolsa de Demiansk. Las tropas sitiadas, sin embargo, consiguieron mantenerse sobre el terreno gracias al puente aéreo improvisado por la *Luftwaffe*, que fue capaz de evacuar 35 000 heridos y de transportar al interior de la bolsa 60 000 toneladas de víveres y municiones, a razón de cien vuelos por día. Al final, el cerco fue roto por los alemanes gracias a la llegada de refuerzos que obligaron a retirarse a los soviéticos el 21 de marzo de 1942.

Por otro lado, la ofensiva del Volchov fue desencadenada por el Ejército Rojo en febrero de 1942. Pero se saldó con miles de soldados soviéticos cercados en una bolsa ubicada en terreno boscoso y pantanoso detrás de las líneas invasoras —la llamada *bolsa del Volchov*— entre febrero y fines de junio de 1942, hasta que el comandante soviético de las fuerzas rodeadas, el general Vlasov, se rindió a las fuerzas alemanas, holandesas y españolas que se encargaron de eliminar la bolsa. Con él cayeron más de 32 000 prisioneros soviéticos, mientras que unos 65 000 soldados perdieron la vida^[314]. Vlasov, que fue hecho prisionero en julio al ser hallado vagando sin rumbo, fue ganado por los alemanes para conformar una división de soldados rusos al servicio del Eje, como ya hemos expuesto.

A principios de 1943 el mando soviético tomó de nuevo la iniciativa para romper el cerco de Leningrado. La primera y principal ofensiva fue la operación *Iskra* (chispa), desencadenada a mediados de enero, que comprendía ataques coordinados desde el frente del Volchov (al sur) y desde Leningrado. Tras duros combates, los soviéticos consiguieron hacer retroceder a los alemanes de sus posiciones en la ribera meridional del lago Ladoga, y el 18 de enero de 1943 lograron abrir un estrecho corredor en tierra firme, pasando por Schlüsselburg. A través de él se construyó con celeridad una vía férrea que permitía el paso de provisiones y tropas de refresco. Gracias a esas medidas, el aprovisionamiento de la ciudad del Neva alcanzó en un mes unos niveles similares a los de otras urbes soviéticas. Ello no significaba que el cerco hubiera sido levantado. En febrero de 1943, las tropas acumuladas al sureste del cerco, en Kolpino, desencadenaron una ofensiva sobre el sector de Krasnij Bor, guarnecido en buena parte por tropas españolas, para intentar progresar por la línea de ferrocarril Leningrado-Moscú. No obstante, y pese a un primer éxito, el desgaste sufrido obligó a los soviéticos a replegarse a sus posiciones de partida. En

julio/agosto y septiembre de 1943 se registraron otras dos ofensivas de alcance igualmente local, sin resultados positivos para el Ejército Rojo^[315].

Los alemanes y sus aliados se vieron obligados a mantenerse sobre el terreno, cubrir la línea del frente de Leningrado y del Volchov, más al sur, para rechazar los intentos soviéticos por romper el cerco, y mantener las comunicaciones con los países bálticos y el propio Reich frente a la actividad partisana en la retaguardia. Esa obligación, combinada con la certeza de la estabilización del frente, llevó al Grupo de Ejércitos Norte a desarrollar algunas necesidades logísticas específicas, que también aconsejaron a los mandos intermedios de las divisiones alemanas la adopción de posturas más pragmáticas frente a la población civil. Pues los campesinos, en su gran mayoría ancianos, mujeres y niños y muchos de ellos deportados de otras zonas^[316], pasaron pronto a cumplir una importante función auxiliar y logística para el ejército alemán y sus aliados. Entre otras tareas, los civiles avituallaban de alimentos y carne a sus tropas; trabajaban en limpieza de caminos y vías férreas además de recoger turba para mandar a Alemania; y sus chozas y cabañas de madera (*isbas*) servían de refugio, sobre todo en los duros inviernos, a los soldados de la Wehrmacht. Más que en ningún otro frente, en la zona ocupada por el Grupo de Ejércitos Norte contar con un cierto apoyo del campesinado ruso, cuando menos pasivo y mediatizado por el miedo a las represalias, fue considerado un elemento necesario^[317]. Ello introdujo algunos matices diferenciales en la política de ocupación alemana en el frente norte, sobre todo a la hora de aplicar las directrices generales del Alto Mando y del propio Hitler por las instancias subordinadas de la Wehrmacht, al menos en el nivel subalterno de batallones, divisiones y cuerpos de ejército.

El sitio de Leningrado obligó al régimen estalinista, a través de las normas adoptadas por el enérgico mando de la defensa de la ciudad durante el tiempo en el que Zhukov estuvo al cargo, a exigir el máximo sacrificio a la población civil, que sumaba en toda su área 2,9 millones de habitantes. Los civiles fueron movilizados para fortificar defensas, cavar trincheras y construir refugios^[318]. Con el fin de sortear el bloqueo y asegurarse una vía de suministros provenientes de la zona leal a Moscú, los defensores de Leningrado se vieron obligados a construir una vía de comunicación hacia el este (el llamado *camino de la vida*) que constaba de hasta seis rutas que atravesaban el lago Ladoga, helado en invierno, para el aprovisionamiento limitado de la ciudad mediante camiones,

que en buena parte sucumbían a los ataques de los cazas de la *Luftwaffe*. El hambre y la escasez de combustible, que acabó con el suministro de energía a edificios civiles o el transporte público, coincidieron además con un invierno extremadamente frío, que provocó la muerte por congelación de millares de civiles.

La escasez de víveres al estrecharse el cerco obligó a un estricto racionamiento desde el mes de septiembre de 1941, que fue disminuyendo a medida que avanzaba el otoño y el invierno de ese año, y que beneficiaba sobre todo a quienes desempeñaban tareas juzgadas *útiles*. Entre mediados de noviembre y mediados de diciembre un trabajador obtenía por día 250 gramos de pan, mientras que empleados, niños y familiares recibían 125 gramos, además de cantidades igualmente magras de grasa, carne y cebada o pasta. A fines de 1941 la población de Leningrado consumía de media entre un veinte y un treinta por ciento de las calorías necesarias para asegurar el mínimo de subsistencia. La escasez del racionamiento, el frío y el duro trabajo provocaron que en los meses álgidos del bloqueo (entre noviembre de 1941 y enero de 1942) se llegasen a superar en la ciudad los 5000 muertos diarios, muchos de ellos abandonados en plena calle y sepultados en fosas comunes. Se registraron, incluso, casos de canibalismo.

Es cierto que a partir de la Navidad de 1941 las raciones fueron aumentando de manera paulatina, gracias a los limitados suministros procedentes en buena parte de la ayuda norteamericana, neozelandesa y australiana, que pudieron ser introducidos en mayor cantidad después de la reconquista de Tichvin. Así se pudo volver a utilizar la línea férrea hasta el Ladoga, y además el hielo había alcanzado un grosor suficiente en el lago para permitir un tráfico más fluido de camiones y mercancías. A partir de abril de 1942, cuando el hielo se fundía, el aprovisionamiento se realizaba en barcos que cruzaban el Ladoga. Aun así, muchos habitantes se hallaban todavía muy debilitados por la malnutrición sufrida el invierno anterior, y fueron pasto fácil de enfermedades, por lo que hasta junio de 1942 las tasas de mortandad se mantuvieron en niveles muy altos, como reflejaban los informes alemanes tras interrogar a prisioneros y espías^[319]. En diciembre de 1942, la ración media distribuida diariamente a los habitantes de Leningrado suponía apenas el 50-60 por ciento de las calorías necesarias para la subsistencia. Hubo que esperar a febrero de 1943 para alcanzar niveles de suministro que garantizaran la supervivencia física. No obstante, a menudo en

las tiendas y los puntos de suministro sólo se podía conseguir pan, por lo que muchos ciudadanos no encontraban dónde validar sus cartillas de racionamiento para el día. Por otro lado, ese pan muchas veces estaba adulterado, con el consentimiento tácito de las autoridades. Las ingeniosas medidas del mando de la defensa de la ciudad, que pasaron por la elaboración de una harina sintética a partir de caparzones, conchas y serrín, o el reciclaje de dos mil toneladas de tripas de cordero en forma de carne picada, no fueron suficientes para detener los estragos de la hambruna. Familias enteras desaparecieron, viendo caer sus miembros uno a uno, víctimas de la malnutrición, el frío y el agotamiento por las continuas jornadas de trabajo en fábricas y trabajos de fortificación. Y diversos testimonios, diarios y cartas conservadas —y sólo publicadas tras 1989— ponen de relieve la resignación fatalista con la que se asistía a ese proceso por parte de quienes podían sobrevivir^[320]. En el verano de 1942, la población de Leningrado se había reducido a 807 300 personas; y en enero de 1943 alcanzó su punto más bajo, 630 000. Las calles vacías daban a la ciudad un aspecto sepulcral, según los testimonios de varios periodistas extranjeros.

Para mantener la disciplina productiva y combatiente de la población, la máquina de terror estalinista no se detuvo. Quien no cumpliera con los objetivos encomendados, de acuerdo con los moldes del voluntarismo, fuese un intelectual, un director de fábrica o un oficial, era castigado por ser considerado sospechoso de sabotaje, de derrotismo o incluso de connivencia con el enemigo. Hasta 3578 prisioneros políticos, en buena parte militares degradados con cualquier pretexto y objeto de denuncias falsas, trabajaban a fines de diciembre de 1941 en las fábricas de armas de la ciudad sitiada. Y varios centenares más murieron en las cárceles de la NKVD, que funcionaron a pleno rendimiento durante los meses de bloqueo. Bajo el mando de Zhukov se llegó a decretar que las familias de quienes se rindiesen al enemigo serían fusiladas sin compasión^[321]. Quizás era la única forma de detener el pesimismo entre octubre y noviembre de 1941. Algunos informes del NKVD señalaban que en esos momentos cundía el descontento hacia el régimen soviético entre obreros y civiles, y que algunos ciudadanos y soldados no se recataban en desear en voz alta la entrada de los alemanes en la ciudad, con la esperanza de que así lograrían algo de comer^[322].

Las dinámicas persecutorias del terror estalinista consolidadas durante la década de 1930 no sólo no se relajaron durante el bloqueo de Leningrado en aras

de una movilización más efectiva de la población, sino que aumentaron en intensidad, y se cobraron buen número de víctimas entre sectores sociales y profesionales específicos que eran sospechosos de haber mantenido contactos en el pasado con los alemanes. Fue el caso de los científicos y docentes universitarios, por ejemplo. A ellos se unió la deportación de las minorías no rusas que vivían en el área de Leningrado, que fueron consideradas de modo apriorístico como sospechosas de simpatía con el enemigo. Se trataba en particular de los pertenecientes a las minorías germano-hablantes y los habitantes de lengua finesa de la Ingria o región comprendida entre Carelia, el lago Ladoga y Estonia, que comprendía a los ingrios fineses e izorianos, así como a los descendientes de los pueblos balto-fineses que vivían en la zona antes de la llegada de los eslavos en la Edad Media (votios, carelianos y varengos). Entre la primavera y el verano de 1942, y bajo la supervisión directa del NKVD y su máximo responsable Laurenti Beria, alrededor de 44 737 «fineses» y 11 000 «alemanes», a los que se añadía un número difícil de determinar que fue deportado con anterioridad, fueron transportados a Siberia en vagones de mercancías. A ellos se unieron más de 40 000 «asociales» y 30 307 «elementos criminales». El destino a corto o medio plazo de muchos de los deportados cuando llegaron a campos de acogida improvisados en medio de la nada fue la muerte^[323].

El 14 de enero de 1944, las divisiones encuadradas en el frente del Volchov, al mando del general Kirill Meretskov, y las del frente de Leningrado, al mando del general Leonid Govorov, atacaron de manera simultánea a las líneas alemanas. La situación límite en que se encontraban las reservas de la Wehrmacht había debilitado sus posiciones de forma considerable, y esta vez el 18.º Ejército alemán, situado enfrente de Leningrado, se vio obligado a retroceder para evitar el desastre. El cerco, por fin, fue levantado. El 10 de junio de 1944 el Ejército Rojo también atacó desde las dos orillas del lago Ladoga a las fuerzas finlandesas, haciéndolas retroceder a las fronteras ganadas por los soviéticos en la guerra de invierno de 1939. Ante el peligro de que el Ejército Rojo invadiese el corazón del país, el Gobierno de Helsinki decidió firmar un armisticio con la URSS el 4 de septiembre de 1944, a costa de abandonar a su suerte a las tropas germanas ubicadas en Finlandia, que se abrieron paso a través del territorio del otrora aliado para replegarse.

En el cerco de Leningrado murieron, según los datos oficiales publicados en

1945, 632 253 civiles. La mayoría de ellos habrían fallecido en los meses del otoño e invierno de 1941-1942, tanto por frío como por inanición, o por ambas cosas. Tales guarismos, sin embargo, parecen bastante lejanos de la realidad. En la época de Krushev se revisaron las cifras al alza, y se reconoció por las instancias oficiales un total cercano a los 800 000 muertos. Desde entonces, diversos cálculos han elevado el número, que se sitúa de modo plausible entre 1 y 1,3 millones de fallecidos, casi la mitad de la población de la ciudad, aunque durante el bloqueo residieron en la misma un número indeterminado de refugiados procedentes de las zonas rurales del Báltico, y que habían llegado huyendo del avance alemán. Muchos muertos, además, no fueron registrados por sus familiares, al ser abandonados sin dato identificativo alguno en fosas comunes^[324]. Por esas razones, el número exacto de víctimas civiles que perecieron durante los casi novecientos días de sitio no se conocerá jamás.

La «batalla del siglo»: Stalingrado

Con bajas estimadas entre 1 640 000 y 2 000 000 personas, entre militares alemanes, rumanos, húngaros, italianos y soviéticos y civiles soviéticos, en Stalingrado, a orillas del Volga, se jugó posiblemente el destino de la campaña del Este, y asimismo el de la Segunda Guerra Mundial. Fue la mayor batalla del conflicto, y la más cruenta de todo el siglo xx, así como la más recordada y conmemorada.

Tras haber protagonizado la contraofensiva soviética para reconquistar Kharkiv en mayo de 1942, que pese a sus éxitos iniciales acabó con la pérdida de tres divisiones y un ejército blindado —es decir, unos 170 000 hombres—, la retirada del general Semyon Timoshenko y sus hombres hacia el río Volga, en dirección a Stalingrado, convirtió a esa ciudad en objetivo militar del Grupo de Ejércitos Sur. El 6.º Ejército, comandado por el general Friedrich Paulus, y el 4.º Ejército blindado intentaron cortar la retirada a los soviéticos antes de que éstos se reagruparan, pudiesen atacar Rostov y después reforzar las líneas defensivas del Cáucaso. La *Stavka* estaba convencida de que los alemanes intentarían tomar otra vez Moscú, por lo que el grueso de los efectivos soviéticos se había concentrado en un anillo defensivo para proteger la capital. Pero el objetivo estratégico fundamental de la ofensiva de verano de la Wehrmacht que se desencadenó el 28 de junio de 1942 a través de las llanuras de Ucrania no era otro que acceder a los yacimientos petrolíferos del Cáucaso, y desde allí avistar tanto el mar Caspio como los recursos de Oriente Medio.

El avance alemán por Ucrania fue meteórico. Sin embargo, tenía un talón de Aquiles: las reservas de combustible escaseaban. Hitler tomó la decisión de dividir su ejército frente a Stalingrado, de modo que el 6.º Ejército se vio separado de las unidades acorazadas del general Hoth, que fueron desviadas hacia el sur. Hitler, frente al parecer del mariscal Fédor von Bock, pretendía atacar en dos etapas y evitar que las fuerzas de Timoshenko alcanzasen la ciudad de Rostov y reforzasen su defensa. A pesar de todo, Rostov fue atacada y reconquistada por los alemanes.

El 19 de julio de 1942, el dictador soviético ordenó que Stalingrado resistiese hasta el último hombre, declarando el Estado de sitio total. Además de preparar las defensas frente al próximo ataque alemán, los civiles de la ciudad fueron obligados a permanecer en ella. Así se pretendía hacer de la urbe que ostentaba el nombre de Stalin un símbolo de la resistencia de la patria soviética frente al invasor, en comunión de civiles y militares. Cuatro días después Hitler, subestimando la capacidad de resistencia del Ejército Rojo, ordenó al 6.º Ejército la toma al asalto de Stalingrado, pero eludía concentrar todas las fuerzas disponibles en su conquista y ordenaba al Cuerpo de Ejército del mariscal Wilhelm von List que prosiguiese con rumbo al Cáucaso. El 6.º Ejército carecía de unidades mecanizadas y acorazadas dignas de mención, y sólo contaba con el apoyo de dos divisiones rumanas, además de un regimiento croata, mientras que al norte de su posición, en el Don, combatían tropas italianas y húngaras. Las fuerzas rumanas, en particular, estaban bastante peor equipadas y eran bastante desmoralizables^[325].

El 23 de agosto de 1942, Stalingrado fue bombardeada por la *Luftwaffe*, causando no menos de 5000 muertos. El avance alemán parecía imparable. El 29 de agosto, cuando las primeras unidades de la vanguardia invasora aparecían en el horizonte de Stalingrado, llegó a la ciudad el general Zhukov, recién ascendido a vicecomandante en jefe del Ejército Rojo y avalado por sus éxitos anteriores en Leningrado y Moscú.

Sobre Stalingrado convergían siete divisiones de infantería y dos divisiones motorizadas alemanas, además de dos divisiones rumanas. En total, unos 400 000 hombres se aprestaban al ataque, mientras que sólo 40 000 soldados soviéticos defendían la ciudad. El 1 de septiembre de 1942, los primeros blindados alemanes penetraron en los suburbios de Stalingrado. Una contraofensiva soviética alivió en parte la situación en el norte de la ciudad. La consigna era clara para los defensores: no había posibilidad de retirada, bajo pena de muerte. Esa orden se reforzó con el nombramiento por Zhukov del inflexible general Vasili Chuikov como comandante en jefe de la defensa de Stalingrado el 12 de septiembre. A él se añadía el comisario político jefe, el ucraniano Nikita Krushev, fanático partidario de defender la ciudad hasta la muerte del último combatiente. Chuikov reforzó las defensas antiaéreas y estableció unos puntos fuertes para contener al enemigo, como la colina de Mamaev Kurgan o el barranco de Tsaritsa. Para insuflar moral a las propias

tropas y desmoralizar a los alemanes en el combate callejero promovió el despliegue de francotiradores de élite en las ruinas de la ciudad. Fue el caso, entre otros muchos, del mediático Vasili Záitsev, inmortalizado después por el cine. Chuikov organizó igualmente un sistema de suministros regulares a través de barcazas desde la orilla izquierda del Volga, que permanecía en manos soviéticas.

Las fuerzas alemanas atenazaron Stalingrado y se lanzaron a conquistar la ciudad casa a casa, en un combate callejero que era casi desconocido para los soldados de la Wehrmacht y que anulaba buena parte de sus ventajas estratégicas —la concentración de artillería pesada y ligera, carros de combate e infantería en puntos del frente—. La superioridad técnica germana, y su menor número de bajas totales, servía de poco en ese intrincado escenario. La resistencia soviética era mucho mayor de lo que Hitler había previsto, y para fines de septiembre de 1942 parecía claro a los mandos alemanes que la conquista de la ciudad sería muy costosa en vidas humanas. A pesar de todo, Hitler mantuvo su determinación inalterable de conquistar Stalingrado. Había razones estratégicas para ello: la conquista del Cáucaso había fracasado al fallar el mariscal List en su cometido, por lo que Stalingrado se convertía en una llave crucial para mantener el acceso a la ruta de los pozos petrolíferos. Empero, las alocuciones del dictador nazi dejaron entrever de modo cada vez más evidente que se trataba ante todo de una cuestión de prestigio: una suerte de duelo a una carta, con un alto componente simbólico, entre dos dictadores megalómanos dispuestos a sacrificar cientos de miles de vidas por el honor de su nombre.

El 14 de septiembre de 1942, la 71.^a División de la Wehrmacht penetró en el corazón de Stalingrado. Su primera embestida fue frenada por francotiradores y fuego de morteros, provocando numerosas bajas alemanas. A despecho de las dificultades encontradas, los *Landser* llegaron a la plaza central de la ciudad, y unidades alemanas escogidas tomaron la llamada «Casa de los Especialistas», desde donde podían hostigar las lanchas que iban y venían a través del Volga con soldados y suministros. Pero las bajas atacantes eran ya desproporcionadamente elevadas: entre el primer y el segundo día de combate, los alemanes perdieron 2500 hombres, frente a 6000 los soviéticos. El Ejército Rojo se desangraba en ese momento en Stalingrado a razón de casi 3000 soldados por día. Abundaban más los soldados que las armas, por lo que Chuikov dispuso la estrategia del *uno por uno*: un soldado con fusil llevaba otro sin él detrás, para reemplazarlo si causaba baja. Oleadas sucesivas de soldados soviéticos eran lanzadas contra a las

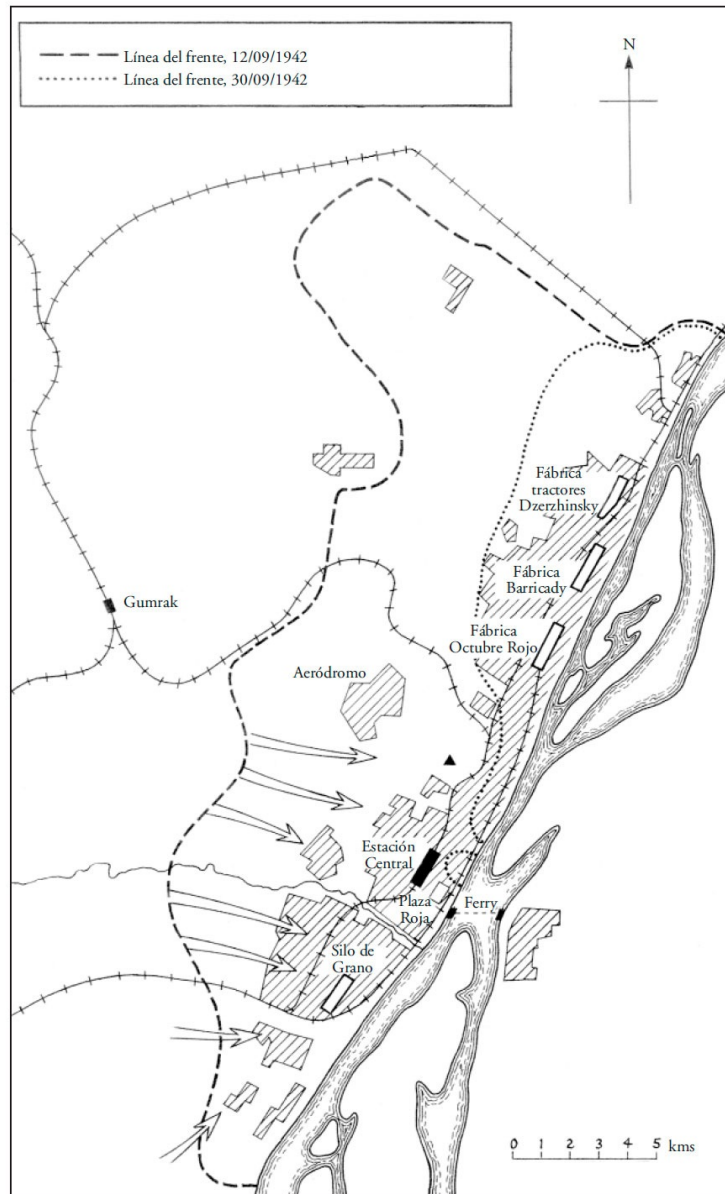
trincheras alemanas sin protección, con las ametralladoras del NKVD a su espalda, a la espera de que la artillería pudiese enfilarse las posiciones germanas. Pero, aunque fuese al precio de miles de vidas, lo cierto fue que los soldados soviéticos lograron detener el ímpetu de los *Landser*. El paisaje urbano se convirtió en un inmenso cementerio en ruinas donde miles de cadáveres yacían abandonados y creaban una atmósfera pútrida, en la que las enfermedades infecciosas se propagaron con rapidez, en especial el tifus, la disentería y la paratifoidea, que hicieron numerosos estragos entre la infantería germana. Y los heridos, particularmente los soviéticos, morían víctimas de las bajas temperaturas, la falta de auxilio o las malas condiciones de la comida y el agua.

Los alemanes no tuvieron escrúpulo en utilizar como escudo humano a los civiles rusos, o en reclutar niños para buscar agua y espiar a sus propios compatriotas, lo que fue atajado por el mando soviético ordenando a sus soldados disparar contra esos niños. Y la Policía Militar germana capturó y entregó a los Comandos Especiales que «limpiaban» la retaguardia alrededor de 3000 civiles judíos que fueron ejecutados de inmediato, mientras que cerca de 60 000 habitantes de la ciudad y sus alrededores fueron enviados como mano de obra forzada al territorio del Reich. Esas medidas eran acordes con el destino inicial que Hitler había reservado a los habitantes de Stalingrado: la población civil masculina debía ser aniquilada, y las mujeres y los niños deportados, después de que su ciudad natal hubiese sido reducida a cenizas. Después, sin embargo, el Führer nazi fue convencido por sus ayudantes de que una parte de la población de Stalingrado podía ser aprovechada como mano de obra auxiliar e incluso enviada a Alemania con ese fin, mientras que los no aptos para el trabajo debían ser abandonados en la estepa a su suerte. Al final, buena parte de los civiles evacuados después de ser capturados y agrupados por la Wehrmacht murieron, víctimas de la falta de alojamiento y manutención en los improvisados campos de prisioneros que jalonaron su marcha hacia la retaguardia alemana, o de la crueldad de sus guardianes, en muchos casos nacionalistas ucranianos^[326].

A pesar del enorme coste en vidas humanas que estaba pagando la Wehrmacht, las tropas germanas habían llegado al centro de la ciudad y controlaban cerca del 90 por ciento de su superficie en octubre de 1942. Empero, los *Landser* no pudieron alcanzar los muelles de la ribera derecha del Volga, que seguían garantizando el avituallamiento y la comunicación de los defensores de la ciudad con la otra orilla. También en octubre los alemanes fueron capaces de

capturar puntos emblemáticos del centro de Stalingrado, como la fábrica de tractores *Octubre Rojo* y la de cañones *Barricady*. Los soviéticos perdían ahora cerca de 4000 soldados por día. Pero los alemanes habían alcanzado el límite de su capacidad ofensiva. Además de no tener ya reservas de combatientes, sus líneas de abastecimiento eran a todas luces insuficientes para garantizarles un suministro regular de víveres y municiones.

Ese mismo mes, Hitler y sus comandantes se convencieron de que sería imposible tomar la ciudad en otoño. La consigna impartida a Paulus fue prepararse para una nueva guerra de invierno en la ciudad, con el riesgo de ser cercado, dada la fragilidad de sus líneas de retirada y aprovisionamiento. El comandante en jefe del 6.º Ejército dispuso en su flanco izquierdo a unidades rumanas para cubrirse de ataques soviéticos procedentes del norte, y otro tanto por el sur.



Mapa 7. El asalto alemán a Stalingrado, septiembre 1942.

El invierno sumió a la ciudad en nieve y temperaturas de $18\text{ }^{\circ}\text{C}$ bajo cero. Por el día, la lucha era feroz. Por la noche, sin embargo, las unidades dispersas de soviéticos y alemanes concertaban pequeñas treguas temporales para retirar caídos y heridos en la tierra de nadie, y hasta para efectuar limitados intercambios de provisiones o tabaco a espaldas de los oficiales. Fueron en la práctica las únicas muestras de comportamiento humanitario en medio de un combate apocalíptico.

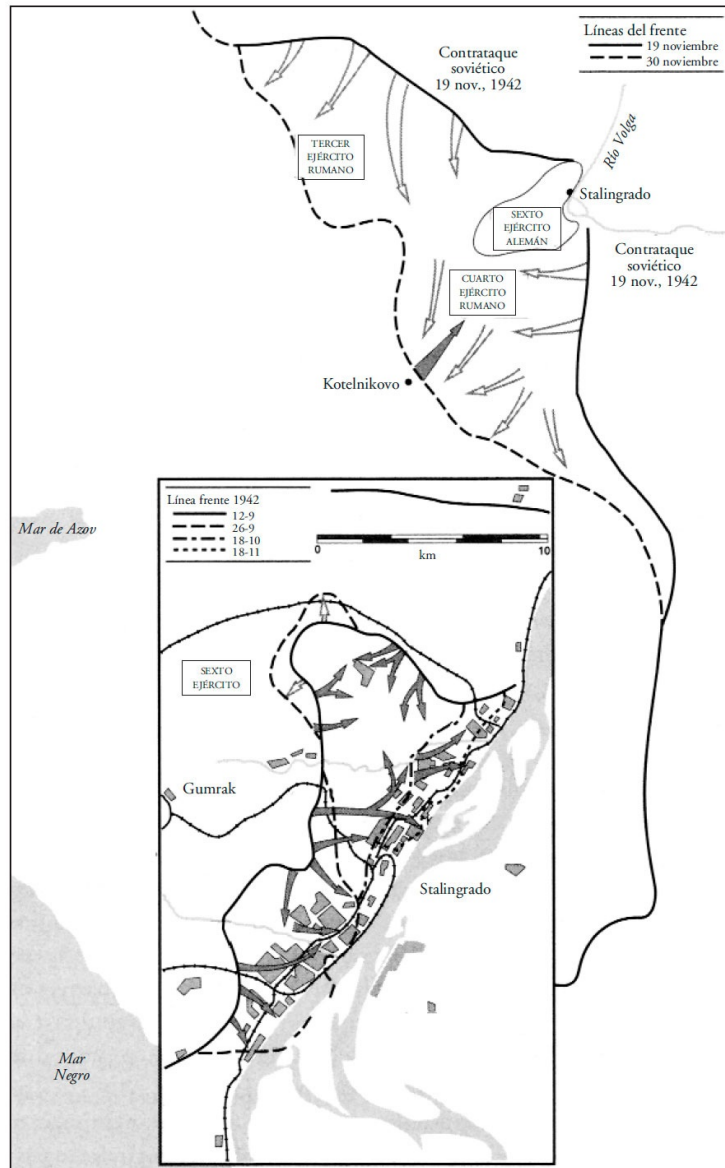
Mientras tanto, el Alto Mando del Ejército Rojo preparaba una

contraofensiva dirigida a los flancos del 6.º Ejército alemán, la operación *Urano*. Con este fin, acumuló divisiones frescas procedentes de Siberia y Asia Central, reforzadas con secciones acorazadas y artillería. Sólo el frente de Stalingrado contaba con 383 961 hombres, así como 650 tanques. Más al norte se unían a ellos otros 292 707 hombres y 180 blindados, desplegados en el frente del Don. El 19 de noviembre de 1942, la artillería soviética comenzó a machacar los flancos más débiles de las líneas de Paulus, los ocupados por las tropas del 3.º y 4.º Ejércitos rumanos al norte y sur de Stalingrado. Además de adolecer de una organización logística más bien arcaica, heredada de los modelos franceses de la Primera Guerra Mundial, y carecer de artillería anticarro en calidad y número adecuados, los combatientes rumanos estaban peor equipados para el frío que sus compañeros alemanes; y su motivación era escasa, por cuanto buena parte de ellos, que eran soldados de recluta, no entendían qué sentido tenía seguir peleando contra el Ejército Rojo una vez que la región de Besarabia había sido reconquistada a los soviéticos. Alrededor de 2000 soldados rumanos habían sido enviados por el régimen de Antonescu a Stalingrado como refuerzo, pero eran en su casi totalidad presos comunes acusados de asesinato o robo, cuya moral de combate era mínima. Los mandos alemanes tenían poca confianza en sus aliados balcánicos, a los que trataban con una mezcla de desprecio y condescendencia, y consideraban a los rumanos como una tropa sólo apta para labores de apoyo y defensa, pero no para la ofensiva. Las relaciones entre los soldados rasos alemanes y rumanos no siempre fueron cordiales, y los incidentes entre unos y otros menudeaban. Por otro lado, los rumanos sólo habían recibido de sus aliados armamento capturado al ejército francés en 1940^[327]. Pese a todo, las líneas rumanas resistieron el primer ataque soviético con más firmeza de lo esperado, hasta que los carros de combate T-34 irrumpieron en sus líneas, provocando la desbandada de unas fuerzas insuficientemente armadas.

El riesgo de que se completase el cerco por parte soviética se convirtió en real, y el Alto Mando de la Wehrmacht, así como el del Grupo de Ejércitos Sur, pasó a defender la opinión de que el 6.º Ejército debía retirarse hacia el suroeste, al otro lado del Don, ante la imposibilidad de garantizar su suministro regular por vía aérea. Sin embargo, el 21 de noviembre de 1942, Hitler dio orden terminante a Paulus de resistir en sus posiciones, con la promesa de seguir avituallando a las tropas alemanas desde el aire, algo que era cada vez más difícil por las circunstancias meteorológicas; y, al día siguiente, el Führer

prometió al comandante del 6.º Ejército que «haré todo posible por ayudarles y levantar el sitio»^[328]. El 24 de noviembre, las tropas soviéticas que avanzaban desde el norte y el sur se encontraron en campo abierto entre grandes manifestaciones de júbilo, sellando el cierre del círculo alrededor del 6.º Ejército de Paulus y sus aliados.

Así las cosas, no menos de 250 000 soldados con avituallamiento insuficiente quedaron encerrados. Se trataba de cinco cuerpos de ejército de la Wehrmacht, que comprendían trece divisiones de infantería, tres divisiones motorizadas, tres divisiones blindadas y una división de artillería antiaérea alemanas, dos divisiones rumanas, un regimiento de infantería croata y varios batallones de tropas auxiliares, sanitarias y de zapadores, que sumaban entre 195 000 y 220 000 hombres. El número de soldados rumanos encerrados en lo que se llamó el *Kessel* (caldero) se cifra entre 8000 y 12 000. También quedaron encerrados algunos centenares de soldados italianos, además de los croatas. A ellos se unía un montante de soldados auxiliares (*Hiwis*) soviéticos al servicio de la Wehrmacht, reclutados mayoritariamente entre prisioneros de guerra, que oscilaba entre 20 000 y 70 000, según las diversas estimaciones. En algunas divisiones alemanas, el número de *Hiwis* soviéticos se equiparaba al de soldados germanos en armas. Los había, sobre todo ucranianos, que habían desertado de las filas soviéticas y que, en vez de ser mandados a sus casas en la retaguardia, fueron asignados a divisiones alemanas. Otros formaban parte de unidades antipartisanas y eran más o menos voluntarios, motivados por el sentimiento nacionalista, el anticomunismo o, simplemente, la mejor ración alimenticia que se obtenía combatiendo bajo el pabellón alemán. Y otros más eran utilizados para los trabajos duros y sucios de apoyo a las tropas, desde limpiar letrinas a cavar trincheras. Finalmente, hay que añadir unos 10 000 civiles soviéticos, cuyo destino posterior es por lo demás desconocido^[329].



Mapa 8. Operación Urano, noviembre-diciembre 1942.

El general Walter von Seydlitz-Kurzbach, comandante en jefe de uno de los cuerpos de ejército encerrados en el *Kessel*, intentó convencer al OKW de la necesidad de romper el bloqueo desde dentro antes de que fuese demasiado tarde. Pero no fue capaz de arrastrar al resto de divisiones a su iniciativa de desobedecer al Führer. El aprovisionamiento por aire de los soldados rodeados parecía al OKW una buena opción, toda vez que el mismo método había tenido éxito un año antes en la bolsa de Demiansk. Mas ahora hacía falta cuadruplicar el esfuerzo, al ser mayor el número de soldados sitiados. Por otro lado, el

Ejército Rojo también había aprendido de la experiencia de Demiansk y movilizó sus efectivos aéreos para dificultar las operaciones de los aviones enemigos. En consecuencia, la *Luftwaffe* sólo pudo socorrer insuficientemente a sus camaradas cercados, debido al mal tiempo y al fuego antiaéreo soviético, que provocaba el derribo de buena parte de sus aviones.

A comienzos de diciembre de 1942 la situación de los alemanes encerrados en el *Kessel* de Stalingrado empezaba a ser dramática, y a lo largo del mes no hizo sino empeorar, registrándose cada vez más bajas por congelación y desnutrición, combinada con estrés y con enfermedades infecciosas. Además del frío, lo que peor conllevaban los soldados alemanes y rumanos era el hambre. La ración diaria de pan distribuida a los soldados, que el 8 de diciembre se estableció en 200 gramos, bajó a 100 gramos a fines de mes. Desde mediados de mes empezaron a registrarse muertes por inanición, y muchas de las bajas tenían origen en el agravamiento del estado apático de soldados desnutridos y demasiado debilitados para combatir eficazmente, que eran presa fácil de la congelación si se exponían a ella. Los abastecimientos por aire prometidos por la *Luftwaffe* sólo garantizaron a lo largo del mes de diciembre una quinta parte del alimento indispensable para garantizar la supervivencia del 6.º Ejército. A fines de enero de 1943 se resolvió no repartir alimento a heridos y enfermos, para mantener con fuerzas a los que todavía podían combatir, y así cumplir las órdenes del Führer de resistir clavados al terreno hasta el último hombre.

Si en las cartas de los combatientes alemanes cercados en Stalingrado se refleja un motivo permanente de angustia, éste era sobre todo el hambre, más aún que el miedo a la muerte^[330]. Aunque muchas epístolas fueron censuradas, a veces eran otros soldados, parientes o amigos de los cercados, los que informaban a casa de lo que ocurría en Stalingrado, como el soldado Heinz el 21 de enero de 1943:

Recibí también una carta de Egon. Mandada el 23 de diciembre. Está cercado en el caldero de Stalingrado. Abastecimiento sólo desde el aire. 7 hombres un pan, sólo raciones frías, mucho trabajo y combates constantes. Tiene que ser horrible. Llevan ya cuatro semanas y media sitiados^[331].

De todos modos, hasta al menos la Navidad de 1942, que fue recibida con júbilo por muchos soldados porque ese día hubo «por primera vez desde hace tiempo una auténtica comida»^[332], se mantuvieron algunas esperanzas de sobrevivir.

Los informes de la censura postal y de varios comandantes reflejaban que la moral de los soldados sitiados había descendido de forma notable a lo largo de diciembre de 1942. Pero a pesar de todas las penalidades resistía incólume en muchos *Landser* y oficiales una fe casi inquebrantable en el Führer nazi. Así al menos lo dejan ver las últimas cartas que pudieron ser enviadas desde el interior del *Kessel*, en la tercera semana de enero de 1943, si bien muchas de ellas procuraban abstraerse de la realidad y refugiarse en soluciones irreales. La mayor parte de esas epístolas mostraban la confianza en la posibilidad de salvarse. Además, el intenso adoctrinamiento nacionalsocialista llevaba a hacer creer a muchos soldados y oficiales alemanes que el guía de la comunidad nacional era infalible e inescrutable en sus designios. El 19 de enero de 1943, el sargento Otto Kirschner escribía a su hermana que si bien «nos encontramos en situación desesperada, en cualquier momento podemos caer en manos de los rusos», sus camaradas y él mismo todavía creían «en la salvación, aunque sea cinco minutos antes de la hora final y la situación parezca desesperada»^[333]. Y el aristócrata turingio y capitán de caballería Heino Graf Vitzthum aún mantenía algo de su fe en el Führer el día 20 de enero:

Dentro de poco se decidirá nuestro destino, de un modo u otro. Desconozco cuáles son las circunstancias concretas que nos ha traído a esta situación, única en la Historia, y no quiero ser tan osado como para buscar culpables. Eso, seguramente, lo harán después otros. Sólo se debe señalar una cosa: que lo que desde hace dos meses han resistido aquí nuestros valientes hombres, pese al hambre y al frío, no se puede expresar con palabras. [...] Todavía no hemos renunciado a la fe y a la esperanza de que el Führer hallará una solución para salvarnos, aunque por desgracia hemos sufrido ya muchas y amargas decepciones^[334].

De hecho, hasta poco antes de la Navidad de 1942 aún quedó vivo un hilo de esperanza real en el plano estratégico. El general Von Manstein, nombrado por Hitler comandante supremo del recién creado Grupo de Ejércitos del Don —con restos de otros ejércitos alemanes y de varias unidades rumanas— a fines de noviembre, planeaba acudir con sus fuerzas en auxilio de los sitiados en Stalingrado. El 12 de diciembre de 1942, el general Hoth, al mando del 4.º Ejército Blindado, lanzó una ofensiva para liberar a los bloqueados, y cuatro días después sus fuerzas se hallaban a unos cincuenta kilómetros de Stalingrado. Pero las insuficiencias logísticas, en particular la falta de combustible, así como la dureza de la resistencia soviética obligaron a detener la operación, enfáticamente

llamada «Tormenta de invierno», el 23 de diciembre.

A las operaciones soviéticas para detener la posible liberación del 6.º Ejército se unió la ofensiva «Pequeño Saturno», lanzada el 16 de diciembre de 1942 al norte del cerco de Stalingrado, en el Don, sobre las posiciones defendidas por el 2.º Ejército húngaro y el 8.º Ejército italiano, cuyo fin era profundizar hacia el sur, atenazando al Grupo de Ejércitos del Don y a las tropas alemanas del Cáucaso ocupando la ciudad de Rostov, en su retaguardia, y provocando en la práctica el derrumbe de todo el frente sur. Aunque no logró sus objetivos, el ataque arrasó a su paso a las divisiones italianas, capturando varias decenas de miles de prisioneros^[335]. Menos fortuna tuvo el intento de Zhukov para liberar Smolensko y hacer retroceder al Grupo de Ejércitos Centro en la «Operación Marte», lanzada el 25 de noviembre de 1942 de modo complementario y que después de tres meses de combates terminó en un absoluto fiasco para el Ejército Rojo.

Habría existido una baza, aunque improbable, para los sitiados si Hitler hubiese autorizado un ataque desesperado desde el interior del *Kessel* para salir al encuentro de los salvadores. Esa posibilidad fue propuesta por el propio Von Manstein mediante un emisario a Paulus y su Estado Mayor, y también fue transmitida al OKH, que en un principio acogió de modo positivo la idea. Sin embargo, el dictador nazi ordenó que el 6.º Ejército permaneciese clavado en sus posiciones, y Paulus no se atrevió a desafiarle. Privadas de toda posibilidad de contactar con el 6.º Ejército, las fuerzas de Hoth se vieron obligadas a retroceder. Con su retirada se desvaneció toda esperanza de romper las líneas soviéticas para los sitiados. Y la moral cayó en picado, de modo paralelo al derrumbe físico y a la falta de alimentos: los soldados alemanes sacrificaron todo tipo de animales, incluyendo gatos y hasta ratas, para intentar saciar su hambre, mientras que sus propios prisioneros soviéticos, confinados en campos improvisados dentro del *Kessel*, caían en el canibalismo. Aunque los soldados alemanes sacaron fuerzas de flaqueza para celebrar modestamente y como pudieron la Navidad, el mismo 25 de diciembre alrededor de 1280 *Landser* perecieron de frío y de inanición. Los enfermos más graves, ante la falta de medicinas y de comida, eran abandonados al fresco para que se congelasen de inmediato y sufriesen lo menos posible.

La situación era abiertamente insostenible, y muchos de los soldados y oficiales sitiados habían perdido toda esperanza de ser rescatados. Pero lo cierto

también fue que el 6.º Ejército no se derrumbó por completo en ningún momento, y consiguió mantener la organización y la disciplina de modo más que apreciable. La *Luftwaffe*, a pesar de sufrir la pérdida de 495 aviones, consiguió mantener hasta fines de enero de 1943 un puente aéreo más o menos regular gracias al cual fue posible la llegada de algunos aprovisionamientos a los cercados —en cantidad insuficiente— y sobre todo la evacuación por aire de los heridos más graves desde los aeródromos de Basargino, Pitomnik y Gumrak, donde algunos aparatos Junker 52 cargados de heridos que —literalmente— colgaban de las puertas lograron despegar. Gracias a la fuerza aérea fue posible evacuar entre 30 000 y 45 000 heridos del interior del *Kessel*. Era la única alternativa. El camino entre los aeródromos estaba jalonado por filas de soldados dispersos y separados de sus compañías, que «presentan un aspecto físico desolador [...] y piden comida y refugio». Y el panorama que se encontraban los pilotos de la *Luftwaffe* al aterrizar dentro de la bolsa de Stalingrado era poco menos que dantesco. El 19 de enero de 1943 el sargento mayor Schmidt informaba de lo visto al mando de su avión en el aeródromo de Gumrak al aterrizar en él, tras sortear un intenso fuego artillero, dos días antes:

La atención médica a los heridos carece de toda organización. Los heridos leves se abalanzaron sobre los aviones antes de que éstos parasen del todo al aterrizar, sin esperar a que empezasen a ser descargados. Entonces varios hombres fueron heridos a bastonazos; un oficial, parece ser, perdió varios dedos de una mano por un golpe; y un hombre resultó muerto^[336].

La posibilidad de lograr un pase como herido prioritario para ser evacuado minaba muchas solidaridades. Oficiales con heridas leves movían todas las influencias que podían para conseguir un puesto en los últimos aviones, mientras que los heridos graves sufrían amputaciones sin anestesia. El médico militar Horst Rocholl escribía el 23 de enero de 1943 que estaba rodeado de heridos en combate y por congelación, pero que lo más deprimente era contemplar cómo los oficiales de mayor rango se marchaban con la menor excusa...^[337]

El 10 de enero de 1943, el Ejército Rojo lanzó el ataque final desde el oeste para estrechar el cerco, a la vez que dos días después principiaba una nueva ofensiva (*Ostrogosk-Rossok*) más al norte para acabar de hacer retroceder el frente del Don. Los aeródromos fueron cayendo uno tras otro entre el 12 (Basargino) y el 22 de enero (Gumrak). Los supervivientes, heridos y enfermos

se fueron concentrando en los arrabales y el casco destruido de la ciudad de Stalingrado, donde los más afortunados aún fueron capaces de encontrar un techo. A fines de enero, unos 40 000 heridos se hallaban vagando por lo que quedaba de la ciudad, intentando guarecerse de las descargas de la artillería soviética. Paulus todavía pensó en un intento de contraataque a la desesperada el 18 de enero, pero el estado físico y anímico de sus soldados le aconsejó no arriesgarse. La única salida posible era capitular. Pero Hitler se negaba a autorizar la rendición, y el comandante del 6.º Ejército obedeció su orden casi hasta el último minuto. El 29 de enero aún fue capaz de enviar al dictador un telegrama de felicitación por el décimo aniversario de su nominación como canciller del Reich, donde reafirmaba que «todavía ondea la cruz gamada sobre Stalingrado» y que la lucha del 6.º Ejército sería un ejemplo para las generaciones venideras: «aun en la situación más desesperada, Alemania triunfará». El Führer nazi, premonitoriamente, comunicó a Paulus al día siguiente su nombramiento como mariscal de campo. Era una clara invitación a la resistencia numantina y al suicidio, pues era tradición que ningún mariscal alemán se había entregado antes con vida.

Pero toda resistencia era ya imposible. El 29 de enero de 1943, algunos generales desobedecieron las órdenes de Paulus y se entregaron a los soviéticos con lo que quedaba de sus divisiones. El 31 de enero, Paulus cedió a la evidencia y se rindió con casi 110 000 hombres a los soviéticos, entre ellos diecinueve generales y el recién ascendido mariscal, así como dos generales rumanos. Un número indeterminado de prisioneros, quizás superior a los dos centenares de miles entre alemanes y aliados, cayeron en poder del Ejército Rojo. Una parte de los cautivos, unos 25 000, fueron utilizados en las tareas de reconstrucción de la ciudad, mientras que la mayoría fueron transportados a campos situados en la retaguardia, y más tarde a *Gulags* de prisioneros en Siberia y Asia Central. Los varios millares de ucranianos y rusos que habían combatido junto a los alemanes fueron ejecutados sumariamente por traición. De los 110 000 prisioneros alemanes, rumanos y croatas capturados, al menos la mitad falleció a lo largo de los meses siguientes, como consecuencia de las enfermedades contraídas durante el cerco, las largas marchas a pie, la falta de cuidados médicos y el hambre. La mortalidad descendió a partir de la segunda mitad de 1943, pero aun así la mayoría de los prisioneros de Stalingrado no vivió para contarlo. De los alemanes, no más de 6000 consiguieron sobrevivir, y volvieron a las dos Alemanias y a Austria a fines de la década de 1940 y principios de la siguiente.

Entre los supervivientes germanos de Stalingrado hubo un porcentaje apreciable que fue ganado para la causa antifascista durante el cautiverio, particularmente entre los oficiales. El mito del Führer se había desmoronado entre muchos de los combatientes tras la capitulación, pues cayeron en la cuenta de que habían sido obligados a un sacrificio inútil por la megalomanía de Hitler. Numerosos oficiales capturados en Stalingrado se unieron al Comité Nacional Alemania Libre, empezando por el mismo Paulus o el general Von Seydlitz-Kurzbach. Paulus compareció incluso como testigo ante el Tribunal de Núremberg y pudo volver a Alemania Oriental en 1952, donde hasta su muerte en 1957 ejerció como inspector de policía en la ciudad de Dresde. Y de los cincuenta generales alemanes prisioneros de la URSS que el 14 de diciembre de 1944 firmaron un llamamiento al pueblo alemán para que derrocara a Hitler, quince (el 30 por ciento) habían sido capturados en Stalingrado.

A pesar del tono mesiánico que destilaban sus órdenes delirantes, desde mediados de enero de 1943, Hitler empezó a ser consciente de que la única salida posible para salvar su prestigio era convertir Stalingrado en una suerte de mito palingenésico: la muerte de los mejores hijos de la patria habría de servir de semilla de su resurrección, al estilo de los guerreros de las sagas germánicas y las óperas de Wagner, en una suerte de drama heroico^[338]. Esa reconversión semántica del significado de la batalla fue convenientemente orquestada mediante las directrices repartidas a la prensa por el Ministerio de Propaganda, sustituyendo así al silencio anterior sobre la evolución del cerco que había sido impuesto a los medios de comunicación. El mariscal Göring, en un discurso pronunciado en su flamante Ministerio del Aire el 30 de enero de 1943 en conmemoración del décimo aniversario de la designación de Hitler como canciller del Reich, subrayaba ese nuevo y forzado paralelismo, muy del gusto de la retórica nazi:

Conocemos una imponente epopeya de un combate sin igual: se llama *El combate de los Nibelungos*. También ellos [...] saciaron su sed con su propia sangre, pero lucharon hasta el último hombre. Un combate semejante brama allí [en Stalingrado], y dentro de mil años cada alemán hablará con reverencia de su lucha con un sagrado escalofrío, y se acordarán de que en Stalingrado, pese a todo, se decidió la victoria de Alemania.

Otro paralelismo invocado era el de la batalla de las Termopilas (480 a. C.), cuando el espartano Leónidas pereció con trescientos hombres víctima de una

«avalancha de hordas» para que Esparta, y con ella la civilización griega, viviese^[339].

El sacrificio de los héroes de Stalingrado mostraría la determinación alemana, perpetuaría la perennidad de la patria y supondría el principio del final de la guerra, como bien resumía el órgano del NSDAP *Völkischer Beobachter* dos días después de la rendición: «Murieron, para que Alemania viva». Y, de paso, según afirmaba Alfred Rosenberg tres días más tarde, ofrecían su vida por la supervivencia del conjunto de la civilización europea, «tanto Goethe y Beethoven como Augusto y Pericles»^[340]. El órgano de las SS *Das Schwarze Korps* iba más allá e invocaba a los caídos de Stalingrado: «¡Aceptadnos en vuestras filas!»^[341]. El Ministerio de Propaganda se dispuso a reunir materiales para una publicación de homenaje, *La canción heroica de Stalingrado*, que estaría integrada en buena parte por cartas de combatientes desde el *Kessel*. No obstante, el libro no llegó a ser publicado después de que el propio Goebbels recapacitase y llegase a la conclusión de que los testimonios seleccionados podían crear más derrotismo que voluntad de resistencia en el pueblo alemán^[342]. De hecho, varios indicios muestran que la percepción de la guerra por parte de la población del Tercer Reich empezó a cambiar de modo ostensible desde que las radios y los periódicos airearon la *tragedia* de Stalingrado. En vez de crear un mito wagneriano, muchos alemanes de a pie empezaron a preguntarse qué clase de régimen y qué tipo de gobernantes eran quienes dejaban *abandonados* a su suerte a miles de soldados en medio de la estepa. Al mismo tiempo, los soldados muertos y hechos prisioneros en el *Kessel* fueron convertidos por la opinión pública en una suerte de primeras víctimas alemanas del Tercer Reich, representación que tendrá continuidad en las décadas de posguerra. Del 6.º Ejército se recordará su sacrificio inútil, pero no sus crímenes anteriores^[343].

Las familias de los caídos en el cerco recibieron especial atención por parte del Estado alemán. Y, particularmente, la invocación de la memoria de Stalingrado serviría de mito movilizador para involucrar al conjunto de la población del Reich en la guerra total pregonada poco después por Goebbels en su discurso en el *Sportpalast* de Berlín, el 18 de febrero de 1943. El desastre de Stalingrado era una muestra perfecta del destino que le esperaba al pueblo alemán, si no secundaba como un solo hombre el esfuerzo de guerra, asumiendo los mayores sacrificios. En la lucha darwinista contra el enemigo soviético, a

Alemania, como el propio Hitler afirmaba ante los dirigentes territoriales (*Gauleiter*) del NSDAP reunidos en su Cuartel General el 7 de febrero, no le quedaba más que una alternativa: «o dominar Europa, o sufrir una liquidación y exterminio total»^[344].

La propaganda y el silencio que en un principio se impusieron a los oficiales de Estado Mayor que sabían por qué decisiones tácticas había caído el 6.º Ejército no bastaban para ocultar un hecho evidente. La Wehrmacht había sufrido en Stalingrado la mayor derrota de la guerra. Aunque el número total de bajas es difícil de establecer y existe una notable confusión tanto en las estadísticas alemanas como en las soviéticas, debido en parte al alto número de muertos rusos que vestían uniforme alemán, se puede afirmar con razonable certeza que, de los cerca de 250 000 combatientes atrapados en el cerco a fines de noviembre, entre los alemanes y sus aliados rumanos y croatas murieron al menos 60 000 soldados. Si se suman las bajas causadas por las operaciones del período anterior, entre agosto y noviembre de 1942, así como la destrucción de cuatro ejércitos aliados de los alemanes, las pérdidas sufridas por las fuerzas del general Hoth en su intento fallido de acudir en auxilio de los sitiados, y las bajas de la operación *Pequeño Saturno*, se puede evaluar que las fuerzas del Eje perdieron algo más de medio millón de soldados^[345].

En buena medida, el efecto psicológico fue mayor que el directamente militar. El Tercer Reich perdía la iniciativa de la guerra, ya no sería capaz de avanzar más hacia el Este, y desde aquel momento no haría otra cosa que retroceder ante el Ejército Rojo, con la excepción de la batalla de Kursk unos meses después. Las fuerzas del Eje se vieron obligadas a retirarse del Cáucaso y a volver de modo aproximado a la línea de partida que habían ocupado en el verano de 1942. Entre la población alemana, aunque todavía de forma muy débil, aumentaron las voces de oposición al régimen. La tragedia de Stalingrado era uno de los motivos por los que el grupo de estudiantes muniqueños que integraban la organización clandestina *La Rosa Blanca (Weisse Rosé)* difundió la última de sus octavillas, el 18 de febrero de 1943. Y la constatación de la inutilidad estratégica del sacrificio del 6.º Ejército llevó a varios generales de la Wehrmacht a sumarse a las actividades conspirativas contra Hitler lideradas por algunos militares conservadores como los aristócratas Claus Graf von Stauffenberg, Helmuth Graf von Moltke y el llamado «Círculo de Kreisau», que culminaron en el fallido intento de atentado contra el dictador del 20 de julio de

1944 y la represión subsiguiente contra los promotores.

La URSS, por su parte, resultó muy fortalecida en su moral de combate en retaguardia. Y el Ejército Rojo vivió intensamente la experiencia de la victoria. Haber combatido en Stalingrado y en el Don, haber visto por primera vez humillado al odiado enemigo y haber disfrutado del botín se convirtió en un símbolo de estatus para los veteranos de la batalla, envidiados por el resto de los *frontovik*^[346]. La resistencia de la ciudad fue mitificada y difundida con celeridad en forma de relatos heroicos, que obviaban la crueldad mostrada hacia los civiles de la ciudad. No menos importante fue que Stalin salió de la prueba particularmente reforzado en su prestigio interno, ante el conjunto de la ciudadanía soviética, y externo, ante los mandatarios de los países aliados. Con todo, las pérdidas soviéticas alcanzaron magnitudes enormes, lo que se debía en buena parte al consabido desprecio del Ejército Rojo por las vidas de sus soldados y de los ciudadanos soviéticos en general. Se calcula que cerca de un millón de civiles falleció en los combates de Stalingrado. En febrero de 1943 habían sobrevivido entre las ruinas un total de 9796, incluyendo entre ellos a 985 niños huérfanos. Cayeron en la batalla no menos de 750 000 soldados soviéticos. De estos últimos, por lo menos 13 000 habían sido ejecutados por las *secciones especiales* del NKVD en la retaguardia, acusados de cobardía, deserción o colaboración con el enemigo.

El general Zhukov reclamó para sí el éxito de Stalingrado. Sin embargo, el dictador georgiano, celoso de cualquier héroe de guerra que le pudiese hacer sombra, atribuyó públicamente casi todos los méritos a Chuikov, quien fue ascendido a capitán general y obtuvo el mando de un ejército. A pesar de que Zhukov acabaría siendo mariscal de la Unión Soviética y tendría un papel fundamental en la ofensiva final sobre Berlín dos años más tarde, el comportamiento de Stalin preludiaba el posterior apartamiento de la vida pública a que sometería a su *apagafuegos* después de 1946.

La última ofensiva: la Operación Ciudadela y la batalla de Kursk

A lo largo de 1943, el Ejército Rojo experimentó una serie de transformaciones en profundidad en su forma de conducir y planificar el esfuerzo bélico, que en buena parte explican sus victorias y el cambio de curso de la guerra. No sólo se trataba de una aplastante superioridad de medios técnicos y humanos, de un *coloso* que en términos absolutos había recuperado y hasta superado su potencial en recursos humanos a lo largo de 1942^[347]; ni tampoco de los errores estratégicos en la planificación de las operaciones militares por parte de un endiosado Hitler, pues la Wehrmacht también había aprendido a hacer la guerra en el este.

A lo largo de la segunda mitad de 1942, Stalin cedió en sus prerrogativas de comandante supremo del Ejército Rojo y delegó la responsabilidad de la dirección estratégica y táctica en los militares profesionales, particularmente en Zhukov. Igualmente, el poder del Partido Comunista sobre el Ejército se vio disminuido desde junio de 1942, cuando Lev Mekhlis, el jefe de la Administración Política de las Fuerzas Armadas, fue destituido y destinado a actividades de propaganda. Los comisarios políticos perdieron paulatinamente poder de decisión en el seno de las unidades militares, y desde principios de octubre de 1942 su figura fue suprimida en las unidades combatientes de menor tamaño. En la práctica, los *politruks* fueron privados del derecho casi ilimitado que antes tenían a interferir en las decisiones de carácter militar. Y los oficiales recibieron un mayor reconocimiento simbólico, que incluyó la recuperación de grados y distinciones utilizadas con anterioridad por el ejército zarista, a la vez que se fomentó su iniciativa en la toma de decisiones tácticas y operacionales. El mismo Stalin, aunque seguía exigiendo ser informado al detalle del estado de las operaciones militares cada día, se mostraba más dispuesto a aceptar los consejos del Estado Mayor, en particular de militares profesionales como el general Aleksandr Vasilevsky, jefe de Estado Mayor desde julio de 1942, y el jefe de operaciones del mismo desde diciembre del mismo año, el general Aleksei

Antonov.

Ninguno de esos generales continuó en su puesto por mucho tiempo tras 1945. Pero fueron capaces de imprimir un nuevo impulso profesional a la planificación de la guerra. Y contribuyeron de forma decisiva a introducir algunas novedades en las tácticas usadas hasta entonces por el Ejército Rojo, algunas de ellas inspiradas directamente en la propia Wehrmacht. Fue el caso, por ejemplo, de la creación de un nuevo tipo de divisiones blindadas, articuladas alrededor de un núcleo acorazado compuesto por dos cuerpos de carros de combate de 168 unidades, batallones antitanque, cohetes *Katyusha* y artillería antiaérea, acompañados de una división de infantería, y cuyo modelo eran las divisiones *Panzer* alemanas. También sobre el modelo germano fueron creadas las nuevas divisiones motorizadas soviéticas. De este modo, la capacidad de combate de las divisiones de infantería del Ejército Rojo cuadruplicó su potencia de fuego entre 1941 y 1944.

A esa sustancial mejoría también contribuyeron tanto las innovaciones estratégicas en la aviación soviética, que imitó directamente las tácticas de la *Luftwaffe* para hacer más efectivo el apoyo ofensivo a las fuerzas de tierra, como las mejoras técnicas en armamento pesado. Particularmente, la dotación de nuevos tanques anticarro móviles, capaces de perforar los *Panzer* de nueva generación alemanes, así como las sustanciales reformas que aumentaron de forma sensible la resistencia y operatividad del tanque insignia soviético, el T-34, con respecto a los primeros modelos de 1941. En fin, el Ejército Rojo se dotó de más y más sofisticados sistemas de comunicaciones por radio, lo que permitió una mejor coordinación de las operaciones entre las unidades combatientes, que en 1941-1942 había sido muy escasa.

En todos estos avances tácticos y técnicos fue de vital importancia la ayuda prestada por los aliados occidentales de la URSS, en especial por los EE.UU. y la Commonwealth, tanto en la provisión de productos industriales como en el suministro de vehículos, de munición y, en especial, de sistemas de comunicaciones e inteligencia militar. Fue en este apartado, así como en el de vehículos militares, vías de ferrocarril, provisiones para la tropa, suministros de cobre y aluminio, estaciones de radio portátiles y combustible para uso de la aviación, en el que la ayuda norteamericana y británica revistió una trascendencia decisiva. Con todo, la historiografía oficial soviética posterior a 1945 intentó minimizar en lo que pudo su importancia^[348].

Así se demostró en el verano posterior a la victoria de Stalingrado, cuando por primera vez los progresos soviéticos no sólo fueron debidos a la acción combinada de las adversas condiciones climáticas y los errores alemanes. Por primera vez, el mérito del avance soviético sería atribuible por entero a sus ventajas estratégicas y de armamento. Entre julio y agosto de 1943, en la región de Kursk, tuvieron lugar varios choques de gran intensidad y carácter masivo entre el Ejército Rojo y el *Ostheer*. La que sería conocida posteriormente como la *batalla de Kursk* supuso el último esfuerzo de las tropas alemanas por tomar la iniciativa en el frente del Este, agrupando el grueso de sus fuerzas acorazadas y sus armas más modernas. En esta batalla, los alemanes consumieron casi todas sus reservas de carros de combate y buena parte de sus mejores contingentes de combatientes. Para los soviéticos, Kursk supuso el principio de un avance que no se detendría hasta Berlín.

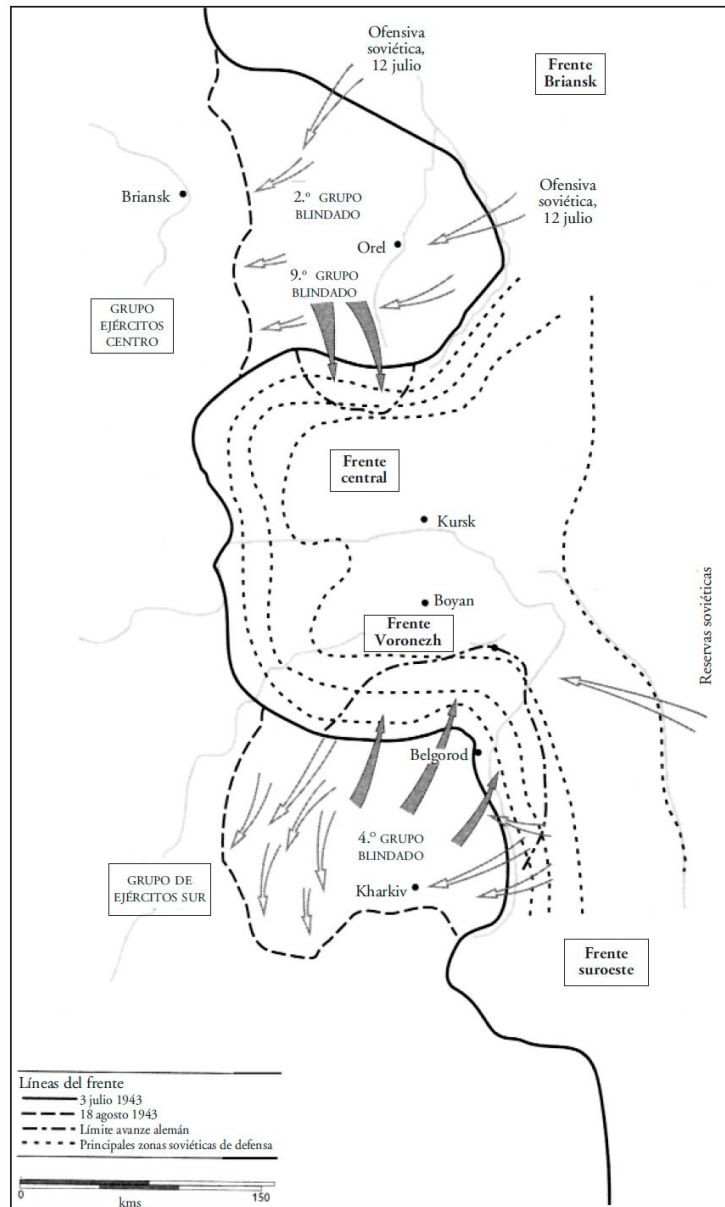
Después de la gran victoria de febrero de 1943, el Alto Mando del Ejército Rojo decidió lanzar una ofensiva general para expulsar a los alemanes de toda la Ucrania meridional y aislar al grupo de ejércitos enemigos que se encontraba en el Cáucaso. Con todo, los alemanes habían aprendido lo suficiente de la lección de Stalingrado y retrocedieron rápidamente. Las unidades en retirada se amontonaron de forma inútil en la cabeza de puente del Kuban, donde tuvo lugar la batalla del mismo nombre, acompañada de intensos combates aéreos en los que el tremendo desgaste de la *Luftwaffe* certificó el ocaso de su supremacía aérea. Más al norte, los generales Vatutin y Golikov avanzaban ya con cierta dificultad. Entre fines de febrero y principios de marzo de 1943, el mariscal Von Manstein contraatacó con éxito y reconquistó la ciudad de Kharkiv gracias al inteligente uso de los restos de varias divisiones, tanto de las SS como blindadas y de infantería, provocando la retirada soviética. Los alemanes ya no hacían tantos prisioneros como antaño, y la táctica de encerrar a grandes masas de soldados soviéticos en su avance, dejando así *bolsas* en su retaguardia que eran convenientemente aplastadas *a posteriori*, ya no podía aplicarse con tanto éxito, debido a la falta de efectivos con que sellar y *limpiar* de modo eficaz esas bolsas. Pero la reconquista de Kharkiv supuso una cierta inyección de moral para la Wehrmacht tras el desastre de Stalingrado. Ante esa situación, Stalin envió a la zona al héroe y *apagafuegos* de todos los frentes, Zhukov. Tras adoptar una serie de medidas tácticas desesperadas, Zhukov consiguió frenar a los alemanes el tiempo suficiente para que comenzase el deshielo de primavera, circunstancia que impedía las acciones ofensivas en el frente y, en particular, oponía grandes

obstáculos al despliegue de unidades motorizadas y acorazadas.

Tras este período de ofensivas, la situación en el frente se estabilizó, pero quedó un saliente de cerca de 160 kilómetros de anchura que penetraba en las líneas alemanas. En el norte, en manos germanas, estaba la ciudad de Orel; justo en el centro del saliente, la ciudad de Kursk; y más al sur, casi en línea recta, Belgorod, también en poder del *Ostheer*. Von Manstein concibió entonces una ofensiva para desgastar al enemigo, que consistiría en atacar desde los dos extremos de la pinza para destruir un número considerable de tropas soviéticas, y, a continuación, progresar hacia el noreste para acercarse a Moscú. Su intención era asestar el golpe en abril o en mayo, antes de que los soviéticos hubiesen ultimado sus defensas. Hitler, sin embargo, temió embarcarse en otro avance incontrolado que llevase a un desastre como el de Stalingrado. Los bombardeos aliados sobre territorio alemán, que se habían intensificado desde principios de año, y la crítica situación de las tropas germanas e italianas en el norte de África, que culminó con la rendición de 150 000 soldados en Túnez en mayo de 1943, hacían temer que los Aliados fuesen a desembarcar en cualquier momento en los Balcanes o en Italia. Por esa razón, el Führer nazi prefirió posponer la ofensiva para junio. El ejército alemán estaba además a la espera de recibir los nuevos modelos de tanque *Panther* y *Tiger* (conocidos sucesivamente como *Ferdinand* y *Elephant*) y poder reorganizar su parque móvil en el frente oriental. Con ese objetivo fue llamado el general Guderian, el gran estratega de la guerra de blindados que había sido destituido tras el fracaso de la toma de Moscú en 1941 y que había mantenido serias desavenencias estratégicas con el dictador. Pero que ahora, como Von Manstein, se encontraba con un Hitler casi suplicante que le pedía volver a ocuparse de la dirección del frente^[349].

Por su parte, los soviéticos empezaron a preparar la ofensiva del verano, pero fueron alertados por sus espías de los planes alemanes. Zhukov dedujo con claridad cuáles iban a ser los ejes del ataque de la Wehrmacht, así como que el objetivo final era intentar de nuevo la conquista de Moscú. La *Stavka* decidió entonces organizar una tupida red de defensas a base de un amplio despliegue de cañones antitanque, 5000 kilómetros de trincheras en zig zag, 400 000 minas distribuidas en seis líneas de contención y dos cinturones de reserva. El plan del mariscal soviético consistía en absorber, primero, el ataque alemán en profundidad, desgastar al enemigo y lanzar un contraataque a continuación, con nuevos refuerzos traídos desde la retaguardia, renunciando a la posibilidad de

lanzar una «ofensiva preventiva», opción preferida en un principio por Stalin y sólo desechada tras sopesar los argumentos del héroe de Stalingrado. El riesgo de tal estrategia era que, en caso de no poder repeler el ataque, una parte sustancial de la capacidad de combate soviética podía ser aniquilada en un espacio muy reducido y en cuestión de días. El Ejército Rojo concentró para la ocasión 1 336 000 hombres, 3444 tanques, 19 000 piezas de artillería y 2900 aviones. Los alemanes, por su parte, habían reunido un total de 200 tanques modelo *Panther*; 90 carros *Elefant* y *Tiger I*, pero el grueso de su fuerza, que comprendía un número de 2700 carros, estaba integrado por los modelos anteriores *Panzer III* y *IV*. A ellos se unían 2000 aviones, 10 000 piezas de artillería y 900 000 efectivos de infantería. Era la primera vez que se producía semejante concentración de tropas germanas para una batalla puntual.



Mapa 9. Batalla de Kursk.

Tras sucesivos aplazamientos, que impidieron a los alemanes explotar el factor sorpresa —lo que era una de las bazas del plan inicial de Von Manstein— y dieron tiempo a los soviéticos de completar los trabajos de fortificación del saliente de Kursk, Hitler dio vía libre a la ofensiva, que sería lanzada por la Wehrmacht en la madrugada del 5 de julio de 1943, con apoyo aéreo y artillero. La operación recibió el nombre en clave de *Zitadelle* (ciudadela). Los soviéticos estaban ya prevenidos por su servicio de información. Las unidades acorazadas del 4.º Ejército Blindado del general Hoth avanzaron desde el sur a través de las

posiciones enemigas alrededor de Savidovka, cumpliendo sus objetivos. Pero la artillería soviética dificultó y retrasó el avance alemán. Al día siguiente, el Ejército Rojo contraatacó con artillería y aviación, adelantándose a la hora del ataque alemán. En el norte del saliente, las divisiones acorazadas del 9.º Ejército Blindado del general Walther Model se encontraron con una mayor resistencia. Fieros combates aéreos se sumaron a cruentos duelos entre formaciones de tanques desplegados en los campos minados de la región de Ponyri. Pese a penetrar unos siete kilómetros en las líneas soviéticas, el magro avance alemán fue contrarrestado con éxito por el Ejército Rojo, que el día 12 de julio lanzó la planeada contraofensiva en el sector.

En el sur del saliente, las cosas iban mejor para la Wehrmacht, en parte por los errores de inteligencia militar de los soviéticos, que habían supuesto que la mayor concentración de fuego alemán se localizaría en el flanco norte, justo lo contrario de lo que ocurrió. La avanzada del 4.º Ejército Blindado de Hoth, que contaba entre sus fuerzas con tres unidades blindadas SS de élite (las divisiones *Totenkopf*, *Das Reich* y *Guardia Personal de Adolf Hitler*) alcanzó la línea principal de las defensas soviéticas y se dirigió hacia el pequeño nudo ferroviario de la ciudad de Prokhorovka. Stalin ordenó entonces al 5.º Ejército de Guardias Blindados que se desplazase hacia el frente desde sus posiciones de retaguardia, en una maratónica marcha de 350 kilómetros.

Las divisiones blindadas de reserva soviéticas llegaron el día 10 de julio al escenario del combate. El día 12 comenzó una nueva batalla, descrita a menudo como el mayor combate librado cara a cara por tanques de la historia. En ella se enfrentaron centenares de carros blindados por ambos lados (850 soviéticos frente a 600 alemanes) en un espacio reducido, emulando en la práctica las decimonónicas cargas de caballería en terreno llano, infiltrándose los tanques soviéticos entre las filas de blindados alemanes y «cazándose» unos a otros en medio de una gran confusión. La aviación *roja* acabó ganando el control del espacio aéreo y pudo auxiliar a sus tropas de tierra ese mismo día 12, y por la tarde el mando soviético dio orden de retirada a sus carros, que dejaron el campo a los germanos. Éstos habían frenado la contraofensiva soviética, pero habían sufrido demasiadas pérdidas. Sin embargo, su sacrificio había sido en vano. Hitler canceló de repente la Operación Ciudadela el 13 de julio de 1943, después de conocer el simultáneo desembarco aliado en Sicilia el día 11 de ese mes.

La Wehrmacht había perdido de forma ya definitiva la iniciativa estratégica en el frente del Este, además de enormes cantidades de hombres (más de 10 000

en un día) y unos 300 carros blindados, más o menos tantos como el Ejército Rojo. El 4.º Ejército Blindado de Hoth había sufrido un 50 por ciento de bajas, tanto en hombres como en carros, casi las mismas que sus oponentes. Pero, a diferencia de los soviéticos, contaba con menos reservas. Las unidades SS de élite que se habían batido en vanguardia estaban literalmente deshechas, y la División *Totenkopf* tuvo que ser retirada del frente. El combate había acabado en tablas, pero el *Ostheer* había demostrado estar exhausto y sin capacidad de asestar más golpes ofensivos. Hitler, además, necesitaba estrechar la línea de frente en el Este para poder enviar lo antes posible algunas de sus divisiones al nuevo frente italiano, pese a la opinión de Von Manstein y otros generales, que estimaban que un empujón más haría caer las líneas soviéticas en Kursk.

Pero lo que no esperaba el mando alemán era que tuviese lugar una ofensiva soviética de modo casi consecutivo a la proeza de haber repelido el ataque de la Wehrmacht. Siguiendo el plan previo trazado por Zhukov y Vasilevsky, el Ejército Rojo lanzó un contraataque el día 12 de julio de 1943 por el flanco septentrional, hacia la ciudad de Orel, empleando el frente central (un grupo de ejércitos completo), y obligando a los alemanes a replegarse a la línea de partida, viendo caer sucesivamente Orel y Briansk. Por el sur, bajo el mando directo de Zhukov, la contraofensiva comenzó el 3 de agosto, y a fines de mes las tropas soviéticas volvían a tomar Kharkiv. Era la primera vez que los soviéticos conseguían un avance en verano. El saliente de Kursk ya no existía.

En apariencia, la batalla de Kursk terminó en tablas, y recordaba a varias de las fallidas ofensivas de la Primera Guerra Mundial que habían acabado con inmensas pérdidas por ambos bandos. Los soviéticos sufrieron bajas poco más elevadas que los alemanes, pero contaban con mejores reservas de retaguardia, mientras que el desgaste de la batalla habría de tener en los meses sucesivos gravosas consecuencias para la capacidad de combate del Ejército del Este en el sector centro y sur del frente oriental. Los alemanes sufrieron unos 56 000 muertos, por 70 000 de los soviéticos, quienes aún encajaron 183 000 bajas adicionales durante la contraofensiva de julio y agosto. El Ejército Rojo tuvo más muertos en los combates de Kursk que las fuerzas armadas estadounidenses durante toda la guerra. El tributo pagado en vidas humanas por el Ejército Rojo por las victorias de 1943 fue enorme, y en los meses siguientes los efectivos humanos de una división de fusileros soviéticos se vieron reducidos a su mínimo histórico: 2000 hombres. No obstante, en ese momento las fuerzas armadas de la URSS habían alcanzado un nivel más que apreciable de modernización

tecnológica, lo que compensaba las ingentes pérdidas de vidas humanas. Y ese factor se convertiría en la clave de su renovada capacidad ofensiva, como demostrarían unos meses después.

CAPÍTULO 5

POR LA PATRIA HACIA LA VICTORIA

El éxito soviético en la batalla de Kursk marcaría definitivamente el cambio de rumbo de la guerra. A partir de mediados de 1943, la iniciativa correspondió en todos los frentes al Ejército Rojo. Se trataba en buena parte de la movilización del potencial industrial y militar de la URSS ya recuperado tras el desastre de 1941, y de la puesta en valor de la creciente superioridad soviética en recursos humanos y materiales, complementada de modo decisivo por las ayudas de los Aliados occidentales. Ese potencial se vio acompañado por una mayor madurez estratégica del Ejército Rojo, así como de una serie de cambios que flexibilizaron sus mecanismos de funcionamiento y toma de decisiones a todos los niveles, desde la *Stavka* hasta las compañías del ejército de tierra.

La superioridad material fue también conseguida merced a un formidable esfuerzo de movilización social, en el que los mecanismos de coerción y terror desplegados por el régimen estalinista jugaron un importante papel a la hora de imponer una severa disciplina social. Pero la disciplina no lo fue todo. El esfuerzo de guerra soviético consiguió generar complicidades y consensos entre buena parte de la población, en especial mediante el recurso a lemas movilizadores, símbolos y lealtades que iban más allá de la mera fidelidad al régimen de Stalin, del culto a su figura y de la solidaridad internacionalista o la consecución de los objetivos revolucionarios. La patria pasó al primer plano de la propaganda de guerra soviética.

El rearme moral y material soviético: movilización, patriotismo y terror

Existen, *grosso modo*, tres teorías globales que intentan explicar la inmensa capacidad de resistencia de la población civil y de los soldados soviéticos durante la guerra de 1941-1945, y las razones de la victoria final de la URSS. La primera se refiere a la capacidad de movilización y coerción del régimen estalinista, conseguida a través de la apelación al sentimiento nacional de unidad frente al invasor, acompañada de una férrea disciplina en el frente y en la retaguardia. La paranoia represora de la dictadura soviética, que no disminuyó en intensidad ni siquiera en las circunstancias más desesperadas, así como la brutal coerción ejercida sobre quienes no se plegasen a los objetivos de guerra, en las trincheras, las fábricas o el campo, explicarían el odio al invasor alemán. Este último abrigaba un propósito de esclavización y exterminio, y por lo tanto desechó cualquier posibilidad seria de ganarse a la población soviética, y en particular la perteneciente a nacionalidades no rusas, mediante una política de cariz más benigno. Al ciudadano soviético le era poco menos que imposible refugiarse en la indiferencia acerca de lo que ocurría a su alrededor. La disciplina social impuesta por el régimen estalinista desde la década de 1930 alcanzaba así su apogeo durante la guerra, pero también una nueva legitimación: la que otorgaba el nacionalismo ruso de tradición imperial, convenientemente desempolvado y utilizado como *leitmotiv* de civiles y soldados.

Un segundo argumento explicativo se refiere al efecto combinado de las circunstancias físicas y climatológicas excepcionales que se daban cita en el frente oriental, y la inmensidad de la retaguardia soviética. El «general invierno» había detenido el avance alemán en 1941, y la inmensidad del espacio obligaba a la Wehrmacht a mantener un control más bien laxo de amplias zonas de su retaguardia, convertida *de facto* en un área salpicada de zonas de control partisano. A ello se unía la inagotable reserva de recursos humanos de la URSS, reclutados en las regiones de Asia Central y Siberia, además de la posibilidad de

contar con un inmenso patio territorial trasero al que fue posible transportar fábricas de munición y armamento. El Ejército Rojo, ante la enorme cantidad de recursos humanos disponibles, no dudó en sacrificarlos de forma masiva ante la superioridad germana en armas y en estrategia, pero no hombres. No había de extrañar, en consecuencia, tanto el alto número de pérdidas humanas sufridas por la URSS al final del conflicto como lo rudimentario de sus tácticas de combate, al menos en 1941-1942. Las decisiones en el campo de batalla se basarían en una combinación de confianza excesiva en la abundancia de material humano y de miedo de los oficiales de rango medio a tomar decisiones, so pena de ser ejecutados por la policía política o denunciados por los comisarios de turno. A pesar de ese primitivismo táctico, como escribía con desazón el general Franz Haider en su diario de guerra a comienzos de septiembre de 1941, las divisiones del Ejército Rojo «no están armadas ni pertrechadas según nuestros parámetros, y su dirección táctica es, a menudo, bastante pobre. Pero ahí están: si aplastamos a una docena, los rusos ponen enfrente de nosotros otra docena, es lo que hay».

Un tercer grupo de argumentos sobre la capacidad de resistencia soviética incide en otros factores. Por un lado, los deméritos estratégicos alemanes: la centralización de las decisiones militares en un líder tan carismático como poco ducho en cuestiones tácticas, como era Adolf Hitler, cuyas equivocaciones en momentos clave habrían supuesto pérdidas importantes de tiempo y recursos para la Wehrmacht. Por otro lado, la trascendencia de la ayuda de los Aliados a la URSS, tanto en alimentos como en armamento y suministros logísticos.

Todos estos argumentos explican en efecto el desenlace de momentos clave de la guerra en el Este. Sin embargo, todos ellos yerran en un punto: reproducen una imagen premoderna del Ejército soviético, visto como una fuerza en la que los recursos humanos pesaban más que la tecnología. Lo cual es una exageración, aplicable en todo caso más al período 1941-1942, como hemos visto, que al Ejército Rojo de las victorias de 1943 y que avanzó de modo arrollador hasta Berlín. Este último era mucho más moderno, mejor equipado en tecnología y transmisiones y más dotado desde el punto de vista de la preparación táctica que el que se encontraron las divisiones alemanas en 1941. A esa nueva situación contribuyeron varios factores: la mayor profesionalización de la dirección estratégica de la guerra; la relativa relajación de la tutela de las instancias políticas sobre las militares, tanto al nivel del mando supremo como de las unidades combatientes —patente ya en el decreto n.º 391 de Stalin (4 de octubre de 1941), que criticaba en los jefes de tropa el abuso de la «represión»

para ocultar sus propias responsabilidades tácticas—; la modernización tecnológica del armamento pesado y su mejor conjunción y coordinación con las fuerzas de infantería para incrementar la potencia de fuego de las divisiones soviéticas; y la extraordinaria ampliación de la producción industrial en la retaguardia de la URSS.

Esta última, además, fue salvaguardada en buena parte del avance alemán. Ya el 25 de junio de 1941 Stalin había ordenado a Malyshev, comisario encargado de la producción de tanques, que dispusiese lo necesario para trasladar a los Urales las fábricas de carros de combate de Leningrado y Kharkiv, donde se producía el nuevo T-34. Lazar Kaganovich, miembro del Politburo del PCUS, fue el encargado de organizar una gigantesca operación de traslado de fábricas de producción estratégica y armamentística, para lo que movilizó a dos millones de hombres y la red de ferrocarriles soviética. Una vez en sus puntos de destino, las tareas de montaje y producción se reiniciaron a marchas forzadas, antes incluso de procurar alojamiento adecuado a los trabajadores. Junto a las fábricas, se evacuó de Rusia occidental a dos millones y medio de personas entre junio y julio de 1941, acompañadas de millones de cabezas de ganado. Entre el 10 de junio y el 20 de noviembre de 1941 más de un millón de vagones con productos y máquinas industriales viajaron a los Urales y Siberia. Y a lo largo de la guerra, el volumen de personas desplazadas por vía fluvial y por ferrocarril alcanzó los doce millones. Ciertamente, el esfuerzo no pudo evitar que se produjesen grandes pérdidas de material y plantas industriales, que fueron destruidas siempre que fue posible para evitar que cayesen en manos del enemigo. Dos tercios de la producción industrial anterior a la guerra se localizaba en los territorios ocupados por los alemanes y sus aliados hasta diciembre de 1941, y en el otoño de ese año, en vísperas de la decisiva batalla de Moscú, un 80 por ciento de la capacidad productiva soviética estaba todavía en proceso de reubicación, lo que tuvo como consecuencia una acuciante falta de suministros militares, en particular de tanques y armamento pesado, hasta comienzos de 1942^[350].

Pero todo lo anterior, con ser mucho, no lo explicaba todo. Un factor fundamental, y no siempre señalado, fue la masiva movilización de la población femenina en el frente y, sobre todo, en la retaguardia. Muchas mujeres soviéticas se presentaron voluntarias en 1941 para nutrir las filas del Ejército Rojo. En este último sirvieron como radiotelegrafistas o telefonistas, como enfermeras o como

médicos: un 40 por ciento de los médicos del frente eran mujeres. Muchas de ellas sirvieron en grupos partisanos, y hubo unidades de primera línea compuestas en su mayoría por mujeres —las despectivamente llamadas *Flintenweiber* por los soldados alemanes—. Ya desde octubre de 1941, el personal femenino también se incorporó al cuerpo de pilotos de combate, y el 221.º Cuerpo Aéreo estuvo integrado en su totalidad por mujeres. Hasta veintitrés de ellas alcanzaron el rango de heroínas de la Unión Soviética, varias a título póstumo. En 1945 había 246 000 mujeres soviéticas que vestían el uniforme de campaña del Ejército Rojo. Las que servían en primera línea de combate estaban sometidas a las mismas condiciones que los hombres, desempeñaban tareas semejantes y no recibían una atención médica diferenciada, salvo en algunas unidades. Esa igualdad de trato encubría también los frecuentes casos de embarazo por abusos de superiores —quienes también estaban autorizados a tener una amante consigo, las llamadas PPZh o «esposas de campo»— o bien producto de relaciones con camaradas masculinos, lo que a menudo fue considerado poco menos que derrotismo o traición^[351].

Pero el ámbito en el que la contribución femenina adquirió una relevancia decisiva fue en el mantenimiento de la producción industrial en la retaguardia. Dos tercios de las mujeres soviéticas se incorporaron plenamente al mundo laboral y trabajaron en las fábricas, produciendo municiones, tanques y todo tipo de suministros civiles y militares. También las mujeres recogieron las cosechas y aseguraron el funcionamiento de las granjas colectivas. Y, además, estuvieron al cuidado de lo que quedaba de sus familias mientras los hombres jóvenes y no tan jóvenes estaban en el frente. Entre 1941 y 1944, la mano de obra femenina aumentó de un 50 por ciento a un 80 por ciento del total de trabajadores del campo. Esto permitió liberar una gran cantidad de población masculina para servir en el ejército. En 1944, un 75 por ciento de los hombres que habían trabajado en las granjas colectivizadas estaban en el frente, mientras que quienes se quedaron en ellas eran los enfermos, los ancianos o los mutilados que retornaron de los hospitales de campaña, además de mujeres y niños. Las reservas en material humano, con ser importantes, no eran infinitas, ni siquiera en Siberia. Con todo, las féminas ocuparon por lo general los puestos menos cualificados de la industria; tuvieron unas oportunidades de promoción laboral muy limitadas; y al regreso de los combatientes a casa la situación tradicional de subordinación de la mujer al marido —o al padre o a los hermanos— no varió

gran cosa con respecto al período anterior a la guerra. Lo mismo cabe decir sobre la propaganda oficial del régimen, que a partir de 1943-1944 volvió a insistir en la necesidad de que la mujer asegurase el porvenir de la patria socialista mediante la reproducción y el cuidado de la familia. Esta también era una razón por la que esa misma propaganda oficial se empeñó de modo especial en perseguir las prácticas abortivas que muchas mujeres soviéticas realizaban para controlar la natalidad en tiempos de escasez^[352].

La vida de las trabajadoras urbanas era, en todo caso, más fácil en términos relativos que la de las mujeres campesinas, obligadas a trabajar el campo sin apenas aperos adecuados, pero también a desempeñar labores comunitarias adicionales y a albergar en muchos casos incómodos huéspedes, los refugiados de las regiones occidentales que, huyendo de los alemanes, se habían encontrado con que las autoridades los habían abandonado a su suerte, por lo que muchos de ellos acabaron muriendo de enfermedades y malnutrición. Además, los trabajadores del campo no tenían derecho a ración, por lo que tenían que procurarse su propio sustento; mientras que al menos las trabajadoras y los trabajadores fabriles y de los servicios podían acceder a una cartilla de racionamiento. Las duras condiciones laborales de las fábricas de armamento y productos necesarios para la guerra impusieron una suerte de estajanovismo obligatorio a partir de febrero de 1942: la jornada semanal fue fijada en 66 horas, con un solo día de descanso al mes; las vacaciones fueron suspendidas por completo; y trabajar horas extraordinarias sin ningún tipo de compensación se convirtió en una práctica frecuente.

Sin embargo, la certeza del acceso a mejores cartillas de racionamiento compensaba la explotación laboral. Trabajar significaba comer, no bien ni en cantidad, pero al menos lo suficiente para subsistir y no caer enfermo. Las raciones repartidas por el Estado, establecidas ya por ley en julio de 1941, variaban según el tipo de trabajo y la edad, y oscilaban desde las 700 calorías diarias que recibían niños y ancianos inactivos hasta las 4000 a que tenía derecho un minero o un obrero siderúrgico. La mayoría de los trabajadores recibía entre 1300 y 1900 calorías por día, por debajo de lo deseable para conseguir resultados eficientes, pero suficiente para mantener el sistema laboral en funcionamiento. Por otro lado, también se arbitraron algunos mecanismos adicionales de compensación. El régimen mostró cierta tolerancia hacia los «huertos urbanos» de carácter privado, que proliferaron en las ciudades, en

jardines y parques, donde los ciudadanos soviéticos plantaban verduras y legumbres para el autoconsumo o el trapicheo en el mercado negro. Y los campesinos fueron autorizados a destinar una parte de su producto al mercado. El Ayuntamiento de Leningrado, por ejemplo, autorizó a los habitantes a poseer 0,15 hectáreas de terreno para plantar víveres. Así, estos huertos producirían en 1944 nada menos que un 25 por ciento de las patatas consumidas en la URSS. El mercado negro funcionó de forma más que fluida, y ante la tolerancia de las autoridades, en lugares como el mercado central de Moscú o determinados puntos de la periferia de Leningrado. Y lo hacía a menudo bajo la vigilancia y supervisión del NKVD, que faltó de medios para abortar todos los intentos de crear *mercadillos* y lugares de trueque improvisados a lo largo de la geografía urbana optó por la estrategia pragmática de mantenerlos bajo control, a fin de que no se vendiesen productos adulterados o en mal estado. Los trabajadores estajanovistas recibían premios en alimentos, y quienes donaban sangre para los hospitales de campaña también eran recompensados con comida^[353].

Con todo, y como bien señalan diversos autores, la capacidad de resistencia y sacrificio de la población soviética fue quizás el factor decisivo de la victoria final^[354]. En efecto, cientos de miles de anónimos ciudadanos y soldados dieron sus vidas en batallas suicidas sin ninguna perspectiva de salvación, fuese en Kiev o en Leningrado, en Stalingrado y otros lugares. La moral de combate del soldado soviético fue, en general, extraordinariamente alta y su resistencia fanática causaba la admiración, pero también la incomprensión, de sus oponentes. Después de la desbandada inicial, los invasores germanos se encontraban a menudo obligados a combatir contra soldados que resistían hasta el último hombre, sin ninguna posibilidad de salvación y aun después de que sus oficiales hubiesen muerto. Lo mismo se aplicaba a los partisanos. Como señalaba en una carta a casa el soldado Bernhard Bruhns a principios de 1942:

Los partisanos son una amenaza grave para los suministros. Salen de la nada, a menudo con no mucho más armamento que un poco de gasolina y cerillas, totalmente indiferentes, parece, hacia el valor de su propia vida. Saben que son fusilados inmediatamente. Pero su número es por lo que parece ilimitado, al igual que el de los soldados enemigos. Tomamos 10 000 prisioneros, y un par de días después ya hay otros 10 000 en su puesto, otra vez mal armados, pero valientes hasta la muerte; lo hace la pura masa, una reserva inagotable^[355].

No todo era heroísmo, sin duda. Para estimular aún más esta resistencia, el

Ejército Rojo recurrió a un procedimiento expeditivo que jugó un papel disuasor de primer orden ante cualquier mínima tentación de retirada o desertión por parte de la tropa. Había 750 000 *zagradotryady*, soldados que integraban los batallones del NKVD (*secciones especiales* y, desde el 12 de septiembre de 1941, los llamados *destacamentos de bloqueo*, de los que se dotó a todas las divisiones soviéticas), dispuestos a disparar por la espalda a quienes desertasen, mostrasen flaqueza en su determinación de resistir a los ataques enemigos o no avanzasen contra posiciones fortificadas o nidos de ametralladoras. En número de un batallón por cada grupo de ejércitos o *frente*, las secciones especiales del NKVD mantuvieron su actividad casi hasta el final de la guerra, mientras que los *destacamentos de bloqueo* —cuya función se solapaba a menudo con las anteriores— fueron oficialmente abolidos en octubre de 1944. Su presencia se hizo sentir tanto en las duras batallas defensivas de 1941 como durante el sitio de Leningrado o los combates de Stalingrado. Y su cometido, además de fusilar en el acto a desertores o *cobardes* y cumplir las sentencias de muerte en ejecuciones públicas de carácter ejemplificador, era vigilar que nadie abandonase su puesto en la línea de combate, así como interrogar a los soldados soviéticos que habían caído prisioneros de los alemanes y conseguían evadirse. Los decretos de Stalin n.º 280 (16 de agosto de 1941) y n.º 227 (26 de julio de 1942) endurecieron las penas para todos aquellos que fuesen sorprendidos intentando desertar o rendirse, o que no mostrasen suficiente celo en el combate. Los «derrotistas» y quienes contribuyesen a sembrar el pánico en la línea de fuego serían pasados por las armas en el acto y considerados traidores. Entre junio y octubre de 1941 los destacamentos de bloqueo del NKVD habían arrestado a 700 000 soldados y oficiales, de los que 26 000 fueron encarcelados y 10 000 fusilados.

A esas instancias de coerción se unía el sistema de las compañías de castigo, unidades disciplinarias encargadas de combatir en los sectores más peligrosos del frente o de ejecutar los trabajos más arriesgados, y a las que era destinado por un tiempo de entre uno y tres meses, previa degradación temporal, todo sospechoso de cobardía o de pasividad frente al enemigo, en especial oficiales y suboficiales. En esas compañías, las tasas de mortandad eran entre tres y seis veces superiores a las del resto de unidades. Aunque no existen cálculos definitivos, se ha estimado que cerca de un millón de soldados y oficiales soviéticos sufrieron consejo de guerra a lo largo del conflicto. De ellos, 400 000 fueron destinados a compañías de castigo, ignorándose cuántos murieron; y 135 000 fueron fusilados, el equivalente a trece divisiones de infantería del

Ejército Rojo. A las víctimas de la dura disciplina soviética habría que sumar decenas de miles de personas que fueron ejecutadas sumariamente sin proceso formal por secciones especiales o destacamentos de bloqueo del NKVD^[356].

En realidad, las medidas disciplinarias no diferían mucho, en su paranoia conspirativa, del conjunto del sistema de terror puesto en práctica por el NKVD: oficiales valiosos y pelotones enteros de soldados podían ser fusilados ante la más mínima sospecha de que planeasen una desertión a las filas alemanas, como consecuencia de las ficticias acusaciones a camaradas y amigos que eran arrancadas por el NKVD bajo tortura al interrogar a un sospechoso con cualquier pretexto. Ya durante los duros períodos de instrucción al este de Moscú, en los que los nuevos reclutas eran obligados a caminar largas distancias para incorporarse a los campos de instrucción, a vivir sobre el terreno y a aguantar todo tipo de arbitrariedades, las ejecuciones de soldados por imaginarios cargos de desertión o por delaciones falsas estuvieron a la orden del día^[357].

Algo semejante se puede afirmar sobre el papel jugado por los comisarios políticos (*politruks*) dependientes de la Administración Política de las Fuerzas Armadas (PURKKA). Aunque fuesen responsables de acusaciones injustas a soldados y oficiales, y a pesar de que su intromisión en las decisiones profesionales de los militares a cargo de la tropa podía conducir a auténticos desastres tácticos y al aniquilamiento de compañías enteras, los comisarios, al igual que muchos jóvenes comunistas (*komsorog*) procedentes de las juventudes comunistas o *Komsomol*, cumplieron por lo general un papel cohesionador de la moral de combate de la tropa, además de servir al mismo tiempo como consejeros espirituales, maestros, confidentes y espías, en una combinación bastante contradictoria que los hacía ser amados y temidos a la vez por la tropa. Pero en su gran mayoría eran combatientes convencidos de la causa, que procuraban en todo momento asegurar la fe de los soldados o *frontoviki* mediante el adoctrinamiento^[358]. Tanto *politruks* como *komsorog* pagaron por ello un alto precio: se calcula que tres millones de miembros del PCUS murieron en combate.

El papel jugado por la coerción y el terror explica en buena medida la enconada resistencia de 1941-1942. En momentos decisivos, los factores aludidos también fueron fundamentales para evitar que el frente se derrumbase, prevenir que se produjese una desbandada o, simplemente, impedir que la capacidad de combate de los soldados soviéticos decayese en exceso. Sin

embargo, es más que dudoso que los soldados del Ejército Rojo y los partisanos diesen sus vidas sin más por Stalin o por el ideal comunista. Junto al papel que la coerción jugó en su particular «cultura de guerra», el *Leitmotiv* de la defensa de la patria, de la Madre Rusia (o de otras nacionalidades) y la nueva nación soviética tuvo también una influencia determinante en sus motivaciones.

Por otro lado, la manera soviética de hacer la guerra provocaba una abrumadora cantidad de bajas. La escasa consideración por las vidas de los soldados, tradicional ya en el Ejército zarista —el promedio diario de bajas del Ejército ruso durante la Primera Guerra Mundial era sólo algo inferior al del Ejército soviético en 1941-1945— y en el Ejército Rojo forjado durante la guerra civil de 1917-1920, era un rasgo que impregnaba la mentalidad de los oficiales soviéticos en todos los escalones de mando. El colectivo era más importante que el individuo, y la comunidad —fuese la nación o la clase— constituía la única variable relevante en la mentalidad de los mandos militares.

La primacía del colectivo sobre el individuo era y es, sin duda, un objetivo perseguido por todo ejército moderno. Pero en el caso que nos ocupa aquélla se veía reforzada, y era puesta a prueba al mismo tiempo, por la incompetencia militar de comisarios políticos y cargos del partido que interferían constantemente, al menos hasta 1943-1944, en las decisiones operativas a todos los niveles. La inoperancia táctica, reforzada además por las purgas estalinistas en el ejército en 1937-1939 y el clima de terror y desconfianza que reinaba incluso en los escalafones inferiores de la oficialidad, fue decisiva a la hora de explicar el altísimo número de bajas de los dos primeros años de guerra. Sólo un 8 por ciento de los cuadros militares de 1941 sobreviviría al año siguiente, y los nuevos reclutas y oficiales, al ser inexpertos, también sufrieron gran número de muertes. A partir de 1943, gracias en buena medida a los mejores suministros de armas y a los cambios estratégicos en la dirección del Ejército Rojo, la cantidad de bajas entre sus filas comenzó a descender de manera significativa. En Kursk, el promedio de pérdidas en combate fue inferior en un 50 por ciento al registrado durante la batalla de Moscú; y en 1944, esos porcentajes disminuyeron en otro 50 por ciento^[359].

La mentalidad del *Iván* hacía el resto. Esta variable —la experiencia del soldado de a pie del Ejército Rojo— ha permanecido durante largo tiempo oculta a los historiadores de la Segunda Guerra Mundial, en parte por las dificultades hermenéuticas (la tardía e incompleta apertura de los archivos militares rusos

desde 1990); pero también porque el número de memorias y autobiografías publicadas durante la era soviética fueron muy escasas, y las que aparecieron reproducían de modo bastante ajustado el esquema interpretativo oficial de la guerra como Gran Guerra Patriótica (*vielikaia otietchieswiennaia voiná*), silenciando todo aquello que contradecía o matizaba esa interpretación, tal vez el paradigma historiográfico que con más firmeza ha resistido el paso del tiempo desde la muerte de Stalin y hasta la Rusia de hoy. Ciertamente, existe en los historiadores, casi todos extranjeros (no rusos), que se han aproximado a la historia social y cultural de los combatientes soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial una suerte de unanimidad interpretativa en considerar que la mentalidad fatalista del soldado soviético estaba alimentada por décadas de experiencia de Gobiernos autoritarios o totalitarios, hambrunas, revoluciones y privaciones. En parte por dicha circunstancia, el ruso sería un pueblo acostumbrado a los sacrificios, y a sobrellevarlos con una mezcla de estoicismo e idealismo de raíz religiosa o casi poética. Lo que explicaría asimismo su propensión a la resistencia empecinada^[360].

Tal interpretación es más que plausible en sus rasgos generales. Hasta sus antiguos enemigos, como el veterano de la División Azul Guillermo Alonso del Real, reconocían ya en 1953 que, a pesar de los estereotipos difundidos durante la guerra, que incidían en su carácter *borreguil* y siervo del instinto de masa, los soldados soviéticos no eran meros peleles en manos de un poder tiránico: «el soldado ruso [...] era disciplinado, valiente y estaba magníficamente instruido»^[361]. Pero incidir en exceso en el supuesto *fatalismo* intrínseco del soldado soviético bebe demasiado, a nuestro parecer, de una imagen entre sufrida, doliente y fatalista del pueblo ruso, transmitida en Europa occidental por la literatura de viajes y la propia recepción exterior de los clásicos de la literatura decimonónica rusa en el siglo xx, y aun la mezcla de racismo, fascinación por lo exótico y admiración que impregnaba la visión exterior de los soldados rusos desde, al menos, el siglo xvii^[362]. Pues no hay que olvidar que, por ejemplo, la *cultura de guerra* de los soldados franceses de la Primera Guerra Mundial ha sido definida de forma parecida: al final, es el fatalismo lo que lleva al combatiente a soportar penalidades y a arriesgar su vida, más allá de la falta de alternativas y la propia espiral alimentada por la experiencia del combate y la fidelidad al grupo reducido de camaradas con los que se comparte trinchera, tanque o pelotón^[363].

El soldado soviético luchaba, en todo caso, más por la patria que por el comunismo en abstracto. Y más por un sentimiento de autodefensa colectiva frente a una agresión que por el régimen estalinista. El patriotismo, percibido también como una defensa de la comunidad local o étnica, fue un móvil cultivado de modo consciente por la propaganda de guerra soviética desde el mismo verano de 1941, tanto en el frente como en la retaguardia y entre la población civil que vivía bajo yugo alemán. Se trataba, ante todo, de situar al Estado soviético y a los ideales abstractos de la revolución bolchevique en un segundo plano frente al vínculo primario en aquellos momentos de tribulación, la nación. La patria en peligro era algo más que una metáfora, por cuanto el invasor abrigaba, en efecto, planes de exterminio y esclavización masiva.

En este orden de cosas, existía una clara línea de continuidad entre los motivos y argumentos utilizados por el nacionalismo de guerra soviético y algunas de las tendencias del discurso oficial de la URSS anterior a 1941, en especial con lo que varios autores han denominado el «giro étnico» de la propaganda y la política educativa y cultural estalinista durante la década de 1930, puesto que estas últimas estaban orientadas a fundamentar ideológicamente la construcción identitaria de una comunidad socialista de ciudadanos. Fue a partir de 1932 cuando las apelaciones al patriotismo soviético empezaron a abundar en la propaganda oficial, en los discursos de Stalin y en la imaginería desplegada por el Estado soviético. El motivo obedecía a la constatación por parte del dictador de que la construcción del «socialismo en un solo país», después de derrotar la postura defendida por Trotsky consistente en una extensión permanente de la revolución desde la URSS, necesitaba de un vínculo emocional fuerte que cimentase entre la ciudadanía la lealtad al joven Estado soviético. Esa necesidad era aún más acuciante en una coyuntura internacional plagada de amenazas para la supervivencia de la URSS —la ocupación de Manchuria por Japón en 1932, y el ascenso del nazismo al poder en Alemania al año siguiente—, y en un momento en el que la colectivización forzada de la tierra, que supuso la deportación y la muerte de millares de campesinos, y la industrialización a marchas forzadas habían generado una apreciable resistencia entre amplios sectores de la población; en particular ante el principio del segundo plan quinquenal (1933-1937). No menos importantes eran las posibilidades de instrumentalización ideológica que ofrecía el patriotismo soviético para la consolidación del poder dictatorial de Stalin, basado en un culto a su persona que, de paso, podía adquirir mayor legitimación con el culto a la

nación^[364].

Además de la revisión en sentido nacionalista de los libros de texto y de la asunción de contenidos patrióticos en el cine, así como la promoción del culto a Pushkin, la *nacionalización* del comunismo soviético no sólo excluía de su seno el cosmopolitismo *excesivo y burgués*, o las identidades diaspóricas (como se definía, por ejemplo, a los judíos). También mostraba una clara tendencia a recuperar muchas de las imágenes y contenidos simbólicos e historiográficos del nacionalismo imperial ruso (*rossiiskit*), empezando por una revalorización de la historia del tiempo de los zares y continuando con una recuperación paulatina de la primacía de la lengua rusa en el uso administrativo y oficial. El culmen se alcanzaba con las medidas adoptadas por el bastión más neoimperial del nacionalismo ruso, el Ejército Rojo, que abolió las unidades étnicas y regionales en su seno y desde 1938 sólo utilizó como idioma oficial el ruso. Este último fue declarado también de conocimiento y enseñanza obligatoria en toda la Unión, si bien con el argumento de que el ruso no sólo era un «patrimonio común» soviético por ser lengua de Lenin y del pueblo que abrazó primero el socialismo, sino porque de este modo se aprendía el idioma internacional de todos los revolucionarios...^[365].

Con todo ello, se desechaba la tendencia de los primeros bolcheviques a revisar el pasado «chauvinista» de Rusia frente al resto de las nacionalidades que formaban la URSS, que todavía condenaba Stalin —junto con las «desviaciones del nacionalismo localista»— en su discurso ante el XVI Congreso del Partido Comunista en 1930. No obstante, el nuevo mensaje nacionalista también admitía gradaciones cercanas al doble patriotismo entre la comunidad local o *rodina*, las diversas patrias de la URSS y el pueblo o patria soviética, que aspiraba a su vez a liberar al conjunto del proletariado mundial. La insistencia en la convivencia de identidades superpuestas resultaba además especialmente útil en aquellas repúblicas, como Ucrania, en las que era necesario elaborar y difundir una suerte de mensaje «nacional-comunista» integrado en el patriotismo soviético, según el cual sólo la URSS y el socialismo permitirían la (re) edificación de una patria propia. La plenitud del nacionalismo local, por tanto, sólo podría alcanzarse en el seno de la URSS^[366].

Ya en el verano de 1941, la afluencia de ciudadanos soviéticos como voluntarios al Ejército Rojo y, en especial, a la milicia popular (*opolcbenie*) tuvo como motivación fundamental la defensa de la patria. A los pocos días de la

invasión, el himno *Álzate, país poderoso*, compuesto para la ocasión por un músico de comedias cinematográficas, alcanzó gran popularidad a través de la radio. Las nuevas canciones populares que surgieron durante la guerra se convirtieron en una de las expresiones más espontáneas del sentimiento patriótico e identitario de muchos ciudadanos y soldados soviéticos. Todas ellas hablaban de *rodina* y de *národ*, es decir: de patria —patria local, pero también en sentido amplio, lo que otorgaba al término una gran versatilidad semántica y retórica— y de nación o pueblo, de nostalgia y de familia. Sólo en Moscú se compusieron más de cien canciones patrióticas en las primeras semanas de la guerra^[367]. Y el 26 de junio de 1941, el diario oficial *Pravda* definía el conflicto por primera vez como una guerra patriótica^[368]. La revista teórica *El Bolchevique* (*Bol'sevik*), en su número de junio —aparecido al mes siguiente—, ya incluía una clara llamada a combatir por la Unión Soviética como nación de todos sus ciudadanos libres y solidarios; y también a fundir ese sentimiento con el más tradicional de *rodina*, la patria local, aludida con imágenes paisajísticas y familiares:

Nuestra patria son nuestros inmensos campos fértiles, que cultiva la laboriosidad de un pueblo libre; nuestra patria son nuestras estepas, bosques y montañas, los caudalosos ríos y lagos, los mares y océanos.

La patria: eso son nuestras imponentes ciudades y pueblos, koljoses, fábricas, talleres y minas. Todo lo que ha creado el gran impulso de los trabajadores, campesinos y la intelectualidad de nuestra patria.

La patria: eso son nuestras familias, nuestros padres, madres, hermanos, hermanas e hijos^[369].

Algo semejante escribía el escritor y corresponsal de guerra Konstantin Simonov, convencido comunista y ateo militante, desde una posición camino del frente de Smolensko. Al pasar por un pueblo a cuyo lado se divisaban las cruces de su cementerio, experimentó una reacción poco menos que telúrica, al darse cuenta de la conexión entre la patria, el pasado y el presente:

[C]omprendí cuán fuerte era en mi seno el sentimiento de la patria; cuánto sentía que la tierra misma formaba parte de mí; qué hondamente arraigada en la

tierra estaba la gente que allí vivía. [...] Era imposible imaginar que la tierra en sí misma pudiera devenir alemana. Pasare lo que pasare la tierra era y seguiría siendo rusa^[370].

No obstante, en un principio hubo muchos combatientes soviéticos que creyeron estar luchando por una patria que englobaba en verdad la causa del proletariado mundial, más allá de un lema propagandístico. Y que estaban, por eso, ingenuamente convencidos de que los *hermanos de clase* alemanes se rebelarían contra sus mandos fascistas en solidaridad con el pueblo soviético, desertarían de las filas invasoras en masa, o experimentarían una suerte de revelación de la verdad revolucionaria al ser capturados por los soldados de la estrella roja. Algunos testimonios sugieren que numerosos jóvenes comunistas enrolados en el Ejército Rojo compartían tal percepción de la realidad. Pero su mayor sorpresa fue descubrir en pocas semanas que los soldados proletarios del Ruhr o de Silesia hacían caso omiso de las llamadas solidarias desde el otro lado de las trincheras, e incluso reaccionaban con desprecio e insolencia cuando eran interrogados como prisioneros.

Igualmente, el conocimiento de la política del *Ostheer* hacia los prisioneros soviéticos en general, y en particular hacia los comisarios políticos y «fanáticos comunistas» que caían en sus manos, hizo cambiar en pocas semanas el estado de ánimo de los soldados del Ejército Rojo. La lucha pasó a ser una defensa de Rusia frente a los alemanes; y el motivo para entregar la vida era, ante todo, la comunidad nacional sentida como una familia. Así lo intuyó Stalin cuando en su discurso radiado del 3 de julio de 1941 se dirigió a los habitantes de la URSS no sólo con el hasta entonces usual «camaradas», sino también como «ciudadanos» y «hermanos y hermanas». En su alocución del 6 de noviembre, el máximo dignatario soviético concluía su parlamento con un «¡Larga vida a nuestra gloriosa Patria!», después de recordar que una «gente con la moral de unas bestias» se disponía a aniquilar a «una gran nación» que contaba en su panteón de celebridades con Lenin, pero también con escritores como Tolstoi o Chéjov. Y al día siguiente, en el desfile militar de la Plaza Roja, el dictador invocaba la tradición rusa de defensa frente a un invasor, inaugurada por un linaje de héroes nacionales que iba desde Aleksandr Nevsky en el siglo XVIII al general zarista que había alcanzado notorias victorias contra los turcos a fines del XVIII, Aleksandr Suvorov, y culminaba con la figura de Mijail Kutuzov, estratega que había detenido a los ejércitos de Napoleón. Para rematar, Stalin concluía su

discurso con un estentóreo «¡Muerte al invasor alemán!».

Los intelectuales comunistas profundizaron en la vía discursiva abierta por Stalin. Así, el escritor Ilya Ehrenburg, que a fin de cuentas había vivido en la guerra civil española la proliferación del patriotismo como lema movilizador en el bando republicano, también por obra y gracia de los comunistas españoles^[371], pasó a escribir inflamadas crónicas en el diario *Pravda* plenas de ditirambos a la tradición cultural y al pedigrí resistente del pueblo ruso, impregnadas en ocasiones de sentimiento xenóforo. Esas crónicas tuvieron continuidad hasta 1943 en el periódico del Ejército Rojo *Krasnaya Zvezda*. Algo semejante se puede afirmar de las composiciones escritas para ese mismo órgano por otros escritores que pusieron su pluma al servicio de la causa patriótica, desde Aleksei Tolstoi —pariente lejano del clásico escritor ruso Lev Tolstoi— a Vasili Grossman o Andrei Platonov^[372]. El novelista Vsévolod Ivánov escribía así ya a fines de junio de 1941, aun incurriendo en algún anacronismo que revelaba su escaso conocimiento de los hechos factuales de la historia rusa:

Yo soy ruso. Mi patria se extiende del mar Blanco al océano Pacífico. Mis antepasados avanzaron, a través de las estepas y de los bosques de Siberia, con Iermak que combatió en las filas de Pedro el Grande. Sus caballos cosacos bebieron en las aguas del Rin. Sus banderas flamearon en las calles de Berlín. Ellos defendieron a mi patria levantando con sus cuerpos una barrera en Borodino. Mis antepasados fueron quienes obligaron al invencible Napoleón a huir después de hacerle abandonar a su ejército^[373].

Igualmente, los maestros y profesores de Historia que podían ejercer su magisterio en las zonas de la URSS no ocupadas fueron alentados por los historiadores oficiales del régimen estalinista a fomentar el patriotismo y el ardor combativo de los escolares y adolescentes soviéticos, posibles soldados en un futuro próximo, mediante la enseñanza de todos los ejemplos históricos de resistencia a invasores foráneos por parte del pueblo ruso, desde la gesta frente a los caballeros teutones de Aleksandr Nevsky hasta la guerra antinapoleónica, pasando por las guerra contra Suecia y Polonia de 1604-1613 y la figura mitificada del zar Pedro el Grande (1672-1723)^[374].

La comprobación posterior por los soldados del Ejército Rojo de las consecuencias de la política de ocupación alemana en aquellas zonas de la URSS que volvían a control soviético, en primer lugar de las ciudades y pueblos de la región de Moscú reconquistadas en diciembre de 1941, no hizo sino alimentar el

sentimiento nacionalista y el deseo de revancha frente a un invasor extranjero cuyo propósito abierto era el exterminio. El *Iván* experimentó el anhelo de venganza por los abusos cometidos contra su propio pueblo y en su propio suelo, y descubría de paso al ser movilizado en regiones distantes de su casa cuán grande y variada era la nueva patria soviética^[375]. Hechos como el saqueo por los ocupantes alemanes de los palacios de los zares, de la casa natal del escritor Lev Tolstoi y del compositor Tchaikovsky fueron utilizados por la propaganda de guerra soviética como una prueba irrefutable de que los invasores querían borrar de la faz de la tierra el legado cultural de un pueblo y una cultura, además de a sus habitantes. Y aniquilando una cultura que había contribuido al acervo mundial, también querían acabar con la civilización. Se imponía, pues, el odio casi xenófobo contra el alemán, que destruía la URSS y la cultura nacional de sus pueblos al igual que siglos antes sus antecesores germánicos habían arrasado Roma^[376]. Y los nuevos héroes —los hombres de Pánfilov, la partisana Zoya Kosmodemyanskaya, el francotirador Vasili Záitsev, y un largo etcétera de soldados vivos o muertos que fueron elevados por la propaganda de guerra a ese rango— fueron igualmente presentados como encarnación del sacrificio del pueblo por la patria, en una suerte de reconversión del molde del obrero heroico Stájanov, ahora convertido en soldado. Pero también fueron retratados como hijos de la gran familia soviética devorados por el invasor.

A los grandes personajes del pasado se sumaban también mitos más populares, como Vasili Tërkin, personaje creado por el escritor Aleksandr Tvardovski, que describía la vida azarosa de un soldado del común, y que estoicamente aguantaba todas las adversidades del frente. Si Tërkin peleaba por algo, era por su patria, de un modo poco grandilocuente e identificado con su familia, su tierra y su hogar. Pero era un código que llegaba a los *frontoviki*. Estos últimos reciclaban y reinterpretaban los mensajes de la propaganda oficial de forma propia. Una buena parte de los nuevos reclutas del Ejército Rojo consistía en campesinos iletrados, muchos de ellos de nacionalidad no rusa, a menudo impenetrables para los oficiales, los comisarios políticos y la propaganda oficial que en teoría se dirigía a ellos. Sin embargo, en las formas de cultura popular de los campesinos soldados, en sus canciones y en la literatura oral que recitaban improvisadamente, se podían encontrar, al lado de motivos universales —la nostalgia, la familia, la madre o la novia que espera por el soldado— el duelo por la patria invadida, la defensa de la madre tierra y del

propio suelo identificado con los seres queridos... e incluso la fe ortodoxa (o islámica o católica y uniata en otros casos). El uso de crucifijos y el hábito de presignarse entre los soldados de esa confesión, aunque hubiesen sido socializados en un Estado que se declaraba ateo, tenía muchas veces más de ito identitario que de convicción trascendente. El soldado soviético sentía, en definitiva, que defendía su patria y se movilizaba por ella. Pero no siempre atribuía a las palabras el contenido altisonante que les era atribuido por el nacionalismo de guerra estalinista^[377].

La demonización del adversario teutón por parte soviética incidió sobre todo en presentar la resistencia a la agresión germana como una Gran Guerra Patriótica frente a un invasor extranjero, unos nuevos caballeros teutones que serían expulsados por la Rusia eterna, simbolizada en el héroe medieval Alexandr Nevsky, que había sido mitificado por el cineasta Serguei M. Eisenstein ya en 1938. En su mensaje al pueblo soviético del 3 de julio de 1941, Stalin apelaba a la defensa de la patria soviética y de la libertad y cultura de todas las nacionalidades de la URSS frente al fascismo alemán, que buscaría esclavizar al pueblo y acabar con la cultura y la personalidad política de las naciones de la Unión Soviética. En su formulación oficial por las autoridades soviéticas, sin embargo, la Gran Guerra Patria/Patriótica no sólo restauraría la patria soviética y sus nacionalidades, sino que también contribuiría a liberar a todos los pueblos del mundo, incluido el alemán, del fascismo^[378]. Un panfleto de propaganda partisana evocaba en 1942 cuán invencible había sido la «madre Rusia» para los invasores del pasado, y destacaba el papel del pueblo (*národ*), identificado con la nación, en esas gestas pasadas:

Hace 700 años, Aleksandr Nevsky aplastó a los ancestros de las bandas de Hitler; hace 182 años las tropas rusas entraron en Berlín, destrozando las igualmente «invencibles» huestes de Federico II. El pueblo ruso destruyó al ejército de Napoleón, que soñaba con doblegar a Rusia. En 1918, el joven Ejército Rojo destrozó a los alemanes en Narva y Pskov. La derrota de los nazis es inevitable, ahora que el pueblo ruso ha despertado su furia justiciera^[379].

Es más, los discursos movilizadores utilizados por el Ejército Rojo y por los partisanos volverían a utilizar lemas típicos de la propaganda de guerra del Ejército zarista, así como una serie de tópicos e imágenes clásicas del nacionalismo imperial ruso. Junto a expresiones como «madre Rusia», el lenguaje del patriotismo soviético se revistió de sacralidad y, al mismo tiempo,

de referencias a la familia y al hogar, en proclamas y manifiestos que dejaban en segundo plano el internacionalismo anterior: era una «guerra santa» equiparable a una guerra nacional (*vojna narodnaja*) contra unos invasores que ultrajaban la patria, las familias y los pueblos del ciudadano soviético. La Iglesia ortodoxa rusa conoció un período de mayor tolerancia oficial a sus actividades, siempre y cuando pusiese su influencia social al servicio de la guerra patria. Así lo hizo el arzobispo ortodoxo de Leningrado, Aleksii, en un sermón pronunciado el 10 de agosto de 1941 en Moscú; y lo repetía el metropolitano (después patriarca) de la Iglesia ortodoxa rusa Sergei en sus alocuciones por radio dirigidas a los partisanos de la retaguardia alemana. Así rezaban igualmente numerosos panfletos y proclamas de propaganda partisana repartidas en el territorio ocupado por los alemanes un mes antes^[380]. Los carteles incitando al ciudadano soviético a resistir destacaban paralelismos semejantes. Un conocido cartel de propaganda de 1941 presentaba a los soldados del Ejército Rojo como continuadores de las gestas de Nevsky, Suvorov y el guerrillero Chapáiev. Otro más presentaba el paralelismo entre el destino sufrido por Napoleón en 1813 y el que sufriría Hitler. Y ya en 1941 la patria que llamaba a sus hijos a defenderla del ultraje extranjero era representada como una madre^[381].

La propaganda estalinista apelaba, por tanto, a la invencibilidad de una sociedad cohesionada y concienciada por completo para ganar la guerra, en la mejor aplicación del concepto de *guerra total* que Goebbels formularía para el Tercer Reich en febrero de 1943. Esa movilización total con fines militares no era, por lo demás, nada nuevo. Los bolcheviques ya habían utilizado la amenaza del enemigo exterior en su propaganda desde la guerra civil posterior a la revolución (1917-1920), y continuaron haciendo uso de ella tras 1922, al recordar de modo insistente que el primer Estado socialista debía sobrevivir a la hostilidad perenne de las potencias capitalistas. La movilización permanente de la población a través de los planes quinquenales, las campañas para incrementar la producción agrícola e industrial, y la elevación al rango de héroes de los soldados distinguidos durante la Revolución de 1917 y la guerra civil subsiguiente, así como de los trabajadores capaces de aplicar a su labor virtudes que en esencia eran militares, tuvo una doble virtud. Por un lado, fue capaz de familiarizar a los ciudadanos soviéticos y a los cuadros del Partido Comunista con la necesidad de improvisación. Por otro, convirtió en un motivo frecuente la identificación del individuo con el lema de la patria en peligro. Era una suerte de

constante militarización de los objetivos colectivos. Muchos de los cuadros militares y civiles que dirigían ahora la resistencia soviética habían llegado a la edad adulta a comienzos de la década de 1930 y eran producto de aquel clima de movilización anterior. Así las cosas, la guerra podía verse como un estadio de continuidad con respecto a los veinte años que habían sucedido a la guerra civil rusa.

La identificación de los ciudadanos soviéticos con la nación, aunque fuese independiente de Stalin, también llevaba de modo más o menos directo a algún tipo de identificación con el Estado. El término *rodina* (traducible por patria, pero también en sentido genérico como patria local, hasta cierto punto equivalente al alemán *Heimat*) apareció con tanta o más frecuencia que *narod* (pueblo) en la propaganda oficial y en la cultura popular soviética de guerra. Como lema de avance del Ejército Rojo se acuñó una mezcla de patriotismo y culto al líder: *Za rodinu, za Stalina* (por la Patria y por Stalin), combinada con la tolerancia del culto ortodoxo y la restauración del Patriarcado de Moscú en 1943, y asimismo con la confusión entre nacionalismo pan ruso o imperial y patriotismo soviético. En diciembre de 1943, la *Internacional*, himno hasta ese momento de la Unión Soviética, fue sustituido por decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS por otro de nueva factura. En él se apelaba de manera explícita a la unión de Repúblicas libres que «durante décadas la gran Rusia ha soldado. / Larga vida al país fundado por la voluntad del pueblo. / La unida, poderosa Unión Soviética. / ¡Gloria a nuestra patria, al libre / y seguro baluarte de la amistad de los pueblos!»^[382]. Y en el Ejército Rojo se recuperaron rangos y distinciones que habían sido de uso corriente en el ejército zarista, además de la denominación *Guardias* para divisiones distinguidas en combate.

El sentimiento nacional que cristalizaba entre la población movilizada por el esfuerzo de guerra presentaba rasgos propios. Era una suerte de mezcla del nacionalismo imperial anterior con algunos rasgos del nacionalismo étnico ruso (*ruskii*). La imbricación entre ruso y neoimperial o soviético era definida en una gradación jerarquizada de afectos y méritos de guerra. El novelista Aleksandr Fadeev, secretario general de la Unión de Escritores Soviéticos, teorizaba aquel mismo año 1943 que la guerra contra los alemanes había provocado en la URSS un resurgimiento del patriotismo soviético. Así, el pueblo defendía su patria soviética de un invasor que pretendía aniquilarla y esclavizarla, y los diferentes pueblos de la URSS luchaban por su independencia nacional y su libertad al

tiempo que por su patria socialista común. Y al hacerlo no se perseguía un fin estrecho de miras o chauvinista, sino una misión universalista: como habían afirmado los comunistas españoles en 1936, eran ahora los pueblos de la URSS los que inscribían su lucha en una misión universal, que no era otra que liberar a todos los pueblos tiranizados por el fascismo alemán. Ahora bien, los invasores atacaban sobre todo al pueblo ruso, su nacionalidad y su cultura, porque eran conscientes de que Rusia constituía el núcleo generador de la Unión Soviética. Y por ello correspondería a Rusia y al patriotismo ruso un papel puntero en la lucha de liberación soviética. Se trataba, pues, de una especie de jerarquización del heroísmo en la que, tras los rusos, vendrían los «pueblos eslavos hermanos»; es decir, ucranianos y bielorrusos. Eran también razones históricas las que hacían del pueblo ruso el elegido para liderar la lucha por la libertad de los restantes pueblos de la URSS: su tradición secular de resistencia frente a los yugos tiránicos impuestos por invasores extranjeros, desde los mogoles hasta los caballeros teutones, pasando por los suecos, las tropas de Napoleón y la guerra civil que sucedió a la revolución de octubre^[383].

La jerarquización del heroísmo no implicaba, al menos en teoría, una vuelta al chauvinismo gran ruso. Según interpretaba Ilya Ehrenburg en mayo de 1942, el patriotismo ruso a lo largo de su historia jamás había degenerado en chauvinismo nacionalista, pues siempre había mantenido un gran aprecio por las cualidades de otros pueblos, incluso en los tiempos del zar Pedro el Grande, como demostrarían asimismo las biografías de los grandes escritores y científicos de la Rusia decimonónica^[384]. Pues el *buen* patriotismo que encarnaban Rusia y la URSS por extensión, según se encargaban de señalar los intelectuales soviéticos en vísperas de la victoria, no era nacionalismo *burgués*, sino una sana defensa de la nación puesta al servicio de la afirmación de la libertad frente a un imperialismo invasor. Y era por ello equiparable a todas las luchas nacionales del pasado que habían repelido a un intruso del solar ruso/soviético. Ser un patriota (*patriot*) era distinto de ser un nacionalista (*natsionalist*), concepto peyorativo y condenable por implicar una carga chauvinista^[385].

En el banquete celebrado en el Kremlin ante los comandantes militares para celebrar la victoria, el 24 de mayo de 1945, Stalin sorprendió a propios y extraños con un brindis «a la salud del pueblo ruso, porque es la nación más destacada entre todas las naciones que forman la Unión Soviética». El *gran*

pueblo ruso (*veliky rusky narod*) —denominación frecuente en la propaganda de guerra soviética, que no se debía confundir con el pueblo *gran ruso*— habría sido «la fuerza directora entre los pueblos» de la URSS durante la guerra, y se habría ganado el honor de ese rango en lo sucesivo. Al permanecer fiel a sus líderes, añadía Stalin, el pueblo ruso había demostrado una especial altura de miras y una particular clarividencia de lo que era conveniente para el conjunto de la Unión Soviética^[386].

Al mismo tiempo, la patria soviética se transmitía y percibía a través de diferentes prismas y esferas superpuestas de adscripción identitaria. Podía ser la patria local, referida al *oblast* o demarcación administrativa de referencia. Podía ser el grupo étnico o *nacionalidad*. Podía ser igualmente la ciudad a la que se pertenecía, como era el caso de la recurrencia del orgullo local en las composiciones y escritos de los defensores de Leningrado, pero también en los testimonios, así como en la propaganda dirigida a ellos, de los combatientes en la batalla de Stalingrado. Podía ser también el barrio, e incluso en buena medida la fábrica, que se había convertido en un auténtico hogar para muchos trabajadores emigrados del campo a la ciudad en la década anterior, con el objetivo de constituir el «músculo de acero» industrial del régimen comunista^[387].

En la propaganda patriótica de guerra desplegada por la URSS, de hecho, había gradaciones según el público al que se dirigiese. En las alocuciones radiadas para los partisanos de los territorios ocupados el énfasis discursivo acostumbraba a situarse en la *rodina* en su sentido local y regional, así como en el grupo étnico o nacionalidad. Los partisanos ucranianos o bielorrusos luchaban en primer lugar por la plena emancipación de sus patrias, pero siempre dentro del gran pueblo soviético. La guerra contribuía, además, a soldar los lazos entre las repúblicas y a superar localismos egoístas mediante la movilización armada. Y, de hecho, en los testimonios de muchos partisanos se percibía de forma complementaria el orgullo por haber defendido la patria soviética, identificada con los paisajes de sus regiones y pueblos de origen, y haber merecido el ingreso en el Partido Comunista. Aunque en la propaganda partisana también se aludía al papel preeminente y director de Rusia dentro de la hermandad de pueblos soviética, lo cierto era que entre los guerrilleros tendía a prevalecer la valencia o lectura local de la apelación a la *rodina*^[388]. Tal querencia por lo local tenía su inconveniente a ojos de la dirección centralizada del movimiento partisano: la

constante rivalidad regional y etnonacional entre los distintos grupos guerrilleros. Un líder partisano de Orel se quejaba así a Moscú de que las glorias de su grupo se atribuyesen a los guerrilleros de Smolensko, y no al suyo, pues «somos patriotas de nuestra patria, pero en no menor medida también somos patriotas de nuestro *oblast* y nuestros distritos, y preservaremos el honor de nuestro *oblast* y distritos»^[389].

Algo semejante se puede afirmar para las tropas regulares. A medida que el Ejército Rojo llevó a los frentes a soldados de nacionalidad y lengua materna no rusa, puso un especial cuidado en que la propaganda patriótica que se destinaba a esos combatientes estuviese redactada y fuese declamada por comisarios políticos que perteneciesen a su mismo grupo étnico y hablasen bien su lengua. En esas proclamas se podía apreciar cómo el orgullo etnonacional y el canto a la gran patria soviética, síntesis de varias nacionalidades, iban de la mano. Durante la batalla de Stalingrado, por ejemplo, los soldados turcomanos eran arengados del modo siguiente:

Valientes hijos del pueblo turcomano: ¡Defensores de Stalingrado! ¡Turcomanos! [...] Nosotros, vuestros padres, madres, esposas e hijos, hermanas y hermanos, os ordenamos que no dudéis en arriesgar vuestra vida, que no vaciléis en defender nuestra tierra natal, nuestra vida, nuestro destino y nuestro honor. [...] Pensad en que cada uno de vosotros lucha por el honor de la patria soviética, y protege la libertad e independencia de nuestro cálido Turkmenistán, la vida de vuestras madres, hermanos, hermanas, mujeres e hijos, vuestro lugar natal, vuestras casas y el futuro feliz de vuestra descendencia^[390].

El nacionalismo soviético y la fe en la nueva patria socialista que a su vez debía ser recuperada frente a un invasor aparecen también como una motivación sincera en las cartas de los defensores de Stalingrado, aunque perteneciesen a nacionalidades sospechosas de colaboracionismo, como los ucranianos. El coronel F. Batjuk escribía a su mujer el 11 de octubre de 1942 que «mis pensamientos están en Ucrania», pero que al mismo tiempo «me duele que hayamos cedido tanto de la tierra rusa, me duele hasta provocar lágrima, pero pese a todo el enemigo será aniquilado». Y el 12 de febrero de 1943, ya recuperada la ciudad, el oficial I. M. Keberow escribía a su casa que «ahora podemos decir con orgullo que nosotros, los defensores de Stalingrado, hemos dado un giro al destino de nuestra patria y que hemos salvado a nuestro pueblo de la servidumbre fascista»^[391].

La apelación al nacionalismo soviético tuvo efectos duraderos en el plano de la eficacia movilizadora a lo largo de la guerra. Entre otras razones, porque también podía atraer a sectores de población desafectos con el régimen estalinista, pero sensibles al mensaje de defensa de la patria. La efervescencia nacionalista creó una suerte de cultura popular identificada con la nación rusa/soviética, pero no necesariamente con sus líderes. De este modo también tenía lugar una cierta desestalinización por vía de la afirmación patriótica: había valores colectivos *sanos* con los que identificarse. El soldado Viacheslav Kondratiev recordaba años después que esa conciencia otorgaba un sentido a las penalidades del frente, y en cierto modo liberaba a muchos ciudadanos soviéticos:

Había algo extraño en la guerra: nos sentíamos más libres que en tiempo de paz. [...] En cierto sentido, uno podía llegar a creer que tenía el destino de Rusia en sus manos: era como un sentimiento genuino y real de ser un ciudadano, responsable de la patria^[392].

Un proyectista militar zarista le expresó algo parecido al general Heinz Guderian en octubre de 1941: los alemanes no podían esperar ni siquiera que los anticomunistas como él los recibiesen como liberadores, pues «ahora estamos luchando por Rusia y en esa causa estamos todos unidos». Valya Sajarov —tía del después premio Nobel de la Paz y disidente soviético Andrei Sajarov—, cuyo marido había sido asesinado por los bolcheviques, afirmaba durante la guerra que «es la primera vez en muchos años que me siento rusa»^[393]. Por su parte, un científico judío de Leningrado declaraba tres décadas después de acabada la guerra a *The New York Times* cuál había sido el móvil de muchos ciudadanos como él durante el período bélico:

La mejor época de nuestra vida [...] fue la guerra. [...] Entonces nos sentimos unidos con el Gobierno como nunca antes. No era *su* país, sino *nuestro* país. El Gobierno no decía lo que tenía que suceder, sino que lo decíamos nosotros. No era *su* guerra, sino *nuestra* guerra; era *nuestro* país lo que defendíamos^[394].

De ese clima de movilización patriótica generado y fomentado durante la guerra no quedó demasiado tras la rendición de Alemania. La sólo relativa liberalización del régimen en materia de libertades individuales experimentó un

rápido freno, y el nacionalismo fue utilizado ahora como un elemento retórico que debía cohesionar la identidad de la población soviética con su gobierno, en este caso para hacer frente de modo consecutivo a la nueva amenaza que Stalin y los dirigentes soviéticos creían ver en el horizonte: la vieja enemistad de los países capitalistas, hubiesen sido circunstancialmente aliados hasta 1945 o no, hacia la patria del proletariado. Ahí cobraron cierto sentido campañas oficiales como la decretada en 1947 por el ideólogo cultural del régimen estalinista, Andréi Zhdánov, contra el «cosmopolitismo», así como la resurrección de lemas y motivos antisemitas^[395]. O bien la exaltación de la superioridad del sistema social y político soviético, demostrada por su victoria en la guerra, y por la *liberación* por parte del Ejército Rojo de varios pueblos, Alemania incluida, de las garras del nazismo.

La represión y el control sobre los prisioneros de guerra retornados de los campos alemanes, los civiles que habían sido deportados a la fuerza al territorio del Tercer Reich y que habían vuelto a la URSS, e incluso sobre muchos soldados del Ejército Rojo que podrían haber sido «inoculados» por el virus capitalista tras haber combatido fuera de su patria en 1944-1945, y que tal vez podrían haberse visto contagiados por ansias de liberalización política y económica, se unió a la paranoia de Stalin. El director temió seriamente que los grandes estrategas militares del Ejército Rojo que habían vencido a los alemanes y tomado Berlín, Zhukov y Rokossovski, estuviesen tentados de protagonizar un golpe militar contra su persona e instaurar un régimen que obedeciese a los vientos de cambio que demandaba una parte de la ciudadanía soviética. Los informes del NKVD hablaban de los rumores y del estado de opinión extendido entre la población civil y muchos soldados, según los cuales después de la gran victoria vendría un período de relajación del terror y de los mecanismos de control totalitario, así como una mayor apertura económica, incluyendo la abolición de la colectivización de la tierra.

Todas esas esperanzas, empero, resultaron vanas. Los civiles y los soldados volvieron a sus puestos, y el nuevo objetivo colectivo de la Unión Soviética fue cifrado en la tarea de reconstrucción del país. Millones de ciudadanos soviéticos volvieron a pasar duro trabajo, penalidades y hasta hambre. Cuando retornó de su puesto de comandante militar de la zona de ocupación soviética de Alemania en marzo de 1946, el mariscal Zhukov se vio relegado a la dirección de distritos militares de escasa importancia, acusado de ser sospechoso de *bonapartismo*; e

incluso, el NKVD tejió una acusación contra él por enriquecimiento indebido. Fue así apartado de la primera línea del protagonismo público, y sólo fue rehabilitado por Krushev, si bien hasta su muerte en 1974 su prestigio y popularidad lo hicieron un personaje incómodo para cualquier dirigente soviético. El mariscal Rokossovski, que era polaco de nacimiento, fue destinado en 1949 a Polonia, donde fue ministro de Defensa y comandante en jefe de las fuerzas armadas del país.

Por otro lado, el régimen estalinista impidió tras 1945 que la memoria de la «Gran Guerra Patriótica» tuviese otro cultivo que el estrictamente oficial y sujeto al control de las instancias del partido único. Los ciudadanos no podían celebrar conmemoraciones o erigir monumentos de modo espontáneo; los mutilados de guerra fueron presionados para que se dejasen ver lo menos posible en el centro de las grandes ciudades, para dar una imagen de «normalidad» social; y los veteranos de guerra se encontraron con grandes dificultades, si no con severas prohibiciones, para constituir asociaciones. Si no era así, sus actividades colectivas se veían sujetas a un rígido control oficial. Sólo habría *una* memoria de la Gran Guerra Patria, administrada por el régimen. Y esa suerte de monopolio sobre el discurso conmemorativo y del recuerdo acerca de la guerra persistió, aunque con rasgos más tolerantes y aperturistas, en los períodos de Krushev y Brezhnev. A una memoria oficial e indiscutible por unívoca de la Gran Guerra Patria respondía también una única versión histórica codificada por el Partido Comunista de la URSS^[396]. De ahí que tampoco se autorizase la publicación de memorias o relatos autobiográficos por parte de los veteranos del Ejército Rojo.

A pesar de las áreas de tolerancia abiertas por el régimen estalinista durante los años de conflicto, y del excepcional ambiente de movilización desplegado entre 1941 y 1945, en la sociedad soviética no desapareció en ningún momento la sombra del terror y la represión institucionalizada en gran escala. Desde mayo de 1945 se suprimieron los espacios de libertad en nombre de la unanimidad patriótica.

El aparato represivo, por el contrario, permaneció en pie. El sistema de campos de concentración o *Gulags*, inaugurado durante la década de 1930, funcionó a pleno rendimiento durante el conflicto y proveyó a la economía de guerra soviética de abundante mano de obra esclava. En puridad, los internados no eran, en su inmensa mayoría disidentes políticos, del estilo del entonces

oficial de artillería Aleksandr Solzhenitsyn o de los varios cientos de presos acusados de ser trotskystas, cuyo número es desconocido, y que fueron asesinados por el NKVD en 1942. Entre los prisioneros había muchos presos comunes, pero también y sobre todo un gran número de personas que habían sido objeto de denuncias falsas o cayeron víctimas de la espiral irracional que creaban las sospechas y el miedo. El elenco podía abarcar desde mujeres con trato ocasional con extranjeros en Moscú o en los puertos a los que llegaban barcos norteamericanos, hasta campesinos incapaces de alcanzar la cuota de producción asignada, pasando por trabajadores acusados de derrotismo por algún comentario inocente o que habían vulnerado las normas de disciplina productiva en las fábricas.

El número de internados en el sistema concentracionario soviético disminuyó de 1,2 millones en 1942 a 660 000 en 1945, si bien la diferencia se debió más a la muerte por enfermedad o malnutrición de miles de prisioneros que a las liberaciones. Los condenados a penas de reclusión cortas eran internados en campos específicos y separados de los anteriores, las llamadas «colonias de trabajo», que en 1945 comprendían 850 000 prisioneros empleados en trabajos forzados. Las malas condiciones de alojamiento y alimentación en esas colonias fueron responsables de que, en 1942, el índice de mortandad alcanzase cotas del 27 por ciento. Al menos 250 000 internados estaban en manos del sistema de prisiones del NKVD, que también tenía a su cargo algunos campos destinados a la ejecución de presos políticos.

A esas categorías de personas privadas de libertad se unían los deportados forzosos, bien por ser miembros de colectivos considerados susceptibles de ser enemigos del Estado, o bien por pertenecer a grupos étnicos o nacionalidades tachadas de potencialmente colaboracionistas con el enemigo. Hasta 1945 sumaron un total de 1,5 millones. Todos ellos fueron reubicados en Kazajstán o en Siberia, y obligados a vivir en comunidades exiliadas bajo la supervisión de jefes pertenecientes al NKVD. Entre ellos se contaron 948 000 ciudadanos de adscripción étnica alemana, en particular alemanes del Volga, así como varios pueblos caucásicos (tártaros de Crimea, chechenos, ingushetios, kalmykos y un largo etcétera) y decenas de miles de ciudadanos bálticos, deportados tanto en 1940-1941 como en 1945, en una proporción que osciló entre el 5 y el 7 por ciento de la población total, en particular su *intelligentsia* y posibles cuadros dirigentes de movimientos nacionalistas. Con anterioridad, 900 000 personas habían sido deportadas desde las regiones orientales de Polonia conquistadas en

1939, y otros 90 000 desde la Moldavia ocupada en 1940. Muchos de los deportados fallecían de hambre, frío o tifus durante el viaje en vagones de tren sin ventilación ni calefacción, privados de alimento y agua. A su llegada a los puntos de destino en Siberia y Kazajstán se encontraban con algunas tiendas rodeadas por alambradas, sin nada para comer, por lo que no menos de un 25 por ciento de los deportados perecieron de hambre, enfermedades y frío. Y quienes sobrevivieron se vieron obligados a adaptarse a un medio hostil, así como a no publicar libros, periódicos o fundar escuelas en su propio idioma. En cierto modo, se trataba de una forma indirecta de genocidio que pretendía completar el proceso de *purificación* de la comunidad nacional iniciada con anterioridad a la guerra y que, desde la perspectiva de los líderes soviéticos y del propio dictador, había de conducir a una sociedad armónica y sin clases, en la que el socialismo hallaría unas condiciones favorables para su realización gracias a la *purga* previa del disenso interno, lograda mediante la eliminación de colectivos potencialmente perjudiciales^[397].

En números redondos, el conjunto de trabajadores forzados en condiciones de privación de libertad se elevaba en 1942 a 4,3 millones de personas, cifra que tres años después aún era de 3,9 millones, diseminados en 131 campos de trabajo y de prisioneros, y 1142 filiales o campos menores más. Sin embargo, entre 1941 y 1945 no menos de 2,4 millones adicionales de ciudadanos pasaron en algún momento por campos de internamiento, y de ellos 1,9 millones fueron liberados a lo largo de la guerra. Alrededor de 621 000 personas murieron en los *Gulags* durante el conflicto. A esas víctimas habría que añadir los miles de personas que fallecieron por el camino, que perecieron víctimas de maltratos durante el cautiverio, o que fueron asesinados por el NKVD^[398].

No obstante todo lo anterior, los *Gulags* no eran campos de exterminio. Su lógica confesa no consistía en aniquilar a todos los acusados de falta de patriotismo o de colaboración con el enemigo, sino explotarlos en lo posible para el esfuerzo de guerra conjunto, a la vez que —cuando menos en el plano de la propaganda, que no necesariamente en el de la práctica diaria— regenerarlos por el trabajo, con el fin de reintegrarlos a la *patria socialista*. En los campos soviéticos se pretendía disponer de mano de obra forzada en cantidad suficiente para las necesidades más duras de la economía de guerra soviética, y después para las labores de reconstrucción. El régimen estalinista era muy consciente de que habría sido muy difícil reclutar mano de obra libre o voluntaria que aceptase

trabajos como la construcción de vías férreas, diques o carreteras en zonas remotas o próximas al Ártico, la explotación de minas en esas latitudes, y un largo etcétera. Se calcula que un 15 por ciento de las municiones empleadas por el Ejército Rojo entre 1941 y 1945 fueron producidas por mano de obra esclava, así como uniformes, máscaras de gas, productos agrícolas, minas y obuses. Aunque no estaba oficialmente estipulado que el destino final de los presos fuese la muerte, lo cierto fue que las duras condiciones de trabajo —agravadas en 1943, cuando se introdujo el trabajo pesado (*katorga*), que suponía turnos de doce horas sin días de descanso y raciones precarias— y la falta de cuidados y alimentación suficiente acabaron con las vidas de miles de internados^[399].

El contraataque definitivo: camino de Alemania

Después de la victoria de Kursk, el Ejército Rojo tuvo el camino poco menos que expedito para liberar Ucrania de la presencia de tropas invasoras. Las fuerzas acorazadas alemanas estaban seriamente dañadas, tanto por las pérdidas sufridas en Kursk como por la necesidad de reparar la mayoría de los carros, y el nuevo frente abierto en Italia exigía destinar allí una parte de las tropas. Las unidades blindadas SS de la División Guardia Personal de Adolf Hitler fueron objeto de disputa entre el propio Hitler, que quería enviarlas a Italia, y Von Manstein, que pretendía contraatacar con todas las fuerzas que estuviesen disponibles las cabezas de puente soviéticas. Sin embargo, el Ejército Rojo consiguió recuperar en poco tiempo el nivel operativo y la potencia de fuego de sus divisiones acorazadas. El 30 de julio de 1943, una ofensiva limitada de varias unidades blindadas alemanas en el sector ocupado por el general Malinovsky consiguió hacer retroceder a los soviéticos, en el que fue uno de los últimos avances tácticos de la Wehrmacht en el frente del Este, pues el Ejército Rojo estaba ya planeando el pasar al ataque y aprovechar el momento de debilidad alemán. El 3 de agosto de 1943, los blindados soviéticos atacaban desde Belgorod, obligando a retroceder a los exhaustos germanos y amenazando al conjunto del Grupo de Ejércitos Sur, para el que Von Manstein pedía infructuosamente del OKH diez divisiones adicionales.

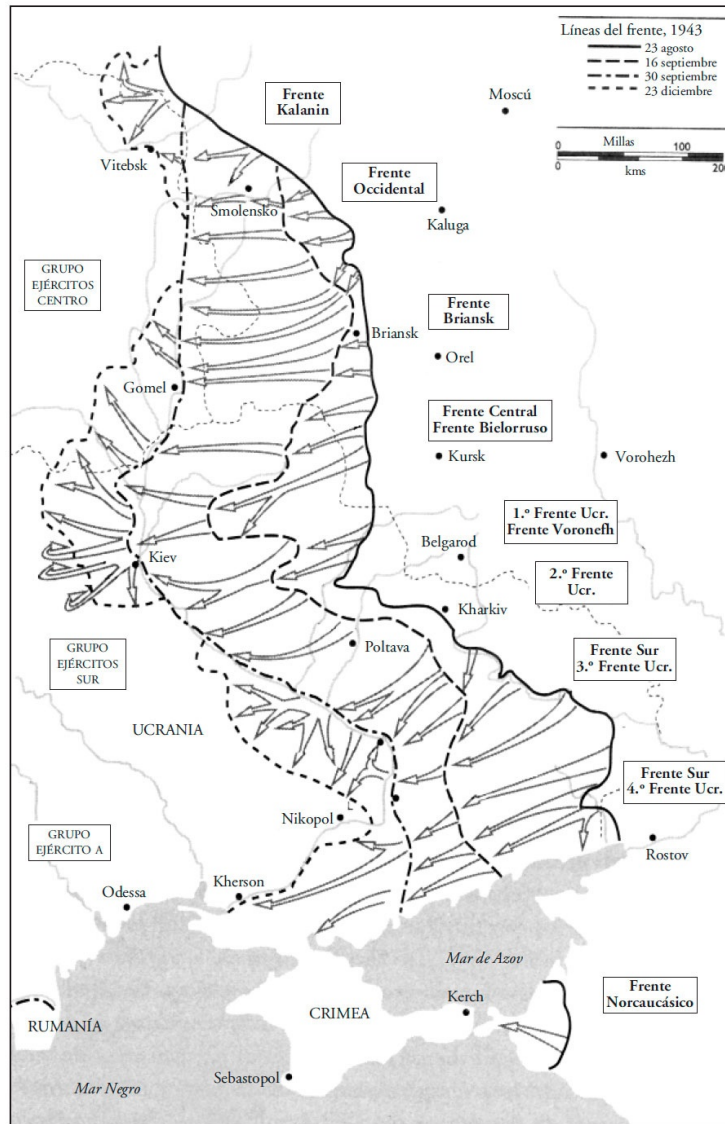
Los cuerpos de ejército italianos se habían retirado de modo definitivo del frente del Este entre enero y marzo de 1943^[400], y buena parte de las tropas húngaras y rumanas habían sido destinadas a cometidos de protección de retaguardia y lucha antipartisana. Las bajas sólo habían sido cubiertas en un 25 por ciento con nuevos reemplazos, compuestos por lo general por reclutas cada vez más bisoños y oficiales poco o nada experimentados en las condiciones de la guerra en el frente oriental, cuando no por soldados con aspecto de oficinistas, miopes y hasta hacía poco tiempo empleados en labores «imprescindibles» en el Reich. Y los suministros de repuestos para las divisiones blindadas y para las unidades de artillería escaseaban cada vez más. A ello se unían las rivalidades

entre las unidades SS, que pretendían monopolizar los mejores suministros de armas y material, y las dependientes del ejército regular. Y, no menos importante, la falta de unanimidad entre el Alto Mando de la Wehrmacht (OKW) y el del Ejército de Tierra (OKH), que a menudo sólo se podía resolver mediante la intervención directa del Führer nazi, cuyas decisiones a lo largo de 1944 comenzaron a ser discutidas por sus ayudantes y jefes de Estado Mayor, en especial por Heinz Guderian, el estratega de la guerra de blindados que fue nombrado jefe de Estado Mayor del OKW a fines de julio de 1944. La poliarquía del Tercer Reich creaba importantes disfunciones a estas alturas de la guerra. El 22 de agosto de 1943, los alemanes se retiraban de Kharkiv, renunciando a la inicial pretensión de Hitler de no entregar la ciudad. Von Manstein no quería que otro ejército alemán sufriese el destino de los encerrados en Stalingrado^[401].

Al aproximarse el invierno de 1943, las tropas del Ejército del Este mantenían la disciplina y sus posiciones, pero la moral decaía. Buena parte de los oficiales eran muy conscientes a esas alturas de que la guerra de Rusia difícilmente podría ser ganada, dada la precariedad de las reservas alemanas. Esa situación de escasez se veía agravada por la necesidad de contrarrestar los ataques aliados en Italia. Varios generales de la Wehrmacht, entre ellos Heinz Guderian, intentaron convencer a Hitler para trasladar más tropas al oeste y emprender una retirada estratégica en el frente oriental, creando una línea defensiva fortificada más cercana a la frontera con Polonia. Pero el líder nazi no quiso ceder territorio, en parte porque en aquel momento empezaba a estar convencido de poder provocar el agudizamiento de las contradicciones entre los Aliados mediante el mantenimiento del espacio conquistado y de la guerra de desgaste en el este: conservar territorio equivalía a ganar tiempo. Y otras instancias del poder nazi, entre ellas la administración económica comandada por Goring, quería conservar ese espacio para poder extraer el máximo de recursos de las regiones aún controladas por el *Ostheer*. El plan de Hitler consistía en mantener una línea defensiva en el río Dniéper. Pero la posición en el frente de Ucrania era ya prácticamente insostenible para las tropas del Eje y sus aliados. Una serie de ataques soviéticos de alcance limitado provocaron varios retrocesos sucesivos de los invasores, que acabó con la reconquista de Kiev el 6 de noviembre de 1943.

Tras tomar un respiro a mediados de diciembre, en la Navidad de 1943, los cuerpos de ejército o *frentes* comandados por los generales Nikolai E Vatutin,

Ivan S. Konev y Rodion Y. Malinovsky lanzaron un ataque masivo contra las tropas de Von Manstein, obligándolas a ceder terreno. A fines de enero de 1944, los soviéticos consiguieron dejar atrapadas a varias divisiones alemanas en la bolsa de Korsun-Cherkassy, en la que fueron cercados 58 000 soldados enemigos bajo el mando del general Stemmermann, contando entre ellos a varias unidades de las Waffen SS. Los intentos de cuatro divisiones blindadas alemanas por acudir en auxilio de los sitiados resultaron infructuosos. Los soviéticos, además de haber perfeccionado sus tácticas de combate en las duras condiciones invernales, disponían ahora de superioridad aérea. A mediados de febrero de 1944 las unidades alemanas sitiadas intentaron romper el cerco, pero el día 17 fueron machacados en campo abierto por las tropas de Konev, que se abalanzaron sobre las columnas de soldados alemanes que se retiraban sin armamento pesado intentando ganar el río Gniloy Tikich y llegar a enlazar con las fuerzas del 3.º Cuerpo Blindado germano. De 30 000 hombres, 20 000 murieron, incluyendo el propio general Stemmermann, y 8000 cayeron prisioneros^[402]. Pocos soldados alemanes sobrevivieron a la masacre. Por el norte, el 3 de febrero el general Vatutin había reconquistado la ciudad de Rovno, y sus tropas empezaban ahora a dirigirse hacia el sur, en dirección al curso medio del Dniéster y los Cárpatos, amenazando con romper en dos la zona ocupada por el Grupo de Ejércitos Sur. Pese a los esfuerzos alemanes por evitar que sus dos ejércitos blindados quedasen separados por la punta del avance soviético, la mayor movilidad del Ejército Rojo consiguió al fin partir en dos la zona ocupada por las tropas de Von Manstein.



Mapa 10. Ataques soviéticos, agosto-diciembre 1943, hasta la toma de Kiev.

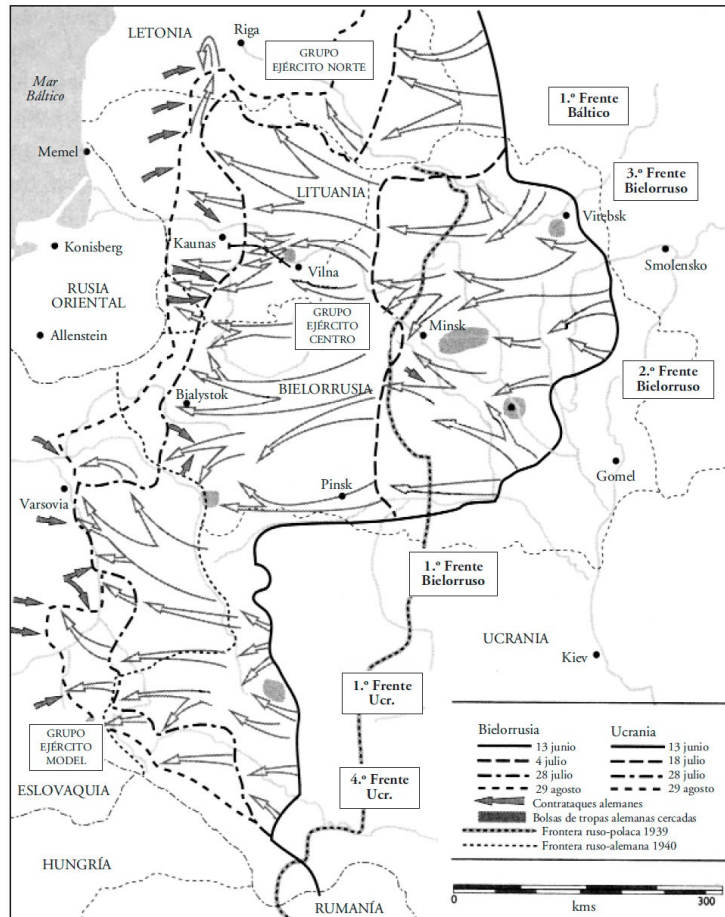
Entre enero y mayo de 1944 la situación había cambiado por completo en el frente del Este. Por el sur, a la altura de mediados de mayo de 1944, la mayor parte de Ucrania y la península de Crimea habían sido reconquistadas tras una serie de ataques certeros llevados a cabo por los seis ejércitos acorazados de Zhukov y Konev. Buena parte de las unidades rumanas y alemanas fueron evacuadas por mar a través del mar Negro. En su retirada, las fuerzas del Eje arrasaron todo lo que pudieron a su paso, practicando una táctica de tierra quemada que supuso la destrucción de decenas de pueblos. El Ejército Rojo se encontraba ahora a las puertas de la frontera rumana, y amenazaba con avanzar a

través de los Cárpatos en dirección a Hungría. Por el norte, el cerco de Leningrado fue liberado el 26 de febrero de 1944, tras una ofensiva que encontró mayores dificultades que en el sur. El principal obstáculo para los soviéticos se encontraba en Bielorrusia, donde residía la mayor concentración de fuerzas del Ejército del Este, y frente al que ya había fracasado la *Operación Marte* en noviembre de 1942.

Pero la superioridad del Ejército Rojo en medios y en recursos humanos era ahora definitiva, si no aplastante. El *Ostheer* estaba desangrado por sus pérdidas humanas, y además tanto la amenaza de una invasión de los Aliados por el oeste como la necesidad de contrarrestar los bombardeos aéreos sobre territorio del Tercer Reich habían forzado al OKW a retirar parte de sus efectivos humanos y materiales del frente ruso. Dos tercios de los efectivos de la *Luftwaffe* y un tercio de la artillería se empleaban ahora en defender las ciudades alemanas de los ataques de la aviación anglo-norteamericana. Alrededor de 3,1 millones de soldados del Eje debían resistir a un número de 6,4 millones de combatientes soviéticos. La aviación del Ejército Rojo cuadruplicaba en número a la alemana (13 400 aviones frente a 3000). Y los 5800 tanques soviéticos eran superiores en número y calidad a los 2300 carros blindados que podía oponerles el Ejército del Este. Con todo, esa relación de fuerzas desfavorable a los alemanes podía ser parcialmente compensada por la experiencia de buena parte de sus tropas en la guerra de Rusia, así como por su habilidad para la guerra de defensas en línea.

En mayo de 1944, tras un intenso trabajo de inteligencia y distracción para confundir al enemigo acerca de las verdaderas intenciones de los soviéticos, la *Stavka* decidió lanzar varios ataques escalonados, la llamada Operación Bagration, en honor de un héroe de la guerra antinapoleónica de 1812. El primer envite tendría lugar por el norte hacia la frontera con Finlandia, para cortar la vía de comunicación de las tropas germanas estacionadas en aquel país. Seguirían dos ataques contra el Grupo de Ejércitos Centro del *Ostheer*, comandado ahora por el mariscal de campo Ernst Busch, por el flanco que menos esperaban los alemanes: el saliente situado cerca de Minsk, también llamado «balcón bielorruso». A continuación, se produciría una cuarta ofensiva desde el sur, desde donde el 1.º Frente ucraniano al mando de Konev se dirigiría hacia las ciudades de Lviv y Lublin, para cortar las vías de retirada de las tropas de Busch. Y el ataque final se dirigiría hacia Rumania y los campos petrolíferos de Ploesti^[403]. El 6 de junio de 1944 se abría el durante largo tiempo esperado por

Stalin segundo frente en Europa occidental, gracias al desembarco de los Aliados en Normandía. De momento, sin embargo, el OKW y Hitler no trasladaron fuerzas desde el frente del Este hacia Francia. A mediados de 1944 estaban estacionadas en territorio de la URSS 238 divisiones alemanas, casi el 80% de los efectivos militares totales del Tercer Reich.



Mapa 11. Ofensiva soviética del verano de 1944.

La Operación Bagration fue desencadenada el 10 de junio de 1944, con la primera ola de ataques a Finlandia. Tras una intensa preparación que incluyó bombardeos aéreos y la coordinación efectiva con la labor de los partisanos en la retaguardia, el 23 de junio tuvo lugar el asalto sobre el Grupo de Ejércitos Centro. Un total de 118 divisiones de infantería y 43 divisiones blindadas, que sumaban casi dos millones de combatientes, se lanzaron sobre las líneas alemanas, guarecidas en su sector central por 34 divisiones del *Ostheer*. El avance del Ejército Rojo fue imparable, imitando en buena parte la táctica empleada por los alemanes en 1941: velocidad en las puntas y aislamiento de

grandes contingentes de fuerzas enemigas a su espalda, que serían machacadas a continuación por la infantería. En Vitebsk y Bobruysk, varias divisiones alemanas fueron cercadas y se vieron obligadas a capitular una semana después. Ni siquiera la zona pantanosa del Pripet se convirtió en una barrera eficaz de defensa frente a las divisiones blindadas del 1.º Frente Bielorruso del general Rokossovsky, cuyos zapadores prepararon el terreno con vías de troncos. Las unidades alemanas se vieron impelidas a una retirada en práctica desbandada para evitar ser cercadas por las puntas de lanza de la ofensiva soviética. El 3 de julio de 1944, Minsk era reconquistada por el Ejército Rojo. El avance era tan rápido que las fuerzas germanas no tenían tiempo de preparar líneas de defensa en profundidad. El 29 de julio, el general Walther Model se hizo cargo de lo que quedaba del Grupo de Ejércitos Centro, pero apenas pudo hacer otra cosa que intentar salvar lo más que podía del desastre.

La ofensiva del verano de 1944 fue mucho más onerosa en bajas para el *Ostheer* que la catástrofe de Stalingrado: algunas estimaciones cifran las muertes alemanas entre 300 000 y 300 000, frente a unos 60 000 muertos por parte del ejército atacante. Los soviéticos capturaron una gran cantidad de armamento y material pesado, y alrededor de 400 000 prisioneros germanos cayeron en su poder. Casi cien mil de esos nuevos cautivos, cuyo lastimoso estado y mediana edad sorprendió a los *Ivanos*, fueron transportados a Moscú para desfilar humillados por las calles de la capital, en patente demostración de que la guerra cambiaba de signo, el día 17 de julio de 1944. En la práctica, el Ejército Rojo había reconquistado Bielorrusia. A mediados de julio, las tropas soviéticas llegaban al río Bug y volvían a ocupar las posiciones perdidas en junio de 1941. Tras consultar con sus generales, Stalin ordenó entonces proseguir el ataque en dirección a Varsovia y Berlín^[404].

El 13 de julio de 1944, las fuerzas de Konev atacaron por el sur, según el plan previsto, en dirección a Lviv, a lo que siguió una ofensiva parcial el día 18 contra la ciudad de Lublin, que cayó en manos soviéticas el 23 de julio. Tres días después volvía a control del Ejército Rojo la ciudad fronteriza de Brest-Litovsk. El 27 de julio, la ciudad ucraniana de Lviv, perteneciente a Polonia hasta 1939, cayó también en manos soviéticas. Las líneas alemanas se replegaban ahora hacia el río Vístula, en el centro de Polonia. El golpe sobre Varsovia parecía inminente. Pero, no obstante las previsiones, el Ejército Rojo todavía no estaba maduro para el asalto final. Las fuerzas soviéticas habían extendido en demasía

sus líneas de suministro, su ímpetu empezaba a decrecer y, en un exitoso contraataque, varias unidades blindadas y SS alemanas frenaron a la vanguardia del avance de los *Ivan*s, que no pudieron alcanzar la capital polaca.

Con las tropas soviéticas situadas a las puertas de Varsovia, el llamado Ejército Clandestino Polaco o *Armia Krajowa* (AK) dio orden de insurrección general en la ciudad el 1 de agosto de 1944, con el fin de proclamar su liberación *antes* de que llegase el Ejército Rojo —cuyo papel como aliado de la Alemania nazi en la invasión de Polonia en septiembre de 1939 era bien recordado por los antifascistas polacos que no estaban encuadrados en el Partido Comunista—, y así demostrar a los Aliados que existía una resistencia autóctona. Con ello se reforzaría la posición negociadora en una mesa de paz del Gobierno polaco exiliado en Londres, que podría ganar argumentos a favor de la reposición de las fronteras polacas de 1939 frente a la exigencia de Stalin, aceptada por Churchill y Roosevelt en la conferencia de Teherán nueve meses antes, de que se respetase la frontera polaco-soviética de 1941. El Comité Polaco de Liberación Nacional, fundado en Lublin el 21 de julio, había sido ya reconocido por la URSS como el Gobierno provisional polaco, bajo la influencia de Stalin. La colaboración con los soviéticos sería problemática, pues algunas unidades que habían cooperado con el avance del Ejército Rojo habían sido desarmadas al poco tiempo, y sus oficiales retirados del frente. Además, aunque el 80 por ciento de la resistencia polaca se encuadraba en la AK, existían otros grupos que no obedecían su autoridad, desde el nacionalista de derecha Fuerzas Armadas Nacionalistas hasta un grupo comunista (la Guardia Ludowa, Guardia Popular, después reconvertida en Armia Ludowa, Ejército Popular), pasando por las milicias del Partido Agrarista.

El levantamiento del 1 de agosto, liderado por el general Tadeusz Bor-Komorowski, fue protagonizado por unos 20 000 hombres mal pertrechados de armas ligeras y bombas de fabricación casera. Aunque llegaron a controlar parte de los barrios de Varsovia, los rebeldes no pudieron apoderarse de los puentes sobre el Vístula, ni tampoco de las estaciones de ferrocarril. La subsiguiente represalia alemana alcanzó cotas extremas de brutalidad. Dirigida por el antiguo comandante de los *Einsatzgruppen* Bach-Zalewski, en ella se emplearon a fondo unidades de las SS lideradas por auténticos carniceros, como la brigada de Oskar Dirlewanger, integrada por delincuentes comunes rescatados de campos de concentración; o la Brigada Kaminski, compuesta por voluntarios rusos que compartían con los nazis el odio a los polacos. La ciudad fue arrasada y 225 000

civiles polacos murieron bajo el fuego alemán. El 2 de octubre Bor-Komorowski accedió a capitular a cambio de que sus combatientes fuesen reconocidos por los alemanes como prisioneros de guerra sujetos a la Convención de Ginebra, lo que Bach-Zaleski aceptó, al menos de palabra. Los supervivientes de la AK fueron enviados a campos de prisioneros, y la población civil deportada.

Para la historiografía militar de la Segunda Guerra Mundial, y en especial para los historiadores polacos, es objeto de debate si las tropas soviéticas pudieron haber intervenido para ayudar a los insurrectos de la AK, o si el Ejército Rojo todavía se encontraba recuperándose en aquel momento —agosto-septiembre de 1944— de su esfuerzo ofensivo, dada la obstinación alemana en defender la línea establecida al este del río Vístula y, por el norte, en los ríos Bug y Narew. El 10 de septiembre de 1944, poco más de una semana después de la capitulación de los rebeldes, una unidad del Ejército Rojo integrada por soldados polacos intentó penetrar en Varsovia y ayudar a sus compatriotas. Se trataba del Ejército Popular Polaco (*Wojsko Ludowe*) creado dos meses antes como instancia paralela del Gobierno comunista títere, reclutado en buena parte entre prisioneros de guerra que llevaban desde 1939 en campos soviéticos, y comandado por el general Zygmunt Beding —quien había sido él mismo prisionero del Ejército Rojo, pero había podido sustraerse al destino de los oficiales asesinados en Katyn—. El ataque no contaba con autorización del mando del Ejército Rojo; pero además la propia AK no se fiaba de sus compatriotas comunistas, por lo que se negó a coordinar operaciones con ellos. Al final, tuvieron que retirarse con fuertes pérdidas. Beding fue llamado a Moscú, de donde no regresaría a Polonia hasta 1947.

La fallida rebelión de agosto de 1944 diezmó a la AK y dejó el campo expedito para la hegemonía de los comunistas, exiliados o miembros de la resistencia, entre las fuerzas que acometerían la reconstrucción de Polonia tras ser ocupada por el Ejército soviético. Las posibilidades de proporcionar ayuda a los insurgentes polacos eran limitadas. Aun así, los aviones británicos y norteamericanos intentaron lanzar suministros por paracaídas a los rebeldes de la ciudad. Los soviéticos apenas prestaron su colaboración en esas operaciones. Lo cierto era que Stalin no podía sino ver con buenos ojos la aniquilación a manos de los alemanes de una fuerza hostil al dominio de la URSS y contraria a los planes que ya empezaba a diseñar para la Europa oriental que sería conquistada por sus tropas^[405].

El 20 de agosto de 1944, el Ejército Rojo lanzó desde el sur la última de las ofensivas (*Jassy-Kisckinew*) planeadas dentro de la Operación Bagration, sobre el flanco ocupado por las fuerzas rumanas y alemanas. Los soviéticos concentraron, una vez más, una fuerza muy superior en hombres, tanques y apoyo aéreo a las disponibles por parte del Eje: tres frentes, al mando de los generales Petrov —que atacaría en dirección a Hungría, con dieciocho divisiones—, Malinovsky y Tolbukhin, que sumaban entre los dos dejar 38 divisiones con plena capacidad de combate. Frente a ellas se situaban veintidós divisiones alemanas, cuyos efectivos a estas alturas de la guerra se habían reducido a cerca de diez mil hombres por división, más dos ejércitos rumanos. Sus fortificaciones y defensas se extendían a lo largo de la orilla derecha del río Dniéster, pero sus efectivos no permitían cubrir suficientemente la línea del frente. El 29 de agosto, el Grupo de Ejércitos Sur se había quebrado totalmente. El reconstituido 6.º Ejército alemán fue rodeado y aniquilado en Chisinau, en el norte de Rumania. Alrededor de 400 000 soldados alemanes y rumanos fueron capturados por los soviéticos. Y muchos combatientes rumanos, al ser atacados, abandonaron sus armas o incluso se pasaron al enemigo, con el que también combatía una división conformada por comunistas rumanos, la *Tudor Vladimerescu*, nutrida en buena parte por antiguos prisioneros del Ejército Rojo.

Ante el cambio de tornas en el frente, el rey Miguel de Rumania —que ya había establecido contactos con el espionaje norteamericano y la embajada soviética en Turquía— favoreció un golpe de Estado interno el 23 de agosto de 1944. El mariscal Antonescu fue destituido, y los nuevos gobernantes declararon la guerra al Tercer Reich dos días después. La pérdida de Rumania provocó que la situación del ejército alemán en los Balcanes comenzase a tambalearse. Al OKW sólo le quedaban cuatro divisiones a disposición en el territorio de Rumania; el ejército rumano se había tornado de amigo en enemigo; y el Gobierno búlgaro, que hasta entonces había sido considerado un aliado bastante seguro, pidió formalmente el 27 de agosto al general Maximilian von Weichs, comandante en jefe de las tropas alemanas desde Tracia a Yugoslavia, que abandonase el territorio de Bulgaria con sus hombres. Al mismo tiempo, los gobernantes de Sofía intentaban negociar un acuerdo con los británicos. Era evidente que los antiguos aliados y satélites del Tercer Reich estaban desmarcándose a toda velocidad de un Hitler cuya suerte parecía echada, y al mismo tiempo preferían hacerlo antes de que la ocupación soviética fuese efectiva, a fin de poder conseguir la protección diplomática de los Aliados. Sin

embargo, el Ejército Rojo llegó a la frontera búlgara el 5 de septiembre de 1944 y, tras una declaración formal de guerra por parte de Moscú, invadió el país. El día 9 del mismo mes se formaba en Sofía un gobierno de «frente patriótico» con predominio de los comunistas, que firmaba un armisticio con la URSS dos días después. La misma tónica se repetiría en otros países, con escasas diferencias. Para sus aliados occidentales, el juego de Stalin empezaba a revelar sus cartas con meridiana nitidez: el golpe final sobre Berlín se estaba retrasando en beneficio de la ocupación de más y más territorio por el Ejército Rojo. El dominio alemán sería así sustituido *de facto* por el soviético.

Las divisiones germanas estacionadas en los Balcanes emprendieron una penosa retirada desde Grecia y Bulgaria a través de Yugoslavia y desde Rumania en dirección a Hungría, mientras los soviéticos les perseguían intentando contarles el camino. Por su parte, las tropas alemanas se vieron enfrentadas en el estado títere de Eslovaquia a una importante rebelión de guerrilleros procomunistas apoyados por algunas unidades del propio ejército eslovaco, que estalló en agosto de 1944 y no fue sofocada hasta fines de octubre. El 5 de octubre, el Ejército Rojo llegaba al Danubio; al día siguiente juntaba sus fuerzas con los partisanos del general Tito, que estaban a punto de entrar en Belgrado.

Los soviéticos se disponían ahora a atacar las llanuras húngaras en dirección a Budapest. El régimen fascistizado de Horthy, que había sido un aliado díscolo de Hitler, empezaba a sondear las posibilidades de un acuerdo amistoso con la URSS, aunque en marzo de 1944 las tropas germanas habían invadido Hungría y habían impuesto al veterano almirante un Gobierno proalemán. El sucesor de Horthy promovido por Hitler a mediados de octubre de 1944, el pronazi y dirigente del partido fascista de los Flechas Cruzadas Ferenc Szálasi decretó la movilización general contra el avance del Ejército Rojo hacia Hungría desde los Balcanes. El ejército alemán fijó entonces una línea de defensa alrededor de esta última ciudad, donde el mando germano consumió una buena parte de sus últimas reservas blindadas. Alrededor de 70 000 soldados alemanes y húngaros fueron sitiados en Budapest el 24 de diciembre de 1944, y resistieron en la ciudad, particularmente en la orilla derecha del Danubio, hasta su conquista definitiva por el Ejército Rojo el 14 de febrero de 1945.

En aquel momento, la fuerza total de la Wehrmacht había caído de forma ostensible en números absolutos, y también en capacidad combativa por división desplegada. De 130 divisiones con que contaba el ejército germano a fines de 1944, una parte importante estaba ya combatiendo en los frentes abiertos en

Europa occidental. De 2299 tanques y cañones de asalto que la industria bélica alemana aún alcanzó a producir en los dos últimos meses de 1944, sólo 921, menos de la mitad, fueron destinados al frente del Este^[406].

Había además algunos frentes olvidados, que permanecieron en esa situación hasta el final de la guerra. Sin duda, el más importante fue la bolsa formada en la península de Curlandia. Lo que quedaba del Grupo de Ejércitos Norte, unas 32 divisiones, tras el levantamiento del cerco de Leningrado y el empuje soviético, fue empujado hacia el oeste. En un primer momento establecieron una línea de contención en Parnu, con el apoyo de la Marina de guerra alemana. Sin embargo, en octubre de 1944, el general Yeremenko atacó por el sur con su 3.º Frente del Báltico. Riga cayó en manos soviéticas, de nuevo, el 13 de aquel mes. Las tropas alemanas, empujadas contra el golfo de Riga, y contando todavía con el respaldo artillero de la *Kriegsmarine* germana, se retiraron hacia la península de Curlandia el 23 de noviembre, donde se unieron a las fuerzas del general Schörner, quien se hallaba cercado a su vez desde que el 1.º Frente Báltico, a las órdenes del general Bagramian, había alcanzado el mar, entre Memel y Libau. Un total de 26 divisiones resistieron en esa península hasta el final del conflicto, sin poder acudir en ayuda del frente de Prusia Oriental.

Fue en Prusia Oriental donde el Ejército Rojo pisó por primera vez suelo del Tercer Reich. El 16 de octubre de 1944, el general Cherniakovsky desencadenó el primer ataque, pero la resistencia superó las previsiones soviéticas. Los alemanes se habían fortificado bien en defensa, contaban con algunas reservas frescas, y no cedían en su moral de combate. El 19 de octubre, el ataque soviético consiguió romper la línea de defensa germana, y por esa brecha penetraron varias unidades del 11.º Ejército de Guardias. Sin embargo, las tropas alemanas, al mando del general Friedrich Hossbach, taponaron la brecha y aniquilaron a las fuerzas soviéticas, capturando un botín en blindados y cañones que les permitió reforzar sus defensas.

Stalin responsabilizó del revés al general Sakharov, comandante en jefe del 2.º Frente Bielorruso, que debería haber acompañado la acción para completar una operación de embolsamiento; pero sus fuerzas no lograron abrirse paso entre las defensas alemanas. Shakarov perdió el mando de ese grupo de ejércitos, al que pasó como jefe en diciembre el general Rokossovsky, mientras que Zhukov se hacía cargo personalmente del 1.º Frente bielorruso. En el área asignada a ese Frente o grupo de ejércitos, que cubría Polonia y Prusia Oriental, reinó una

relativa calma en los dos últimos meses del año. Los máximos generales soviéticos (Cherniakovsky, Rokossovsky, Zhukov y Koniev) procedieron a dar un descanso a sus tropas y a consolidar sus líneas de abastecimiento, con el fin de preparar la que sería la ofensiva definitiva que llevaría al Ejército Rojo al corazón del Reich.

A esa pasividad correspondía también el hecho de que Alemania tenía que cubrir ahora un frente occidental que se acercaba de forma peligrosa a sus fronteras. El 16 de diciembre de 1944, de hecho, la Wehrmacht quemó buena parte de sus últimos cartuchos en la fallida ofensiva de las Árdenas.

Se abría definitivamente la carrera final entre los Aliados para ver quién llegaba primero a Berlín. La Conferencia de Yalta, celebrada entre el 4 y el 11 de febrero de 1945 por los mandatarios de las tres principales potencias aliadas (Churchill, Roosevelt y Stalin), decidiría a la postre que correspondería al Ejército Rojo el *honor* de conquistar la capital alemana.

CAPÍTULO 6

LA VENGANZA DE IVÁN

El Ejército Rojo a las puertas de Prusia. ¡Oíd!, ¡oíd!,
oscuros, humillados, héroes radiantes de corona caída,
¡oíd!, aldeas deshechas y taladas y rotas:
¡oíd!, campos de Ucrania, donde la espiga puede renacer con orgullo [...]
¡oíd!, en esta altura meridiana el sonido
que en las puertas de Prusia golpea como un trueno.

PABLO NERUDA (1945)

En noviembre de 1944, Stalin volvió a asumir el control directo desde la *Stavka* de las operaciones en el frente, desplazando del puesto de jefe de Estado Mayor al general Aleksandr Vasilevsky, quien tres meses después acabó dimitiendo. La conquista de Alemania, al menos de su parte oriental, y la caída de Berlín se convirtieron desde fines de 1944 en el siguiente objetivo del dictador soviético. Con ese fin, volvió a recurrir a Zhukov para que se encargase de comandar las operaciones conducentes a la toma de la capital alemana. Stalin quería «llegar antes» que sus aliados occidentales, en parte porque no dejaba de desconfiar en las intenciones de Churchill y Roosevelt, y temía que los mandatarios de los países capitalistas acabasen por prestar oídos a los cantos de sirena que desde la cúpula del Tercer Reich se les hacían llegar, proponiéndoles una paz separada con Alemania para combatir juntos a la «bestia» bolchevique. Sin embargo, lo cierto es que los anglo-norteamericanos y sus tropas aliadas ya habían penetrado por el oeste en territorio alemán en diciembre de 1944. Se abría una auténtica «carrera» por hacerse con el triunfo final, la conquista de la capital enemiga.

La conquista de Berlín

El avance soviético se había parado en el Vístula, y había experimentado algunos reveses parciales. Consciente de ese hecho y escarmentado por una suerte de memoria histórica repentina que le recordaba el desastre de 1920, el mando del Ejército Rojo procedió a reasegurar los flancos y preparar la ofensiva final con tiempo. El 12 de enero de 1945 se desencadenó la que sería la ofensiva Vístula-Oder, de vastas proporciones. Seis millones de soldados soviéticos atacaron las líneas defendidas por dos millones escasos de combatientes alemanes, a las que ya sólo se añadían 190 000 soldados húngaros. Fuera de algunas divisiones de las Waffen SS, la mayoría de las unidades del Eje estaban muy justas de suministros, combustible y municiones, y su dotación de vehículos era casi mínima. El 1.º Frente Ucraniano de Konev lanzó el ataque hacia el Sur, en dirección a Silesia. El Iº Frente Bielorruso de Zhukov esperó hasta el 14 de enero para iniciar la ofensiva, y dos semanas después había expulsado a las tropas germanas de Polonia central. El 29 de enero de 1945, las tropas soviéticas llegaban al río Oder. El día 13 del mismo mes, el 2.º y 3.º Frente Bielorruso se dirigieron hacia Prusia Oriental, donde las tropas germanas, que ahora defendían suelo alemán, opusieron una fanática resistencia frente a lo que se percibía como una suerte de juicio final. La ciudad de Königsberg fue sitiada el 2 de febrero, con miles de refugiados en su interior.

El rápido avance soviético alcanzó a llegar a apenas un ciento de kilómetros de Berlín, pero dejó varias bolsas de resistencia alemana a sus espaldas. Además de Königsberg, importantes islotes de tropas germanas con armamento pesado se concentraron en Poznan, en la capital de Silesia Breslau —que según las órdenes de Hitler debía convertirse en una *Festung*, una fortaleza que resistiese hasta el último hombre, y de la que se evacuó a buena parte de la población, aunque dentro de la ciudad quedaron encerrados 80 000 civiles— y Küstrin. A esos islotes se sumó el nuevo *Kessel* de Heiligenbeil, cerca de Danzig. La ciudad que más resistió fue Breslau, cuya defensa dirigía el fanático *Gauleiter* Hanke. Tras varios intentos soviéticos por tomarla, los defensores aceptaron al final una

capitulación honrosa el 6 de mayo de 1945.

En las carreteras y los pueblos de Prusia Oriental, al igual que en Silesia, los soldados soviéticos dieron rienda suelta a su instinto de venganza. Miles de mujeres germanas fueron violadas y torturadas hasta la muerte, mientras que las columnas de refugiados que huían del avance del Ejército Rojo fueron bombardeadas y arrasadas con tanques. La propaganda desplegada por el mando soviético entre sus soldados, a través, por ejemplo, de las incendiarias y revanchistas crónicas del escritor Ilya Ehrenburg en el periódico de trinchera *Krasnaya Zvezda*, no contribuyeron precisamente a aplacar el afán saqueador, violador y asesino de millares de soldados soviéticos. Estos últimos daban rienda suelta a una mezcla de ansia de venganza, de descarga de su frustración al comprobar que los campesinos y granjeros prusianos vivían en una abundancia y orden inimaginable para aquéllos, y pura y simple liberación de instintos reprimidos por la disciplina militar, favorecidos ahora por el alcohol y la sensación de ser dueños de la situación. No sólo eran violadas, torturadas y asesinadas mujeres alemanas. También podían sufrir el mismo destino las trabajadoras forzadas polacas o hasta soviéticas que se hallaban en territorio alemán^[407].

Ocho millones y medio de alemanes de Prusia Oriental y Silesia emprendieron un éxodo precipitado hacia occidente. La mayoría no volvió nunca a sus casas. Las medidas drásticas de varios comandantes alemanes, empeñados en reclutar a civiles para el servicio en la mal armada Milicia Popular (*Volkssturm*), obligándolos a cavar trincheras y a despejar caminos bajo el fuego enemigo, o negándose a evacuarlos, acrecentó el desastre.

El conocimiento de las violaciones y asesinatos de civiles por parte de soldados del Ejército Rojo contribuía, por su parte, a incrementar la voluntad de resistencia por parte de los soldados alemanes. Estos últimos percibían que realmente se estaba cumpliendo una suerte de crepúsculo de los dioses, el fin de una civilización a manos de una horda invasora y subhumana, y reaccionaban matando en el acto a los prisioneros soviéticos que caían en sus manos. El soldado Korbacher describía desde Breslau en febrero de 1945 una de estas reacciones:

He visto los cadáveres de los civiles asesinados. Mujeres a las que les han cortado la mano, y muchachas que estando medio muertas fueron violadas y después sacrificadas. Podéis creerme. Ayer, poco después de encontrarlas, nos hemos cargado a veinte rusos que habíamos hecho prisioneros poco

después de ver los cadáveres; a cada ruso que sorprendo le disparo de modo inmediato^[408].

La violación de mujeres alemanas durante los seis primeros meses de 1945 alcanzó proporciones gigantescas. Evaluar su impacto numérico es problemático, pues el tema se convirtió en un tabú tanto en las memorias de posguerra, al menos hasta la década de 1990 (y en particular en la RDA). Y también es difícil rastrear la percepción de los perpetradores, es decir, de los soldados soviéticos, así como sus motivos reales. Para empezar, muchos de ellos veían a las mujeres occidentales que eran violadas en masa como símbolos de la Wehrmacht y, asimismo, como exponentes de una cultura *decadente*, patente en su forma de vestir y comportarse, que contrastaba con los códigos tradicionales que imperaban en sus lugares de origen. El adoctrinamiento soviético, además, añadía a ese carácter decadente el de burgués y fascista.

Ahora bien, ¿veían los *frontoviki* las violaciones como una suerte de venganza colectiva por lo que los maridos, novios o hijos de esas mismas mujeres pudieron haber hecho en los territorios ocupados de la URSS? ¿Fue una válvula de escape más o menos consentida por los oficiales para aliviar así la tensión de meses de combate y de dura disciplina, así como la dureza extrema que volvieron a revestir los combates del último tramo de la guerra? ¿O fue el resultado de la combinación de machismo, percepción de sí mismos como hombres-soldados, y deseo de venganza contra un enemigo al alcance? Todas las motivaciones parecían confluír a un tiempo, y se sumaban al papel de las violaciones como una suerte de ritos de iniciación en los que el colectivo (el pelotón o el conjunto de camaradas) cometía un acto de posesión del enemigo, que simbolizaba su victoria y a la vez su complicidad. En todo caso es difícil rastrear la perspectiva de los violadores en memorias y relatos, donde ese tema se recubre de un manto de silencio^[409].

En los testimonios escritos de los propios soldados del Ejército Rojo que participaron en las acciones ofensivas desde el verano de 1944, empero, sí es posible encontrar una cierta justificación de los pillajes. El saqueo, conseguir objetos de consumo poco menos que inaccesibles en la URSS, era una práctica consentida por los oficiales y los mandos del Ejército soviético, que incluso organizaron un sistema de almacenes para evitar que la tropa estuviese siempre cargando con su botín personal. Y en las cartas los soldados se ufanaban de su botín, visto como una necesaria compensación de los esfuerzos y sacrificios de

los años de guerra, pero también de los años de penurias y colectivizaciones forzosas de la preguerra. El pillaje era presentado igualmente como una suerte de pequeña venganza personal en el contexto de una guerra que consideraban justa; en primer lugar, por el sentimiento de venganza^[410].

El número total de civiles masacrados por el avance del Ejército Rojo no ha sido aún objeto de una evaluación sistemática. Es igualmente problemático realizar un cálculo aproximado del número de mujeres ultrajadas, así como del montante de hijos ilegítimos nacidos de violaciones. Algunas estimaciones concluyen que en las regiones orientales de Alemania no menos de 1,8 millones de mujeres habrían sido objeto de violación, incluyendo mujeres de todas las edades entre los 12 y los 70 años. Esa cifra equivaldría a un 18 por ciento de la población femenina de esas regiones. El porcentaje en Prusia Oriental, Silesia y Pomerania fue con seguridad aún mayor: allí fueron víctimas de violaciones alrededor de 1 430 000 mujeres, de las que una parte sustancial habría muerto. El montante total de víctimas de abusos sexuales se sitúa, pues, en unos dos millones de afectadas en el conjunto de las fronteras alemanas de 1943; aunque en Alemania occidental hubo también casos de mujeres forzadas por soldados norteamericanos y británicos, su cuantía fue incomparablemente menor^[411]. Cerca de un 90 por ciento de las mujeres que habían quedado encinta a consecuencia de las violaciones abortaron; y muchas de las que tuvieron a sus bebés los abandonaron en las clínicas, al estar seguras de que esos vástagos no serían aceptados por sus maridos una vez que éstos volviesen del cautiverio o del frente.

Las violaciones de los soldados del Ejército Rojo no fueron una conducta alentada de modo directo por sus mandos. Incluso, hubo algunos casos de oficiales soviéticos que impidieron pistola en mano que sus hombres forzasen a mujeres alemanas en su presencia. Pero fueron muy escasos los castigos impuestos por cargos de violación a soldados de las tropas invasoras por sus propios tribunales militares. En comparación con delitos graves como la desertión o la indisciplina frente a un superior, la violación era considerada en la práctica una falta menor, tolerada y a menudo admitida. Cuando dos mujeres berlinesas acudieron con patente ingenuidad a protestar ante el comandante de una unidad soviética el 27 de abril de 1945 por la frecuencia de las violaciones sufridas a manos de sus hombres, el oficial se limitó a esbozar una sonrisa y responderles «Venga, eso seguramente no les ha hecho daño. Nuestros hombres

están todos sanos»^[412]. Sin embargo, cuando los mandos superiores del Ejército Rojo constataron que la frecuencia de los abusos y las violaciones perpetradas contra la población civil amenazaba con socavar la disciplina de combate del ejército ahora invasor, el propio Stalin ordenó de modo genérico en una orden fechada el 20 de abril a todos los combatientes soviéticos en suelo alemán que trataran a los naturales del país con un mayor respeto, y que estableciesen mejores relaciones con estos últimos. A pesar de la letra de las órdenes, al menos hasta el mes de julio de 1945 siguieron registrándose abundantes casos de violaciones. Desde el verano de ese año, el contacto entre la población civil y los ocupantes soviéticos empezó a normalizarse y a discurrir por cauces de convivencia más o menos forzada. Buena parte de los *frontoviki*, además, habían retornado a la URSS. El 3 de agosto de 1945, el mariscal Zhukov endureció las instrucciones para que los oficiales soviéticos tuviesen a raya a sus soldados y pusiesen coto a las violaciones y saqueos indiscriminados. El hecho de que los corresponsales extranjeros o los trabajadores forzados franceses que volvían a su país estuviesen contando al mundo las atrocidades de un ejército que se decía liberador de media Europa contribuyó también a que Stalin y sus generales se tomaran más en serio acabar con los abusos a la población civil^[413].

Sin duda, las violaciones y las ejecuciones de civiles contribuyeron a reforzar la determinación fanática de los soldados alemanes de luchar hasta el final. Los últimos meses de guerra fueron muy costosos para el Ejército Rojo en número de bajas, al igual que lo fueron para los alemanes. En concreto, entre octubre de 1944 y abril de 1945 319 000 soldados soviéticos perecieron en combate, y unos cincuenta mil más cayeron en la batalla de Berlín. Además, los nuevos reclutas procedían de cohortes de edad cada vez más jóvenes y estaban peor entrenados, por lo que el número de bajas en combate era mayor. En eso ya no se diferenciaban mucho de los soldados germanos^[414]. El miedo a la llegada de los soviéticos, por otro lado, contribuyó notablemente a incrementar el pánico entre la población alemana. *Der Russe*, el soldado soviético, se convertía ahora en una encarnación real de la imagen del enemigo largos años repetida y difundida por la propaganda nazi.

El caos que se apoderó tanto de Prusia Oriental como de Silesia se convirtió en una suerte de carrera desesperada hacia el oeste. Los grupos de población civil que huían a pie se confundían y superponían con unidades motorizadas alemanas que habían quedado rezagadas a la retaguardia del avance soviético e

intentaban abrirse paso entre las líneas del Ejército Rojo, con columnas de prisioneros de guerra obligados a largas marchas, con grupos de soldados alemanes que se escondían en los bosques para intentar eludir las vías frecuentadas por los soviéticos, e incluso con las *marchas de la muerte*, grupos de judíos y otros prisioneros de campos de concentración y exterminio obligados por sus guardianes a caminar en largas procesiones por caminos secundarios y bosques, en los que miles de ellos hallaron la muerte. Los soviéticos ya habían liberado el campo de exterminio de Majdanek en julio de 1944, y el 27 de enero las tropas de Konev llegaron a Auschwitz, donde los guardianes habían abandonado a 2819 prisioneros que estaban demasiado débiles para caminar. Muchos de los internados perecieron a pesar de los cuidados médicos recibidos de los sanitarios soviéticos. La URSS no hizo público el descubrimiento de Auschwitz hasta el 7 de mayo de 1945, y silenció que se tratase de judíos, sino únicamente de «ciudadanos de varios países europeos». Incluso, los prisioneros soviéticos que sobrevivieron fueron interrogados por el Smersh. No obstante, el conocimiento de lo ocurrido en los campos de exterminio fue difundido entre los soldados del Ejército Rojo, lo que incrementó todavía más su sed de desquite.

A principios de febrero de 1945 Stalin refrenó el ímpetu de algunos de sus generales por dirigirse ya hacia la conquista de Berlín. Optó primero por «limpiar» bien los islotes de resistencia alemanes de Silesia, Pomerania y Prusia Oriental. El 20 de febrero de 1945, los soviéticos conquistaron Poznan, y el 29 del mismo mes caía la fortaleza de Küstrin. A principios de marzo el dictador aprobó el plan final para la conquista de Berlín, que fue elaborado por Zhukov y Antonov. La fecha del ataque definitivo, tras varias semanas de preparativos, fue fijada para el 16 de abril de 1945. El 2.º Frente Bielorruso de Rokossovski se dirigiría hacia Mecklemburgo, por el norte, y no acudiría a tomar Berlín. Zhukov atacaría de modo frontal desde el Oder hacia Berlín, a través de las colinas de Seelöw. Konev penetraría por el sur, desde la ribera oriental del río Neisse, en dirección a Leipzig y Dresde, y su flanco derecho giraría hacia el noroeste para apoyar a Zhukov en la conquista de Berlín por los barrios meridionales de la capital. Se disponía al asalto un ejército de dos millones de hombres, 7500 aviones y más de 3200 tanques. Y entre las alas central y meridional del ataque se iniciaría una auténtica carrera por ver quién se colocaría ante Stalin la medalla final, el pasar a la historia como conquistador de Berlín.

Alrededor de un millón de combatientes del Eje se aprestaban a defender la capital del Tercer Reich, escalonados entre la línea Oder-Neisse y la ciudad.

Alrededor de ésta, empero, no más de cien mil hombres estaban en condiciones de combatir. Eran restos de unidades heterogéneas, más algunos batallones de las Waffen SS y de la Policía. De ellos, además, cerca de una cuarta parte eran milicianos del *Volkssturm* (Asalto Popular), en su mayoría hombres entrados en años, así como unos 4000 miembros de las Juventudes Hitlerianas, quienes se contaban entre los luchadores más fanáticos. Los últimos defensores de la frontera oriental del Tercer Reich contaban con el magro apoyo de 1519 tanques y 9303 cañones, pero carecían de toda cobertura aérea. La línea de defensa principal se estableció en la orilla izquierda del Oder, donde, sin embargo, los soviéticos ya habían establecido una cabeza de puente.

Lo que era peor, a la parquedad de hombres y material se unía la descoordinación entre las diferentes instancias civiles y militares, demostrando el carácter poco funcional de la poliarquía nacionalsocialista a la hora de gestionar situaciones excepcionales, en especial cuando el líder máximo había perdido la iniciativa y, a veces, el juicio. El comandante en jefe de la defensa de Berlín se encontraba con órdenes contrapuestas procedentes del OKW, del jefe de Estado Mayor de Hitler o del comandante en jefe del recién creado Grupo de Ejércitos del Vístula. Joseph Goebbels, que como líder territorial (*Gauleiter*) de Berlín tenía atribuciones como comisario de defensa, se arrogaba también el derecho a coordinar la defensa de la capital del Reich. Y como venía siendo la tónica desde hacía dos años, Hitler intervenía en la cadena de mando con ocurrencias e ideas extravagantes, destituyendo a comandantes en jefe y designando a otros según su capricho. De este modo, pocos días después de la ofensiva final soviética nombró jefe del Grupo de Ejércitos del Vístula a Heinrich Himmler, para sorpresa de todos sus generales profesionales, pues éste no se distinguía precisamente por sus dotes de estratega. El resentimiento del Führer nazi hacia los militares profesionales y su convicción de que sólo un mando enérgico y despiadado podría salvar la situación fueron los motivos de la decisión^[415].

Hitler seguía creyendo en el mito del triunfo de la voluntad, pero también en la virtualidad palingenésica de un final apocalíptico. Si llegaba la hora de un wagneriano crepúsculo de los dioses, de las cenizas de los héroes resurgiría en el futuro una nueva Alemania inspirada en su ejemplo. La determinación de luchar hasta el final, sin embargo, comenzaba a flaquear en la retaguardia alemana. A principios de 1945 los problemas de abastecimiento de alimentos y objetos de

consumo eran ya notorios, y la cercanía tanto de soviéticos como de anglonorteamericanos por occidente hacía a muchos ciudadanos alemanes pensar que era preferible rendirse al enemigo más *civilizado* y del que cabía esperar mejor trato. Las noticias que llegaban del frente del Este y que eran transmitidas por los refugiados hacían temer a buena parte de la población que si los soviéticos ocupaban el Reich se cerniría sobre ella una suerte de apocalipsis. Entre los hasta entonces disciplinados soldados de la Wehrmacht se empezaron a producir desertiones. Para evitar que cundiese el derrotismo, el régimen había instituido desde el 15 de febrero de 1945 unos tribunales especiales que tenían competencia en todo tipo de delitos que hiciesen flaquear «la fuerza combativa o la tenacidad en el combate de los alemanes». El 25 del mismo mes, Himmler decretó la creación de unos «tribunales especiales de guerra», y el 9 de marzo fueron finalmente establecidos una suerte de tribunales ambulantes autorizados a ahorcar a quienes mostrasen pasividad o connivencia ante el enemigo. La policía militar de la Wehrmacht jalonó la carretera de Frankfurt an der Oder a Berlín de desertores ahorcados, y cualquier sospechoso de abandono de la línea de combate era ejecutado sumariamente. Quien tuviese la mala suerte de colgar del balcón una bandera blanca pensando que por allí pasarían los soviéticos y era sorprendido por un tribunal especial era ahorcado en el acto. No obstante, las medidas de coerción empezaron a suscitar animadversión entre los ciudadanos alemanes, quienes se mostraron comprensivos hacia conductas como la desertión. El mito del Führer sufría ya una fuerte erosión, tanto entre la población civil como entre muchos soldados que a estas alturas sólo luchaban para proteger a sus familias y por miedo a la venganza de *Iván*^[416].

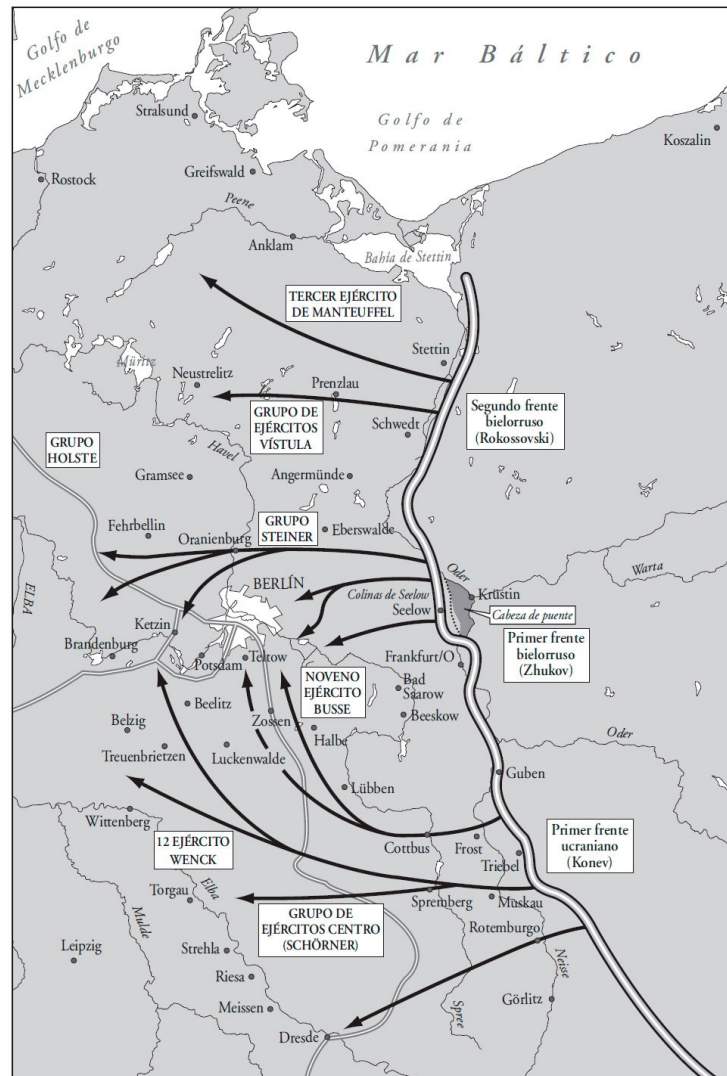
A pesar de ello, también era cierto que tanto la mayoría de los soldados del frente, particularmente en el este pero también en el oeste, como una proporción apreciable de la población civil alemana mostró hasta el final una notable voluntad de resistencia. En la retaguardia se registraron muestras de descontento, hastío y ganas de que acabase la guerra como fuese. Pero no se produjeron revueltas, ni motines de soldados, ni siquiera rebeliones encaminadas a destituir a Hitler. En este sentido, 1945 no era equiparable a 1918^[417]. Aun así, algunas de las órdenes del Führer nazi destinadas a reforzar la voluntad de resistencia tuvieron un efecto irrelevante, en parte por la falta de voluntad de los escalafones inferiores del ejército y la administración en aplicarlas. Así ocurrió con el decreto del 19 de marzo de 1945, la llamada «Orden Nerón», que prescribía que

las autoridades militares y los líderes territoriales del NSDAP estaban obligados a acometer la destrucción de todas las instalaciones e infraestructuras industriales susceptibles de ser aprovechadas por el enemigo, en una aplicación al suelo alemán de la política de *tierra quemada* similar a la decretada por Stalin en 1941. Pero la intervención del arquitecto y hombre de confianza de Hitler Albert Speer, a la sazón ministro de armamento del Reich, consiguió impedir la aplicación de la orden, con el argumento de que destruir la capacidad productiva germana haría retroceder a los connacionales supervivientes a la Edad de Piedra^[418].

Las tropas de Zhukov, agrupadas en el 1.º Frente Bielorruso, atacaron desde el Oder en dirección a las colinas de Seelöw el día señalado, 16 de abril de 1945, tras una intensa preparación artillera. Al principio, la resistencia alemana fue mayor de lo previsto. Pero tras cuatro días de intensos combates, el día 20 de abril las avanzadillas soviéticas llegaron a los suburbios orientales de Berlín. Ese mismo día, la artillería pesada de Zhukov ya estaba en disposición de bombardear la capital alemana. Y sus tropas convergieron desde el flanco norte hacia la ciudad. Cuatro días más tarde, sus fuerzas cruzaban el río Spree, y se encontraban en el aeropuerto berlinés de Schönefeld con unidades del 1.º Frente Ucraniano de Konev, que había avanzado con rapidez desde el sur encontrando una menor resistencia, a través de las amplias llanuras de Sajonia, donde las unidades acorazadas soviéticas podían romper sin problemas las cada vez más débiles defensas germanas. El 25 de abril, las unidades de vanguardia de los ejércitos soviético y norteamericano se encontraron por primera vez en la ciudad de Torgau. La capital germana estaba prácticamente rodeada.

Comenzó entonces un feroz combate callejero en el que los tanques soviéticos no podían hacer valer su superioridad con la misma contundencia que en campo abierto. Los *frontoviki* tenían un objetivo simbólico: confluir hacia el centro de la ciudad y tomar el Parlamento alemán (*Reichstag*), donde debía ser izada la bandera soviética. Los combates, que se cobraron la vida de miles de soldados y civiles durante varios días, se desarrollaron en medio de una ferocidad extrema y una atmósfera irrespirable. Pero, sin posibilidad de recibir ayuda externa, la suerte de los defensores de la ciudad estaba echada. A las once menos diez de la mañana del 30 de abril de 1943, dos sargentos soviéticos desplegaron la bandera de la URSS desde lo alto del Reichstag. Una escena que fue fotografiada horas después y se convirtió en el símbolo del fin de la guerra

en Europa.



Mapa 12. El asalto final, abril 1945.

Adolf Hitler, junto con su ahora esposa Eva Braun, se suicidaba aquel mismo día en su búnker subterráneo de la Cancillería, delegando la magistratura suprema del Reich en el almirante Karl Dönitz, quien se encontraba en la ciudad de Flensburg, capital de la región septentrional de Schleswig-Holstein. En su última proclama dirigida a los defensores del Reich, fechada el 13 de abril, el Führer nazi seguía insistiendo en los tópicos consabidos: el «mortal enemigo judeo-bolchevique» pretendía ahora dar cumplimiento a sus antiguos sueños de exterminio del pueblo alemán, violando mujeres y asesinando ancianos y niños. Pero «Europa nunca será rusa». En su testamento, dictado antes de morir, Hitler

se mantenía fiel a sus postulados de los años fundacionales del nacionalsocialismo. La conspiración judía, aliada con los bolcheviques, habría tenido la culpa de la guerra^[419]. Tras un infructuoso intento de negociar un armisticio por parte de Goebbels y del último jefe de Estado Mayor de Hitler, el general Hans Krebs, con Chuikov y Zhukov, el 2 de mayo de 1945 el general Weidling, comandante general de la defensa de Berlín, ordenó el alto el fuego a las fuerzas bajo su mando. El Gobierno de Dönitz se rindió ante los Aliados en el Cuartel General del comandante en jefe de los ejércitos aliados del oeste, general Eisenhower, en Reims el 7 de mayo. Pero la ceremonia fue repetida dos días después en Berlín, en un antiguo centro de las Juventudes Hitlerianas situado en el barrio de Karlshorst, en presencia de una mayor representación soviética.

El Gobierno de Dönitz duró poco tiempo, pero lo suficiente como para conseguir que dos tercios de los soldados alemanes se rindiesen a los aliados occidentales, y así evitasen el duro cautiverio en los campos soviéticos que esperaba a los prisioneros del Ejército Rojo en las dos últimas semanas de guerra, quienes fueron enviados en largas columnas a territorio de la URSS. Muchos de esos cautivos sólo volverían después de 1950. Los infortunados *Hiwis* rusos que combatían con uniforme de la Wehrmacht, al igual que los nacionalistas ucranianos o caucásicos, y que se habían replegado, al igual que muchos alcaldes colaboracionistas rusos, con el *Ostheer* hasta territorio alemán, sufrieron peor suerte, siendo ejecutados en su mayoría por el NKVD o el Smersh. Y aunque los trabajadores forzados y prisioneros de guerra soviéticos liberados por sus compatriotas antes de que cayese Berlín fueron en muchos casos reclutados de nuevo a toda prisa para cubrir las elevadas bajas del Ejército Rojo, los méritos de guerra recién adquiridos no les libraron de ser sometidos a interrogatorio y dar con sus huesos en campos de concentración de la URSS al acabar la guerra.

La guerra germano-soviética no concluyó por completo con la caída de Berlín. Unos 600 000 soldados alemanes se habían refugiado en Bohemia para intentar continuar desde allí la resistencia. El 1.º Frente Ucraniano de Konev tuvo que emplearse a fondo hasta el 11 de mayo para acabar con los últimos restos de la resistencia germana en la región, después de llegar a Praga el día 9 de ese mes. Entre los prisioneros se contaban miles de *vlasovianos* y el propio general Vlasov^[420].

La determinación de los últimos defensores del Tercer Reich, cuando todo

estaba perdido, sigue causando el estupor de muchos analistas. Ciertamente, para una parte de los combatientes alemanes y de otras nacionalidades que resistieron hasta el último momento en Berlín estaba en juego no sólo su propia supervivencia, sino que estimaban que con la capital alemana caería el mundo *civilizado* y la utopía de comunidad nacional y racial en la que habían sido adoctrinados. La conducta del Ejército Rojo en Prusia Oriental parecía, además, teñir de veracidad las imágenes transmitidas por la propaganda alemana acerca del carácter *bárbaro* y *asiático* de los invasores. Y quienes habían vivido la guerra en el frente del Este sabían que había pocos motivos para implorar el perdón de los *Ivanos*. A ello se añadía una suerte de conciencia colectiva de estar viviendo un final épico y trágico al mismo tiempo. El miedo, el odio al enemigo y la conciencia de la propia trascendencia casi wagneriana del sacrificio parecen haber impulsado a muchos combatientes a morir por el Tercer Reich, Alemania o la patria local (*Heimat*), cuando no por la propia supervivencia. Para los fanáticos de las Juventudes Hitlerianas y de las SS, dar la vida por el Führer seguía teniendo un sentido incluso en aquellos momentos, o precisamente en aquella hora más que nunca. Y para los voluntarios extranjeros de las SS que se vieron cercados en Berlín, no había otro sitio adonde ir. No es de extrañar que, al conocerse la noticia de la capitulación, un número estimable de fanáticos nazis se suicidasen antes que caer en manos soviéticas^[421].

Berlín vivió escenas similares a las sufridas por las ciudades y los pueblos de Prusia Oriental. Los soldados soviéticos, excitados por la dureza de los combates y el deseo de venganza, y muchas veces en estado de embriaguez, saquearon casas, practicaron el pillaje y, sobre todo, violaron a las mujeres, incluyendo ancianas y niñas. Se calcula que sólo en Berlín hubo entre 90 000 y 130 000 casos de ultraje sexual, y que una parte sustancial de las violaciones fueron múltiples. Un pelotón de soldados enteros podía forzar a una mujer o a casi una niña, y a continuación matarla de un disparo. Unas diez mil mujeres berlinesas habrían muerto como consecuencia de la vejación, bien por enfermedades contraídas a causa de ella, por secuelas de los maltratos o —caso muy frecuente— por suicidio. La lógica de las violaciones, empero, parecía ser ahora de naturaleza diferente. Los soldados soviéticos siguieron practicando las violaciones colectivas; y hubo casos, como en la clínica de maternidad de Haus Dahlem, en los que grupos de *frontoviki* forzaron y maltrataron a todo lo que se les puso por delante, desde monjas a mujeres embarazadas. Pero la práctica más

usual consistía ahora en que los soldados soviéticos *escogiesen* a sus víctimas. Los *Ivanos* entraban en refugios subterráneos o en casas de vecindad, en donde los civiles se agolpaban y esperaban entre aterrorizados y expectantes la llegada de los temidos *rusos*. Si había suerte, los soldados que asomaban primero se limitaban a preguntar si había armas o soldados enemigos, y a requisar relojes y otros objetos de valor. Si había mala suerte, los que entraban, sobre todo si era de noche y estaban borrachos, *seleccionaban* sin misericordia a sus víctimas^[422], a las que en muchas ocasiones, si encontraban resistencia en sus propósitos, no dudaban en asesinar al terminar. El estupro y la violación, ahora, parecían tener un componente más sexual que vengativo^[423]. Y aunque los abusos continuaron, los berlineses y sobre todo las berlinesas aprendieron a convivir con el riesgo, así como a buscar la protección de soldados y oficiales que les pudiesen defender de vejaciones por parte de otros camaradas y en particular de violaciones múltiples, a cambio de una amistad o incluso una prostitución *situacional* condicionada a obtener alimentos y cierta estabilidad vital. Una ciudadana anónima berlinesa escribía así en su diario, después de sufrir dos violaciones distintas, una de ellas múltiple, que no le quedaba más remedio que buscarse para sí «el lobo grande que me proteja de la manada»^[424].

En una ciudad en la que la mayoría de puertas y ventanas habían desaparecido de las casas y un soldado soviético podía irrumpir en ellas a cualquier hora, la relajación y la suspensión de las normas y tabúes morales tradicionales en tiempo de guerra, junto con la ausencia en la mayoría de los casos de maridos, hermanos y padres, facilitaron una suerte de adaptación progresiva y pragmática de las mujeres berlinesas a las circunstancias, con vistas al único objetivo de sobrevivir. La aleatoriedad era lo más difícil de soportar en la situación de incertidumbre en la que pasaron a vivir los ordenados berlineses. En el fondo, era una cuestión de suerte. Los soldados soviéticos podían entrar por la noche en las casas borrachos con objetivo de violar a mujeres y a niñas; o bien podían aparecer con un pedazo de carne cruda y pedir a las berlinesas que se la cocinasen, para después compartir mesa y mantel con las familias, cantar canciones populares y brindar exultantes con vodka. O podían contentarse con experimentar el placer de utilizar un retrete, extraño artilugio que muchos soldados de Asia Central y Siberia no conocían y que a menudo tomaron por una nevera. Hubo madres que escondieron a sus hijas en desvanes y sótanos durante dos o tres meses, o que procuraron ocultarse por las noches para no sufrir

vejaciones a manos de *frontoviki* ebrios de alcohol y victoria. Por el día, esos mismos *rusos* podían convertirse en ocupantes más o menos civilizados.

El pragmatismo de las mujeres berlinesas, y de las alemanas que vivieron bajo la ocupación soviética fue, por el contrario, mucho más difícil de aceptar para los hombres, fuesen padres, novios, maridos o hermanos. Muchas mujeres alemanas optaron por olvidar los ultrajes y humillaciones sufridas y concentrarse en el futuro, y en primer lugar en la supervivencia de los grupos familiares a su cargo. Contar lo realmente sucedido durante los primeros meses de ocupación a sus maridos retornados del cautiverio podía provocar la ruptura matrimonial, así como una profunda crisis de autoestima en los hombres.

Las penas con pan, empero, fueron algo menos. El pragmatismo adaptativo de las mujeres y el conjunto de la población berlinesa a la nueva situación de control soviético fue también más fácil desde el momento en que los alemanes constataron que el Ejército Rojo se preocupaba de velar por la alimentación de los civiles a su cargo, no en abundancia pero sí lo suficiente como para garantizar su supervivencia, distribuyendo cartillas de racionamiento y comida en las cocinas de campaña a los habitantes de los barrios que iba ocupando. Así lo dispuso una orden del primer comandante de la ciudad, el carismático general Nikolai Bersarin, del 27 de abril de 1945. Este último puso también en marcha medidas para reparar el suministro eléctrico y hacer funcionar la red de transportes públicos, además de organizar una nueva policía y procurar que, poco después del fin de la guerra, los teatros y los cines de la ciudad volviesen a abrir. Su muerte en un accidente de tráfico a mediados de junio de 1945 fue motivo de sincero duelo para muchos habitantes de Berlín^[425].

Un alto precio y un legado ambiguo

Que la Unión Soviética pagó un alto precio por su victoria frente a los alemanes no ofrece ninguna duda. Como estimación general, y hasta ahora no rebatida, por cada civil alemán muerto en la Segunda Guerra Mundial perecieron al menos veinte ciudadanos soviéticos. Y por cada soldado alemán muerto en el frente del Este fallecieron al menos dos soldados del Ejército Rojo. Lo más probable, empero, es que las cifras verdaderas nunca se conozcan. Aunque el Ejército alemán llevaba una contabilidad minuciosa de las muertes y desapariciones en combate, el colapso del Ejército del Este en los últimos meses de la guerra, en los que precisamente las tasas de mortandad fueron mucho mayores, también fue causa de que las defunciones se registrasen de modo más irregular. El control de los muertos del lado soviético fue, por el contrario, mucho más aleatorio y asistemático a lo largo de la contienda. Los oficiales no siempre informaban de las muertes de sus soldados, y la picaresca para obtener asignaciones más altas de raciones por parte de la intendencia militar motivó que muchas defunciones y/o desapariciones se ocultasen. El Ejército alemán era sumamente respetuoso con la memoria de sus muertos, para los que erigía cementerios improvisados en la inmediata retaguardia, y de los que llevaba un meticuloso registro, con croquis incluidos, que fueron archivados cuando el avance soviético desde 1943-1944 llevó a los alemanes a borrar —por miedo a posibles profanaciones— las huellas externas de esos cementerios. Por el contrario, dos tercios de los caídos del Ejército Rojo yacen hoy en día en sepultura desconocida. Y en amplias zonas del territorio de la antigua URSS, sobre todo en áreas boscosas o pantanosas, todavía es posible en la actualidad encontrar restos humanos visibles de soldados de ambos bandos que fueron dejados al descubierto^[426].

La historiografía soviética revisó en su momento las cifras oficiales en época de Kruschev. Pero los guarismos ofrecidos por las distintas comisiones oficiales son objeto de fuerte controversia^[427]. En todo caso, las cifras más plausibles no bajan de los ocho millones de muertos, y oscilan más bien entre los nueve y los

diez millones de soldados soviéticos fallecidos a causa de los combates o sus secuelas en el conjunto de la Segunda Guerra Mundial, a los que se unieron unos diecisiete millones de civiles^[428]. El historiador militar estadounidense David Glantz revisaba esas cifras al alza en 2001, incluyendo en ellas las bajas causadas por la guerra contra el imperio japonés, y proponía un número de 14,7 millones de muertos y desaparecidos entre el Ejército Rojo, la Marina soviética y las fuerzas del NKVD, que superaría en cuatro millones a las cifras oficiales disponibles. Las bajas civiles ascenderían a veinte millones de personas. El número de heridos, incluyendo una proporción apreciable de mutilados, sería tres veces mayor. Según algunas estimaciones, de 34,5 millones de soldados movilizados, habrían resultado muertos, heridos, hechos prisioneros o desaparecidos un total de veintinueve millones, el 84 por ciento. Los historiadores rusos tras 1990, por lo demás, ofrecen igualmente estimaciones muy diferentes en lo relativo al número de civiles fallecidos durante la guerra, que oscilan entre 16,9 millones —en los cálculos más optimistas— y los 35,5 millones en los cómputos más pesimistas. El número total de víctimas parece lejos de haberse establecido de modo definitivo^[429].

Por su parte, hasta el 30 de abril de 1945 los muertos alemanes en la Segunda Guerra Mundial ascendían a 5,3 millones, de los que algo menos del 80 por ciento (alrededor de 3 880 000 soldados) murieron en el frente del Este. El número total de bajas permanentes en combate que se cobró la guerra con la URSS supuso entre septiembre de 1941 y septiembre de 1942 el 90 por ciento de todas las pérdidas germanas. Esos porcentajes se mantuvieron hasta la apertura del segundo frente en Europa occidental, que hizo descender el número de bajas totales al 62 por ciento. Entre diciembre de 1944 y el 30 de abril de 1945, un 67 por ciento de las pérdidas alemanas tuvieron como escenario el frente oriental. Las bajas en este último de soldados de otras nacionalidades fueron igualmente elevadas, aun sin contar los muertos durante los años de cautiverio en los campos de prisioneros de la URSS. El número de muertos y desaparecidos húngaros se cifra en 350 000. El de italianos, en 45 000. El de rumanos, en 480 000. Y el de finlandeses, en 84 000. A ellos siguen contingentes menores de las más diversas procedencias: por ejemplo, más de 4000 soldados españoles perdieron la vida en el frente ruso entre 1941 y 1943^[430]. No sólo la Unión Soviética pagó más que ningún país beligerante en la Segunda Guerra Mundial en cuanto a vidas y sufrimiento. Los ejércitos invasores padecieron una auténtica

carnicería en sus filas en el frente del Este.

Las secuelas dejadas por la guerra también incluyeron a millones de heridos e inválidos, personas desplazadas a la fuerza de sus hogares para realizar trabajos forzados, obligados a un reasentamiento de su residencia, o que huyeron del avance de las tropas (fuesen del Eje o soviéticas). Decenas de miles de mujeres fueron violadas y sufrieron embarazos no deseados a manos de soldados del Eje o de soldados soviéticos. Centenares de miles de prisioneros de guerra perdieron los mejores años de su juventud en campos, de los que salieron con secuelas físicas y psíquicas de por vida. Sin contar los millones de excombatientes que en ambos bandos sufrieron y sufren de estrés postraumático, trastorno que sólo tras la Guerra de Vietnam ha empezado a ser considerado por los especialistas como un efecto de la guerra en la salud de las personas, y que afecta a un número mucho mayor de excombatientes que los catalogados sobre el papel como bajas psicológicas. En el Ejército Rojo, su número fue establecido de forma oficial en unos cien mil casos. Pero son cifras sin duda muy inferiores a la realidad^[431].

Las consecuencias geopolíticas de la guerra son bien conocidas. La Unión Soviética pudo afianzar su dominio político sobre buena parte de Europa central y oriental. Pasó a desempeñar el papel de superpotencia, y a protagonizar durante cuarenta y cinco años un duelo con los Estados Unidos por la supremacía mundial que acabó perdiendo. Los partidos comunistas europeos y de todo el mundo crecieron a rebufo del aura de legitimación de que se revistió el inmenso sacrificio de los ciudadanos soviéticos, tanto de los combatientes como de los movilizados en la retaguardia, y el precio de sangre pagado por la victoria. Al mismo tiempo, las atrocidades cometidas a lo largo del avance soviético en suelo alemán contribuyeron a alimentar nuevas imágenes negativas y estereotipadas acerca del soldado *ruso*, que experimentaron una amplia difusión durante la Guerra Fría.

Caben pocas dudas, empero, de que Stalin también supo rentabilizar en provecho propio, y particularmente en beneficio de la consolidación de su dictadura de terror, los pingües réditos de popularidad y legitimidad que le reportó el triunfo bélico. Los *Ivanes* retornados a casa y los ciudadanos que habían ganado la guerra con su trabajo en las fábricas no obtuvieron recompensa tangible en términos de bienestar o de ampliación de sus libertades individuales. Tampoco asistieron a una relajación del terror y de los mecanismos de control y

coerción desplegados por la dictadura estalinista. Acto seguido, los hombres y las mujeres de la Unión Soviética fueron conminados a arrimar otra vez el hombro en nombre de un nuevo esfuerzo colectivo, en cuyo nombre se justificaron nuevos abusos y privaciones: la *reconstrucción* de la patria socialista. Hubieron de esperar a la muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, y a la desaparición poco después del inspirador del régimen de terror cobijado por su dictadura, Laurenti Beria, para que nuevos vientos soplasen en la URSS. No obstante, el recuerdo público y la conmemoración de la Gran Guerra Patria apenas sufrieron cambios significativos.

Los alemanes pagaron un duro precio por la guerra del Este. Millones de muertos, de familias deshechas, de mujeres violadas y dos millones de prisioneros retornados de campos de prisioneros soviéticos con secuelas físicas y psíquicas para el resto de sus vidas. Fronteras recompuestas y familias obligadas a empezar una nueva vida lejos de sus antiguos hogares, desplazadas hacia el oeste desde Silesia, Pomerania, Prusia Oriental, Bohemia y Moravia o el Báltico. Una losa sobre la memoria y la conciencia de su pasado histórico reciente difícil de superar. Y, sin embargo, veinte años después, los antiguos prisioneros y combatientes en el frente del Este habían recuperado parte de su ímpetu creativo y sus ganas de edificar una sociedad identificada ahora con los valores democráticos y el bienestar socioeconómico, muy particularmente en la República Federal Alemana. Pero también, ¿por qué no?, en la República Democrática Alemana nacida poco después de aquélla, en 1949, y en donde las energías creadoras de la generación educada en la máxima del triunfo de la voluntad se encauzaron hacia la edificación de una nueva *patria proletaria*, que según la propaganda oficial habría de *redimir* con su ejemplo los crímenes del nazismo y lavar el nombre de Alemania.

En esas empresas colectivas jugaron un papel importante muchos hombres nacidos entre 1914 y 1925, cuya adolescencia y primera juventud había sido marcada por el adoctrinamiento nacionalsocialista y la guerra en el frente, y que tras la derrota y el cautiverio desviaron su fe en la energía creadora de la voluntad y su «obsesión por el rendimiento» de lo militar y político al terreno económico, encauzándolo a través del mundo de la empresa, de la educación y de la cultura hacia un nuevo objetivo: la ingente tarea colectiva de la reconstrucción de Alemania, tanto en el oeste como en el este. Reconstruir Alemania significaba también, en cierto modo, rehacer biografías truncadas por la guerra.

Como ha rememorado recientemente el historiador Hans-Ulrich Wehler, él mismo nacido en 1931, el milagro económico de Alemania Occidental en la posguerra, además de las favorables circunstancias geopolíticas en que tuvo lugar, también debía mucho al impulso *desnazificado* de esa generación de hombres reconocibles por llevar el reloj en la muñeca derecha, mirando hacia adentro, como habían hecho en el frente para evitar ser detectados por el brillo de las agujas en la oscuridad. Pero esos mismos hombres, como también recordaba el crítico literario polaco y judío establecido en Alemania Marcel Reich-Ranicki, no podían evitar sentirse muy incómodos cuando, ya cincuentones y reunidos en cenas y celebraciones con sus antiguos camaradas o compañeros de promoción, eran interpelados inoportunamente acerca del destino de los judíos o sobre lo que vieron en el frente del Este. Millones de hijos y nietos de esos hombres (y mujeres) crecieron sin saber exactamente qué había pasado allí, pero dando crédito a los relatos familiares para consumo interno en los que sólo una minoría de fanáticos era culpable de crímenes en las guerras ya lejanas. O en los que sólo la propia familia fue generosa con judíos y trabajadores forzados procedentes del Este^[432]. Hasta que el descubrimiento de un diario de guerra del padre o del hermano que no retornaron les revelaba el carácter fanático y el convencimiento suicida con el que habían combatido en el frente oriental^[433]. Los imperios de muerte creados por el nacionalsocialismo en su guerra criminal contra la URSS proyectaban y proyectan su sombra sobre el presente.

CRONOLOGÍA

1939

23 de agosto:	Firma del pacto germano-soviético
1 de septiembre:	Las tropas alemanas invaden Polonia
17 de septiembre:	La URSS invade el este de Polonia
30 de noviembre:	El Ejército Rojo invade territorio finlandés
14 de diciembre:	La URSS es expulsada de la Sociedad de Naciones

1940

11 de febrero:	Ofensiva soviética contra las tropas finlandesas
12 de marzo:	Finlandia firma la paz con la URSS, que se anexiona el istmo de Carelia y las riberas septentrionales del lago Ladoga
17-23 de junio:	El Ejército Rojo invade Estonia, Letonia y Lituania
12 de noviembre:	Visita de Molotov a Berlín

1941

30 de marzo:	Hitler expone en la Cancillería sus planes de invasión ante 250 generales de la Wehrmacht
22 de junio:	Alemania y Rumania invaden la URSS; Finlandia ataca para recuperar sus territorios perdidos
27 de junio:	Rumania declara la guerra a URSS
28 de junio:	Las tropas alemanas conquistan Minsk
3 de julio:	Primera alocución radiada de Stalin al pueblo soviético
16 de julio:	Los alemanes llegan a Smolensko
25 de julio:	Conquista de Tallin (Estonia) por los invasores
30 de agosto:	Conquista del nudo ferroviario de Mga, en dirección a Leningrado

19 de septiembre:	Las tropas soviéticas se rinden en Kiev
29 de septiembre:	Comienzo de la matanza de judíos y civiles en Babi Yar
30 de septiembre:	Operación Tifón: principio de la batalla de Moscú
2 de octubre:	Los alemanes conquistan Orel
13 de octubre:	Los alemanes conquistan Kalinin
20 de octubre:	En Moscú se declara el Estado de sitio
30 de octubre:	Comienza el sitio de Sebastopol (Crimea)
3 de noviembre:	Los alemanes conquistan Kursk
6 de noviembre:	La Wehrmacht toma el nudo ferroviario de Tichvin
26 de noviembre:	Los alemanes conquistan Istra
6 de diciembre:	Comienza la contraofensiva soviética cerca de Moscú
15 de diciembre:	El Ejército Rojo reconquista Klin e Istra
30 de diciembre:	Los soviéticos reconquistan Kaluga

1942

8 de mayo:	Los alemanes atacan en Crimea oriental
12 de mayo:	Fracaso de la contraofensiva soviética en Kharkiv
3 de julio:	Caída de Sebastopol en manos de la Wehrmacht
20 de julio:	Decreto n.º 227 de Stalin
13 de septiembre:	Ofensiva alemana sobre Stalingrado
19 de noviembre:	Contraofensiva soviética sobre Stalingrado (Operación Urano)
25 de noviembre:	Contraofensiva soviética fallida en el sector centro (Operación Marte)
16 de diciembre:	Ofensiva soviética «Pequeño Saturno» en el Don

1943

2 de febrero:	Rendición del 6.º Ejército alemán en Stalingrado
8 de febrero:	Reconquista de Kursk por los soviéticos
14 de febrero:	Reconquista de Rostov por los soviéticos
16 de febrero:	Reconquista de Kharkiv por los soviéticos
15 de marzo:	Los alemanes vuelven a tomar Kharkiv
5 de julio:	Ofensiva germana sobre Kursk

11 de julio:	Desembarco aliado en Sicilia
12 de julio:	Contraofensiva soviética sobre Kursk
5 de agosto:	El Ejército Rojo conquista Orel y Belgorod
23 de agosto:	Los soviéticos reconquistan definitivamente Kharkiv
25 de septiembre:	El Ejército Rojo reconquista Smolensko
6 de noviembre:	Reconquista de Kiev por los soviéticos

1944

27 de enero:	Levantamiento del cerco de Leningrado
2 de abril:	Invasión soviética de Rumanía
6 de junio:	Desembarco aliado en Normandía
9 de mayo:	Sebastopol pasa a manos soviéticas
18 de mayo:	Comienzo de la deportación de los tártaros de Crimea por el NKVD
22 de junio:	Operación Bagration
3 de julio:	Reconquista de Minsk por los soviéticos
18 de julio:	El Ejército Rojo llega a la frontera polaca
1 de agosto:	Sublevación de Varsovia
5 de septiembre:	El Ejército Rojo llega a la frontera búlgara
2 de octubre:	Rendición de las fuerzas rebeldes polacas en Varsovia
5 de octubre:	El Ejército Rojo llega al Danubio

1945

17 de enero:	El Ejército Rojo entra en Varsovia
4 de febrero:	Comienza la Conferencia de Yalta
13 de febrero:	Caída de Budapest en manos del Ejército Rojo
9 de abril:	Königsberg se rinde a los soviéticos
13 de abril:	El Ejército Rojo toma Viena
16 de abril:	Inicio de la ofensiva sobre Berlín
23 de abril:	El Ejército Rojo llega a Berlín
30 de abril:	Hitler y Eva Braun se suicidan en la Cancillería del Reich
2 de mayo:	Rendición de Berlín
6 de mayo:	Rendición de Breslau

9 de mayo:

Firma de la capitulación incondicional de Alemania por el general Keitel en Karlshorst, Berlín (se considera el 8 de mayo como la fecha oficial).

9 de mayo:

El Ejército Rojo llega a Praga.

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

Archivos consultados

Bundesarchiv - Militärarchiv, Freiburg im Breisgau - Archivo Militar Alemán, Friburgo de Brisgovia (BA-MA).

Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes, Berlín - Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores (PAAA).

Archivo del Autor

Archivo de don José Manuel de Cárdenas, San Sebastián.

BIBLIOGRAFÍA

ALY, G. (2005): *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*. Frankfurt a. M.: Fischer.

— y HEIM, S. (1991): «Deutsche Herrschaft “im Osten”: Bevölkerungspolitik und Völkermord», en P. Jahn y R. Rürup (eds.), *Erobern und Vernichten. Der Krieg gegen die Sowjetunion 1941-1945. Essays*. Berlin: Argon, 84-105.

— y Heim, S. (1993 [1991]): *Vordenker der Vernichtung: Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung*. Frankfurt a. M.: Fischer.

- ANDREYEV, C. (1987): *Vlasov and the Russian Liberation Movement. Soviet Reality and Émigré Theories*. Cambridge y otros: CUP.
- ANGRICK, A. (2002): «Zur Rolle der Militärverwaltung bei der Ermordung der sowjetischen Juden», en B. Quinkert (ed.), «*Wir sind die Herren dieses Landes*». *Ursachen, Verlauf und Folgen des deutschen Überfalls auf die Sowjetunion*. Hamburgo: VSA-Verlag, 104-123.
- ARBEITSKREIS HISTORISCHE BILDFORSCHUNG (2003): *Der Krieg im Bild-Bilder vom Krieg. Hamburger Beiträge zur Historischen Bildforschung*. Frankfurt a. M.: Peter Lang.
- ARMSTRONG, J. A. (1968): «Collaborationism in World War II: The Integral Nationalist Variant in Eastern Europe», *Journal of Modern History*, 40: 3, 396-410.
- AUDOIN-ROUZEAU, S. y otros (eds.) (2002): *La violence de guerre, 1914-1945*, Paris. Éditions Complexe.
- BACON, E. (1994): *The Gulag at War. Stalins Forced Labour System in the Light of Archives*. Nueva York: New York UP.
- BALD, D., Klotz, J., y Wette, W. (eds.) (2001): *Mythos Wehrmacht. Nachkriegsdebatten und Traditionspflege*. Berlin: Aufbau Taschenbuch Verlag.
- BALTA, S. (2005): *Rumänien und die Grossmächte in der Ara Antonescu (1940-1944)*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- BARBER, J., y HARRISON, M. (1991): *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II*. Londres: Longman.
- BARTOV, O. (1991): *Hitler's Army, Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*. Nueva York/Oxford: Oxford UP.
- (2001 [1985]): *The Eastern Front, 1941-45, German Troops and the Barbarisation of Warfare*. Houndmills/Nueva York: Palgrave.
- (2002): «L'Opération Barbarossa et les origines de la solution finale», en Audoin-Rouzeau y otros (eds.), *La violence de guerre*, 193-217.
- (2003): *Germany's War and the Holocaust: Disputed Histories*. Ithaca/Londres: Cornell UP.

- (2004): «German soldiers and the Holocaust: historiography, research and implications», en O. Bartov (ed.), *The Holocaust: Origins, Implementation, Aftermath*. Londres/Nueva York: Routledge [1.ª ed. 2000], 162-184.
- BECK, B. (2004): *Wehrmacht und sexuelle Gewalt. Sexualverbrechen vor deutschen Militärgerichten 1939-1945*. Paderborn: Schöningh.
- BECKER, J. J., (ed.) (2005): *Histoire culturelle de la Grande Guerre*. Paris: Armand Colin.
- BEEVOR, A. (1998): *Stalingrad: The Fateful Siege: 1942-1943*. Londres: Penguin.
- (2002), *Berlín. La caída: 1945*, Barcelona: Crítica.
- y VINOGRADOVA, L., (eds.) (2006): *Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*. Barcelona: Crítica.
- BERKHOFF, K. C. (2004): *Harvests of Despair. Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*. Cambridge, Ma: Harvard UP.
- BLOCKADE (2004): *Blockade Leningrads 1941-44. Dossiers*. Berlin: Deutsch-Russisches Museum Berlin-Karlhorst.
- BERTINARIA, L., ed. (s. f.), *La tragedia italiana sul fronte russo (1941-1941-1943). Immagini di un sofferto sacrificio. Con documenti e testimonianze*, s. 1. [Rimini]: s. ed. [Grafiche Nanni].
- BÖHLER, J. (2006): *Auftakt zum Vernichtungskrieg. Die Wehrmacht in Polen 1939*. Frankfurt a. M.: Fischer.
- BORDJUGOV, G. (1999): «Terror der Wehrmacht gegenüber der russischen Zivilbevölkerung», en G. Gorzka y K. Stang (eds.): *Der Vernichtungskrieg im Osten-Verbrechen der Wehrmacht in der Sowjetunion aus Sicht russischer Historiker*. Kassel: Kassel UP, pp. 53-68.
- BRAAKE, G. (1985): *Bildchronik der rheinisch-wesfälischen 126. Infanterie-Division 1940-1945*. Friedberg: Po 11 un.
- BRAITHWAITE, R. (2006): *Moscú 1941. Una ciudad y su pueblo en guerra*. Barcelona: Crítica.
- BRANDENBERGER, D. (2002): *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956*. Cambridge,

Ma: Harvard UP.

- BRIEFE (s. f.): *Briefe aus Russland. Feldpostbriefe des Gefreiten Alois Scheuer 1941-1942*. St. Ingbert: Wassermann Verlag.
- BROWNING, Ch. R. (1992): *The Path to Genocide*. Cambridge y otros: CUP.
- (2000): *Nazi Politics, Jewish Workers, German Killers*. Cambridge y otros: CUP.
- (2002 [1992]): *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la solución final en Polonia*. Barcelona: Edhasa.
- (2004): *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*. Lincoln: The University of Nebraska Press.
- BRUHNS, W. (2004): *Mein Vaters Land. Geschichte einer deutschen Familie*. Múnich: Econ Verlag.
- BRUNETEAU, B. (2003): «L'Europe nouvelle» de Hitler. *Une illusion des intellectuels de la France de Vichy*. Paris: Editions du Rocher.
- BRUYNE, E. de (1991): *Les wallons meurent à IFst. La Légion Wallonie et Léon De-grelle sur le Front russe 1941-1945*. Bruselas: Didier-Hatier.
- BUCHBENDER, O., y Sterz, R., (eds.) (1982): *Das andere Gesicht des Krieges. Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945*. Munich: Beck.
- CATARUZZA, M. (2006): «The Historiography of the Shoah-An Attempt at a Bibliographical Synthesis», *Totalitarismus und Demokratie*, 3:2, 285-321.
- CHIARI, B. (2005): «Zwischen Hoffnung und Hunger. Die sowjetische Zivilbevölkerung unter deutscher Besatzung», en Hartmann, Hürteryjureit (eds.), *Verbrechen*, 145-154.
- CLARK, A. (2005 [1965]): *Barbarossa. The Russian-German Conflict, 1941-1945*. Londres: Cassell.
- CONZE, S. (2001): *Sowjetische Industriearbeiterinnen in den vierzigen Jahren: Die Auswirkungen des Zweiten Weltkrieges auf die Erwerbstätigkeit von Frauen in der UdSSR, 1941-1950*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- COOPER, M. (1979): *The Phantom War: The German Struggle against Soviet Partisans, 1941-1944*. Londres: Mac Donald and Jane's.

- DALLIN, A., y otros (1964): «Partisan Psychological Warfare and Popular Attitudes», en J. A. Armstrong (ed.), *Soviet Partisans in World War II*. Madison: Univ. of Wisconsin Press, 210-225.
- EBERT, J. (2006 [2000]): *Feldpostbriefe aus Stalingrad: November 1942 bis Januar 1943*. Múnich: Dtv.
- EBERT, J., y PeukerT, S., (eds.) (2006): *Briefe einer Rotkreuzschwester von der Ostfront*. Göttingen: Wallstein.
- ECHTERNKAMP, J. (2006): *Kriegsschauplatz Deutschland 1945. Leben in Angst, Hoffnung auf Frieden: Feldpost aus der Heimat und von der Front*. Paderborn: Schöningh.
- EICHHOLZ, D. (2002): «Kriegsziele in der UdSSR», en Quinkert (ed.), «*Wir sind die Herren dieses Landes*», 19-43.
- (2005): «Der Krieg gegen die Sowjetunion als Wirtschaftsexpansion und Raubkrieg», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen*, 125-135.
- EINE FRAU (2003): *Eine Frau in Berlin. Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945* Frankfurt a. M.: Eichborn Verlag.
- ELLMAN, M., y MaksUDOV, S. (1994): «Soviet deaths in the Great Patriotic War: A Note», *Europe-Asia Studies*, 46:4, 671-680.
- ERICSON, J. (2003[1985]): *The Road lo Berlin*. Londres: Cassell.
- ERTZ, S. (2006): *Zwangsarbeit im stalinistischen Lagersystem: Eine Untersuchung der Methoden, Strategien und Ziele ihrer Ausnutzung am Beispiel Norilsk, 1935-1953*. Berlin: Duncker & Humblot.
- ESTES, K. W. (2003): *A European Anabasis-Western European Volunteers in the German Army and SS, 1940-1945*. s.l.: Gutenberg-e/Columbia University Press (disponible en: www.gutenberg-e.org).
- EZQUERRA, M. (1947): *Lutei atéao Jim: memorias dum voluntario espanhol na Guerra 1939-1945*. Lisboa: Astoria.
- FALCIONELLI, A. (1959): *Historia de la Rusia Soviética 1917-1957*. Madrid: Eds. Acies.
- FEST, J. (2003): *El hundimiento. Hitler y el final del Tercer Reich. Un bosquejo histórico*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

- FIGUEIREDO, I. de (2001): «De norske frontkjemperne-hva litteraturen sier og veien videre», *Historisk Tidsskrift*, 80, 531-551.
- FLEISCHHACKER, H., (ed.) (1965): *Die deutschen Kriegsgefangenen in der Sowjetunion. Der Faktor Hunger*. Munich: Wissenschaftliche Kommission für deutsche Kriegsgefangenenengeschichte.
- FOCARDI, F. (2000): «La memoria de la guerra e il mito del “bravo italiano”. Origine e affermazione di un autoritratto coettivo», *Italia Contemporánea*, 220: 1, 393-399.
- FÖRSTER, A., y Beck, B. (2002): «Post-Traumatic Stress Disorder and World War II: Can a Psychiatry Concept Help Us Understand Postwar Society», en R. Bessel y otros (eds.), *Life after Death. Approaches to a Cultural and Social History of Europe During the 1940s and 1950s*. Cambridge y otros: CUP, 15-35.
- FÖRSTER, J. (1980): «“Croisade de l’Europe contre le bolchévisme”: La participation d’unités de volontaires européens à l’opération “Barberousse” en 1941», *Revue d’Histoire de la Deuxieme Guerre Mondiale*, 1-26.
- (1983a): «Das Unternehmen “Barbarossa” als Eroberungs und Vernichtungskrieg», en H. Boog y otros (ed.), *Das deutsche Reich und der zweite Weltkrieg. Bd. 4: Der Angriff auf die Sowjetunion*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 413-538.
- (1983b): «Die Sicherung des Lebensraumes», *ibidem*, 1227-1287.
- (1991): «Das nationalsozialistische Herrschaftssystem und der Krieg gegen die Sowjetunion», en Jahn y Rürup (eds.), *Erobern und Vernichten*, 28-46.
- (2001): «Zähe Legenden. Stalingrad, 23. August 1942 bis 2. Februar 1943», en Förster, Pöhlmann y Walter (eds.), *Schlachten*, 325-337.
- (2005): «Hitlers Verbündete gegen die Sowjetunion 1941 und der Judenmord», en Hartmann, Härter y Jureit (eds.), *Verbrechen*, 91-97.
- FÖRSTER, S.; PÖHLMANN, M., y WALTER, D.; (eds.) (2001): *Schlachten in der Weltgeschichte. Von Salamis bis Sinai*. München: Beck.
- FREI, N. (1996): *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*. München C. H. Beck.
- (2005): *1945 und wir. Das Dritte Reich im Bewusstsein der Deutschen*.

München: C. N. Beck.

FRITZ, S. (1995): *Frontsoldaten. The German Soldier in World War II*. Lexington: The University Press of Kentucky.

— (2005): *Endkampf. Soldiers, Civilians, and the End of the Third Reich*. Lexington: The University Press of Kentucky.

GANDER, M. (2002): «Beziehungen zwischen sowjetischen Zwangsarbeitern und deutscher Bevölkerung in Osnabrück», en Quinkert (ed.), «*Wir sind die Herren dieses Landes*», 154-165.

GANZENMÜLLER, J. (2000): «“... die Stadt dem Erdboden gleichmachen”. Zielsetzung und Motive der deutschen Blockade Leningrads», en S. Kreuzberger y otros (ed.), *St. Petersburg-Leningrad-St. Petersburg. Eine Stadt im Spiegel der Zeit*, Stuttgart: DVA 2000, 179-195.

— (2005): *Das belagerte Leningrad 1941-1945. Die Stadt in den Strategien von Angreifern und Verteidigern*. Paderborn: Schöningh.

GARCIA PÉREZ, R. (1990): «La idea de la “Nueva Europa” en el pensamiento nacionalista español de la inmediata postguerra 1939-1944», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 5, 203-240.

GERLACH, Ch. (1999a): *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts und Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*. Hamburgo: Hamburger Edition.

— (1999b): «Verbrechen deutscher Fronttruppen in Weissrussland 1941-1944», en K.-H. Pohl (ed.), *Wehrmacht und Vernichtungspolitik. Militär im nationalsozialistischen System*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 89-111.

— (2002): «Operative Planungen der Wehrmacht für den Krieg gegen die Sowjetunion und die deutsche Vernichtungspolitik», en Quinkert (ed.), *Wir sind die Herren dieses Landes*, 55-63.

— (2004): «The Wansee Conference, the Fate of German Jews and Hitler's decision in principle to exterminate all European Jews», en Bartov (ed.), *The Holocaust*, 106-161.

GLOLITTO, R. (1999), *Volontaires Français sous l'uniforme allemand*. Paris: Perrin.

- GIUSTI, M.^a T. (2003): *Lprigionieri italiani in Russia*, Bologna: Il Mulino.
- GLANTZ, D. M. (1999): *The Battle of Kursk*. Lawrence (Kansas): University Press of Kansas.
- (2001): «The Soviet-German War 1941-1945: Myths and Realities: A Survey Essay», Distinguished Lecture at the Strom Thurmond Institute of Government and Public Affairs, Clemson University, 22/10/2001, disponible en: www.strom.clemson.edu [PDF].
- (2002): *The Battle for Leningrad 1941-1944*. Lawrence (Kansas): University Press of Kansas.
- (2005): *Colossus Reborn: The Red Army at War, 1941-1943*. Lawrence (Kansas): University Press of Kansas.
- y HOUSE, J. M. (1995): *When Titans dashed: How the Red Army stopped Hitler*. Lawrence: University Press of Kansas.
- GOLDHAGEN, D. J. (1997 [1996]): *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*. Madrid: Taurus.
- GOLCZEWSKI, F. (2003): «Die Kollaboration in der Ukraine», en W. AA., *Kooperation und Verbrechen. Formen der «Kollaboration» im östlichen Europa 1939-1945*. Göttingen: Wallstein Verlag, 151-182.
- GOLCZEWSKI, F., y Pickhan, G. (1998): *Russischer Nationalismus. Die russische Idee im 19. und 20. Jahrhundert. Darstellung und Texte*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- GOLOVCANSKIJ, A. y otros (1991): «Ich will raus aus diesem Wahnsinn». *Deutsche Briefe von der Ostfront 1941-45 Aus sowjetischen Archiven*. Wuppertal: Peter Hammer Verlag.
- GOSZTONY, P. (1976): *Hitlers Fremde Heere. Das Schicksal der nichtdeutschen Armeen im Ostfeldzug*. Düsseldorf/Viena: Econ Verlag.
- GOURE, L. (1962): *The Siege of Leningrad*. Stanford, Londres: Stanford UP.
- GRÜNER, F. (2007): *Patrioten und Kosmopoliten. Juden im Sowjetstaat 1941-1953*. Colonia/Weimar: Böhlau.
- HAASE, N., y Paul, G., (eds.) (1995): *Die anderen Soldaten. Wehrkraftzersetzung Gehorsamsverweigerung und Fahnenflucht im Zweiten Weltkrieg*. Frankfurt a. M.: Fischer.

- HAMANN, Ch. (2003): «Feindbilder und Bilder vom Feind», en Museum Berlin-Karlshorst (ed.), *Beutestücke. Kriegsgefangene in der deutschen und sowjetischen Fotografie 1941-1945*. Berlin: Ch. Links Verlag, 16-31.
- HAMBURG INSTITUTE FOR SOCIAL RESEARCH, (ed.) (1999): *The German Army and Genocide. Crimes Against War Prisoners, Jews and Other Civilians in the East, 1939-1944*. Nueva York: The New Press.
- HARTMANN, Ch. (2004): «Verbrecherischer Krieg - Verbrecherische Wehrmacht? Überlegungen zur Struktur des deutschen Ostheeres 1941-1944», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1, 1-75.
- (2005): «Wie verbrecherisch war die Wehrmacht? Zur Beteiligung von Wehrmachtsangehörigen an Kriegs und NS-Verbrechen» en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen*, 69-79.
- J. HÜRTER y U. Jureit (eds.) (2005): *Verbrechen der Wehrmacht. Bilanz einer Debatte*. Múnich: Verlag C. H. Beck.
- HASS, G. (2002): «Deutsche Besatzungspolitik im Leningrader Gebiet 1941-1944», en Quinkert (ed.), «*Wir sind die Herren dieses Landes*», 64-81.
- HASTINGS, M. (2006): *Armagedon: La derrota de Alemania, 1944-1945*. Barcelona: Crítica.
- HAUSLEITNER, M., MIHOK, B., y WETZEL, J., (eds.) (2001): *Rumänien und der Holocaust. Zu den Massenverbrechen in Transnistrien 1941-1944*. Berlin: Metropol Verlag.
- HEER, H. (1999): *Tote Zonen. Die deutsche Wehrmacht an der Ostfront*. Hamburgo: Hamburger Edition.
- (2005): *Vom Verschwinden der Täter. Der Vernichtungskrieg fand statt, aber keiner war dabei*. Berlin: Aufbau Taschenbuch Verlag.
- HERBERT, U. (1991): «Zwangsarbeit in Deutschland: Sowjetische Zivilarbeit und Kriegsgefangene 1941-1943», en Jahn y Rürup (eds.), *Erobern und vernichten*, 106-130.
- (1999 [1985]): *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländereinsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*. Berlin/Bonn: Dietz.
- HERF, J. (1997): *Divided Memory: The Nazi Past in the Two Germanys*. Cambridge y otros: CUP.

- HERNÁNDEZ NAVARRO, A. J. (1971 [1945]): *Ida y vuelta*. Madrid: Espasa-Calpe.
- HESSE, E. (1993): *Der Sowjetrussische Partisanenkrieg 1941-1944 im Spiegel deutscher Kampfanweisungen und Befehle*. Göttingen: Muster-Schmidt.
- HETTLING, M. (1995): «Täter und Opfer? Die deutschen Soldaten in Stalingrad», *Archiv für Sozialgeschichte*, 35, 515-531.
- HLLBERG, R. (2005 [1961]): *La destrucción de los judíos europeos*. Madrid: Akal.
- HILGER, A. (2003): «Sowjetische Gewharsamsmacht und deutsche Kriegsgefangene 1941-1956. Zum Verhältnis von Völkerrecht und nationalem Interesse im Stalinismus», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 62, 395-422.
- HLL, A. (2005): *The War behind the Eastern Front: The Soviet Partisan Movement in North-West Russia, 1941-1945*. Londres: Frank Cass.
- HILLGRUBER, A. (1965): *Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940-1941*. Munich: Bernard & Graefe.
- (1984): «Der Ostkrieg und die Judenvernichtung», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa*, 219-236.
- HITLER, A. (1930 [1925-27]): *Mein Kampf*. Múnich: Verlag Franz Eher Nachfolger [6.^a edición].
- HOFFMANN, J. (1983): «Die Kriegführung aus der Sicht der Sowjetunion», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg Bd. 4: Der Angriff auf die Sowjetunion*, 848-964.
- (1986 [1976]): *Die Ostlegionen. 1941-1943. Turktataren, Kaukasier und Wogafinnen im deutschen Heer*. Rombach Verlag.
- (1995): *Stalins Veminchtungskrieg 1941-45* Múnich: Verlag für Wehrwissenschaften.
- HOSKING, G.(2002): «The Second World War and Russian National Consciousness», *Past and Present*, 175, 162-187.
- HUMBURG, M. (1999): «Siegeshoffnungen und “Herbstkrise” im Jahre 1941. Anmerkungen zu Feldpostbriefen aus der Sowjetunion», *Werkstattgeschichte*, 22, 25-40.

- HÜRTER, J. (2001): «Die Wehrmacht vor Leningrad. Krieg und Besatzungspolitik der 18. Armee im Herbst und Winter 1941/42», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 49:3, 377-440.
- (2006): *Hitlers Heerführer: Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42*. München: Oldenbourg.
- INGRAO, Ch. (2002): «Violence de guerre, violence genocide: Les Einsatzgruppen», en Audoin-Rouzeau y otros (eds.), *La violence de guerre*, 219-241.
- (2005): «Une anthropologie historique du massacre: Le cas des Einsatzgruppen en Russie», en D. El Kenz (ed.), *Le massacre, objet d'histoire*, Paris: Gallimard, 351-369.
- JAHN, P. (1991): «Russenfurcht und Antibolschewismus. Zur Entstehung und Wirkung von Feindbildern», en Jahn y Rürup (eds.), *Erobern und Vernichten*, 47-64.
- y RÜRUP, R. (1991): *Erobern und Vernichten. Der Krieg gegen die Sowjetunion, 1941-1945. Essays*. Berlin: Argon-Verlag.
- (2000): «Bilder im Kopf-Bilder auf dem Papier», en P. Jahn y U. Schmiegelt (eds.): *Foto-Feldpost. Geknipste Kriegserlebnisse 1939-1945*. Berlin: Museum Berlin-Karlhorst/Elefanten Press, 8-12.
- JERSAK, T. (1999): “Die Interaktion von Kriegsverlauf und Judenvernichtung. Ein Blick auf Hitlers Strategie im Sommer 1941”, *Historische Zeitschrift*, 268, 311-374.
- KERSHAW, I. (1987): *The “Hitler Myth”: Image and Reality in the Third Reich*. Oxford: OUP.
- (2000): *Hitler 1936-1945*. Barcelona: Península.
- KETTENACKER, L. (2003): *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-45*, Berlin: Rowohlt.
- KILIAN, K. (2002): “Man stirbt nicht gern, wenn man 22 Jahre alt ist, aber ich war bereit: ‘Der Krieg in Russland 1941 bis 1945 im Spiegel deutscher Feldpostbriefe’”, disponible en www.historisches-cen-trum.de.
- KLEE, E.; DRESSEN, W, y RIESS, V. (2004): “Once again I’ve got to play general for the Jews: From the war diary of Blutordensträger Felix Landau”, en

- Bartov (ed.), *The Holocaust*, 185-203.
- KLEIN, R (2002): "Zwischen den Fronten. Die Zivilbevölkerung Weissrusslands und der Krieg der Wehrmacht gegen die Partisanen", en Quinkert (ed.), "*Wir sind die Herren dieses Landes*", 82-103.
- KUMENT, C., y Nakladal, B. (1997): *Germany's first ally. Armedforces of the Slovak state 1939-1945* Londres: Schiffer Publ. 1997.
- KLUG, E. (1987): "Das asiatische Russland. Über die Entstehung eines europäischen Stereotyps", *Historische Zeitschrift*, 245, 265-289.
- KLUKE, P. (1955): «Nationalsozialistische Europaideologie», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3, 240-270.
- KNOCH, P. R (2003): «Das Bild des russischen Feindes», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, 160-167.
- KOHN, H. (1933): *Nationalism in the Soviet Union*. Londres: Georges Roudedge & Sons.
- KOSYK, W. (1993): *The Third Reich and the Ukraine*. Nueva York: Peter Lang.
- KRAUSNICK, H. (1977): «Kommissarbefehl und "Gerichtbartskeiterlass Barbarossa" in neuer Sicht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 25, 682-738.
- (1998 [1981]): *Hitlers Einsatzgruppen. Die Truppe des Weltanschauungskrieges 1938-1942*. Frankfurt a. M.: Fischer.
- KRIVOSHEEV, G. F. y otros (eds.) (1997): *Soviet Military Casualties and Combat Losses in the Twentieth Century*. Londres: Greenhill.
- KRYLOWA, N. (2003): «Feldpostbriefe von Rotarmisten-den Verteidigern Stalingrads», en W. Wette y G. R. Ueberschär (eds.) *Stalingrad*, 103-106.
- KUBY, E. (1966): *Los rusos en Berlin*. Barcelona: Luis de Caralt Eds.
- KÜHNE, Th. (1999): «Der nationalsozialistische Vernichtungskrieg und die "ganz normalen Deutschen". Forschungsprobleme und Forschungstendenzen der Gesellschaftsgeschichte des Zweiten Weltkrieges. Erster Teil», *Archiv für Sozialgeschichte*, 39, 580-662.
- (2003): «Der Judenretter und seine Kameraden. Gemeinschaftsmoral und Gemeinschaftsterror in der Wehrmacht», en Wette (ed.), *Retter in Uniform*,

32-43.

- (2006): *Kameradschaft. Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- KÜHNE, Th., y B. Ziemann (eds.) (2000): *Was ist Militärgeschichte?*, Paderborn y otros: Schöningh.
- KUNZ, N. (2005): «Das Beispiel Charkow: Eine Stadtbevölkerung als Opfer der deutschen Hungerstrategie 1941/42», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen*, 136-144.
- LAGROÛ, P. (2002): «Les guerres, les morts et le deuil: Bilan chiffré de la Seconde Guerre Mondiale», en Audoin-Rouzeau y otros (eds.), *La violence de guerre*, 313-327.
- LATZEL, K. (1998): *Deutsche Soldaten-nationalsozialistischer Krieg? Kriegserlebnis-Kriegserfahrung 1939-1945*. Paderborn: Schöningh.
- (2000): «Kollektive Identität und Gewalt», en Jahn y Schmiegelt (eds.): *Foto-Feldpost*, 13-22.
- LEFÈVRE, E., y Mabire, J. (2003 [1995]): *La légion perdue. Face aux partisans 1942*, París: Jacques Grancher.
- LEHMANN, A. (1986): *Gefangenschaft und Heimkehr. Deutsche Kriegsgefangene in der Sowjetunion*. Múnich: Beck.
- (2003): «Erinnerungen an die Kriegsgefangenschaft», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, 178-189.
- LITTMAN, S. (2003): *Pure Soldiers or Sinister Legion: The Ukrainian 14th Waffen SS Division*. Montreal/Nueva York/Londres: Black Rose Books.
- LIULEVICIUS, G. (2000): *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I*. Cambridge y otros: CUR
- (2006): «Der Osten als apokalyptischer Raum. Deutsche Fronterfahrungen im und nach dem Ersten Weltkrieg», en G. Thum (ed.), *Traunland Osten. Deutsche Bilder vom östlichen Europa im 20. Jahrhundert*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 47-65.
- LOMAGUIN, N. A. (2004): *Neizvéstnaya blocada*. San Petersburgo: Izdatelsky dom Nevä, 2 vols.

- LOZANO, A. (2007): *Kursk, 1943: la batalla decisiva*. Barcelona: Folio Eds.
- LUONI, Y (1990): *Un anno sul fronte russo (diario 1942-43)*. Roma: Rivista Militare.
- MABIRE, J. (1975): *Mourir à Berlin*. París: Fayard.
- (1997): *Division Nordland*. Paris: Jacques Grancher.
- MADIERSKI, S. (2003): «The War of Extermination: The Crimes of the Wehrmacht in 1941 to 1944», *Rethinking History*, 7:2, 243-254.
- MADAJCZYK, C., (ed.) (1994): *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan*. Múnich y otros: Saur.
- MANSTEIN, E. VON (1969): *Verlorene Siege*. Frankfurt a. M.: Bernard & Graefe.
- MANOSCHEK, W, (ed.) (1995): «*Es gibt nur eines für das Judentum: Vernichtung*»: *Das Judenbild in deutschen Soldatenbriefen*. Hamburgo: Hamburger Edition.
- MASCHKE, E. (1965): «Die Verpflegung der deutschen Kriegsgefangenen in der Sowjetunion im Rahmen der sowjetischen Ernährungslage», en H. Fleischhacker (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen in der Sowjetunion. Der Faktor Hunger*. Bielefeld y otros: Giesecking, VII-LI.
- MATEJKOVÁ, J. (2003): «Zur Motivation der Verteidiger von Stalingrad: Eine Analyse offizieller sowjetischer Publikationen», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, 221-225.
- MERRIDALE, C. (2005): *Ivans War: The Sed Army 1939-1945*. Londres: Faber & Faber.
- 2006): «Culture, Ideology and Combat in the Red Army, 1939-45», *Journal of Contemporary History*, 41:2, 305-324.
- MOELLER, R. G. (2001): *War Stories: The Search for a Usable Past in the Federal Republic of Germany*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.
- MORENO JULIA, X. (2004): *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*. Barcelona: Crítica.
- MÜLLER, R.-D. (1984): «Das “Unternehmen Barbarossa” als wirtschaftlicher Raubkrieg», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa*, 173-195.

- (2003): «“Was wir am Hunger ausstehen müssen, könnt Ihr Euch gar nicht denken”. Eine Armee verhungert», en Ueberschär y Wette (eds.), 131-145.
- MÜLLER, R.-D., y otros (eds.) (1998): *Die Tragödie der Gefangenschaft in Deutschland und in der Sowjetunion, 1941-1956*. Colonia: Böhlau.
- y UEBERSCHÄR, G. R. (1994): *Kriegsende 1945. Die Zerstörung des Dritten Reiches*. Frankfurt a. M.: Fischer.
- MÜSIAL, B. (2002): «*Konterrevolutionäre Elemente sind zu erschossen*». *Die Brutalisierung des deutsch-russischen Krieges im Sommer 1941*. Viena/Múnich: Propyläen Verlag.
- NAIMARK, N. M. (1995): *The Russians in Germany. A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- NASH, D. (2002): *Hell's Gate. The Battle of the Cherkassy Pocket, January to February 1944*. Southbury, CT: RZM Imports.
- NAUMANN, A. (2005): *Freispruch für die deutsche Wehrmacht. «Unternehmen Barbarossa» erneut auf dem Prüfstand*. Tübingen: Grabert-Verlag.
- NEÜLEN, H. W. (1992): *An deutscher Seite. Internationale Freiwillige von Wehrmacht und Waffen SS*. Múnich: Universitas.
- NEWLAND, S. J. (1991): *Cossacks in the German Army, 1941-1945*. Portland, OR: Frank Cass.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2005): «¿Un nazismo colaboracionista español? Martín de Arrizubieta, Wilhelm Faupel y los últimos de Berlín (1944-45)», *Historia Social*, 51, 21-47.
- (2006a): «¿Eran los rusos culpables? Imagen del enemigo y políticas de ocupación de la División Azul en el frente del Este, 1941-1944», *Hispania*, LXVI: 223, 695-750.
- (2006b): «Als die spanischen Faschisten (Ost)Europa entdeckten: Zur Russlanderfahrung der “Blauen Division” (1941-1944)», *Totalitarismus und Demokratie*. Göttingen, 3:2. 323-344.
- (2006c): *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española (1936-1939)* Madrid: Marcial Pons.
- OBERLÄNDER, E. (1967): *Sowjetpatriotismus und Geschichte. Dokumentation*.

Colonia: Verlag Wissenschaft und Politik.

OROQUIETA ARBIOL, G., y García Sánchez, C. (1958): *De Leningrado a Odesa*. Barcelona: AHR.

OVERMANS, R. (2000): *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*. Múnich: Oldenbourg.

OVERY, R. (1998): *Russia's War*. Londres: Penguin.

— (2006): *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*. Barcelona: Tusquets.

PÄTZOLD, K. (2000): *Ihr wäret die besten Soldaten. Ursprung und Geschichte einer Legende*. Leipzig: Militzke Verlag.

PAYNE, S. G. (1995): *Historia del fascismo*. Barcelona: Planeta.

PELKOFFER, H., (ed.) (2005): *Feldpostbriefe aus Russland. Februar 1944-Februar 1945*. Berlin: Frieling-Verlag.

PENTER, T. (2003): «Die lokale Gesellschaft im Donbass unter deutscher Okkupation 1941-1943», en W. AA., *Kooperation und Verbrechen*, 183-223.

— (2005): «Zwangsarbeit-Arbeit für den Feind. Der Donbass unter deutscher Okkupation (1941-1943)», *Geschichte und Gesellschaft*, 31, 68-100.

PIERIK, P. (2001 [1995]): *From Leningrad to Berlin. Dutch Volunteers in the Service of the German Waffen-SS 1941-1945*. Soesterberg: Aspekt.

PLATT, K. F. M., y Brandenberger, E., (eds.) (2006): *Epic Revisionism: Russian History and Literature as Stalinist Propaganda*. Madison, Wi: The University of Wisconsin Press.

PLESHAKOV, C. (2005): *Stalins Folly: The tragic first ten days of World War II on the Eastern Front*. Nueva York: Houghton Mufflin.

POEPEL, H.; Prinz von Preussen, W. K.; y von Hase, K. G., (eds.) (1998): *Die Soldaten der Wehrmacht*. Múnich: Herbig.

POHL, D. (2005): «Die Kooperation zwischen Heer, SS und Polizei in den besetzten sowjetischen Gebieten», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen*, 107-116.

POLIAN, P (2002): «La violence contre les prisonniers de guerre soviétiques dans le III Reich et en URSS», en Audoin Rouzeau y otros (eds.), *La violence de*

guerre, 117-131.

- PRANTL, H. (ed.) (1997): *Wehrmachtsverbrechen. Eine deutsche Kontroverse*. Ham-burgo: Hoffmann und Campe.
- PUENTE, M. (1954): *Yo, muerto en Rusia (Memorias del alférez Ocañas)*. Madrid: Eds. del Movimiento.
- RANBOW, A. (1995): *Überleben mit Worten. Literatur und Ideologie während der Blockade von Leningrad 1941-1944*. Berlin: Berliner Wissenschafts-Verlag.
- RASS, Ch. (2003): «*Menschenmaterial*»: *Deutsche Soldaten an der Ostfront. Innenansichten einer Infanteriedivision, 1941-1945*. Paderborn: Schöningh.
- (2005): «*Verbrecherische Kriegsführung an der Front. Eine Infanteriedivision und seine Soldaten*», en Hartmann, Hürteryjureit (eds.), *Verbrechen*, pp. 80-90.
- REICH-RANICKI, M. (2000): *Mi vida*. Barcelona: Galaxia-Gutenberg.
- REICHEL, P. (2001): *Vergangenheitsbewältigung in Deutschland. Die Auseinandersetzung mit der NS-Diktatur von 1945 bis heute*. Munich: C. H. Beck.
- REESE, T. (2000), *The Soviet Military Experience*. Londres: Routledge.
- REESE, W. P. [S. Schmitz, ed.] (2005 [2003]): *Un extraño para mí mismo. Diarios de un soldado alemán. Rusia, 1941-1944*. Barcelona: Debate.
- ROBERTS, G. (1995): *The Soviet Union and the Origins of the Second World War. Russo-German Relations and the Road to War, 1939-1941*. Nueva York: St. Martin's Press.
- ROHDE, H. (1998): «*Politische Indoktrination in höheren Stäben und in der Truppe-untersucht am Beispiel des Kommissarbefehls*», en Poeppel, Prinz von Preussen y Hase (eds.), *Die Soldaten*, 134-158.
- RÖMER, F. (2005): «*Besondere Massnahmen: Weitergabe, Ausführung und Akzeptanz des Kommissarbefehls im Ostheer 1941/42 (Dissertation)*», *Arbeitskreis Militärgeschichte e. V. Newsletter*, 24, 23-24.
- ROSEMAN, M. (2002): *La villa, el lago, la reunión. La conferencia de Wannsee y «la solución final»*. Barcelona: RBA.
- ROSENBERG, A. (1935 [1930]): *Der Mythos des 20. Jahrhunderts. Eine*

Wertung der seelisch-geistigen Gestaltenkämpfe unserer Zeit. München: Hoheneichen-Verlag.

RÖSSLER, M., y Schleiermacher, S., (eds.) (1939): *Der «Generalplan Ost». Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs und Vernichtungspolitik.* Berlin: Akademie.

ROTHSTEIN, R. (1995): «Homeland, Home Town, and Battlefield: The Popular Song», en R. Stites (ed.), *Culture and Entertainment in Wartime Russia.* Bloomington: Indiana UP, 77-94.

SAFRIAN, H. (1996): «Komplizen des Genozids: Zum Anteil der Heeresgruppe Süd in der Verfolgung und Ermordung der Juden in der Ukraine 1941», en W Ma-noschek (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg: Der Vernichtungskrieg hinter der Front.* Viena: Picus-Verlag, 90-113.

SAIEWSKI, M. (1985): «National Socialist Ideas on Europe», en W. Lipgens (ed.), *Documents on the History of European Integration.* Volume I. Continental Plans for European Union 1939-1945. Berlin/Nueva York: De Gruyter, 37-178.

SALISBURY, H. E. (2003 [1969]): *The 900 Days: The Siege of Leningrad.* Cambridge, Ma: Da Capo Press.

SÁNCHEZ DIANA, J. M.^a (1993 [1990]): *Cabeza de puente. Diario de un soldado de Hitler.* Alicante: García Hispán.

SCHLEMMER, Th. (ed.) (2005): *Die Italiener an der Ostfront 1942/43. Dokumente zu Mussolinis Krieg gegen die Sowjetunion.* München: Oldenbourg.

SCHNEIDER, H. (2003 [1995]): *Kein Himmel über Berlin. Eine Kindheit.* München: Piper.

SCHOEPS, J. H., (ed.) (1996): *Ein Volk von Mördern? Die Dokumentation zur Goldhagen-Kontroverse und die Rolle der Deutschen im Holocaust.* Hamburgo: Hoffmann und Campe.

SCHORNSTHEIMER, M. (1995): *Die leuchtenden Augen der Frontsoldaten. Nationalsozialismus und Krieg in den illustrierten Romanen der fünfziger Jahre.* Berlin: Metropol Verlag.

SCHÜDDEKOPF, C. (2004 [2002]): *Im Kessel. Erzählen von Stalingrad.* München: Piper.

- SCHULTE, T. J. (1989): *The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia*. Oxford: Berg.
- SEIDEL, H.-C. (2005): «Der “Russensieb”»: Die betriebliche Organisation des Ausländer und Zwangsarbeitereinsatzes im Ruhrbergbau während des Zweiten Weltkrieges», *Geschichte und Gesellschaft*, 31, 8-37.
- SEIDLER, W (1997): *Verbrechen an der Wehrmacht. Kriegsgreuel der Roten Armee 1941/42*. Selent: Pour le Mérite.
- (2004): *Avantgarde für Europa: Ausländische Freiwillige in Wehrmacht und Waffen SS*. Selent: Pour le Mérite.
- SHEPHERD, B. (2005): *War in the wild East: The German Army and Soviet Partisans*. Cambridge (Ma): Harvard UP.
- SS-HAUPTAMT (1943): *Aufbruch: Briefe von germanischen Freiwilligen der SS Division Wiking*. Berlin: Nibelungen Verlag.
- STARCKY, G. (1983): *L’Alsacien*. Paris: Éditions France-Empire.
- STEIN, G. H., y Krosby, H. P. (1966): «Das Finnische Freiwilligen Bataillon der Waffen-SS: Eine Studie zur SS-Diplomatie und zur ausländischen Freiwilligen-Bewegung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 14,413-453.
- STEINBACH, P. (1999): «Krieg, Verbrechen, Widerstand. Die deutsche Wehrmacht im NS-Staat zwischen Kooperation und Konfrontation», en K.-H. Pohl (ed.), *Wehrmacht und Vernichtungspolitik: Militär im nationalsozialistischen System*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 11-37.
- STETTNER, R. (1996): «Archipel Gulag». *Stalins Zwangslager - Terrorinstrument und, Wirtschaftsgigant. Entstehung, Organisation und Funktion des sowjetischen Lagersystems 1928-1956*. Paderborn y otros: Schöningh.
- STRAUSS, W. (1998): *Unternehmen Barbarossa und der russische Historikerstreit*. München: Herbing.
- STREIT, Ch. (1978): *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.
- (1991): «Ostkrieg, Antibolschewismus und “Endlösung”», *Geschichte und Gesellschaft*, 17, 242-255.
- (1996): «Die sowjetischen Kriegsgefangenen in der Hand der Wehrmacht», en Manoschek (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg*, 74-89.

- TAYLOR, A. J. P. (1961): *The Origins of the Second World War*. Londres: Hamish Hamilton.
- TIMM, U. (2003): *Am Beispiel meines Bruders*. Colonia: Kiepenheuer & Witsch.
- TODOROV, T. (2002): *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*. Barcelona: Península.
- TÖNSMEYER, T. (2003): *Das Dritte Reich und die Slowakei, 1939-1945. Politischer Alltag zwischen Kooperation und Eigensinn*. Paderborn: Schöningh.
- TUMARKIN, N. (1994): *The Living and the Dead: The Rise and Fall of the Cult of World War II in Russia*. Nueva York: Harper Collins.
- UEBERSCHÄR, G. R. (1984a): «Hiders Entschluss zum “Lebensraum” Krieg im Osten. Programmatisches Ziel oder militärstrategisches Kalkül?», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa*, 83-110.
- (1984b): «Das Scheitern des Unternehmens “Barbarossa”: Der deutsch-sowjetischer Krieg vom Überfall bis zur Wende vor Moskau im Winter 1941/42», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa*, 141-172.
- (ed.) (1995): *Das Nationalkomitee «Freies Deutschland» und der Bund Deutscher Offiziere*. Frankfurt a. M.: Fischer.
- (2003): «Stalingrad-eine Schlacht des Zweiten Weltkrieges», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, 18-42.
- UEBERSCHÄR, G. R., y Wette, W, (eds.) (1984): «*Unternehmen Barbarossa*». *Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion 1941. Berichte, Analyse, Dokumente*. Paderborn: Schöningh.
- UMBREIT, H. (1992): «Der Partisanenkrieg im Rücken der Ostfront», en J. Förster (ed.), *Stalingrad: Ereignis-Wirkung-Symbol*. Zürich: Piper, 130-150.
- UNGVÄRY, K. (2005a): «Das Beispiel der ungarischen Armee. Ideologischer Vernichtungskrieg oder militärisches Kalkül?», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen*, 98-106.
- (2005b): *A magyar honvédség a második világháborúban*. Budapest: Osiris.

- VAKSBERG, A. (1994): *Stalin against the Jews*. Nueva York: Vintage Books.
- VEHVILAINEN, O. (2002): *Finland in the Second World War. Between Germany and Russia*. Basingstoke: Macmillan.
- VOLKMANN, H. E. (1994): *Das Russlandbild im Dritten Reich*. Colonia/Weimar: Böhlau.
- WEGNER, B. (1990): «Der Krieg gegen die Sowjetunion 1942/43», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das deutsche Reich und der zweite Weltkrieg. Bd. 6: der globale Krieg. Die Ausweitung zum Weltkrieg und der Wechsel der Initiative*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, pp. 761-1102.
- (1999 [1982]): *Hitlers Politische Soldaten: Die Waffen-SS 1933-1945*. Paderborn: Schöning [6.^a edición].
- WEHLER, H.-U. (2003): *Deutsche Gesellschaftsgeschichte. Vierter Band: Vom Beginn des Ersten Weltkrieges bis zur Gründung der beiden deutschen Staaten 1914-1949*. München: Verlag C. H. Beck.
- (2006): «Eine lebhaftige Kampfsituation». *Ein Gespräch mit Manfred Hettling und Cornelius Torp*. München: Beck.
- WEINER, A. (2001) \) *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution*. Princeton, NJ: Princeton UP.
- WELZER, H.; Möller, S., y Tschuggnall, K. (2003 [2002]): *Opa war kein Nazi. Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis*. Frankfurt a. M.: Fischer.
- WETTE, W. (1984): «Die propagandistische Begleitmusik zum deutschen Überfall auf die Sowjetunion am 22. Juni 1941», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa*, 111-29.
- (ed.) (1992): *Der Krieg des kleinen Mannes. Eine Militärgeschichte von unten*. München/Zürich: Piper.
- (2002): *Die Wehrmacht. Feindbilder, Vernichtungskrieg, Legenden*. Frankfurt am Main: S. Fischer Verlag.
- (2003a): «Das Massensterben als Heldenepos: Stalingrad in der NS-Propaganda», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, 43-60.
- (ed.) (2003b): *Retter in Uniform. Handlungsspielräume im Vernichtungskrieg der Wehrmacht*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch.

- y UEBERSCHÄR, G. R. (eds.) (2003): *Stalingrad. Mythos und Wirklichkeit einer Schlacht*. Frankfurt a. M.: Fischer.
- WEVER, B. de (1985): *Oostfronters. Vlamingen in het Vlaams Legioen en de Waffen SS*. Tielt/Weesp: Launoo.
- (1991): «Rebellen an der Ostfront. Die flämischen Freiwilligen der Legion “Flandern” und der Waffen-SS», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 39: 4, 589-610.
- WILHELM, H.-H. (1991): «Motivation und “Kriegsbild” deutscher Generale und Offiziere im Krieg gegen die Sowjetunion», en Jahn y Rürup (eds.), *Erobern und vernichten*, 153-182.
- WILLIAMS, B. G. (2002): «The Hidden Ethnie Cleansing of Muslims in the Soviet Union: The Exile and Repatriation of the Crimean Tatars», *Journal of Contemporary History*, 37:3, 322-347.
- WILSON, A. (1996): *Ukrainian Nationalism in the 1990s: A Minority Faith*. Cambridge y otros: CUP.
- WLSCHLJOW, O. (2002): «Zu militärischen Absichten und Planen der UdSSR im Sommer 1941», en Quinkert (ed.), «*Wir sind die Herren dieses Landes*», 44-54.
- ZÄLOGA, S. (2004): *Bagration 1944: the destruction of Army Group Center*. West-port, Conn.: Praeger.
- ZIMMERER, J. (2007): *Von Windhuk nach Auschwitz. Beiträge zum Verhältnis von Kolonialismus und Holocaust*. Münster: Lit.
- ZUBKOVA, E. (1998): *Russia after the War: Hopes, Illusions and Disappointments, 1945-1957*. Amonk, NY: Sharpe.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abernon, Edgar Vincent d', lord, [22](#)
Aleksi, arzobispo de Leningrado, [301](#)
Alquen, Gunter d', [108](#)
Alonso del Real, Guillermo, [291](#)
Amery, John, [100](#)
Antonescu, Ion, mariscal, [149](#), [254](#), [325](#)
Antonov, Aleksei, general, [270](#), [338](#)
- Bach-Zalewski, Erich von dem, [147](#), [182](#), [323](#), [324](#)
Bandera, Stepan, [195](#)
Bartov, Omer, [52](#), [112](#), [115](#), [124](#), [126](#), [128-129](#), [139-141](#), [153](#), [198](#)
Batjuk, F., coronel, [307](#)
Bauer, soldado, [227](#)
Beck, Ludwig, general, [48](#)
Berling, Zygmunt, general, [324](#)
Bergholz, Werner, cabo, [227](#)
Beria, Laurenti, [79](#), [174](#), [246](#), [352](#)
Bersarin, Nikolai, general, [348](#)
Bock, Fedor von, mariscal, [32](#), [52](#), [208](#), [248](#)
Bor-Komorowski, Tadeusz, general, [323](#)
Brauchitsch, Walther von, mariscal, [48-49](#), [71](#), [84](#), [181](#)
Braun, Eva, [344](#), [357](#)
Brezhnev, Leonid, [310](#)
Browning, Christopher, [134](#), [141-142](#), [152](#)
Budenny, Semion, mariscal, [77](#)
Busch, Ernst, mariscal, [236](#) (general), [319](#)
- Canaris, Wilhelm, almirante, [48](#)
Cárdenas, Manuel de, capitán médico, [162](#), [225-226](#), [228-229](#)

Chapáiev, [302](#)
Chéjov, Anton, [297](#)
Cherniakovsky, Ivan D., general, [328](#)
Chuikov, Vasili, [250-251](#), [268](#), [344](#)
Churchill, Winston, [323](#), [329](#), [331](#)

Degrelle, Léon, [95](#), [100](#), [104](#)
Dirlewanger, Oskar, [323](#)
Dönitz, Karl, almirante, [151](#), [344](#)
Doriot, Jacques, [95](#)

Eden, Anthony, [85](#)
Ehrenburg, Ilya, [297](#), [304](#), [333](#)
Einsenstein, Serguei M., [300](#)
Eisenhower, Dwight E., [344](#)
Emerich, comandante, [228](#)
Estes, Kenneth W., [93](#), [97-100](#), [103](#)

Fadeev, Aleksandr, [303-304](#)
Foratier, Jean, [101](#)
Franco Bahamonde, Francisco, general, [95](#)
Frank, Hans, gobernador general, [138](#)
Friedrich, Jörg, [59](#)

Glantz, David, [64](#), [69](#), [76](#), [90](#), [242-243](#), [269](#), [273](#), [322](#), [333](#), [350-351](#)
Goebbels, Joseph, [34](#), [91](#), [131](#), [265-266](#), [302](#), [339](#), [344](#)
Goldhagen, Daniel J., [59](#), [140](#), [152](#)
Golikov, Filip, general, [271](#)
Goring, Hermann, mariscal del Reich, [49](#), [200-203](#), [213](#), [215](#), [264](#), [316](#)
Govorov, Leonid, general, [247](#)
Graf Vitzthum, Heino, capitán, [259-260](#)
Grossman, Vasili, [297](#), [298](#)
Guderian, Heinz, general, [70](#), [76](#), [82-83](#), [273](#), [308](#), [315-316](#)

Haider, Franz, general, [32](#), [40](#), [47-48](#), [71](#), [232](#), [281](#)
Hanke, Karl, [333](#)
Hassell, Ulrich von, general, [48](#)

Hausser, Paul, [103](#)
Heinz, cabo, [154](#), [258](#)
Heinz, E., teniente, [226](#)
Hermann, soldado, [187](#)
Heydrich, Reinhard, [34](#), [49-50](#), [145](#), [162-163](#)
Hilberg, Raul, [20](#), [145](#), [150](#), [163-164](#)
Himmler, Heinrich, *Reichsführer SS*, [34](#), [38](#), [50](#), [91](#), [93](#), [96](#), [99-101](#), [103](#), [108](#),
[135](#), [137](#), [145](#), [164](#), [186](#), [204](#), [217](#), [221](#), [236](#), [340](#)
Hoepner, Erich, general, [53](#)
Hosenfeld, Wilm, capitán, [135](#)
Hossbach, Friederich, general, [328](#)
Horthy, Miklós, almirante, [88-89](#), [327](#)
Hoth, Hermann, general, [70](#)

Ivánov, Vsevolod, [298](#)

Jodi, Alfred, general, [32](#), [49](#), [236](#)

Kaganovich, Lazar, [282](#)
Keberow, I. M., [307](#)
Keitel, Wilhelm, mariscal, [49](#), [51-52](#), [89](#), [197](#), [357](#)
Kershaw, Ian, [35](#), [39](#), [43](#), [52](#), [54](#), [126](#), [135](#), [142](#), [325](#), [336](#), [341-342](#), [344](#)
Kirilov, general, [168](#)
Kirponos, Mijail, general, [66](#)
Kirschner, Otto, sargento, [259](#)
Klepper, Jochen, [136](#)
Kluge, Günther von, general, [82](#)
Koch, Erich, comisario del Reich, [105](#)
Kondratiev, soldado Viacheslav, [308](#)
Konev, Ivan S., mariscal, [316](#), [318-319](#), [322](#), [332](#), [338-339](#), [342](#), [345](#)
Kopets, Ivan, general, [74](#)
Korbacher, soldado, [334](#)
Kosmodemianskaya, Zoya, [179](#)
Krebs, Hans, general, [344](#)
Krushev, Nikita, [247](#), [250](#), [310](#)
Küchler, Georg von, general, [53](#)

Kun, Bela, [44](#)
Kuznetsov, Nicolai, general, [66](#)

Lainé, Roger, capitán, [101](#)
Landau, Felix, [146](#)
Laux, Paul, general, [125](#)
Lenin, Vladimir flieh Uliánov *Uamado*, [78](#), [297](#)
Leykauf, Hans, [212](#)
Lindemann, Georg, general, [116](#)
List, Wilhelm von, mariscal, [249-250](#)
Litvinov, Maxim, [143](#)

Malinovsky, Rodion Y., general, [314](#), [316](#), [325](#)
Malyshev. V., [282](#)
Mannerheim, Carl Gustaf E., mariscal, [235](#)
Manstein, Erich von, general, [54](#), [111](#), [207](#), [260-261](#), [271-273](#), [275-276](#), [314-316](#), [318](#)
Mekhlis, Lev, [269](#)
Melzner, Ferdinand, soldado, [120](#)
Meretskov, Kirill, general, [247](#)
Miguel, rey de Rumania, [325](#)
Model, Walter, general, [275](#), [320-321](#)
Molotov, Vyacheslav, [27](#), [35](#), [64](#), [172](#), [355](#)
Moltke, Helmuth Graf von, [267](#)

Nolte, Ernst, [59](#)

Osipova, Lidia, [221](#), [226](#)

Panfilov, Ivan, [82](#), [299](#)
Paul, soldado, [161](#)
Paulus, Friederich, mariscal, [248](#), [252](#), [254-255](#), [261](#), [263-264](#)
Pavelic, Ante, [88](#)
Pavlov, Dimitri, general, [66](#), [74](#)
Petrov, Ivan, general, [325](#)
Peukert, Brigitte, enfermera, [118-119](#)
Pilsudski, Józef, mariscal, [22](#), [144](#)

Platonov, Andrei, general, [298](#)
Ponedelin, Pavel, general, [168](#)
Ponomarenko, Panteleymon, [187](#), [190](#), [192](#)
Popov, Maridan M., general, [66](#)

Reese, Willy, soldado, [69](#), [219](#), [222](#), [229](#)
Reich-Ranicki, Marcel, [354](#)
Reichenau, Walther von, general, [53](#), [148](#)
Reinecke, Hermann, general, [163](#)
Ribbentrop, Joachim von, [27](#), [31](#), [35](#)
Ritter von Leeb, Wilhelm, mariscal, [32](#), [235](#)
Rocholl, Horst, teniente medico, [262](#)
Rokossovski, Konstantin, mariscal, [309-310](#), [339](#), [343](#)
Roosevelt, Franklin D., [323](#), [329](#), [331](#)
Rosenberg, Alfred, [24-25](#), [105](#), [197](#), [265](#)
Rundstedt, Gerd von, mariscal, [88](#)

Sakharov, general, [328](#)
Sajarov, Andrei, [308](#)
Sajarov, Valya, [308](#)
Sánchez Diana, José María, [182](#), [183](#)
Sauckel, Fritz, *Gauleiter*, [215](#)
Scheuer, Alois, cabo, [115-117](#), [132](#), [211](#), [213](#)
Schmid, Anton, sargento, [135](#)
Schmidt, sargento mayor, [262](#)
Schmundt, Rudolf, [148](#), [151](#)
Schörner, Ferdinand, general, [328](#), [343](#)
Seydlitz-Kurzbach, Walter von, general, [257](#)
Simonov, Konstantin, [295](#)
Solzhenitsyn, Aleksandr, [311](#)
Sorge, Richard, [37](#)
Speer, Albert, [342](#)
Stahlecker, Franz, oficial de las SS, [147](#)
Stalin, Yakov, [73](#)
Starcky, Georges, soldado, [126](#), [191](#)
Staufifenberg, Claus Graf von, [267](#)

Stemmermann, Wilhelm, general, [316](#), [318](#)

Szálasi, Ferenc, [327](#)

Szombathelyi, Ferenc, general, [88](#)

Szpilman, Wladyslaw, [135](#)

Tërkin, Vasili, [299](#)

Timoshenko, Semyon, mariscal, [30-31](#), [38](#), [70](#), [72-74](#), [248](#)

Tiso, Josef, monseñor, [87](#)

Tito, Josip Broz *llamado*, mariscal, [326](#)

Todorov, Tvezetan, [61](#)

Togliatti, Palmiro, [175](#)

Tolbukhin, Fedor, mariscal, [325](#)

Tolstoi, Alexsei, [297](#)

Trotsky, Liev Davidovich Bronstein *llamado*, [293](#)

Tuhacevsky, Mijail, mariscal, [22](#)

Tulenev, Ivan, general, [66](#)

Tvardovski, Aleksandr, [299](#)

Ulbrich, Walter, [175](#)

Vatutin, Nikolai F., general, [271](#), [316](#), [318](#)

Vasilevsky, Aleksandr, general, [269](#), [277](#), [331](#)

Vlasov, Andrei, general, [107-108](#), [165](#), [241](#), [345](#)

Voroshilov, Kliment, mariscal, [31](#), [69](#), [234](#)

Wagner, Eduard, general, [50](#), [161-162](#)

Wehler, Hans-Ulrich, [223](#), [353](#), [354](#)

Weichs, Maximilian von, general, [326](#)

Weidling, Helmuth, general, [344](#)

Yeremenko, Andrei, general, [75-76](#), [327](#)

Záitsev, Vasili, [250](#), [299](#)

Zhdanov, Andrei, [309](#)

Zhukov, Georgi, mariscal, [36](#), [38](#), [66](#), [74](#), [77-78](#), [82-84](#), [243](#), [245](#), [249- 250](#), [260](#), [268-269](#), [272-273](#), [277](#), [309-310](#), [318](#), [328](#), [331-332](#), [337- 339](#), [342-344](#)



1. Mujeres ucranianas ofrecen refrescos como bienvenida a soldados alemanes, verano de 1941 (*The German Army and Genocide*, The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999).



2. Tropas del Eje avanzan por territorio conquistado, septiembre de 1941.



3. Confraternización de soldados alemanes y españoles en Francia, julio de 1941.



4. Voluntario de la División Azul entre dos enfermeras, principios de 1942. (Archivo del autor).



5. Soldados alemanes de pícnic, s. f. (ca. 1942) (*Foto-Feldpost. Geknipste Kriegserlebnisse 1939-1945*, Museum Berlin-Karlshorst, Elefant Press, Berlin, 2000).



6. Matanza perpetrada por soldados alemanes, septiembre/octubre de 1941. (*The German Army and Genocide*, The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999).



7. Judíos en la plaza del mercado de Zhytomyr, donde han sido convocados. 7 de agosto de 1941. (*The German Army and Genocide*, The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999).



8. Pogroms antijudíos en Tarnopol, principios de julio de 1941. (*The German Army and Genocide*, The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999).



9. Soldados soviéticos cautivos y moribundos, 3 de julio de 1941. (*Beutestücke. Kriegsgefangene in der Deutschen und Sowjetischen Fotografie, 1941-1945*, Museum Berlin-Karlshorst, Christoph Links-Verlag, Berlin, 2003).



10. Combatientes del Ejército Rojo arrestados por ser considerados partisanos. (*The German Army and Genocide*, The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999).



11. Póster de propaganda colaboracionista escrito en ucraniano: «El judío, tu enemigo eterno», «Stalin y los judíos, una banda de criminales». (*The German Army and Genocide*, The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999).



12. *Defensa de Sebastopol*, cuadro de Kejnka, 1942.



13. Soldados alemanes en territorio soviético con mujeres del lugar (*The German Army and Genocide*, The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999).



14. *Carta desde el frente*, cuadro de Saktiónov, 1948.
Alegoría de la identificación entre el frente y la retaguardia soviética mediante una representación idílica: la *rodina* (patria local), simbolizada por la familia y los atuendos típicos, se moviliza a favor de los soldados. La guerra está presente en la carta del padre y el mutilado retornado del frente.



15. La derrota hecha victoria. El espíritu de Stalingrado: «¡Tú, Stalin, creías haberme vencido, pero al final serás vencido por mí!», Revista *Simplicissimus*, n.º 7, 1943.



16. Cartel «Stalingrado», dibujo de Deni Dolgorukow, 1942.
(*Stalingrad im Deutschen und im Russischen Gedächtnis*,
Museum Berlin-Karlshorst, Christoph Links-Verlag, Berlin,
2003).



17. Caricatura soviética contra los espías y colaboradores de los nazis: «¡Descubramos y aniquilemos sin piedad al enemigo!», 1942.



18. Decoración mural de la estación de metro de Kaján, Moscú. Representación de la Victoria, con los nombres de las batallas de la guerra, 1945.



19. Decoración mural de la estación de metro Kaján, Moscú.
Alegoría de la paz, 1945.



20. Retrato del general Zhúkov, por Kobov, 1945.



XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS (Orense, 1966) es un historiador español, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Santiago de Compostela y desde 2012 en la de Múnich. Está especializado en «el estudio comparado de los nacionalismos europeos e ibéricos, así como en estudios migratorios y en la historia cultural de la violencia». Entre sus obras se encuentran *O inmigrante imaxinario: estereotipos, representacións e ientidades dos galegos na Arxentina (1880-1940)*, que aborda la inmigración gallega en Argentina, *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945* — publicado por Alianza Editorial— o *Internacionalitzant el nacionalisme: El catalanisme polític la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, o *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul, 1941-1945*. Domina el idioma alemán, además del francés, el inglés, el italiano, el gallego y el catalán.

NOTAS

[1] Véase Förster, Pöhlmann y Walter (2001: 7-18). <<

[2] Véase Ziemann y Kühne (1999) para una exposición sintética. Igualmente, cf. Wette (1995). <<

[3] Véase Berkhoff (2004: 9-15) y Tumarkin (1994). <<

[4] Véase al respecto las reflexiones de Lagrou (2002). <<

[5] Este punto ya fue señalado por Hilberg, en su clásico estudio de 1961: véase ahora en castellano Hilberg (2005). <<

[6] Véase Hitler (1930: 742-743). <<

[7] Véase Liulevicius (2006: 60-62). <<

[8] Véase Rosenberg (1935: 113). <<

[9] Véase Jahn (1991) y Klug (1987), así como, de modo exhaustivo, Volkmann (1994). <<

[10] Véase un resumen de los acontecimientos en Overy (1998: 48-61).
Igualmente, Musial (2002). <<

[11] Véase para la interpretación «clásica» Taylor (1961). <<

[12] Véase Pleshakov (2005). <<

[13] Véase un resumen de los hechos en Overy (1998: 58-60). <<

[14] Véase Gerlach (2002: 56-57). <<

[15] Véase Gerlach (1999: 46-76). <<

[16] Véase Eichholz (2002: 34-35). <<

[17] Kershaw (2000: 395-97). <<

[18] Paralas negociaciones diplomáticas, cf. Roberts (1995: 129-31) y Overy (1998: 62-63). <<

[19] Véase Wischljow (2002). El punto de vista de la guerra preventiva ha sido sostenido entre otros y de forma polémica por el antiguo director del Instituto de Investigación en Historia Militar de la RFA, Joachim Hoffmann, quien alude incluso a una *guerra de exterminio* planeada por Stalin en vísperas de la invasión germana (1983; 1995: 24-30). <<

[20] Véase Merridale (2005: 73). <<

[21] Véanse Overy (1998: 71-72) y Braithwaite (2006: 85, 88-89). <<

[22] Véase Kershaw (2000: 339-341). <<

[23] Citado por Latzel (2000: 210). <<

[24] Véase Förster (1991: 35-36). <<

[25] Véase Hitler (1930: 742-47 y ss.). <<

[26] Véase Kershaw (2000: 341-42). <<

[27] Algunos autores plantean, incluso, la existencia de una relación directa entre esas políticas de exterminio de pueblos africanos y la práctica posterior aplicada en Europa oriental: cf. Zimmerer (2007). <<

[28] Véanse Förster (1991: 37); Steinbach (1999) y Wilhelm (1991). <<

[29] Véase Aly (2005: 35-38). <<

[30] Véanse Hillgruber (1965: 519-21); Streit (1978: 25-27) y Ueberschär (1984a). <<

[31] Véase Pohl (2005), para una reevaluación actualizada. <<

[32] Una División de infantería alemana comprendía alrededor de 15 000 hombres en varias secciones integradas (tres regimientos de infantería, una sección antitanque, una de artillería, un batallón de reserva y varias secciones). Varias Divisiones —entre tres y cinco o seis— constituían por lo general un Cuerpo de Ejército (*Armeekorps*). Varios Cuerpos de Ejército (*Armeekorps*) constituían un Grupo de Ejércitos. Los tres Grupos de Ejército integraban el *Ostheer*. <<

[33] Citado por Streit (1978: 34). <<

[34] Algunos hubo. El general Ulrich von Hassell protestó junto con el jefe del espionaje militar, el almirante Canaris, el 8 de abril ante el general Ludwig Beck, que las instrucciones que anulaban la justicia militar en el trato de la población civil en Rusia eran una caricatura legal, y que «con esa sujeción a las órdenes de Hitler, Brauchitsch sacrifica el honor del Ejército alemán» (citado por Streit 1978: 35). <<

[35] Véase Wette (2002: 95-97). <<

[36] Véase Streit (1978: 29-30). <<

[37] Véase la solicitud del OKH, 23 de septiembre 1941, reproducida en Ueberschär y Wette (1984: 396). <<

[38] Véase Krausnick (1977) y Förster (1983: 435-40). <<

[39] Véanse los textos reproducidos en Ueberschär y Wette (1984: 310-15). Igualmente, Bartov (2001: 106-07) y Streit (1978: 38-40), así como Kershaw (2000: 354-55). El impulso para transformar los principios defendidos por Hitler el 30 de marzo en una serie de instrucciones precisas parece haber surgido del general Keitel, acuciado por la insistencia del dictador. <<

[40] Véase Hürter (2006). <<

[41] Las instrucciones están reproducidas en Ueberschär y Wette (1984: 251-52 y 285-91). Un análisis en Krausnick (1998: 190-92 y 227-30); para una exposición exhaustiva de las diferencias entre OKW, OKH y RSHA sobre la interpretación y el alcance de esas medidas, véase Arnold (2005: 124-46). <<

[42] Véanse Wette (2002: 103-04) y Kershaw (2000: 357). <<

[43] Una buena introducción a esos debates en Wette (1992), así como en Ziemann y Kühne (1999). <<

[44] Véanse Herf (1997) y Moeller (2001). <<

[45] Véanse, para un resumen del estado del debate, Prantl (1997); Hamburg Institute for Social Research (1999), Bald, Wette y Klotz (2002: 116-76) y, para una puesta al día académica, el volumen colectivo de Hartmann, Hürter y Jureit (2005). <<

[46] Véase Heer (2005: 198-225). <<

[47] Véase el original estudio de Welzer, Möller y Tschuggnall (2003). <<

[48] Véase sobre el debate Goldhagen, Schoeps (1996); sobre las polémicas alrededor de la exposición *Crímenes de la Wehrmacht*, véase Prantl (1997); sobre los bombardeos y el resurgimiento de la memoria colectiva como «víctimas», véase Kettenacker (2003). Sobre la construcción de un discurso de la memoria que echaba al olvido las preguntas incómodas de la guerra de exterminio, particularmente de la desarrollada en el frente del Este, véase Moeller (2001) y Reichel (2001). <<

[49] Véanse, por ejemplo, el volumen colectivo de Poeppel, Prinz von Preussen y Hase (1998), de carácter más historiográfico, o el más publicístico de Naumann (2005), quien destaca el papel de las brutalidades soviéticas contra prisioneros alemanes como causantes de la escalada de violencia. <<

[50] Véase, por ejemplo, sobre la reactualización de la tesis de la guerra preventiva, Strauss (1998). Sobre los crímenes del Ejército Rojo, el por lo demás documentado estudio del profesor de la Universidad del Ejército Alemán W. Seidler (1997). Por supuesto, la pléyade de publicistas históricos revisionistas y más o menos vinculados a posiciones de extrema derecha, así como de cultivadores de la historia de las operaciones militares desde perspectivas más propias del coleccionismo que la historiografía, es muy extensa y configura todo un espacio de intercambio y comunicación, tanto mediante libros y revistas como a través de la red. En un plano meramente historiográfico, y fuera de toneladas de erudición impresionista, la aportación de esa literatura a la historia profesional entendida como ciencia suele ser prácticamente nula. <<

[51] Véase Todorov (2002: 106-08). Igualmente, Overy (2006: 215-57 y 719-34); si bien este autor elude la consideración normativa y lleva la comparación a planos muy genéricos. <<

[52] La Wehrmacht disponía en aquel momento de dos divisiones en suelo finlandés, ocho en Noruega, una en Dinamarca, treinta y ocho en Europa occidental, dos en el norte de África y siete en los Balcanes. Los cálculos acerca de la cuantía total de las tropas invasoras varían según los diferentes autores. Véase el completo cuadro aportado por Glantz (2001: 10). <<

[53] Sobre la participación rumana en la campaña del Este apenas existen estudios monográficos. Véanse las referencias de Balta (2005) y de Gozstony (1976). <<

[54] Véanse Overy (1998: 77) y Braithwaite (2006: 82-84). <<

[55] Véanse Glantz (2005: 446-48); Overy (1998: 27-33), Reese (2000: 85-90) y Merridale (2005: 60-63). <<

[56] Véanse ejemplos de testimonios epistolares de soldados alemanes en Latzel (2000: 210-211). <<

[57] Véase Overy (1998: 87). <<

[58] Véase Braithwaite (2006: 109). <<

[59] Véase Overy (1998: 80-81). Yacov Stalin falleció en un campo de prisioneros alemán en 1943. <<

[60] Véase Berkhoff (2004: 114-122). <<

[61] Véanse Ueberschär (1984b) y Glantz y House (1995: 62-74). <<

[62] Véase Braithwaite (2006: 192-194). <<

[63] Véase Overy (1998: 96-97). <<

[64] Véase Braithwaite (2006: 366-378). <<

[65] Véase Braithwaite (2006: 439-445). <<

[66] Véase Overy (1998: 120-122). <<

[67] Véase Schlemmer (2005). <<

[68] Véase Payne (1995: 502) y Kliment y Nakladal (1997: 65-89). Algunas referencias también en Tönsmeier (2003). Las tropas eslovacas se distinguieron en parte por su mejor comportamiento hacia la población civil y los partisanos, y desde 1943 las deserciones entre sus filas fueron en aumento. En agosto de 1943, la división de protección de retaguardia eslovaca fue destinada al norte de Italia, donde muchos de sus miembros se pasaron a los partisanos transalpinos. Por su parte, la división eslovaca fue estacionada en febrero de 1944 en Hungría, y en septiembre de ese año fue desarmada y utilizada meramente para realizar trabajos de fortificación y defensa. <<

[69] Véase Förster (1980: 20-22). <<

[70] Véase en general Gosztony (1976). <<

[71] Véase de modo exhaustivo Ungváry (2005b). <<

[72] Véase los datos en Glantz (2001: 9). <<

[73] Wette (1984). <<

[74] *Völkischer Beobachter*, 28 de junio de 1941. <<

[75] Véanse García Pérez (1990) y Bruneteau (2003). <<

[76] Véanse ejemplos en Núñez Seixas (2006a, 2006b) y Schlemmer (2005: 40).
Igualmente, Estes (2003). <<

[77] El origen de las Waffen SS se sitúa en las llamadas *Verfügungstruppen* o «tropas especiales» de las SS. Las *Schutzstaffel* eran la guardia de seguridad en su origen del partido nazi comandada por Himmler desde 1929, y que tras eliminar como competidoras a las milicias nazis de las SA (*Sturmabteilungen*) en 1934 habían extendido sus tentáculos por buena parte del aparato del partido y del Estado nazi. En 1938, las «tropas especiales» de las SS fueron constituidas como unidades motorizadas de infantería, y habían participado en las primeras batallas de 1939 y 1940. Su buena conducta en el frente hizo que en marzo de 1940 se aprobase su nuevo estatus como «SS armadas» (*Waffen SS*), integradas operativamente en la Wehrmacht, pero administradas independientemente. El número de sus efectivos y su autonomía creció desde entonces de modo ininterrumpido, de acuerdo con el deseo de Himmler de constituir a las Waffen SS en el auténtico ejército «revolucionario» del imperio continental alemán, y asentarlas como un poder paralelo a la Wehrmacht. Cf. Wegner (1999: 112-129).

<<

[78] *Niederschrift über die Sitzung im Auswärtigen Amt vom 30. Juni 1941 über die Freiwilligen-Meldung in fremden Ländern für den Kampf gegen die Sowjetunion*, memorándum distribuido el 4 de julio de 1941, en PAAA, Caja 708, Geheimakten, 504/4; *Richtlinien für den Einsatz ausländischer Freiwilliger im Kampf gegen die Sowjetunion*, 6 de julio de 1941, en BA-MA, RW 19/686. <<

[79] Véanse Kluge (1955), así como Salewski (1985) y Förster (1983c). <<

[80] Véanse, por ejemplo, los folletos *La Croisade de l'Europe contre le bolchévisme*, s. ed., s. 1., s. f. [1942], y *Toute l'Europe contre le Bolchévisme. 2ème anniversaire 22 Juin 1941 - 22 Juin 1943*, Éditions C.E.A., s. 1., s. f. [1943], 25-31. <<

[81] Cifras en Pierik (2001: 56-57) y Figueiredo (2001). El número de combatientes efectivos en el frente, sin embargo, por mor de las bajas y los períodos de instrucción de los reemplazos, era mucho menor. En agosto de 1942, la Legión Flandes tenía 334 hombres en condiciones de combatir, y la Legión Niederlande, 960. Véase el informe *Gefechtsstärken nach dem Stande von 1.8.42*, en BA-MA, RH 20-18/823. <<

[82] Véase Wegner (1999: 311). <<

[83] Estes (2003) propone unas cifras de 6500 noruegos, 7000 daneses, 27 000 holandeses, 10 000 flamencos, 5000 valones, 10 000 franceses y 36 400 españoles. El número de estos últimos está subestimado, y faltan los contingentes menores de italianos, suizos y los finlandeses. Es por ello por lo que el número total podría bordear la cifra que hemos sugerido. <<

[84] Véase la instrucción del OKW, 14 de noviembre de 1941, en BA-MA, RH 19 III/493. Sobre el juicio de la capacidad combativa de las tropas extranjeras, véase por ejemplo, la negativa mención del valor combativo de los holandeses en Diario de Guerra del Cuerpo de Ejército 38, entrada del 19 de febrero de 1942, BA-MA RH 24-38/51. Las quejas de los mandos militares alemanes sobre la capacidad combativa como colectivo de los voluntarios españoles fueron igualmente muy numerosas, prácticamente desde el mismo momento de su entrada en combate en octubre de 1941. <<

[85] Véase Förster (1980) para una perspectiva general, así como Seidler (2004), cuyas cifras resultan, sin embargo, francamente exageradas. Para los voluntarios de Europa occidental, la mejor panorámica es Estes (2003). Para unidades concretas, los estudios existentes muestran un elenco historiográfico desigual, en el que alternan buenos análisis con descripciones evenemenciales y visiones pseudoapologéticas. Véanse sin ser exhaustivos las descripciones de Moreno (2004) para los españoles, de Bruyne (1991) para los valones, de Giolitto (1999) para los franceses, de Pierik (2001) para los holandeses, de De Figueiredo (2001) para los noruegos, de De Wever (1985, 1991) para los flamencos, la de Stein y Krosby (1966) para los finlandeses, y la más literaria de Mabire (1997) para los nórdicos de la División Nordland. La literatura descriptivo-apologética sobre las unidades de las SS y Waffen SS es por lo demás enorme, pero de un más que dudoso valor historiográfico. <<

[86] La exacta dimensión de esos planes, a la luz de la documentación disponible, sólo se puede intuir: véase Wegner (1999: 310-316). Teóricos y organizadores de las Waffen SS, como Gottlob Berger, manifestaban en ese aspecto una ambición más paneuropea que el propio Himmler. <<

[87] Véase en general Estes (2003). <<

[88] Véase Littman (2003: 59-62). <<

[89] Buena muestra de ello son los numerosos materiales propagandísticos elaborados a partir de 1944 por las compañías de propaganda dependientes del Alto Mando de la Wehrmacht: carteles y folletos en varios idiomas, mitificación de unidades extranjeras de las Waffen SS, etc. Véanse buenos ejemplos en BA-MA, RW 4/801 *Propaganda-Kompanien bei Freiw. Einheiten (1944)*. Igualmente, la colección de cartas de voluntarios germánicos de las SS: SS-Hauptamt (1943). <<

[90] Véase, por ejemplo, el folleto *La SS t'appelle!*, s.l.: s. ed., s. f. [1943]. <<

[91] A escala más reducida, todos esos tipos de motivaciones se pueden apreciar en las decenas de combatientes españoles de la Wehrmacht y las SS desde mediados de 1944: véase Núñez Seixas (2005). En agosto de 1943, Gottlob Berger informaba de haber reclutado 8105 voluntarios «germánicos» sólo entre trabajadores extranjeros en Alemania (Estes, 2003). <<

[92] Véanse, por ejemplo, Neulen (1992) y Seidler (2004). <<

[93] En diciembre de 1943, sólo el 23 por ciento (4902 hombres) de los integrantes del 3.^{er} Cuerpo Germánico de las SS eran germánicos no alemanes, junto a un 44 por ciento de «alemanes étnicos» y un 30 por ciento de alemanes. Véase Estes (2003). <<

[94] Véanse varias referencias a los voluntarios franceses, nórdicos y letones de las Waffen SS que participaron en la defensa del barrio gubernamental de Berlín en abril de 1945, en Beevor (2002: 279-280, 383-384), así como el relato apologético y pseudonovelado de Jean Mabire (1975). También hubo entre ellos un puñado de españoles, aunque las evidencias sean escasas. Véase el relato, no exento de fantasía, de Ezquerro (1947). <<

[95] Véase Merridale (2005: 123-124). <<

[96] Citado por Latzel (2000: 153-54). <<

[97] Véanse las biografías «Armenier im Kampf», «Georgier am Feind» y «Ein Kosak erzählt», todas ellas en BA-MA, RW 4/801. <<

[98] Véase Newland (1991: 122-137). Las cifras de voluntarios rusos y de otras nacionalidades no soviéticas que sirvieron en el ejército alemán entre 1941 y 1945 están sujetas a un alto grado de incertidumbre. Seidler (2004: 363), quien parece inflar desproporcionadamente unas cifras y reducir otras, reduce a 30 000 el número de cosacos, pero añade 10 000 tártaros, 8000 turcomanos, 30 000 ucranianos 110 000 caucasianos, 3000 kalmykos y 3000 bielorrusos, además de 20 000 estonios y 36 000 letones. <<

[99] Andreyev (1987: 206-215). <<

[100] Véase Merridale (2005: 304-305). <<

[101] Este era el título, precisamente, de las memorias publicadas tras la guerra por el mariscal Von Manstein (1969). <<

[102] Este era el título, precisamente, de las memorias publicadas tras la guerra por el mariscal Von Manstein (1969). <<

[103] Véase Bartov (1992: 16-18). <<

[104] Véase Fritz (1995: 11-30). <<

[105] Véase Rass (2003: 104-106), para el ejemplo de la División de Infantería 253, a menudo aludida como «División de Renania-Westfalia», de donde procedía el 88,61 por ciento de sus efectivos en 1941. <<

[106] Véanse Shils y Janowitz (1948). <<

[107] Fritz (1995: 157-159). <<

[108] Bartov (1992: 36-39) y DRZW (1983: 787). <<

[109] Rass (2003:65-66 y 76-77). <<

[110] Carta del cabo Alois Scheuer, 10 de marzo de 1942, en *Briefe* (s. f: 61-62).

<<

[111] Informes del AOK 16 al Comando Supremo del Grupo de Ejércitos Norte, 21 de agosto de 1941 y 3 de octubre de 1941, en BA-MA, RH 20-16/67. <<

[112] Informe del jefe de Estado Mayor del 16.º Ejército al Grupo de Ejércitos Norte, 29 de diciembre de 1941, en BA-MA RH 20-16/ 90. <<

[113] Cartas del cabo Alois Scheuer, 25 de agosto de 1941 y Navidad de 1941, en *Briefe* (s. f.: 35-36 y 56). <<

[114] Informe del jefe médico del 10.º Cuerpo de Ejército, 30 de octubre de 1941 (BA-MA RH 24-10/ 86). <<

[115] Dr. Tellgman, *Gesundheitsbericht*, anexo a informe del general Brockdorff, s. f. (mediados de noviembre de 1941), BA-MA, RH 20-16/66. <<

[116] Informe del responsable médico del 16.º Ejército para el período 22 de diciembre de 1941-20 de marzo de 1942, en BA-MA, RH 20-16/1086. <<

[117] Carta de la enfermera Brigitte Peukert a sus padres, 6 de octubre de 1942, en Ebert y Peukert (2006: 102-104). <<

[118] En marzo de 1942, por ejemplo, sólo un 15 por ciento de los combatientes españoles de la División 250 disponía de botas de fieltro proporcionadas por la Wehrmacht, un 5,5 por ciento de botas de piel de oveja y un 15,5 por ciento de botas de paja y junco. Igualmente, apenas un 30 por ciento había recibido un jersey contra el frío, y un 20,4 por ciento sobreabrigos. La situación, por lo demás, no era mejor en las unidades alemanas de la Wehrmacht, alguna de las cuales, como la División 253, registró en los meses del invierno de 1941-1942 nada menos que un 12,9 por ciento de congelaciones de diverso grado. Véase *Memoria sobre la influencia de las épocas de lluvias, fríos y deshielo en los servicios de guerra, en la campaña 1941-42 en Rusia*, División Española de Voluntarios, 10 de mayo de 1942 (BA-MA, RH 24-38/55); informe del responsable médico del 16.º Ejército, 30 de diciembre de 1941, en BA-MA, RH 20-16/748, y Rass (2003: 155). <<

[119] Citado en Humburg (1999: 38). <<

[120] Citado en Müller (1984: 193). <<

[121] Véase Fritz (1995: 104-114). <<

[122] Véase, por ejemplo, carta del soldado Josef Ziegler, 8 de marzo de 1944, en Pelkofer (2005: 12). <<

[123] Véase Merridale (2005: 118-121), quien señala que era un mito que los soldados rusos tuviesen alguna fuente adicional de calor interior en comparación con sus adversarios. Su equipamiento invernal era mejor que el alemán, sus raciones alimenticias no tanto. Y la industria soviética sólo podía proveer un par de botas para cada tres hombres. Aun así, un motivo frecuente del guiñol del frente era el personaje del *Winter Fritz*, un soldado alemán aterido de frío que se vestía con lo que encontraba, desde pañales a gigantescas bragas de campesina.

<<

[124] Diario de guerra del 38.º Cuerpo de Ejército, 11 de noviembre de 1941-31 de marzo de 1942, entrada del 20 de febrero de 1942, en BA-MA, RH 24-38/51.

<<

[125] Informe del Alto Mando del 39.º Cuerpo de Ejército, 6 de diciembre de 1941, en BA-MA, RH 20-16/67. <<

[126] Incluidas en la orden del comandante general del 38.º Cuerpo de Ejército, general Von Chappuis, 23 de febrero de 1942, en BA-MA, RH 24-38/164. <<

[127] Véase el análisis de Humburg (1999), así como Fritz (1995: 59-60). <<

[128] Véase Overmans (2000: 228, 313-323) y Lagrou (2002: 322). Hay discrepancias en los cálculos según se incluya o no en las pérdidas a los soldados alemanes que procedían de los territorios perdidos en 1945, de los Sudetes y los «alemanes étnicos» de Europa centro-oriental, además de los alsacianos y los loreneses. Si se toman en cuenta los muertos originarios de los actuales territorios de Alemania y Austria, el número total suma 3,5 millones de soldados muertos en combate. Si además se añaden «alemanes étnicos» y habitantes de las regiones anexionadas en 1938-1940, la cifra asciende a 5,6 millones. <<

[129] Véanse Bartov (1992: 44-45), Hartmann (2004: 17-19); Rass (2003: 148-150). <<

[130] Véase, magistralmente, Rass (2003: 193-204) para el caso de la División 253. <<

[131] Informe del general Laux, División 126, 3 de noviembre de 1941, en BA-MA RH 20-16/90. <<

[132] Véase, por ejemplo, el testimonio de Starcky (1983). <<

[133] Bartov (2003: 19-20). Un estudio exhaustivo en Haase y Paul (1995). <<

[134] Véase Kershaw (1987: 200-225). Ejemplos de testimonios epistolares en Latzel (1998: 295-300). <<

[135] Véase Heer (1999: 98-104). <<

[136] Véase Rass (2003: 130-133). <<

[137] Véanse Bartov (2001: 40-105; 1992: 106-178), Fritz (1995: 187-217); Wette (2002: 179-180) y Kühne (2006: 148-150). <<

[138] Bartov (1992: 72-77). <<

[139] Véase Rass (2003: 267-272) y Beck (2004: 177-185). <<

[140] Ejemplos en Ebert (2006). <<

[141] Véase las conclusiones de Latzel (1998: 370-375). <<

[142] Véanse Latzel (2000), Fritz (1995: 201-204), Jahn (1991) y Buchbender y Sterz (1982: 83-105). <<

[143] Reproducido de Buchbender y Sterz (1982: 85). <<

[144] Citado por Wette (2002: 172-173). <<

[145] En cambio, entre la población civil alemana que tuvo contacto con los trabajadores forzados soviéticos en fábricas, minas o granjas, la experiencia fue diferente, y según los propios informes sobre la evolución de la opinión pública elaborados por el SD la confrontación con los «auténticos rusos» despejó muchos de los prejuicios previos, pues aquéllos fueron valorados como buenos trabajadores, aplicados y simpáticos. Tal imagen cambió radicalmente a partir de la incursión del Ejército Rojo en territorio alemán y el rápido conocimiento de las violaciones masivas cometidas por los soldados soviéticos en Prusia Oriental. Véase Wette (2002: 169-171). <<

[146] Carta del cabo Alois Scheuer a su mujer, 26 de julio de 1941, en *Briefe* (s. f.: 26-27). <<

[147] Véanse numerosos ejemplos en Latzei (1998: 146-147 y 151-153). <<

[148] Véase Liulevicius (2000: 151-156). <<

[149] Véanse Knoch (2003), Jahn (2000) y Latzel (1998: 145-156, 179). Para el caso de los voluntarios flamencos enrolados en la Legión Flandes y las Waffen SS, véase De Wever (1985: 80). <<

[150] Véanse, para los casos de italianos y españoles, Schlemmer (2005: 42-44) y Núñez Seixas (2006: 704-718). <<

[151] Véase Browning (2002). La expresión «hombres perfectamente normales» se ha tomado de su título original en inglés (*Ordinary men*). Cf., igualmente, para casos de otros batallones de policía, y llegando a semejantes conclusiones, Browning (2000: 143-169). <<

[152] Véase Hamburg Institute of Social Research (1999). <<

[153] Véase un resumen de las posiciones enfrentadas en Hartmann (2004: 2-3).

<<

[154] Para la interpretación benevolente, cf. Rohde (1998). Para la más matizada, véase Krausnick (1977: 733-737) y Kershaw (2000: 917). Este último autor cita un trabajo inédito que indica que entre la mitad y los dos tercios de las unidades cumplieron la orden de liquidar a los comisarios. Parecidos resultados, aunque aún provisionales, expone Römer (2005). <<

[155] Véase una colección de casos en Wette (2003b). <<

[156] Tal fue, por ejemplo, la visión que la literatura de quiosco destinada a los excombatientes o nostálgicos (los *Landserhefte*) desarrolló en la posguerra, con figuras como el sargento Schneider, llevado al cine. Cf. especialmente el artículo de Knoch en *Arbeitskreis Historische Bildforschung* (2003), así como Schornstheimer (1995) y Fritz (1995: 231-232). <<

[157] Véase Kühne (2003; 2006: 152-153). <<

[158] Véase Hartmann (2004: 8-9). <<

[159] Véase Rass (2003: 378-412; 2005); un resumen del planteamiento historiográfico también en Kühne (1999). <<

[160] Véase Böhler (2006: 201-231). <<

[161] Véase Bartov (2004) para una exposición sintética de los avances historiográficos hasta esa fecha. <<

[162] Véase Bartov (2002; 2003); Gerlach (2002) y Goldhagen (1997). Una exposición por lo menudo del contexto y las decisiones tomadas en Wannsee en Roseman (2002). <<

[163] Véase una exposición historiográfica reciente en Cataruzza (2006: 298-304). <<

[164] Véase para una evaluación resumida Bartov (2003: 48-52). <<

[165] Véanse, por ejemplo, Förster (1991) o Browning (1995: 86-124; 2004: 309-352). <<

[166] Véase un resumen en Kershaw (2000: 348-351). <<

[167] Véanse para un resumen y evaluación crítica de la investigación Cataruzza (2006) y Gerlach (2004), así como Jersak (1999). Igualmente, Browning (2000; 2004). <<

[168] Véanse Vaksberg (1994: 64-105) y Musial (2002: 71-78). <<

[169] Véase Gruner (2007). <<

[170] Hilberg (2005: 953-978). <<

[171] Sobre la gestación y la estructura de los *Einsatzgruppen*, véase Krausnick (1998: 123-130). <<

[172] Véase la sugerente interpretación de la cultura de guerra desarrollada por los miembros de los *Einsatzgruppen* por Ingraio (2005). Igualmente, el diario de un participante en un grupo de despliegue y después responsable de una delegación del SD en Ucrania, el convencido nazi austríaco Felix Landau, en Klee, Dressen y Riess (2004). <<

[173] Véase Förster (1991: 38-39). <<

[174] Véanse los testimonios reproducidos en Ingrao (2003). <<

[175] Véase Krausnick (1998: 179-185). <<

[176] Sobre las deportaciones y matanzas de judíos en Besarabia, véase Hausleitner, Mihok y Wetzel (2001). <<

[177] Véase Ungváry (2005a: 99-100). <<

[178] Véase Förster (2005: 96). <<

[179] Véase Hilberg (2005: 1360-1366) para una detallada discusión de las cifras. Igualmente, Förster (2005: 94-96) y Hillgruber (1984: 226-227). <<

[180] Véase Wette (2002: 133-136). <<

[181] Véase Hitler (1930: 751-753). <<

[182] Véanse varias citas en Hillgruber (1984: 221-224). <<

[183] Véase la discutida tesis de Goldhagen (1997). Una crítica en Kühne (1999: 605-614), así como en Browning (2002) y Böhler (2006: 17-19). <<

[184] Véase Wette (2003b: 26). <<

[185] Véanse Buchbender y Sterz (1982: 71-73). *Der Stürmer*, periódico nazi fundado por Julius Streicher en 1923, gozaba de gran popularidad en la Alemania nazi, particularmente por sus caricaturas. Subsistió hasta 1945. <<

[186] Véanse ejemplos en Manoschek (1995); Buchbender y Sterz (1982: 84-85, 170-73); y Bartov (1992: 106-133; 2002: 208-212). <<

[187] Véase Latzel (1998: 202-205). <<

[188] Citada en Kilian (2002). <<

[189] Por ejemplo, la orden del comandante en jefe del 30.º Cuerpo de Ejército, general Hans von Salmutli, el 2 de agosto de 1941: cf. Krausnick (1998: 211-212). <<

[190] Citado, con otros ejemplos, por Heer (1999: 110-111). <<

[191] Reproducido en Hamburg Institute for Social Research (1999: 82). <<

[192] Véase Pohl (2005). <<

[193] Véanse W. Wette, «Jude gleich Partisan» (*Die Zeit*, 5 de mayo de 1995), en Prantl (1997: 37-43), así como Angrick (2002), Wette (2002: 129-132 y 250-251) y Förster (1983) para una síntesis. Igualmente, Krausnick (1998: 204-208) y Safrian (1996), así como, para los casos de Crimea, de la cuenca del Donetz y del Cáucaso, el exhaustivo estudio monográfico de Oldenburg (2004: 159-224, 251-258 y 297-306). <<

[194] Véase Streit (1996: 74-75), revisando ligeramente sus propias cifras en Streit (1978: 10). Hartmann (2004: 20) reduce el número de muertos, de acuerdo con las estimaciones de otros autores, a tres millones. Por su parte, y después de corregir las estadísticas rusas sobre las bajas soviéticas en la «Gran Guerra Patria» publicadas en 1993, Ellman y Maksudov (1994) reducen la cifra a 1,2 millones (1,8 según esas estadísticas), si bien son cálculos sujetos a numerosas incertidumbres, y desde entonces objeto de una discusión interminable. <<

[195] Véase Lagrou (2002). <<

[196] Véanse algunos ejemplos en Arnold (2005: 340-362). <<

[197] Hernández Navarro (1971: 48-49). <<

[198] Reproducido en Buchbender y Sterz (1982: 84). <<

[199] Carta del soldado Paul, fines de mayo en 1942, en Kilian (2002). <<

[200] Citado en Streit (1996: 77). Otros autores relativizan que las raciones fuesen insuficientes, y más bien ponen el acento en que las instrucciones no siempre se cumplían por parte de los mandos y unidades subalternas. Razón por la que a los prisioneros les llegaba menos comida que la fijada por el Alto Mando alemán: véase Arnold (2005: 382-383). <<

[201] *Diario* del capitán médico Manuel de Cárdenas (archivo particular de D. José Manuel de Cárdenas, San Sebastián), entrada del 15 de abril de 1942. <<

[202] Véase Hilberg (2005: 366-373). <<

[203] Véanse Streit (1991) y Hilberg (2005: 972-975). <<

[204] Arnold (2005: 418-419). <<

[205] Véase Hosking (2002: 181-182). <<

[206] Véase Andreyev (1986: 205-212). <<

[207] Véanse Braithwaite (2006: 206-208) y Arnold (2005: 428). <<

[208] Bacon (1994: 92-93). Porcentajes diferentes son aportados por otros autores. Según Polian (2002), un 62 por ciento de los repatriados fueron mandados a sus casas; 31,5 por ciento al Ejército Rojo; y un 6,5 por ciento, o sea, 338 107 personas sospechosas de haber colaborado de distintos modos con el enemigo, los llamados despectivamente *vlasovianos*, fueron enviadas a los asentamientos especiales del NKVD en las regiones más inhóspitas de la URSS y empleados en trabajos forzados, hasta su amnistía en 1955. Merridale (2005: 303-304) estima que 1,8 millones de exprisioneros soviéticos fueron interrogados por el SMERSH al pasar a control soviético de nuevo. <<

[209] Para una documentada exposición descriptiva de varios de esos casos, y a pesar de su tono abiertamente revisionista, se puede consultar Seidler (1997). <<

[210] Véanse Lehmann (2003: 186), Merridale (2005: 161) y Hilger (2003: 400-401). <<

[211] Para perspectivas cruzadas, véase Müller y otros (1998). <<

[212] Beevor (1998: 409-410); Schüddekopf (2004); Lehmann (1986, 2003). <<

[213] Véase Giusti (2003: 38-43). <<

[214] Véanse Maschke (1963); Schüddekopf (2004: 139, 242); Giusti (2004: 77-83); Puente (1954: 88-89, 97 y 133-136) y Oroquieta Arbiol y García Sánchez (1958: 96-97). <<

[215] Véanse Ueberschär (1995) y Giusti (2003: 53-58). <<

[216] Véase Hilger (2003: 415-418). <<

[217] Véase Hartmann (2004: 8-9). <<

[218] Entrevista a Lidia Nikolaévnna, Rogavka (Novgorod), 28 de marzo de 2004, por Pavel Tendra (Archivo del autor). <<

[219] Así alude a ellos la *Historia de la Gran Guerra Patriótica 1941-1945*, editada en la URSS tras la guerra (citado en Hill 2005: 9). <<

[220] Por ejemplo, el antiguo oficial de la Wehrmacht Christoph von Auer (1920-2006), cuando fue entrevistado por nosotros acerca de sus experiencias en el frente de Leningrado, se limitó a contestar al ser preguntado acerca de los partisanos: «era un tema muy delicado» (*das war so eine Sache*). Entrevista con el autor, Grossburgwedel, 15 de septiembre de 2002 (Archivo del autor). <<

[221] Véase Arnold (2005: 435-436). <<

[222] Véase Braithwaite (2006: 409-412). <<

[223] Véanse los diferentes testimonios que emanaban de los interrogatorios a que varios de estos *Rotarmisten* fueron sometidos al ser capturados, en Heer (1999: 46). <<

[224] Véase Shepherd (2004: 73-75). Para el desarrollo de la guerra de guerrillas, véanse Cooper (1979), Schulte (1989), Slepyan (2006), Wegner (1990: 910-922), Förster (1983b), Umbreit (1992) y particularmente el estudio monográfico de la 221.^a *Sicherungsdivision* en Bielorrusia por Shepherd (2004), así como el de la guerrilla y contraguerrilla en la retaguardia del frente de Leningrado por Hill (2005). <<

[225] Sobre la implicación de los *Einsatzgruppen* en tareas de lucha partisana, véase Krausnick (1998: 214-218). <<

[226] Sánchez Diana (1993: 132). <<

[227] Véanse los informes sobre lucha antipartisana en el 16.º Ejército, correspondientes a los períodos 6 de diciembre-12 de diciembre de 1941, 13 de diciembre-19 de diciembre de 1941, y 15 de febrero-21 de febrero de 1942; todos ellos en BA-MA, RH 20-16/ 99 AOK 16, *Sonderakten «Partisanen» (1942)*. <<

[228] Véanse más ejemplos en Arnold (2005: 463-465 y 470). <<

[229] Véanse Gerlach (1999b) y Heer (1999: 47-48). <<

[230] Schulte (1989: 131-132); Arnold (2005: 468-479). <<

[231] Véanse varios testimonios epistolares en este sentido en Latzel (1998: 188-190). <<

[232] Véase Heer (1999: 70-75). <<

[233] Carta de Hermann a un camarada, 16 de noviembre de 1942, reproducida en Golovcanskij y otros (1991: 109). <<

[234] Véase Slepyan (2006: 128-134). <<

[235] Véanse Gerlach (1999: 862) y Klein (2002). <<

[236] Véanse Grenkevich (1994: 189-191) y Slepyan (2006: 82-84). <<

[237] Informe del *Sicherungsregiment 107* sobre lucha antipartisana, 8 de marzo de 1942, en BA-MA, RH 20-16/99, *AOK16 Sonderakten Partisanen (1942)*. <<

[238] Véanse Gerlach (1999a: 125-130) y Arnold (2005: 449). Para el caso ucraniano, Berkhoff (2004: 205-231). <<

[239] Véase Slepian (2006: 73-77). <<

[240] Véase Starcky (1983: 61-64). <<

[241] Véanse Anderson (1999a), Shepherd (2004:101), Berkhoff (2004: 114-140) y Slepyan (2006: 162), así como Grenkevich (1994: 107-121 y 189-190). <<

[242] Citado en Slepyan (2006: 220-221). <<

[243] Orden del Comando General del 38 Cuerpo de Ejército, 26 de abril de 1942, e informe del departamento Ic (inteligencia) del Comando General del 38.º Cuerpo de Ejército, 13 de julio de 1942 (en BA-MA, RH 24-38/137). <<

[244] Véanse Dallin y otros (1964). <<

[245] Por ejemplo, el *stárosta* de Mjatschina, en la retaguardia del frente de Leningrado: cf. notificación de la Comandancia de retaguardia 583, 22 de abril de 1943, en BA-MA, RH 23/283. <<

[246] Citado por Shepherd (2004: 176). <<

[247] Véase Slepyan (2006: 270-277). <<

[248] Véanse Kosyk (1985); Armstrong (1968); Wilson (1996), Golczewski (2003) y Berkhoff (2004: 285-300). <<

[249] Carta del cabo H. B., de la 269.º División de Infantería, 7 de febrero de 1942, citada por Shepherd (2004: 77-78). <<

[250] Véase Penter (2003). <<

[251] Véase Arnold (2005: 484-485). <<

[252] Por ejemplo, fue el oficial Hans-Georg Bruhns, después acusado de conspirar contra Hitler con ocasión del intento de golpe del 20 de julio de 1944, y ocupado en tareas de lucha antipartisana en la retaguardia del frente de Leningrado, quien escribía a casa en 1942 que «Fusilar es una solución relativamente rápida y sencilla, pero estoy convencido de que sólo podemos ganar esta guerra de Rusia con la ayuda de los propios rusos, y en primer lugar por supuesto de la *intelligentsia* rusa». Véase Bruhns (2004: 321). <<

[253] Véase, por ejemplo, el memorándum de Alfred Rosenberg al jefe de operaciones del OKW, mariscal Keitel, 28 de febrero de 1942, en Ueberschär y Wette (1984: 399-400). <<

[254] El 16.º Ejército, por ejemplo, repartía en marzo de 1942 hasta cuatro veces por semana el periódico en ruso *Sa Rodinu*, destinado a los campesinos (cf. informe de actividades del Departamento Ic/Propaganda del AOK 16, s. f. (principios de marzo de 1942), en BA-MA, RH 20-16/473. <<

[255] Véanse Shepherd (2004: 117-119) y Arnold (2005: 419). <<

[256] Véanse Gerlach (1999a: 914-917), Bartov (2001: 119-121) y Arnold (2005: 438-442 y 457-458). <<

[257] Véanse Mulligan (1988: 138-146) y Wegner (1990: 918-920). <<

[258] Véanse Anderson (1999b); Ungváry (2005: 100-106); Schlemmer (2005: 35-38); Shepherd (2004: 173-175) y Núñez Seixas (2006a). <<

[259] Véase Hesse (1993: 274-275). <<

[260] Véase Slepyan (2006: 273-277). <<

[261] Véase Eichholz (2002, 2005). <<

[262] Véase Eichholz (2002: 22-23). <<

[263] Citado por Aly y Heim (1991: 96-97). <<

[264] Instrucciones del mariscal Goring, 18 de noviembre de 1941, en Ueberschär y Wette (1984: 387-390). <<

[265] Véanse Götz y Heim (1991: 84-87), así como Rössler y Scheleirmacher (1993). <<

[266] Citado en Wegner (1990: 1096). <<

[267] Véanse Müller (1984: 183-186) y Eichholz (2005). <<

[268] Véase Mulligan (1988: 95-96). <<

[269] Véase exhaustivamente Arnold (2005: 242-325). <<

[270] Véase Oldenburg (2004: 75-102 y 228-238). <<

[271] Véase los datos de Mulligan (1988: 93-103). <<

[272] Citado en Müller (1984: 193) y Eichholz (2005: 128). <<

[273] Véase Penter (2005: 77-78). <<

[274] Datos en Müller (1984: 195). <<

[275] Véase, por ejemplo, la carta del cabo Alois Scheuer, 20 de agosto de 1941, en *Briefe* (s. f.: 32-33). <<

[276] Véase Arnold (2005: 214-225). <<

[277] Véanse Kunz (2005) y Berkhoff (2004: 164-185). <<

[278] Citado por Müller (1984: 187-188). <<

[279] Carta del cabo Alois Scheuer, 28 de septiembre de 1941, en *Briefe* (s. f.: 41-42). <<

[280] Anexo al informe del capitán Collatz al 38.º Cuerpo de Ejército, 5 de mayo de 1942, en BA-MA, RH 26-250/3. <<

[281] Véase para lo que sigue Herbert (1986, 1991). <<

[282] Véanse, por ejemplo, las directrices de Goring expuestas en las sesiones celebradas el 7 y 8 de noviembre de 1941 para decidir acerca del empleo de trabajadores forzados soviéticos en la industria del Reich, así como las instrucciones transmitidas el día 7 del mismo mes por Goring, en Ueberschär y Wette (1984: 382-835). <<

[283] Véase una discusión de las cifras en Polian (2002: 151). <<

[284] Véase Seidel (2005). <<

[285] Véase sobre el caso de la ciudad de Osnabrück, y con referencias también a otros estudios locales, Gander (2002). <<

[286] Véase Aly (2005: 181-190). <<

[287] Véanse Schlemmer (2005: 32-33), Núñez Seixas (2006a) y Focardi (2000). Un ejemplo italiano en Luoni (1990), así como en los diversos testimonios recogidos en Bertinaria (s. f.). <<

[288] Véanse por poner un ejemplo, el diario del teniente de la División de Infantería 215 (Grupo de Ejércitos Norte) Fritz Hockenjos: *Kriegstagebuch 1939-1947*, vol. I, entrada del 29 de noviembre de 1941 (BA-MA, MSG 2/4036). O el del soldado Willy P. Reese (2005). Un ejemplo de crónica de una asociación de veteranos, con alguna escena idílica de baile con campesinas incluida, en Braake (1985). <<

[289] Ejemplar en este sentido es el diario anónimo de una ciudadana berlinesa donde se refleja la llegada de las tropas soviéticas a su barrio de Berlín y las complejas relaciones que se establecen con los ocupantes (véase infra): cf. *Eine Frau* (2003). <<

[290] Véase Klee, Dressen y Riess (2004: 193-196). <<

[291] Véanse Chiari (2005: 149-150) y Lomaguin (2004: II), para ejemplos. <<

[292] Véase por ejemplo el informe quincenal de la policía militar (*Feldgendarmerie*) del 18º Ejército, 16 de enero-31 de enero de 1943 (BA-MA, RH 20-18/ 1476) sobre los incidentes cada vez más frecuentes en viviendas rusas entre soldados españoles, estonios y alemanes. O las entradas del diario de la civil rusa Lidia Osípova, 17 de septiembre, 30 de septiembre, 1 de octubre y 5 de octubre de 1942, reproducido en Lomaguin (2004: II, 464-466). <<

[293] Fritz (1995: 78-79); Schüddekopf (2004: 184-186). <<

[294] Véase Reese (2005: 183). <<

[295] Véanse Fritz (1995: 77) y Klee, Dressen y Riess (2004: 196). <<

[296] Shepherd (2004: 190-193); Beck (2004: 178-183); Wehler (2003: 873). Un testimonio de los acosos por parte de soldados ocupantes a jóvenes y adolescentes rusas en Nikolaevna, entrevista citada. <<

[297] Véanse Wegner (1990: 920-921), Hass (2002) y Hürter (2001). <<

[298] Véase Chiari (2005). <<

[299] Véase, por ejemplo, Bordjugov (1999). <<

[300] *Diario* de Manuel de Cárdenas, entrada del 1 de septiembre de 1942. <<

[301] Memorias de Lída Osípova, entrada del 25 de junio de 1942, reproducidas en Lomaguin (2004, II: 463). <<

[302] Carta del teniente Heinz E. a su mujer, 30 de octubre de 1941, reproducida en *Blockade* (2004: 139). <<

[303] Citado, con más ejemplos, en Heer (1999: 101). <<

[304] Citado en Reese (2005: 222). <<

[305] Citado en Latzel (2000: 144). <<

[306] Carta del teniente Enterich P., Ortskommandantur II (351), 22 de septiembre de 1942, en Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart, colección Sterz. <<

[307] Cárdenas, *Diario*, entrada del 3 de junio de 1942. <<

[308] Aunque se trata de un tema muy idealizado por la publicística y buena parte de la historiografía —que tendió a aceptar literalmente el relato acerca de su experiencia construido por los veteranos de guerra a través de sus memorias— puede ser el caso de los soldados españoles en Rusia. Véase Núñez Seixas (2006a). <<

[309] Véanse para las diferentes interpretaciones Hürter (2001: 402-404), Götz y Heim (1993: 381-385), Ganzenmüller (2000; 2005: 19-40). <<

[310] Véase Vehviläinen (2002). <<

[311] Informe del general Busch, AOK 16, a Grupo de Ejércitos Norte, 18 de noviembre de 1941, en BA-MA, RH 20-16/66. <<

[312] Véase carta del general Jodi a OKH, 7 de octubre de 1941, y *Diario de guerra* del Grupo de Ejércitos Norte, entradas del 12 y 17 de octubre de 1941, reproducidos en Ueberschär y Wette (1984: 334-336). <<

[313] Véase Rössler y Scheleirmacher (1993), así como los documentos reproducidos en Madajczyk (1994). <<

[314] Véase el álbum *Kampf und Sieg am Wolchow* (1942), en BA-MA, RH 24-38/292. <<

[315] Véase para la descripción detallada de las operaciones Glantz (2002: 287-304). <<

[316] En diciembre de 1941, por ejemplo, un informe de la sección 1.^a del Cuerpo de Ejército 38.º contabilizaba en las diecinueve poblaciones más importantes existentes en la zona cubierta por sus tropas 1685 hombres en su gran mayoría ancianos, 2922 mujeres y 2847 niños (BA-MA, RH 24-38/33). <<

[317] Véanse Hass (2002) y Hürter (2001). <<

[318] Véase para la narración del bloqueo el clásico libro del periodista y escritor norteamericano H. A. Salisbury (2003), quien visitó la ciudad en 1944. Igualmente, Glantz (2002) y Ganzenmüller (2005: 53-121). <<

[319] Véase varios de ellos reproducidos en *Blockade* (2004: 132-135). <<

[320] Véanse ejemplos en Lomaguin (2003: I). <<

[321] Véase Braithwaite (2006: 204). <<

[322] Véase Hosking (2002: 170). <<

[323] Véase Ganzenmüller (2006: 279-313). <<

[324] Véase Ganzenmüller (2005: 239). <<

[325] Para lo que sigue, véase la narración de la batalla en Beevor (1998), así como un detallado análisis en las diversas contribuciones recogidas en Wette y Ueberschär (2003). Un resumen en Ueberschär (2003) y, más amplio, en Wegner (1990: 997-1023). <<

[326] Ueberschär (2003: 20); Beevor (1998: 178) y Müller (2003: 133). <<

[327] Véanse Clark (2005: 240-241) y Beevor (1998: 182-184 y 222-230), así como, en general, Gosztony (1976). <<

[328] Telegrama radiado de Adolf Hitler al comandante en jefe del 6.º Ejército, 22 de noviembre de 1942, en BA-MA, RH 20-6/238. <<

[329] Existen, con todo, variaciones más que significativas entre los diversos cómputos disponibles en la historiografía especializada, y poca unanimidad acerca del montante total de tropas cercadas, sobre todo en lo que se refiere a la cantidad de rusos y ucranianos que peleaban junto a los alemanes y vestían uniforme de la Wehrmacht. Véanse Clark (2005: 258), Beevor (1998: 439-440), Förster (2001: 331) y Ueberschär (2003: 22-23). <<

[330] Véase Müller (2003) y un buen muestrario de ejemplos en Golovchansky y otros (1991), así como en Ebert (2004). <<

[331] Citada en Kilian (2002). <<

[332] Carta del cabo Werner Bühnemann (1903-?), 25 de diciembre de 1942, reproducida en Ebert (2004: 106-107). <<

[333] Carta del sargento Otto Kirschner, 19 de enero de 1943, reproducida en Ebert (2004: 312-313). Véase igualmente Förster (2001: 336). <<

[334] Carta del capitán de caballería Heino Graf Vitzthum, Stalingrado, 20 de enero de 1943, en Ebert (2004: 316). <<

[335] Véase Schlemmer (2005: 67-69). <<

[336] Notificación del jefe de tripulación sargento mayor Schmidt sobre la situación en el aeródromo de Gumrak, 19 de enero de 1943, reproducida en Ueberschär (2003: 34). <<

[337] Carta del doctor Horst Rocholl (1908), 23 de enero de 1943, reproducida en Ebert (2004: 326-328). <<

[338] Véase Wette (2003). <<

[339] Citado en Wette (2003: 52). <<

[340] Véanse *Völkischer Beobachter*, 4 de febrero de 1943, p. 1, y 5 de febrero de 1943, p. 1. <<

[341] Véase *Das Schwarze Korps*, 11 de febrero de 1943, p. 1. <<

[342] Véase Ebert (2004: 348-350). <<

[343] Véanse Frei (2005: 97-106) y Hettling (1995). <<

[344] Citado por Ueberschär (2003: 42). <<

[345] Véanse Beevor (1998: 398) y Ueberschär (2003: 19). <<

[346] Merridale (2005: 159-161). <<

[347] Véase Glantz (2005). <<

[348] Véase Overy (1998: 186-197). <<

[349] Para la descripción de las operaciones militares, cf. Clark (2005: 297-298) y, detalladamente, Glantz (1999). En castellano, Lozano (2007). <<

[350] Véanse Merridale (2005: 102-103) y Braithwaite (2006: 343-345). <<

[351] Véase Braithwaite (2006: 154-160). <<

[352] Véase sobre el particular, de modo exhaustivo, Conze (2001). Algunos testimonios interesantes en Braithwaite (2006: 151-159 y 179-180). <<

[353] Véase Baber y Harrison (1991: 99-104). <<

[354] Véase un resumen del debate en Overy (1998: 212-215). <<

[355] Citado en Bruhns (2004: 316). <<

[356] Véanse Braithwaite (2006: 210-213 y 222-223) y Merridale (2005: 134-135). <<

[357] Véanse ejemplos en Beevor (1998: 167-170) y Braithwaite (2006: 194-196).

<<

[358] Merridale (2005: 56-65). <<

[359] Véase Overy (1998: 214). <<

[360] Véase Overy (1998: 216); más matizadamente, el reciente análisis de Merridale (2005), quien enfatiza con razón que la cultura popular y las motivaciones de los soldados de a pie resultaron durante mucho tiempo un misterio para los propios agentes del NKVD encargados de vigilarlos, así como para los comisarios políticos. Los recuerdos publicados por los «soldados campesinos» reclutados en masa por el Ejército Rojo fueron muy escasos, y su testimonio oral está contaminado en buena parte por las versiones oficiales de la guerra construidas tras 1945 y divulgadas en la esfera pública soviética y rusa.

<<

[361] Ramos (1953: 24). <<

[362] Véase Merridale (2006: 305-307). <<

[363] Para un resumen de los planteamientos historiográficos, cf. Becker (2005).

<<

[364] Véase la interpretación clásica, y que sigue sin ser rebatida en sus tesis fundamentales, de Oberländer (1967: 21-23). <<

[365] Véase «Russkij jazyk-dostojanie sovetskich narodov», *Pravda*, 7 de julio de 1938, citado en Oberländer (1967: 27). <<

[366] Véanse Hosking (2002) y Weiner (2001), así como Brandenberger (2002), y Platt y Brandenberger (2006). <<

[367] Véase Rothstein (1995). El término *rodina* empezó a rehabilitarse al menos desde mayo de 1934, a través de una serie de artículos publicados en el diario *Pravda*. Véase Oberländer (1967: 25). Véase también Kohn (1933). <<

[368] Véase Overy (1998: 79). <<

[369] «Za rodinu, za Stalina!», *Bol'sevik*, 11-12 (junio 1941), 12-17 (reproducido en Oberländer 1967: 70-72). <<

[370] Citado en Braithwaite (2006: 142-143). <<

[371] Las semejanzas entre el repertorio discursivo de los comunistas españoles durante la Guerra Civil y el desplegado por los soviéticos en 1941 son más que evidentes. Cf. Núñez Seixas (2006c: 40-62 y 96-110). El mismo Ehrenburg trazó paralelismos entre la tradición española y la lucha del pueblo español por su independencia en su intervención ante el II Congreso de Escritores Antifascistas, celebrado en Valencia en julio de 1937 (Núñez Seixas 2006c: 90). <<

[372] Véanse Braithwaite (2006: 184-189, 371, 376); Hosking (2002: 168-169) y Beevor (2002: 40). Sobre Grossman, véase Beevor y Vinogradova (2006). <<

[373] Citado en Falcionelli (1959: 394-395). Señalemos que Iermak vivió en tiempos de Iván el Terrible, no en los de Pedro el Grande. <<

[374] Véase Oberländer (1967: 161-167). <<

[375] Véase Merridale (2006: 318-319). <<

[376] Véanse «Proklatie i mest' fasistkim varvaram!», *Pravda*, 21 de diciembre de 1941, y «Ljubov'k rodine i nenavist'k vragu», *Pravda*, 18 de mayo de 1942, reproducidos en Oberländer (1967: 72-75). <<

[377] Véanse Merridale (2005: 165-174; 2006: 315-316) y Overy (1998: 122-124). <<

[378] Mensaje radiado de Stalin, 3 de julio de 1941, reproducido (en alemán) en Ueberschär y Wette (1984: 326-329). Para las reacciones populares, que incluyeron muestras de emoción ante el tono fraternal utilizado por el dictador y su aliento a la defensa de la patria, cf. Braithwaite (2006: 136-137). <<

[379] Citado en Dallin y otros (1964: 266). <<

[380] Véanse varios ejemplos reproducidos en Arnold (2005: 174). Igualmente, Slepyan (2006: 145). <<

[381] Véanse ejemplos de posters y caricaturas de la Segunda Guerra Mundial con motivos patrióticos en <http://www.plakaty.ru>. <<

[382] Véase «O gosudarstvennom gimne Sovetskogo Sojuza», *Pravda*, 22 de diciembre de 43, reproducido en Oberländer (1967: 77). Véase igualmente Golczewski y Pickhan (1998: 70-71). <<

[383] A. Fadeev, «O sovetskom patriotizme i nacional'noj gordosti narodov SSR», *Pod znamenem Marksizma*, 11 (1943), 16-35, reproducido en Golzcewski y Pickhan (1998: 221-227). Sobre la «jerarquización nacional» del heroísmo en la guerra como fundamento de la política de nacionalidades soviética tras 1945, véase Weiner (2001). <<

[384] I. Ehrenburg, «O patriotizme», *Pravda*, 14 de junio de 1942, reproducido en Oberländer (1967: 75-76). <<

[385] N. Baltiysky, «O Patriotizme», *Novoe vremja*, 11.1 (1945), 3-10, reproducido en Golzcewski y Pickhan (1998: 227-234). <<

[386] Véase el texto del brindis, aunque hay varias versiones, en Oberländer (1967: 80). <<

[387] Véanse Ganzenmüller (2005: 230-235); Ranbow (1995: 108-129) y Matejková (2003). <<

[388] Véase Slepyan (2006: 142-149). <<

[389] Citado en Slepyan (2006: 120). <<

[390] Citado por Matejková (2003: 222), quien señala que proclamas formalmente idénticas fueron dirigidas a los soldados kazajos. <<

[391] Cartas citadas en Krylowa (2003: 104-106). <<

[392] Citado por Hosking (2002: 173-174). <<

[393] Citados por Braithwaite (2006: 132,467). <<

[394] Citado en Ganzenmüller (2005: 232). <<

[395] Véase Gruner (2007). <<

[396] Véase Tumarkin (1994). <<

[397] Según la interpretación desarrollada por Weiner (2001). <<

[398] Véanse Barber y Harrison (1991: 116-120), Merridale (2005: 225-227) y — para el caso de los tártaros de Crimea— la aproximación monográfica de Williams (2002). <<

[399] Véase para las evaluaciones de cifras Stettner (1996: 389-398). Igualmente, Ertz (2006). <<

[400] Véase Schlemmer (2005: 74-75). <<

[401] Véase Clark (2005: 344-370). <<

[402] Véanse Erikson (2003: 234-240), Overy (1998: 235-236) y Clark (2005: 376-377). Una descripción por lo menudo en Nash (2002). <<

[403] Véase Overy (1998: 238-239). <<

[404] Véase para una narración detallada de las operaciones militares Glantz y House (1995: 196-202), así como Erikson (2003: 3753-3785) y Zaloga (2004).

<<

[405] Véanse visiones contrapuestas en Clark (2005: 388-396), Kershaw (2000: 707-708) y Overy (1998: 248-249). <<

[406] Véase Clark (2005: 409). <<

[407] Véanse Beevor (2002: 42-51, 126-128); Glantz y House (1995: 256-275).

<<

[408] Carta del soldado Korbacher, 15 de febrero de 1945, citada en Latzel (1998: 198). <<

[409] Véase Merridale (2005: 272-277). <<

[410] Véase Merridale (2006: 311). <<

[411] Véanse Kershaw (2000: 743-744) y Naimark (1995: 133). <<

[412] *Eine Frau* (2003: 64). <<

[413] Véase Merridale (2005: 302). <<

[414] Véase Overy (1998: 262). <<

[415] Fest (2003: 37-40). <<

[416] Véanse Kershaw (2000: 742-745) y Echternkamp (2006). <<

[417] Véase Fritz (2005). <<

[418] Véase Kershaw (2000: 765-766). <<

[419] Citado en Kershaw (2000: 772-773 y 800-801). <<

[420] Véanse Hastings (2006) y Müller y Ueberschär (1994). <<

[421] Véase Fest (2003: 95-98). <<

[422] Véanse ejemplos en *Eine Frau* (2003: 57-60) y Schneider (2003: 174-177, 183-195). También Kuby (1966). <<

[423] Véase Beevor (2002: 351-352). <<

[424] *Eine Frau* (2003:78). <<

[425] Véase Beevor (2002: 436). <<

[426] Véase Merridale (2005: 121-122). <<

[427] Véanse Ellman y Maksudov (1994), así como Krivosheev y otros (1997).
Un resumen en Braithwaite (2006: 450-451). <<

[428] Véanse un resumen de las diversas estimaciones en Merridale (2006: 306) y Overy (1998: 287-288). <<

[429] Véase Glantz (2001: 13). <<

[430] Véanse Overmans (1999: 315-335) y Glantz (2001: 14-15). <<

[431] Véase Förster y Beck (2002), así como Merridale (2006: 323). <<

[432] Véanse Wehler (2006: 32-33) y Reich-Ranicki (2000: 72-73). Sobre las historias familiares acerca de la guerra, cf. Welzer, Moller y Tschuggnall (2003).

<<

[433] Véase, por ejemplo, la reflexión novelada acerca del descubrimiento del diario de su hermano mayor, voluntario en una división de las Waffen SS y caído en Ucrania en 1943, que ofrece el novelista Uwe Timm (2003). <<